

EXILIO IBEROAMERICANO

Docencia y cultura en el exilio republicano español

Adalberto Santana
Aurelio Velázquez
(coordinadores)



Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Universidad Nacional Autónoma de México

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector

Dr. José Narro Robles

Secretario General

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Coordinadora de Humanidades

Dra. Estela Morales Campos

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Director

Dr. Adalberto Santana Hernández

Secretaria Académica

Dra. Margarita Aurora Vargas Canales

Secretario Técnico

Mtro. Felipe Flores González

Jefe de Publicaciones

Lic. Ricardo Martínez Luna

CÁTEDRA DEL EXILIO

Representante de la UNAM

Dra. Mari Carmen Serra Puche

Coordinador Académico

Dr. José Francisco Mejía Flores

Docencia y cultura
en el exilio republicano español

COLECCIÓN
EXILIO IBEROAMERICANO

1

CENTRO DE INVESTIGACIONES
SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Adalberto Santana
Aurelio Velázquez
(coordinadores)

Docencia y cultura en el exilio republicano español



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 2015

La publicación de este libro se hizo gracias al apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM, a través del proyecto de investigación PAPIIT IG400314: “Interacción de los exilios en México e Iberoamérica (siglo XX)”.

Docencia y cultura en el exilio republicano español / Adalberto Santana Hernández, Aurelio Velázquez Hernández (coordinadores). -- Primera edición
204 páginas. -- (Colección exilio iberoamericano ; 1)
ISBN 978-607-02-6712-3 (Colección)
ISBN 978-607-02-6713-0 (Obra)
1. Educación -- México -- Historia -- Siglo XX. 2. Educación -- América Latina -- Historia -- Siglo XX. 3. Españoles -- México -- Vida intelectual -- Siglo XX. 4. España -- Historia -- Guerra Civil, 1936-1939 -- Refugiados. I. Santana, Adalberto, 1952- , editor de la compilación. II. Velázquez Hernández, Aurelio, editor de la compilación. III. Serie.
LA421.8.D63 2015

Fotografía de portada: De la exposición “El exilio español en la Ciudad de México. Legado cultural”, efectuada en el Museo de la Ciudad de México (julio de 2014 a enero de 2015).

Diseño de portada: D.G. Irma Martínez Hidalgo

Primera edición: junio de 2015

Fecha de edición: 1º de junio de 2015

D.R. © 2015 Cátedra del Exilio

D.R. © 2015 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C. P. 04510
México, D.F.

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Torre II de Humanidades, 8º piso,
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
Correo electrónico: cialc@unam.mx
<http://cialc.unam.mx>

ISBN: 978-607-02-6712-3 (Colección)

ISBN: 978-607-02-6713-0 (Obra)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Prólogo	9
<i>Adalberto Santana y Aurelio Velázquez</i>	

PARTE I. DOCENCIA

El exilio español y la escuela popular mexicana: el caso de la herencia normalista	23
<i>María de Lourdes Aguilar Salas</i>	

El éxodo docente después de la Guerra Civil en Valencia. Los profesores de instituto que partieron hacia el exilio americano	35
<i>Margarita Ibáñez Tarín</i>	

El Colegio Madrid de 1941 a 1950: las bases de una institución de innovación educativa centrada en el aprendizaje, desde la visión de sus protagonistas.	55
<i>Ernesto Rico Diener y Alicia Martínez Dorado</i>	

El Instituto Politécnico Nacional: extensión y destino de profesores y científicos del exilio español	67
<i>Silvia Mónica García Bernal</i>	

PARTE II. CULTURA

Entre la ciencia y la locura. Los neuropsiquiatras del exilio republicano español	79
<i>Javier Dosil Mancilla</i>	

Las redes sociales del exilio republicano español en México: el mundo editorial y periodístico	89
<i>Juan Carlos Sánchez Illán</i>	
El exilio republicano en México y las redes intelectuales: el caso de Rafael Altamira	103
<i>Juan Manuel Ledezma Martínez</i>	
Intelectuales españoles en el exilio mexicano: empresarios accidentales (1939-1942)	117
<i>Aurelio Velázquez Hernández</i>	
Entre la derrota y el exilio en México: ¿una masculinidad en crisis?	129
<i>Elena Díaz Silva</i>	
Artistas transterradas: Julia Giménez Cacho	143
<i>Yolanda Guasch Mari</i>	
El exilio de Ramón Gaya en México	155
<i>Laura Mariateresa Durante</i>	
Razón, delirio y poesía en el exilio español. El pensamiento de Juan Larrea	167
<i>Katrine Helene Andersen</i>	
El exilio en América Latina: itinerarios del pensamiento	179
<i>Antolín Sánchez Cuervo</i>	
Estampas de México en la poesía hispanomexicana.	191
<i>Gerardo Vega</i>	
Directorio de colaboradores	203

PRÓLOGO

Durante el año 2014 se conmemoró el septuagésimo quinto aniversario de aquel 13 de junio de 1939 en el que el buque *Sinaia* arribó al puerto de Veracruz con 1 599 refugiados españoles a bordo. Esta fue la primera gran expedición colectiva de las que, organizadas por el Servicio de Evacuación a los Republicanos Españoles (SERE), lograrían poner a salvo en este país americano a más de ocho mil personas entre 1939 y 1940.¹ El proceso continuaría durante los años sucesivos gracias a la financiación de otros organismos de ayuda o a la iniciativa privada de forma que hasta 1950 se calcula que acabarían por instalarse en este país entre quince y veinte mil refugiados españoles.² El exilio de todo este gran contingente humano, además de las decenas de miles de personas que huyendo del franquismo se diseminaron por los cinco continentes, fue un proceso traumático, duro y en muchas ocasiones marcado por la desgracia, por tanto, no podemos hablar de celebraciones al recordarlo. No obstante, se trata sin lugar a dudas del mayor éxodo de la reciente historia de España y aunque sólo fuese por ese hecho ya merece ser recordado. Pero además, representó un encuentro entre dos universos culturales que fructificaría en múltiples ámbitos. Por tanto, no podíamos dejar pasar una ocasión, como este septuagésimo quinto aniversario de la llegada masiva del exilio republicano al nuevo mundo sin aprovechar para conmemorarlo. Y, en nuestra opinión, no existe mejor forma de conmemorar un hecho que estudiarlo, investigarlo y aprender más acerca del mismo. Éste es el espíritu desde el cual la Cátedra del Exilio y el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM organizaron una apretada agenda de actos académicos a lo largo de ese año de 2014 que culminaron, entre el 29 y el 31 de octubre, con la celebración de

¹ Aurelio Velázquez Hernández, “La labor de solidaridad del gobierno Negrín en el exilio: el SERE (1939-1940)”, en *Ayer*, núm. 97, 2015, p. 156.

² Clara E. Lida con la colaboración de Pilar Pacheco Zamudio, “El perfil de una inmigración: 1821-1939”, en Clara E. Lida [comp.], *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1994. pp. 25-51.

un congreso internacional en la UNAM que llevó por título: “75 Aniversario del Exilio Republicano Español en México, América Latina y el Caribe”. Actividad que también fue impulsada por los miembros del proyecto de investigación PAPIIT IG400314: “Interacción de los exilios en México e Iberoamérica (siglo XX)”.

En este encuentro se dieron cita más de sesenta ponentes internacionales provenientes de Europa y nuestra América para entablar un fructífero diálogo en torno a las diversas vertientes de esta temática, así como tratar de mostrar los últimos avances en el estado del arte y demostrar que todavía hay mucho que decir acerca del exilio republicano. Los nuevos enfoques, metodologías y perspectivas de análisis aplicados en los últimos años a este ámbito de estudio están produciendo una renovación en las investigaciones que fructifican en un creciente número de publicaciones al respecto. En este volumen hemos realizado una selección de algunas de las aportaciones presentadas en aquel foro, centrándose en una serie de temas como es la influencia de los maestros e intelectuales republicanos y su integración en las instituciones mexicanas de educación y cultura.

México fue, y no por casualidad, el primer país en el que se comenzó a escribir acerca del exilio republicano. En una fecha tan temprana como 1950 ya se publicó un libro de Mauricio Fresco con el expresivo título de: *La emigración republicana española: una victoria para México*.³ En dicho volumen se valoraba muy positivamente la influencia de los exiliados y llevaba a cabo uno de los primeros recuentos del número y la profesión de los exiliados españoles señalando los campos de la vida mexicana en los que habían influido. Como señaló Dolores Pla, en estos primeros años del exilio se constata que prácticamente la mitad de las publicaciones sobre el tema son realizadas por las propias organizaciones de exiliados en las que daban a conocer su situación, el funcionamiento de sus organizaciones y centros, sus posturas políticas, sus funcionamientos internos y reglamentos, etc. Esto se explica porque las comunidades de refugiados poseían una viva necesidad de conservación de su propia memoria y de afirmación de su identidad. Al mismo tiempo que denota que son comunidades muy organizadas. De las primeras obras que se publican en México se van destacando dos ideas principales que serán las que acaben por convertirse en la imagen definitiva que se formará sobre este exilio. En primer lugar se trata de un grupo de personas con un carácter

³ Mauricio Fresco, *La emigración republicana española: una victoria para México*, México, Editores Asociados, 1950.

completamente opuesto a las que tradicionalmente componían la emigración española en México, la honorable colonia española que se caracterizaba tradicionalmente por su conservadurismo. La segunda idea, en la que se insiste en estas primeras publicaciones, es la valorización de la obra realizada por los intelectuales exiliados.⁴

Estas primeras publicaciones, reflejan un concepto que se ha instalado fuertemente en el imaginario colectivo. El de que la mayor parte de los exiliados españoles en México eran, de una forma u otra, intelectuales, científicos, académicos, artistas o literatos de alto nivel que revolucionaron sus respectivos campos de estudio en el país de acogida. De hecho, los trabajos que estudian la vertiente intelectual, cultural y científica del exilio han sido mayoritarios a lo largo de la literatura sobre este fenómeno, siendo aún hoy el enfoque más prolífico. Se han abordado estudios de la participación de los exiliados españoles en prácticamente todos los campos del conocimiento y la ciencia; la educación, el derecho, la medicina, y un largo etc. Pero sobre todo lo más estudiado ha sido el campo literario, los poetas y literatos del exilio han acaparado multitud de publicaciones.

Este concepto de la intelectualidad del exilio republicano español en México es, sin duda, una construcción mítica que ha calado tan profundamente que ha llegado a ser algo prácticamente identitario para los descendientes de este exilio.⁵ Los trabajos de Dolores Pla, centrados en un estudio social del contingente refugiado, se han encargado de desmentir el supuesto de que una parte importante del exilio recabado aquí se componía de esta élite cultural y científica demostrando que se trataba de una minoría muy reducida entre los millares de asilados.⁶ Y sin embargo, continúa siendo una idea muy común entre los no especialistas en la materia. Siendo así cabe preguntarse, ¿por qué se ha establecido de una forma tan palmaria esta mitificación?

Sin llegar a poner en duda la meritoria labor realizada por el reducido número de refugiados que, efectivamente, eran intelectuales, aca-

⁴ Dolores Pla Brugat, "El exilio republicano en Hispanoamérica: su historia e historiografía", en *Historia Social*, núm. 42, pp. 99-122.

⁵ Jorge de Hoyos Puente, *La utopía del regreso. Proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*, México, El Colegio de México/Ediciones Universidad de Cantabria, 2012, pp. 148-150. Tomás Pérez Vejo, "España en el imaginario mexicano. El choque del exilio", en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio [coords.], *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Madrid/Morelia, Comunidad de Madrid/Universidad Michoacana, p. 33.

⁶ Dolores Pla, *Els exiliats catalans un estudio de la emigración republicana española en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Orfeo català de Mèxic, 1999 (Libros del Umbral).

démicos, artistas, literatos o científicos de primer nivel y los relevantes aportes que legaron a sus ámbitos de estudio y a la sociedad mexicana hay que tener en cuenta la coincidencia de varios factores externos.

En primer lugar hay que considerar la situación en los primeros años de este exilio que es cuando se forja esta construcción mítica. El gobierno de Lázaro Cárdenas, se había fijado unos intereses muy concretos al abrir el país a la llegada masiva de refugiados españoles. El que este aporte demográfico ayudaría a dar un salto cualitativo al desarrollo de la economía mexicana. En este sentido, la aportación hispánica debería orientarse en las líneas que el desarrollismo cardenista trataba de implantar, de forma que se planteó la preferencia en la llegada de agricultores, obreros y técnicos cualificados de primer nivel. La idea era que la mayor parte de los asilados, se pretendía que un 60%, fueran campesinos que pudieran ser instalados con todo un plan de colonizaciones agrarias y pesqueras que permitieran ayudar a poblar el desolado norte del país. De manera que un nuevo impulso demográfico de carácter hispánico ayudaría a contrarrestar la influencia estadounidense en esta zona fronteriza. Por otra parte, también se requeriría que un 30% de los arribados fueran obreros y técnicos de primer nivel que ayudaran al desarrollo de la, por aquellos momentos, naciente industria mexicana. Mientras que el restante 10% se aprovecharía para la llegada de intelectuales y académicos.⁷ Por último, Cárdenas era consciente de que el gobierno republicano había logrado poner a salvo grandes cantidades de dinero al finalizar la Guerra Civil. El general michoacano, pretendía que con esos capitales, no sólo se financiara todo el proceso, de forma que su país no tuviera que gastar nada en este acto de generosidad, sino que también pudiera llegar a invertirse en sectores estratégicos que ayudaran al desarrollo de la economía.⁸

Todo este idílico plan fue ampliamente publicitado por el gobierno posrevolucionario. No obstante, el perfil de los exiliados finalmente llegados a México —en buena medida por la selección realizada por los diplomáticos mexicanos delegados a Francia al efecto— poco o nada tuvo que ver con los planes iniciales. Según los estudios de Dolores Pla el 48.77% de los llegados pertenecían al sector terciario, mientras que los tan ansiados campesinos apenas llegaban al 23%.⁹ Con estas

⁷ Antolín Piña Soria, *El presidente Cárdenas y la inmigración de españoles republicanos*, México, Multigrafos SCOP, 1939, pp. 12 y 13.

⁸ Aurelio Velázquez Hernández, *Empresas y finanzas del exilio. Los organismos de ayuda a los republicanos españoles en México (1939-1949)*, México, El Colegio de México, 2014.

⁹ Pla, *Els exiliats catalans...*, 1999.

cifras, difícilmente podía tratar de llevarse a cabo un amplio programa de implantación de colonias agrícolas y aquellos proyectos que trataron de llevarse a cabo, como el de la Hacienda Santa Clara en Chihuahua, resultaron en un sonoro fracaso. Además los refugiados, lejos de instalarse en el norte del país tendieron a concentrarse de forma mayoritaria en la Ciudad de México. Ante esta realidad, el discurso de las autoridades mexicanas tuvo que ir transformándose. Debían encontrar una nueva vía de legitimación para la llegada de los refugiados. El hecho de que los primeros en llegar hubieran sido aquellos destacados intelectuales que vinieron a integrar la Casa de España, con gran eco en los medios locales, unido a la imagen internacional que se había forjado de la Segunda República española como un régimen que impulsó un proyecto de regeneración basado en la educación y la cultura pusieron los elementos para un nuevo discurso legitimador. De forma que, en adelante, se insistiría por parte de los gobiernos mexicanos en la importancia de los intelectuales llegados desde España y la importancia de los conocimientos que habían traído consigo para el desarrollo de las artes y las ciencias del país.

Al mismo tiempo, se produciría una coincidencia de intereses, junto a los de las autoridades se uniría el de los propios exiliados. Por una parte, el presentarse como un grupo de intelectuales les daba un cierto estatus social de superioridad y, al mismo tiempo, les permitía diferenciarse de la antigua colonia española residente en México, muy denostada entre los sectores más progresistas de la sociedad de acogida. Por otro lado, les permitía generar una nueva identidad que remarcaba los mejores valores del régimen de la Segunda República por cuya defensa se vieron obligados a salir de su país.

Todos estos elementos, acabaron por producir esa mitificación de los exiliados como un grupo compuesto mayoritariamente por intelectuales lo que coadyuvó a que la vertiente científica y cultural sea, con mucho, la más estudiada. No obstante, no queremos con esto rebatir que algunos exiliados realizaran relevantes aportaciones a las sociedades de acogida, sino poner en cuestión el carácter poscolonial que a veces rezuman algunos de los estudios realizados en este ámbito. Presentan una imagen en la que este grupo de intelectuales altamente cualificados llegaron a un páramo cultural, de manera que vinieron a “traer la luz” a un país sumido en la miseria, la violencia y el subdesarrollo. En nuestra opinión, muy al contrario, hay que tener muy en cuenta el floreciente ambiente cultural y científico que encontraron los exiliados a su llegada a México. La posrevolución mexicana estaba realizando por esos momentos un amplio esfuerzo

de generación de instituciones culturales y científicas. Recordemos que, por esos años, se creó el Instituto Politécnico Nacional y la Escuela Nacional de Antropología e Historia y universidades como la UNAM o la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo estaban en proceso de expansión y crecimiento. Se trata pues, de un momento de plena efervescencia cultural en el que existía toda una generación de intelectuales mexicanos de altísimo nivel con nombres de la talla de Alfonso Reyes, Daniel Cossío Villegas, Jesús Silva Herzog, José Vasconcelos, Isidro Fabela o Narciso Bassols por citar tan sólo algunos. El gran éxito de la integración de los intelectuales en el ámbito mexicano, que fue innegable, proviene en nuestra opinión del maridaje entre el bagaje intelectual formado en las vanguardias europeas que traían ellos y este contexto de profusión cultural que se encuentran en este país. La mejor prueba de este afortunado encuentro entre dos mundos fue la creación y el éxito de El Colegio de México. Fundado como “Casa de España” para acoger a estos grandes intelectuales españoles y que unidos a lo mejor de la intelectualidad mexicana lograron un desarrollo excepcional.

Los capítulos que hemos reunido en este libro, pretenden ser una aportación que huye de esa visión tradicional del exilio como un conjunto de exiliados que vino a traer la cultura a un México anclado en el atraso. Por el contrario, tratamos de analizar los caminos de la integración socio profesional de varios sectores de exiliados, muy cualificados pero que, como veremos, su integración en el país no fue tan sencilla como suele pensarse.

El presente volumen se ha estructurado en dos partes, la primera de ellas lleva por título “Docencia” y reúne una serie de artículos centrados en el desarrollo profesional de los docentes exiliados en este país. Un sector ampliamente representado en las primeras expediciones de refugiados y que encarna perfectamente este maridaje cultural del que hablábamos. Por una parte, los maestros españoles traían un fuerte bagaje de innovación pedagógica, fruto de la importancia otorgada por los gobiernos progresistas del periodo republicano al asunto educativo. La República implantaría en España toda una serie de innovaciones pedagógicas, así como un intenso programa de creación de escuelas.¹⁰ El reformismo educativo apareció en el programa político de la República por la influencia de varias corrientes

¹⁰ A este respecto recomendamos consultar las obras de Mercedes Samaniego Boneu, *La política educativa de la Segunda República*, Madrid, CSIC, 1977; Mariano Pérez Galán, *La enseñanza en la Segunda República*, Madrid, Mondadori, 1998; Antonio Molero Pintado, *La reforma educativa de la Segunda República Española: primer bienio*, Madrid, Santillana, 1977.

educativas que se desarrollaban por esos momentos, por un lado, la institucionista, representada, lógicamente, por la Institución Libre de Enseñanza (ILE),¹¹ heredera directa de la corriente filosófica krausista¹² y, por otro, un conglomerado de diferentes modelos de educación popular (escuela racionalista, de la escuela nueva, etc.) propugnados especialmente por el Movimiento Obrero, tanto anarquista como socialista.¹³ Toda esta tradición renovadora casará perfectamente con el convulso momento de transformación en que vivía el sistema educativo mexicano. El sexenio de Lázaro Cárdenas introdujo reformas de calado en la educación, definiendo la educación pública como laica, en la línea de lo que venían marcando sus antecesores, y socialista.

El primer capítulo, firmado por María de Lourdes Aguilar Salas lleva por título “El exilio español y la escuela popular mexicana: el caso de la herencia normalista”. En él se parte de un reconocimiento de la labor modernizadora realizada en España por los normalistas y la coincidencia ideológica con los principios pedagógicos de la escuela popular mexicana y de las escuelas normales de México. Para ilustrar este proceso la autora se centra en los casos de Antonio Ballesteros, Estrella Cortichs Viñals, Carlos Sáenz de la Calzada y Jesús Bernárdez.

En esta misma línea se sitúa el trabajo de Margarita Ibáñez Tarín titulado: “El éxodo docente después de la Guerra Civil en Valencia. Los profesores de instituto que partieron hacia el exilio americano”. El texto se centra en el análisis de las historias de vida de un grupo de catorce profesores de institutos de educación secundaria de Valencia en el exilio. A través de este estudio de caso se puede comprender la depuración que los cuerpos docentes sufrieron bajo el franquismo y las posibilidades de integración socio laboral de estos grupos en su exilio americano.

Ernesto Rico Diener y Alicia Martínez Dorado, se centran en el análisis de una de las instituciones educativas de más tradición y prestigio de entre las iniciadas por los exiliados españoles en México en su capítulo: “El Colegio Madrid de 1941 a 1950: las bases de una institución de innovación educativa centrada en el aprendizaje, desde

¹¹ Sobre la actuación de la ILE podría consultarse entre las muchas obras dedicadas al respecto la de Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Editorial Tecnos, 1970.

¹² Véase López Morillas, *El krausismo español*, México, FCE, 1956.

¹³ Sobre la escuela moderna podemos consultar: Jordi Monés, *Ferrer Guardia y la pedagogía libertaria: elementos para un debate*, Barcelona, Icaria, 1977 y acerca de la educación socialista convendría señalar la obra de Francisco de Luis Martín, *La cultura socialista en España, 1923-1930: propósito y realidad de un proyecto educativo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993.

la visión de sus protagonistas”. A través de una serie de entrevistas a algunos de sus primeros alumnos, reconstruyen la historia de los primeros años de este centro. Para ello analizan las biografías de tres de sus primeros profesores: Jesús Revaque Garea, director fundador; Santiago Hernández Ruiz, subdirector fundador; y Jesús Bernárdez Gómez, profesor fundador. La historia del Colegio Madrid representa un excelente ejemplo de la evolución de aquellos primeros años del exilio en México.

En “El Instituto Politécnico Nacional: extensión y destino de profesores y científicos del exilio español”, Silvia Mónica García Bernal se centra en uno de las instituciones educativas creadas en México por aquellas fechas. A través de un valioso recuento de los exiliados españoles que impartieron cátedra en esta institución, la autora remarca su contribución en la consolidación de una institución educativa de primer nivel que vino a potenciar los estudios técnicos en este país.

Con el capítulo de Javier Dosil “Entre la ciencia y la locura. Los neuropsiquiatras del exilio republicano español” se abre la segunda parte de nuestro libro titulada “Cultura”. Abandonamos a los docentes exiliados para centrarnos en otros grupos profesionales que desarrollaron actividades culturales y científicas en México. Esta primera aportación de la segunda parte se dedica de hecho a un grupo sobre el que queda aún mucho por investigar como es el de los científicos. En este caso, el de los neuropsiquiatras que se habían formado en España bajo la estela del premio nobel Santiago Ramón y Cajal. Aunque Cajal falleció en 1934, de manera simbólica desempeñó un papel muy importante en el exilio. Constituía la figura más sobresaliente de la ciencia española y representaba los valores culturales que habían llevado a tantos españoles al destierro. El autor desentrañará en este texto las diversas trayectorias continuadas por sus seguidores en el exilio y la pervivencia en ellos de la obra de Cajal como un elemento aglutinador.

“Las redes sociales del exilio republicano español en México: el mundo editorial y periodístico” de Juan Carlos Sánchez Illán se adentra en la actividad en el exilio de periodistas y editores. La creciente industria editorial y periodística mexicana abriría las puertas a un gran número de profesionales españoles de este ámbito resultando en una fructífera colaboración. México durante los años cuarenta y parte de los cincuenta se erigirá, en parte gracias a su intervención, en el gran centro mundial de la edición en lengua española.

Juan Manuel Ledezma Martínez firma el trabajo titulado “El exilio republicano en México y las redes intelectuales: el caso de Rafael

Altamira” en el que nos habla de las redes establecidas por Rafael de Altamira en México, gracias a sus excelentes relaciones establecidas desde décadas antes con intelectuales e instituciones americanas. Su intenso trabajo para lograr una mejoría de su entorno social y una buena relación cultural entre España y las que él llamaba sus “hermanas americanas”, se centró no sólo en la difusión del conocimiento sobre América gracias a sus obras, artículos, conferencias y a través del seminario que fundó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid en 1910 y de su cátedra en la Universidad Central de Madrid sobre las instituciones de América en 1914, sino también con su labor diplomática extraoficial. Sobre esta última se reconoce que contribuyó a establecer puentes entre España y las repúblicas americanas, empresa que realizó principalmente entre junio de 1909 y marzo de 1910 a lo largo de su famoso viaje de nueve meses por América en el que visitó Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Estados Unidos y Cuba. Las redes que tejió Don Rafael Altamira en su primera visita a México durante 1909 y 1910, continuaron en los años que precedieron su retorno a México en calidad de exiliado republicano.

En “Intelectuales españoles en el exilio mexicano: empresarios accidentales (1939-1942)”, Aurelio Velázquez pone en cuestión el mito de la fácil integración de los intelectuales españoles en el medio académico y cultural mexicano. A través de algunos estudios de caso, como los de José Bergamín, José Puche o Antonio Giral podemos comprobar las dificultades que tuvieron que pasar algunos exiliados para lograr su integración laboral en México. Sin duda, la labor de inversión realizada por los organismos de ayuda a los republicanos españoles apoyó a muchos refugiados a obtener sus primeros empleos, pero muchos de estos intelectuales no encontraron fácil acomodo y tuvieron que reconvertirse profesionalmente de diversas maneras.

Elena Díaz Silva, introduce un innovador objeto de estudio en “Entre la derrota y el exilio en México: ¿una masculinidad en crisis?”. Este capítulo se centra en el análisis de las identidades de género en el exilio: la autora trata de analizar la existencia de una crisis de la masculinidad de los exiliados derivada del trauma de la derrota, y cómo esta masculinidad tuvo que reconstruirse en el mismo proceso en el que se tuvo que redefinir la identidad de los asilados. En este sentido se destaca el funcionamiento de un mecanismo identitario como fue la asimilación de exiliado con intelectual en el exilio.

Continuando con los estudios de género nos adentramos en el campo artístico gracias al texto de Yolanda Guasch titulado “Artistas transterradas: Julia Giménez Cacho”. En él la autora señala acertada-

mente cómo en la España de los años treinta, a pesar de los cambios introducidos por la Segunda República, continuaba siendo muy difícil para las mujeres obtener reconocimiento como artistas. No obstante, en México la situación era muy diferente. Mujeres como Frida Khalo, María Izquierdo, Angelina Beloff, Rosa Rolanda, Lola Velazquez Cuento o Olga Costa habían logrado un amplio reconocimiento dentro de la Escuela Mexicana de Pintura o en paralelo a la misma. Por tanto, tras su marcha al exilio algunas artistas españolas encontraron en México el reconocimiento que nunca habían obtenido en España. Yolanda Guasch analiza el caso de Julia Giménez Cacho, una artista muy particular por su formación autodidacta y porque desarrollaría toda una inédita carrera artística íntegramente en su etapa mexicana.

Sobre otro de los más reputados artistas del exilio español trabaja Laura Mariateresa Durante en “El exilio de Ramón Gaya en México”. La autora parte de la puesta en valor del polifacético artista murciano y analiza su etapa en el exilio. La experiencia mexicana de Gaya representa un contrapunto a la construcción de la fácil integración del exilio español en México, mitificada por el concepto gaosiano del “transtierro”. Ramón Gaya nunca logró integrarse en el medio cultural y sus años en este país fueron realmente duros para él de modo que, en cuanto pudo, regresó a Europa. A pesar de todo, la autora trata de valorar el impacto que la experiencia mexicana dejó en la obra del artista.

Katrine Helene Andersen nos presenta su trabajo: “Razón, delirio y poesía en el exilio español” en el que se centra en el estudio de la relación entre filosofía y literatura. España había estado tradicionalmente aislada de los círculos filosóficos europeos y sus pensadores, en buena medida, se confundían con literatos. El interesante análisis realizado por esta autora rompe con la perspectiva tradicional del aporte que realizaron a la filosofía mexicana sino que, por el contrario, se centra en el análisis de lo que el exilio y México aportó a estos intelectuales. A partir del análisis de la obra de Juan Larrea, que en su etapa en el exilio cultivó la poesía pero sobre todo el ensayo, nos muestra que el encuentro con la cultura latinoamericana y, en especial, la precolombina permitió este autor romper con el racionalismo europeo para definir una nueva filosofía del delirio o de la locura como una alternativa a la razón.

En la misma línea del trabajo anterior, Antolín Sánchez Cuervo nos presenta: “El exilio en América Latina: itinerarios del pensamiento” en el que trata las trayectorias vitales y filosóficas de grandes figuras del pensamiento español exiliado como José Gaos, Joaquín Xirau,

Eduardo Nicol, María Zambrano o José Ferrater Mora, entre otros. A pesar de componer un panorama intelectual muy heterodoxo, pues el pensamiento de todos estos personajes es tremendamente diverso, el autor señala al “Humanismo” como el hilo conductor de todos ellos.

Por último, “Estampas de México en la poesía hispanomexicana” de Gerardo Vega Sánchez profundiza en el complejo concepto de la identidad de hijos de los exiliados a través de las creaciones poéticas de la llamada Generación Nepantla, o Generación Hispanomexicana del medio siglo. Pese al conflicto identitario que les aqueja su obra está plenamente integrada en la poesía latinoamericana y es un magnífico reflejo de los cambios del México de su tiempo.

En resumen presentamos un conjunto de avances de investigación que pretenden realizar una radiografía de los nuevos trabajos que se están desarrollando acerca del mundo cultural, artístico, científico y docente del exilio republicano español.

Adalberto Santana
Aurelio Velázquez

PARTE I
DOCENCIA

EL EXILIO ESPAÑOL Y LA ESCUELA POPULAR MEXICANA: EL CASO DE LA HERENCIA NORMALISTA

María de Lourdes Aguilar Salas*

Resumen

El exilio español y la escuela popular mexicana toma sentido desde el momento en que se escriben los preceptos pedagógicos de distintos profesores y pensadores que venían a bordo del barco *Sinaia* en 1939. Uno de ellos el profesor Antonio Ballesteros representa el baluarte de los pedagogos españoles, que de alguna manera incidieron no sólo en la Institución Libre de Enseñanza que compartía algunos ideales con el cardenismo en México, sino también, con los principios de las escuelas normales de México: la Escuela Nacional de Maestros (ENM) y la Escuela Normal Superior de México (ENSM). Se abordan otros profesores a la luz de la memoria magisterial mexicana.

Palabras clave

Maestros, Normalismo, Escuela Popular, Exilio, Antonio Ballesteros.

Aquella tierra estaba viva. Y entonces comprendiste todo el valor de esa palabra y su entero significado, porque casi te habías olvidado de que estabas vivo.

LUIS CERNUDA, en *Lo Nuestro*, 1950.

“Lo nuestro”, como dice Cernuda, ya implica tres parcelas de la historia mexicano-española. Por un lado hablar de exilio es como hablar de los continentes geográficos; escribir sobre los orígenes de la Escuela Popular Mexicana, nos obliga, al menos, a pincelar parte de dos siglos; y sobre el legado social y pedagógico de los maestros universitarios y los maestros de escuela, se necesitaría un crisol, en el que a la vez que se mezclen los sucesos de la época, se deje la coloración y gama auténtica de cada uno de sus elementos.

* Instituto de Enseñanza Mexicano-Española, Colegio Madrid.

Intentemos ir desde lo más evidente, es decir desde nuestra mirada y experiencia en los primeros años de maestra normalista.¹ Egresar de las escuelas normales en los años ochenta suponía estar en la vanguardia de la educación normalista. Muchos cambios en los planes de estudio, se combinaban las políticas del Estado con la educación y lo que sí sabíamos es que teníamos que trabajar nuestras plazas de 20 horas (Primaria) o 19 horas (Secundaria). En esa época del *Lux, Pax, Vis*, que se coreaba en la Escuela Nacional de Maestros, se oía también alguna remembranza de los maestros del exilio, pero mucho más en la ENSM. Se recordaba, en nuestras aulas de la calle de Fresno, el momento en que en España a partir de 1936, habían huido tantas mentes pensantes tras el terror del franquismo que sufrió enormemente la sociedad. Tantos catedráticos, intelectuales y profesores de grupo que dejaron todo: Universidad, Centros de educación, Institutos, Colegios y Academias. Años paralelos a los ochenta en México se hablaba de la naciente Coordinadora del magisterio, y allende las fronteras se había instaurado la democracia en España y aun así se sabía que, en buena medida, no se lograría recuperar todo lo perdido en aquellos viajes de los refugiados que si bien llenaron las arcas del conocimiento en los países que llegaron, vaciaron con fuerte pena y desazón la España del conocimiento y desarrollo científico y pedagógico. También se nos recordaba en la clase de “Problemas contemporáneos de la Filosofía” cómo se habían fusionado las vertientes filosóficas y pedagógicas de tantos maestros en México y en España. De manera reciente, leí a unos de mis profesores lingüistas de la Especialidad de la ENSM (del año 1983); da gusto, reconocer que, después de 30 años, sí existe el recuerdo de quienes formaron parte del normalismo. Cito al profesor Antonio Domínguez Hidalgo:

Sin embargo, quienes incrementaron mi vocación magisterial como normalista e indirectamente me conectaron con este otro fascinante universo, el de la pedagogía científica, fueron los maestros Ballesteros: Antonio

¹ El acercamiento al exilio español y la educación en México, en cierto sentido es un legado familiar y cultural. IncurSIONO en ello, por ser hija de maestros normalistas llegados a la ciudad de México a mediados del siglo XX. Profesores Luis Alonso Aguilar Molina (Mérida Yuc. 1938-2004) y María de Lourdes Salas Delgadillo (Puebla, Pue. 1942-2008), quienes siempre hablaron de sus clases en la Normal; especialmente sobre los maestros Ballesteros. El internado para varones de la Normal y la escuela para señoritas de esa época, permitió a este matrimonio consolidar la educación de sus hijos en las escuelas del IPN y de las dos normales: BENM y ENSM. Esta mirada es la que me acerca a esta especie de homenaje brindado a dos normalistas (mis padres), que defendieron siempre la educación popular mexicana y que supieron apreciar el proyecto pedagógico del exilio. A ellos que ya no están, dedico este fragmento breve de la historia mexicano-española.

y Emilia. Ellos, esposos en el exilio, desgajados de su patria, mala madre España, orientaron mis ensueños didactas hacia lo mejor de la Europa de entonces. Así entré en el mundo de Ovidio Decroly y de María Montessori; de Piaget, de Bruner y de Vigotsky. “Si quieres romper la miopía nacional, hay que leer en otras lenguas”, recuerdo que me decían.²

Pero no todo trae buenos recuerdos, en los años anteriores inmediatos a la dictadura franquista, en México se había destapado una especie de caja de pandora en cuanto al normalismo se refiere. Y hablar de normalismo (no de normalistas) nos lleva a pensar y repensar la educación de los mexicanos en la infancia y la adolescencia. El cierre de la ENSM nos tocó a varias generaciones que vimos a los cuerpos de granaderos invadir nuestros jardines, también llamados “islas”. Quizá por todo este lirismo sea preferible dar un vuelco atrás y limitarnos a rememorar el nacimiento y vínculo de las escuelas normales con la pedagogía del exilio.

Para el año 1881, estaba ya fundada la Escuela Normal Superior de México. La génesis y desarrollo de la actual ENSM se dio en el proyecto de Ley para la creación de la Universidad Nacional publicado por Justo Sierra el 10 de febrero de 1881 en *El Centinela Español* en México. El proyecto se ejecutó hasta el año de 1910. En 1924 la Facultad de Altos Estudios imparte cursos para la formación de maestros. La Escuela Normal Superior (ENS) funcionó junto con la Facultad de Graduados y con Filosofía y Letras, hasta que el Rector de la Universidad, Dr. Alfonso Pruneda, comunica que la Presidencia acuerda la clausura temporal de la Facultad de Filosofía y Letras (Antigua Facultad para Graduados y Escuela Normal Superior), todo ello por las situaciones económicas del país. En los años siguientes, Emilio Portes Gil decreta de manera definitiva la separación de la Escuela Normal de la Facultad de Filosofía y Letras; en concreto la ENS funcionó sólo en esa Facultad de 1929 a 1933.

Así las cosas, a la llegada del exilio español a México, las Escuelas Normales se encontraban ya bajo la administración del general Lázaro Cárdenas, como presidente, y los ministros de Instrucción Pública correspondientes en sus periodos: Ignacio García Téllez (1934) y Gonzalo Vázquez Vela (1935). A partir del 29 de julio de 1936, Lázaro Cárdenas expide un acuerdo autorizando a la SEP para que funde un Instituto de Preparación del Magisterio de Enseñanza Secundaria,

² Antonio Domínguez Hidalgo, “La vocación normalista”, en *Educación 2001*, Nueva Época, año XVI, núm. 186, noviembre de 2010, p. 57.

y así son inaugurados los cursos en Fresno No. 15. Dicho Instituto estuvo ubicado de 1937 a 1939 en San Cosme No. 61. En ambos casos ya estamos hablando de la ENSM.

Largas son las historias de las dos escuelas normales que se relacionan con la Educación Popular Mexicana y con los años del exilio español (nos referimos desde la década de los años treinta hasta, por lo menos, los años setenta, en que se sigue viendo la huella pedagógica de los pensadores españoles). Baste decir que, además de la ENSM, para el año de 1887 se había fundado la Escuela Normal para Profesores de Institución Primaria (antecedente de la actual Escuela Nacional de Maestros; *Benemérita* para el año de 1997). De esta forma, podemos decir que transcurrían años de transformación entre la SEP, la Universidad y por supuesto las Normales, que sufrieron la impronta de la Revolución mexicana. Son así las Normales un parteaguas de los ideales de José Vasconcelos bajo el gobierno de Álvaro Obregón (hacia 1921) y de la educación socialista planteada por el gobierno de Cárdenas diez años después.

De esta manera y a la luz de la historia, llega a México, en pleno cardenismo, uno de los buques, el *Sinaia* (que desembarcó el 13 de junio de 1939) y que traía unos 1 600 refugiados con distintas clases pensantes: artistas, intelectuales, profesores, gente de oficios, todos ellos verdaderos emprendedores en su patria. En ese barco que llegaría a Veracruz viajaba uno de los baluartes pedagógicos, el maestro Antonio Ballesteros Usano.

Y no sólo llegaba su clarividencia, sino cerca de 1 500 desterrados inquietos por ser provechosos en este país ajeno. Así llegaron otros buques: el *Ipanema*, el *Mexique*, el *Nyasa* o el *Champlain*, que viajaron hasta su suspensión en el año de 1942. Varios años de diáspora en donde se vivieron los viajes más controversiales, como fue el de los niños de Morelia³ hasta los distintos viajes con pasajeros de distintos oficios y profesiones aprendidas en los territorios españoles (con sus vertientes anarquistas, republicanas y comunistas). Además de los propiamente exiliados, también los hubo invitados por el gobierno, y es aquí en estas navegaciones en las que llegaron profesores de los distintos niveles educativos y fueron ellos quienes poblaron los centros de enseñanza de nivel superior y de investigación

³ Para el caso de los niños que llegaron a Morelia, resulta muy esclarecedor el capítulo de Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa, "Una utopía educativa: la Escuela España-México", en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa [coords.], *De Madrid a México, El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001, pp. 247-260.

científica y humanística, como la Universidad Nacional de México o la Casa de España (ahora El Colegio de México). Pero también algunos maestros formaron parte de los gremios magisteriales que ya habían nutrido las históricas normales. A esta larga historia de gestación pedagógica en las normales debe también sumarse una historia de riqueza pedagógica en el país; la de la formación y principios educativos de los colegios españoles de creación republicana tales como el Instituto Vives, el Instituto Escuela y el Colegio Madrid, en la ciudad de México,⁴ que se fundamentaron desde sus orígenes en la Institución Libre de Enseñanza (ILE) y que había comenzado sus propuestas pedagógicas desde fines del siglo XIX. El espíritu liberal se propagó por toda España con la idea central de que se tendría que dar un cambio desde la educación, encabezada por el profesor universitario don Francisco Giner de los Ríos y expandida hacia la escuela de educación elemental en muy poco tiempo.

Así las cosas, parece importante tratar de la Escuela Popular Mexicana, de la que hablaba el maestro Ballesteros desde su manifiesto en el *Sinaia* y de donde toma inspiración la crestomatía necesaria para el magisterio. Aquí hacemos una reflexión *in medias res*: ¿por qué nos preocupa hablar de la educación popular o el legado del exilio en la formación y profesionalización normalista? Por una parte, se ha señalado sobre este vértice que no se sabe tanto como se dice. También, creemos, falta revisar aún más los momentos vividos a través de la memoria histórica de las escuelas normales, los educadores y los que ahí recibieron toda su formación pedagógica y que dieron una respuesta a la enseñanza de generaciones y generaciones de niños, adolescentes y jóvenes mexicanos, quizá muchas veces con las ideas liberales y pedagógicas de los educadores españoles. Esta ausencia, en el estudio de la relación entre el legado del exilio y la asimilación pedagógica normalista ha sido ya señalada por una de las estudiosas del maestro Antonio Ballesteros:

⁴ Para un conocimiento amplio del exilio español y de los colegios españoles de origen republicano en la ciudad de México, hay una cantidad inmensa de materiales en impreso y en formatos electrónicos. De los cuales simplemente destacamos unos cuantos para contextualizar el objeto de estudio. Véase principalmente: Juan José Reyes, "Escuelas, maestros y pedagogos", en AA.VV., *El Exilio Español en México 1939-1982*, México, FCE, 1982, pp. 177-203; José Antonio Matesanz, *Las raíces del Exilio. México ante la guerra civil española 1936-1939*, México, El Colegio de México/UNAM, 1999; José Ignacio Cruz [ed.], *Los colegios del exilio en México*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2005; Sandra García de Fez, *La identidad nacional de los Colegios del Exilio Republicano Español en la Ciudad de México (1939-1950)*, Tesis Doctoral, Valencia 2010; Dolores Pla Brugat [coord.], *El Exilio Español en la Ciudad de México* (Catálogo-Exposición), Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, México, 2011.

Sin embargo, poco se ha estudiado o al menos no de manera sistemática, acerca de la presencia de otros grupos de trabajadores que también se integraron al país que los recibió y dieron a él su trabajo, su oficio, sus conocimientos y sus convicciones. Tal es el caso de los *maestros de escuela*, esos educadores comunes y corrientes, pedagogos o profesionistas dedicados a la educación básica. Si bien, en estricto sentido podríamos decir de estos maestros que eran trabajadores intelectuales, su inserción en la sociedad mexicana tuvo una naturaleza mucho más específica al definirse como *maestros* o *maestros formadores de maestros*.⁵

Para conocer la obra y pensamiento del maestro Ballesteros es necesario leer el manifiesto pedagógico ideado en el propio buque, un día antes de su arribo a Veracruz (12 de junio). Aquí se transcriben unos fragmentos que ilustrarán en voz del pedagogo el ideario de quien venía ya con una trayectoria muy sólida en las escuelas del Instituto Juan Jacobo Rousseau de Ginebra y donde además había sido alumno de Ovidio Decroly. Desde el navío, Ballesteros venía construyendo toda una perceptiva pedagógica para poner en práctica en México:

La Escuela Popular Mexicana [...]. se imprime a la escuela un profundo sentido social. La lucha del pueblo por su liberación, los sufrimientos de los oprimidos, las injusticias y crueldades del régimen capitalista y de otra parte la obra reformadora y de profunda transformación de la vida mexicana, que personifica el Presidente Cárdenas, especialmente en cuanto a derechos de los humildes, son estudiados y vividos por la escuela [...]. La reforma escolar prevé los conocimientos que deben poseer todos los alumnos al salir de la escuela y aconseja la aplicación de los métodos más avanzados y eficaces. De tal modo que pronto la escuela mexicana será un modelo de trabajo y organización que podrá colocarse a la cabeza del movimiento pedagógico del mundo [...]. La reforma, en fin, presta una atención decisiva a la formación de los maestros. Numerosas escuelas normales cuidan de su preparación pedagógica adaptándola a la índole de escuelas —rurales o urbanas— que han de regir. Pero hay que advertir que la misión del maestro sobre todo en los medios campesinos no se limita a la enseñanza de sus alumnos, sino que además deben ser agentes de la revolución defendiendo con su palabra, su acción política y sus lecciones, las conquistas logradas por el pueblo trabajador [...]. Tal es, en obligada síntesis, la obra de educación a la que nosotros españoles y, sobre todo, los profesionales de la enseñanza, hemos de prestar nuestros esfuerzos.

⁵ Valentina Cantón, "El Exilio Español y la escuela popular mexicana", en *Correo del Maestro*, núm. 37, junio 1999. En <http://www.correodelmaestro.com/anteriores/1999/junio/2anteaula37.htm>.

Al incorporarnos al trabajo activo en México no debemos olvidar que por nuestra condición antifascista, por lealtad hacia el pueblo de México y a su Presidente Cárdenas que nos acogen con tan generosa hospitalidad, por deber patriótico de apresurar la reconquista de España, hemos de convertirnos en activos colaboradores de esta obra magnífica en que se haya comprometido el Pueblo hermano y de cuyo triunfo depende nuestra propia victoria. No hay que dudar. Nuestro puesto, nuestra acción han de estar del lado de estos combatientes de la libertad que nos llaman a su país no a título de huéspedes conformistas y pasivos, sino como hermanos de ideal que han probado su temple y su heroísmo en tres años de batalla contra el enemigo que nos es común: el fascismo.⁶

Además del ideario que ya traía este gran profesor, pudo poner pronto en práctica docente la enseñanza de asignaturas en las escuelas normales de la Ciudad de México (ENM-ENSM): “Organización escolar”, “Educación para adultos” y “Conocimiento de la adolescencia” (materia que también daría en el Doctorado en su curso “Problemas del adolescente mexicano”). La huella en las escuelas normales duró al menos una treintena de años.⁷ Conocido es el homenaje que brindaron los normalistas a los maestros Ballesteros, al cumplir en su labor 25 años. Así los evoca Juan José Reyes: “Venían llenos de incertidumbre pero pronto se entregaron a su labor y pronto fue apreciada entre nosotros la calidad de su magisterio”. Además de su calidad magisterial, la Dra. Nubia Yuridia Gómez categoriza lo siguiente: “En poco tiempo, destacaron en conferencias, cursos, publicaciones, etc., en la UNAM y el Politécnico. Las diferentes disciplinas recibieron aire fresco del conocimiento europeo”.⁸

Después del profesor Ballesteros es difícil hablar de la marca del exilio español en el resto del magisterio mexicano; sin embargo, hay que evocar a varios de sus miembros, con la salvedad, de que somos conscientes, de que algunos nombres se pueden quedar fuera del tintero de manera injusta, y de la misma manera hacen su aparición

⁶ *Loc. cit.*

⁷ Se encuentran otros datos interesantes del profesor Ballesteros en el trabajo de Ismael Vidales. Señala, en su *Diccionario*, que el profesor, además fue fundador y coeditor de la *Revista Educación y Cultura* y colaborador de *Romance*. Quizá otro dato interesante es que su labor no se limitaba a las escuelas en la ciudad de México, ya que fue profesor en la Escuela Normal Superior para Varones, de Pachuca, Hidalgo. Véase Ismael Vidales, *Diccionario Biográfico Magisterial*. En www.caeip.org/docs/investigacion-pedagogica/magisterio.pdf. Para más datos precisos de los maestros Ballesteros debe revisarse el capítulo de Reyes, *op. cit.*, pp. 187 y 188.

⁸ Para conocer desde una perspectiva sociológica el proyecto pedagógico de la Segunda República española y su impronta en México, véase Nubia Yuridia Gómez Hernández, *Génesis y desarrollo del proyecto educativo y cultural del Colegio Madrid*, 2004 (Tesis de doctorado en sociología).

otros hallazgos a la luz del material estudiado. Una de esas rarezas es el nombre de la profesora Estrella Cortichs Viñals, quien ingresó como profesora a la Vocacional 4 del Instituto Politécnico Nacional en 1957. Había nacido ella con el siglo en 1902 en Gironella. Estudió magisterio y pedagogía en Barcelona y durante la Guerra Civil tuvo a su cargo el cuidado de la ayuda infantil de retaguardia de la Generalitat de Cataluña. Fue exiliada en Francia, en Santo Domingo y finalmente en México. “Desde 1949 dio clases en la Escuela Normal Superior de México en la cual permaneció hasta 1967; fuera del IPN también fue mentora del Instituto Luis Vives, en la Academia Hispano Mexicana y en el Colegio Madrid”.⁹

Por otra parte y gracias a la entrevista mantenida con el Dr. Santiago Valiente (matemático pedagogo y recién jubilado de la ENSM), se observan otros nombres que son dignos de traerse a colación y de los cuales existen algunos estudios ya aparcelados y otros no tanto. Me refiero en concreto al Dr. Carlos Sáenz de la Calzada (geógrafo), y al profesor Jesús Bernárdez (matemático). Vayamos con el primero.

El Dr. Carlos Sáenz de la Calzada Gorostiza es otro caso relevante para la ciencia, la Universidad y las escuelas normales. De antemano se dice que “fue la figura más destacada de los geógrafos del exilio en México. Su obra editorial, su cátedra universitaria y sus colaboraciones como asesor de diferentes instituciones e instancias de gobierno, le valieron ser considerado como el geógrafo más prominente del exilio español”. Además de dedicarse a la Geografía Médica, integró y elaboró estudios concretos de Historia de la Geografía e Historia del Pensamiento, así como las bases filosóficas de la Geografía.¹⁰

El Dr. Sáenz de la Calzada impartió la cátedra de matemáticas en la Especialidad de Matemáticas de la Escuela Normal Superior de México entre 1964 y 1970, siendo además el fundador de la cátedra de Problemas Contemporáneos de la Ciencia y la Filosofía dada en la Especialidad de Geografía hasta 1983.

Un caso más para la ciencia y la docencia fue el del profesor Jesús Bernárdez Gómez, quien además de enseñar en el Colegio Madrid estuvo en la ENSM en la Especialidad de Matemáticas, donde dirigió va-

⁹ Para más datos de la profesora y filóloga Estrella Cortichs Viñals véase Silvia Mónica García Bernal, *Los maestros del Exilio Español en el Instituto Politécnico Nacional*, México, 2012, pp.184-186.

¹⁰ Javier Rincón Castañeda, “Los profesores de Geografía del Exilio Español de México”, en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, núm. 252, 10 de octubre, 2000. En <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-252.htm>.

rias tesis.¹¹ De él podemos decir que, tras una fatigosa vida en España, ya que la Guerra Civil tomó de sorpresa a toda la familia enviándolos a los campos de concentración de Argèles sur Mer, pudo embarcar en el *Ipanema* el 13 de junio de 1939. Aquí en México, su trayectoria fue fecunda en la docencia, investigación y publicaciones didácticas. Formó parte del cuadro de profesores del Colegio Madrid, dirigido por el maestro Jesús Revaque, del año 1941 hasta 1971 (bajo los patrones de la Institución Libre de Enseñanza). Tuvo un enorme éxito al superar el medio millón de ventas de sus libros publicados en la editorial Esfinge, en colaboración con Arquímedes Caballero y Lorenzo Martínez Cedeño. Destacan títulos como *Geometría analítica, Iniciación al cálculo diferencial e integral* y sus famosas *Tablas matemáticas*.¹²

No menos importante es quien también ocupara el cargo de Director del Colegio Madrid (años 1971-1975), el profesor Luis Castillo, historiador y geógrafo proveniente de Valencia. Llegado en el año 1939, fue profesor de la Escuela Normal Superior de México en las Especialidades de Geografía e Historia. Encontramos que se suele ubicar al profesor Castillo dentro de los que tienden puentes, tal y como ha señalado Aguirre Lora:

En el caso del normalismo, podemos suponer que la recepción de tradiciones y legados intelectuales ha sido más plural [...] entre estas herencias y legados, existe un constructor de historias de la educación que tiende el puente entre el normalismo y la pedagogía universitaria.¹³

De otros profesores ligados al exilio y al normalismo tenemos referencias exclusivamente por algún dato bibliográfico; tal es el caso

¹¹ Los datos del profesor Bernárdez Gómez se obtuvieron de primera mano por la entrevista con el Dr. Santiago Valiente Barderas, eminente matemático, quien fue alumno del Dr. Bernárdez, presentando su examen de grado en la ENSM. Agradezco a Santiago Valiente su generosidad, no sólo para hablarme de este profesor del exilio español, sino de acercarme los nombres de otros profesores que en este trabajo y en futuros trataré de abordar.

¹² Para más datos del profesor Bernárdez puede indagarse también en *Cátedra del Exilio* (patrocinada por Banco Santander). En <http://www.exiliadosmexico.blogspot.mx/2012/09/climent-beltran-juan-bautista.html>.

¹³ Véase María Esther Aguirre Lora, *Tramas y Espejos. Los constructores de historias de la educación*, p. 59. En <http://books.google.com.mx/books?id=tPuLC4Th5UwC&pg=PA59&tpg=PA59&dq=Luis+Castillo+Iglesias+profesor+normalista&source=bl&ots=jXAG6E7qll&sig=j-Gkui5vKIDvdaTs-c9YaaC8GMWc&hl=es&sa=X&ei=LRVHVPj4LMK48QHh6YHIBg&ved=0CBs-Q6AEwAA#v=onepage&q=Luis%20Castillo%20Iglesias%20profesor%20normalista&f=false>. Se dan ejemplos de normalistas universitarios en cita núm. 57: Raúl Bolaños Martínez, Agustín Cué Cánovas, Jorge Hernández Millares, Luis Castillo Iglesias, etcétera.

de Laureano Poza Juncal.¹⁴ De él sabemos que es autor del texto que se llevaba en las normales con el título de *2º Curso de Química Inorgánica*. Este dato se encuentra en el *Anuario de la ENSM*. También tenemos referencia puntual de su nombre en datos de Fernando Serrano Migallón, en su libro *La inteligencia peregrina: legado de los intelectuales del exilio republicano español en México*.¹⁵

Para finalizar, por motivos propios de la brevedad requerida en este trabajo, no queremos dejar de mencionar al profesor Agustín Mateos Muñoz, quien había nacido en Malpartida de Plasencia (Cáceres) en 1908 y llegado a México a partir de 1939. Formado en Letras clásicas y en Filosofía y Letras, ejerció como profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, la UNAM, la Escuela Normal Superior de México, el Colegio Franco-Español y el Instituto Tecnológico de México. El profesor Mateos Muñoz cultivará aquí no sólo la docencia de las etimologías sino la edición de manuales que han servido durante generaciones y generaciones para estudiar la historia de la lengua (morfología, principalmente) nos referimos a su manual *Compendio de etimologías grecolatinas*, editado en Esfinge, cuya casa editorial fue fundada por él mismo en el año de 1957. Además del *Compendio*, se cuenta y se usan hoy día sus *Etimologías griegas*, las *Etimologías latinas* y los *Ejercicios ortográficos*.¹⁶

A manera de conclusión, nos quedamos con otros nombres en la lista de espera que serán descritos en trabajos posteriores. El homenaje pedagógico que debemos los maestros mexicanos al magisterio español del exilio es grande. La historia de la educación en México no se entendería sin la puesta en escena de las teorías del conocimiento, las técnicas didácticas y sobre todo del espíritu de una educación libre, que como decía el maestro Ballesteros desde el navío:

La reforma, en fin, presta una atención decisiva a la formación de los maestros. Numerosas escuelas normales cuidan de su preparación pedagógica adaptándola a la índole de escuelas —rurales o urbanas— que han de regir (*supra*).

¹⁴ Véase *Anuario de la Escuela Normal Superior de México*. En <http://books.google.com.mx/books?ei=eC9HViz5NYSI8QGdmYGycQ&hl=es&id=kbdPAAAAMAAJ&tdq=Laureano+Poza+Funcal&focus=searchwithinvolume&dq=Laureano+Poza+Funcal>.

¹⁵ Academia Mexicana de la Lengua, 2006. En <http://books.google.com.mx/books?id=6UgSAQAIAAJ&dq=Laureano+Poza+Funcal&tdq=Laureano+Poza+Funcal&hl=es&sa=X&ei=eC9HViz5NYSI8QGdmYGycQ&ved=0CDIQ6AEwBQ>.

¹⁶ Otro gran latinista, que ocuparía más páginas es el polígrafo y bibliógrafo Agustín Millares Carlo (1893-1980), nacido en Las Palmas (1911-1966). Este último llegó a ser profesor de la ENSM impartiendo los cursos de Historia Universal. Además logró ser autor de varios títulos de Geografía Escolar de México.

No corren buenos tiempos para el normalismo, pero los 75 años del exilio español se presentan como una oportunidad para regresar a principios básicos del maestro, de la enseñanza, de nuestros alumnos en la enseñanza elemental y superior.

¡Lux, Pax, Vis: Luz en la inteligencia, paz en el corazón y fuerza en la voluntad!

EL ÉXODO DOCENTE DESPUÉS DE LA GUERRA CIVIL EN VALENCIA. LOS PROFESORES DE INSTITUTO QUE PARTIERON HACIA EL EXILIO AMERICANO

Margarita Ibáñez Tarín*

Resumen

Un grupo de profesores de los institutos de Valencia consiguió eludir la represión desencadenada por el Nuevo Estado tras su victoria en 1939 buscando refugio en Latinoamérica, especialmente en México. La dictadura franquista en su anhelo de control social se empleó a fondo en la persecución de los docentes que habían ocupado cargos en la Administración republicana, habían pertenecido a partidos y sindicatos de izquierda, a la masonería, o simplemente habían creído en las virtudes de la pedagogía renovadora de la Institución Libre de Enseñanza. Los catedráticos de los institutos, debido a su posible influencia en la formación de las futuras élites franquistas, se convirtieron en objetivo prioritario de “limpieza política” después de la Guerra Civil.

Palabras clave

Docentes, Valencia, Depuración, Exilio, Integración, México.

“El exilio republicano español en México –en palabras de la profesora Nuria Tabanera– puede ser considerado ya un fenómeno relativamente bien estudiado desde ambos lados del Atlántico y, en especial, aquel que afectó a intelectuales y a miembros de las élites políticas”.¹ Pero como ella misma ha reconocido, todavía queda mucho por hacer para rescatar del olvido a muchos refugiados más o menos anónimos. En este trabajo trataremos de seguir la trayectoria de un grupo de catorce profesores de instituto que partieron desde Valencia hacia el exilio. Intentaremos recuperar sus historias de vida y la secuencia de acontecimientos que al final de la guerra los puso en el punto de mira

* Instituto de Enseñanza Secundaria Abastos de Valencia.

¹ Nuria Tabanera, “Redes de salida y huellas del retorno en el exilio republicano: el ejemplo de la familia Castillo”, en Alicia Gil Lázaro, Aurelio Martín Nájera y Pedro Pérez Herrero [coords.], *El retorno. Migración económica y exilio político en América Latina y España*, Madrid, Marcial Pons Ediciones Jurídicas y Sociales, 2013, p. 206.

de los sublevados y los abocó al destierro. Nuestro objetivo es indagar en la complejidad del fenómeno del exilio republicano español a través de la historia personal de estos docentes. Un grupo dispar en cuanto a tendencias políticas y sindicales, edades, género y condición académica, pero que compartieron un mismo destino en tierras americanas. Algunos eran personas que habían ocupado cargos importantes en la Administración durante la Segunda República, pero otros eran gente modesta con trayectorias poco deslumbrantes en el campo de la política, la investigación o la docencia. Sólo algunos pudieron cruzar la frontera de los Pirineos a finales de enero de 1939, tras la caída de Cataluña. Las circunstancias personales obligaron a los demás a permanecer en España hasta el final de la guerra y en determinados casos, los condujeron al espantoso callejón sin salida del puerto de Alicante, donde esperaron en vano la llegada de barcos que los llevaran al exilio. Muchos pasaron por el calvario de las cárceles y los campos de concentración en España, Francia y Alemania antes de poder asentarse en tierras americanas. Una vez allí, les esperaba el destierro, que como ha señalado Claudio Guillén, “es también y sobre todo un destiempo, un desfase, el peor de los castigos: La expulsión del presente; y por tanto del futuro [...] del país de origen”.²

VALENCIA, REFUGIO DEL PRIMER ÉXODO REPUBLICANO A FINALES DE 1936

“Uno es de donde ha estudiado el bachillerato”, solía decir el ilustre exiliado Max Aub. Él se consideraba español porque lo había estudiado en Valencia, en el Instituto Luis Vives, el viejo Instituto General y Técnico que se alza sobre el solar del antiguo colegio de San Pablo que fundaron los jesuitas en 1562. “Un caserón enorme y vetusto, que tenía algo de cuartel destartado o de antiguo convento acondicionado para la enseñanza”,³ así lo describe el profesor Juan Renau, alumno del centro y uno más del grupo de profesores que tras la Guerra Civil se vieron forzados a abandonar España. Desde allí y desde los otros institutos que había en la provincia durante la guerra partieron catorce profesores que pagaron con el destierro su lealtad a la Segunda República.

² Citado en Antonio Muñoz Molina, “Discurso”, en Max Aub y Antonio Muñoz Molina, *Destierro y destiempo, dos discursos de ingreso a la Academia*, Valencia, Pre-textos, 2004, p. 63.

³ Juan Renau, *Pasos y sombras. Autopsia*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2011, pp. 255 y 256.

Pero en realidad, la diáspora había empezado para la mayoría de ellos antes del triunfo franquista de abril de 1939. Desde el mismo origen de la contienda, tras el fracaso del golpe de Estado del 18 de julio, ya no pudieron volver a sus casas. En esos desdichados días, se encontraban en Madrid catedráticos de toda España, que habían sido convocados para impartir cursillos y formar parte de los tribunales que iban a evaluar unas oposiciones para profesores de Segunda Enseñanza el día 3 de agosto. Había también muchos opositores que se presentaban a los exámenes, la mayoría cursillistas del 33⁴ que tenían que consolidar sus plazas, aunque ya llevaban tres años ejerciendo como profesores encargados de curso en institutos. El gobierno de la República había puesto en marcha un ambicioso plan de construcciones escolares y en paralelo un incremento sustancial de las plantillas del profesorado de enseñanza primaria y secundaria. Después del 18 de julio nada volvió a ser como antes. La insólita situación, fruto de los acontecimientos, les impidió la vuelta a sus lugares de origen, en el caso de ser provincias que habían caído en manos de los sublevados. Durante los primeros meses del terrible verano de 1936 permanecieron atrapados en Madrid, soportando los bombardeos, hasta que finalmente fueron conminados a trasladarse a Valencia para poder obtener plaza en un instituto.

En noviembre de 1936 se desplazaron a la capital del Turia acompañando al gobierno de la República muchos de estos docentes, los cuales procedían en su mayoría de Madrid, pero también los había de otras provincias de la zona nacional. A Valencia fueron llegando también muchos profesores procedentes de la Universidad de Madrid. Según ha estudiado Carolina Rodríguez: “la llegada masiva se inició a partir de noviembre de 1936, al mismo tiempo que se trasladaban el gobierno y las Cortes y se constituía en Valencia la Casa de la Cultura llegando a su máxima expresión en el inicio del curso 1937-38”⁵. Muchos de los intelectuales evacuados fueron albergados en el hotel

⁴ El Ministerio de Instrucción Pública hizo dos convocatorias de acceso a la función pública para profesores de Segunda Enseñanza en 1933 y 1936 (más minoritaria). Para obtener la habilitación el profesorado tenía que pasar por unas fases de formación y de prácticas que le garantizaban el acceso, pero con la llegada del franquismo casi todos los cursillistas del 33 se vieron afectados por el proceso depurador y perdieron sus derechos.

⁵ Carolina Rodríguez López, “La Universidad de Madrid en Valencia, traslado y actividad de los universitarios madrileños en la capital de la República”, en M. Aznar Soler, J. Barona y J. Navarro [coords.], *Actas del Congreso Internacional. Valencia, capital cultural de la República, 1937-2000*, Valencia, Universidad de Valencia, 2007, pp. 170 y 168. También, Manuel Aznar Soler, “Valencia, capital de la cultura de España”, en *La Guerra Civil en la comunidad valenciana*, vol. 11, Barcelona, Critería, 2006, pp. 31-69.

Palas, situado en la calle de la Paz, que pasó a ser la Casa de la Cultura. Las autoridades republicanas pretendieron en todo momento crear una ilusión de “cierta normalidad en el desarrollo de la cotidianeidad docente e investigadora”, pese a las adversas circunstancias que se estaban viviendo.⁶

Los profesores de instituto estaban obligados a pasar por la nueva sede del Ministerio de Instrucción Pública, instalada en esos días de la guerra en la Universidad vieja de Valencia, en la calle de la Nave, para que les fuera adjudicada plaza en los centros de la capital y la provincia.⁷ La mayor parte de los recién llegados respondían al perfil-tipo del profesorado leal a la República: afiliados a sindicatos, mayoritariamente a la FETE-UGT, y militantes de partidos del Frente Popular.

LOS CATEDRÁTICOS QUE PARTIERON DEL INSTITUTO LUIS VIVES DE VALENCIA HACIA EL EXILIO AMERICANO

Entre los profesores exiliados que llegaron a Valencia en esos días e impartieron docencia en las aulas del viejo “Luis Vives”: Simón Paniagua Sánchez, Leonardo Martín Echevarría y Juan Bonet Bonell. Otros docentes también exiliados como Joaquín Álvarez Pastor, Manuel Castillo Quijada y Luis Castillo Iglesias ya tenían o habían tenido con anterioridad su plaza allí. El Instituto Luis Vives de Valencia había sido creado en 1859 con la función de incorporar a las clases medias a la enseñanza secundaria y formar a las nuevas élites burguesas para que fueran el soporte del Estado democrático, pero con la Restauración el proyecto educativo progresista de Vicente Boix, su más célebre director durante el Sexenio democrático, se frustró y la Enseñanza Media pasó a manos de la Iglesia y mantuvo su carácter elitista y confesional.⁸ Antes de la Ley de Congregaciones Religiosas de 1933 que prohibió la enseñanza en estas instituciones, muchos alumnos estudiaban en sus colegios, pero obligatoriamente se tenían que examinar en el Instituto, frente a un tribunal, si querían obtener el título de Bachiller Superior y pasar a la Universidad.

⁶ Rodríguez López, *op. cit.*, pp. 171 y 161.

⁷ María Fernanda Mancebo, “Universidad y política: Valencia 1936-1937”, en Aznar Soler, Barona y Navarro, *op. cit.*, p. 152. Hubo varios actos de adjudicación de destinos en esos meses pero el del 21 de enero de 1937 fue muy concurrido.

⁸ Àngels Martínez Bonafé, *Ensenyament, burgesia i liberalisme. L'Ensenyament secundari en els orígens del País Valencià*, València, Diputació Alfons el Maganànim, 1985, pp. 89-125. También Carles Sirera Miralles, *Un título para las clases medias: el Instituto de bachillerato Luis Vives de Valencia, 1859-1902*, Valencia, PUV, 2011.

Joaquín Álvarez Pastor, director del Instituto en 1931, un hombre muy implicado políticamente con los valores de democracia y laicismo de la Segunda República, que pagó con el exilio después de la guerra su compromiso ideológico, no era representativo del conjunto del profesorado del Luis Vives en esos años. La cátedra de Psicología y Lógica que ocupaba desde 1925 había sido “por más de medio siglo un irreductible bastión de los enemigos del liberalismo en Valencia”⁹. Sus predecesores, dos catedráticos vinculados al neocatolicismo, Miguel Vicente Almazán y Manuel Polo y Peyrolón, se habían mostrado acérrimos opositores ante la difusión de las teorías del darwinismo.¹⁰ Joaquín Álvarez Pastor, por el contrario, había tenido una formación excepcional en el extranjero, que lo había puesto en contacto con las corrientes más progresistas. Fue pensionado de la Junta de Ampliación de Estudios en diferentes universidades alemanas entre 1921 y 1923 para estudiar “los problemas relacionados con las modernas orientaciones de psicología y lógica” y tenía una interesante producción bibliográfica anterior a la guerra: *La teoría de las pasiones de Descartes y Spinoza; Deber y Honor; Algunas consideraciones sobre las definiciones matemáticas; La idea del tiempo en Henry Bergson*; etc. También había traducido del inglés la obra de William James: *A pluralistic Universe*.¹¹ Entre sus obras más recordadas en la actualidad figuran *La huella de Cervantes* y su obra póstuma, publicada en México en 1957, *Ética de nuestro tiempo*.

Pero en los años de la Segunda República, cuando él estuvo destinado en Valencia, continuaba habiendo en el claustro del viejo Instituto muchos profesores de ideología conservadora, militantes de partidos derechistas y católicos a ultranza, que tras ser sometidos a la depuración del profesorado que impulsó el Ministerio de Instrucción Pública durante la guerra, se vieron obligados a abandonar sus cátedras. Quedaron disponibles, como consecuencia de esta purga, poco conocida pero que llegó a tener un alcance considerable, muchas vacantes en el Instituto Luis Vives, que fueron cubiertas con el personal llegado de Madrid y otras provincias, principalmente catedráticos. Y es que este centro gozaba de mucho prestigio en toda España desde el siglo XIX. Sólo el Instituto San Isidro de Madrid lo superaba. Es fácil

⁹ Carles Sirera, “Neocatolicismo y darwinismo en las aulas: el caso del instituto provincial de Valencia”, en *Ayer*, núm. 81, Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons Historia, 2011, p. 261.

¹⁰ *Ibid.*, p. 241.

¹¹ Expediente de Joaquín Álvarez Pastor, Archivo Histórico de la Comunidad Valenciana (en adelante AHCV), núm. 44, caja 11/13.

imaginar que muchos de los recién llegados eligieran ejercer en el Luis Vives por el bienestar y el estatus que aparejaba la condición de ser catedrático numerario en un establecimiento oficial de Enseñanza Media como el de Valencia, además de la cercanía que presentaba con los Ministerios ubicados en la ciudad en esas fechas.¹²

El profesor Joaquín Álvarez Pastor (Málaga, 1885-México, 1950) fue catedrático de Filosofía en el Instituto Luis Vives de Valencia desde 1925 hasta el curso 1931-1932, en que fue designado director del mismo, tras el advenimiento de la República.¹³ Durante el periodo republicano desempeñó muchos cargos de confianza en razón de su plena identificación ideológica con el nuevo gobierno. Gracias a su posterior exilio americano, donde también fue el primer director del Luis Vives de México (1939-1940), evitó pasar por las cárceles franquistas y sufrir un consejo de guerra.¹⁴

Su adscripción política, primero a Acción Republicana, como miembro fundador, y después, a partir de 1934, a Izquierda Republicana, le garantizaron una fulgurante trayectoria en los años de la Segunda República. Entre otros cargos, formó parte del Comité Nacional Ejecutivo de Izquierda Republicana, fue consejero del Ministerio de Instrucción Pública, miembro de la Junta Técnica de Segunda Enseñanza y vocal de la Junta creada para sustitución de la enseñanza religiosa en los centros educativos. En Izquierda Republicana había un núcleo esencial de profesores universitarios y de Segunda Enseñanza, junto a otros elementos de clase media y profesiones liberales, que después de la guerra, como fue su caso, se vieron abocados al exilio a causa de haber tenido un protagonismo importante en esa época. En Valencia formaban parte de la élite intelectual del partido los miembros del Patronato de Cultura: Juan Peset Aleixandre, víctima mortal de la represión franquista, Manuel Castillo Quijada, exiliado en México después de la guerra y Ambrosio Huici Miranda, arabista de prestigio, que pasó por la cárcel y fue jubilado forzoso de la docencia en el Instituto Luis Vives con la depuración franquista. Ellos lo designaron en 1932 director del recién creado Instituto-Escuela de Valencia, un centro heredero de la tradición pedagógica de la Institución Libre de

¹² Carles Sirera Miralles, *Un título para las clases medias, El Instituto de Bachillerato Luis Vives de Valencia (1859-1902)*, Valencia, PUV, 2011, p. 182.

¹³ Expediente de Joaquín Álvarez Pastor, AHCV, núm. 44, caja 11/13. Fue nombrado director del Instituto Luis Vives de Valencia con fecha de 29 de abril de 1931 y tomó posesión del cargo el 13 de mayo de 1931. Para el cargo de vicedirector fue nombrado Manuel Castillo Quijada, después también exiliado en México como él.

¹⁴ Expediente de Joaquín Álvarez Pastor, Archivo General Histórico de Defensa (en adelante AGHD), Madrid, *Sumario* 24.813, 1939, caja 22/15.

Enseñanza, al igual que sus homólogos de Madrid, Barcelona y Sevilla. Un año después, en 1933, fue trasladado a Madrid para poner en marcha otro instituto nuevo, el Pérez Galdós. El golpe de Estado del 18 de julio de 1936 le sorprendió en la capital cuando iba a ser presidente en los tribunales de Filosofía y Literatura convocados para evaluar las oposiciones de los cursillistas del 33. Es de suponer que se trasladó a Valencia con el Gobierno hasta la fecha en que fue nombrado secretario de la Embajada de Noruega, el 10 de diciembre de 1936. Llegó a Oslo a principios de 1937 para sustituir al secretario del embajador, Felipe Campuzano, que junto al propio embajador había tomado partido en agosto de 1936 por el bando sublevado.¹⁵ Un acto de deslealtad hacia la República que lamentablemente se repitió en muchas embajadas en esos días.

En 1939, una vez finalizada la guerra, se trasladó a México acompañado de sus hermanas menores. En su ficha del Registro Nacional de Extranjeros en México, consta que tenía 54 años y su profesión era “encargado de negocios” (de la Embajada española en Noruega). Con posterioridad a su marcha, en la causa que abrieron contra él los tribunales militares franquistas, le acusaban de haber influido como miembro de la Junta Técnica de Segunda Enseñanza en las “cesantías” de la depuración republicana, haber tomado parte en la incautación de colegios religiosos como el Real Colegio de la Asunción en Madrid y haberse apropiado de la imprenta del periódico ultraconservador *El Debate*.¹⁶ De haberse quedado en España le hubiera esperado un destino muy adverso, pues realmente, según se deduce de las muchas veces que aparece denunciado en las declaraciones de profesores derechistas, su imagen se ajustaba bien a lo que Glicerio Sánchez Recio ha definido como el “rojo perverso” o “enemigo de la patria”.¹⁷

Simón Paniagua Sánchez (Carpio de Azaba [Salamanca, 1899-México, ¿?]) fue catedrático de Agricultura en el Luis Vives durante la guerra. Provenía del Instituto Antonio de Nebrija de Madrid, donde tenía su plaza desde 1932 y pertenecía al Partido Socialista Obrero Español. Durante la Guerra Civil tuvo cargos en el Ministerio de Agricultura, fue jefe de las Secciones de Investigación y Enseñanza y

¹⁵ “The Spanish (Republican) Government, Felipe Campuzano (General Franco’s Representative in Norway), en *The American Journal of International Law*, vol. 33, núm. 3, julio de 1939, pp. 609-611.

¹⁶ Expediente de Joaquín Álvarez Pastor, Archivo General de la Administración (en adelante AGA), sig. (5)1.12 32/1673.

¹⁷ Glicerio Sánchez Recio, *La República decapitada. El caso de la familia Villalta Gisbert (1939-1942)*, Madrid, Flor de Viento, 2010, pp. 229 y 230.

Fitopatología en la Dirección General de Agricultura, secretario técnico asesor del Instituto de Fomento Algodonero, vocal del Comité Industrial Lanero y delegado del Ministerio de Agricultura en la Asociación General de Ganaderos. Finalizada la Guerra Civil se exilió en Francia y posteriormente en México, donde llegó con 39 años a bordo del *Sinaia*. En su expediente de depuración franquista lo sancionan con la separación definitiva del servicio por considerarlo incurso en el artículo 171 de la Ley Moyano de Educación de 1857. Esta referencia legislativa la encontramos repetida en todos los expedientes de los exiliados, dado que se les aplicaba esta vieja Ley que castigaba a los funcionarios que no se presentaban a sus destinos por considerarlos en paradero desconocido.¹⁸

Esto mismo le ocurrió a Leonardo Martín Echevarría (Salamanca, 1894-México, 1957) que fue declarado separado definitivamente del servicio el 16 de septiembre de 1941. Empezó a trabajar en el recién creado Instituto-Escuela de Madrid como profesor de Geografía aspirante del Magisterio Secundario el mismo curso de 1918-1919 en que fue abierto.¹⁹ Este dato, además del de su posible estancia en Alemania pensionado por la Junta Ampliación de Estudios, lo sitúa en la órbita de la Institución Libre de Enseñanza, gran impulsora de los estudios y la enseñanza de la Geografía en el primer tercio del siglo XX en España. Perteneció a Izquierda Republicana y tuvo cargos muy importantes durante la Segunda República: gobernador civil de Logroño en 1931, subsecretario de la Marina Mercante entre 1932-1933, subsecretario de Propaganda en 1937-1938 y subsecretario de Agricultura y de Justicia en fechas no precisadas. Su interés por la Geografía Humana lo convirtió en seguidor de Ratzel en fechas muy tempranas y lo llevó a ser uno de los primeros difusores de la Escuela geográfica alemana en España. Con su trabajo editorial también contribuyó a la extensión del conocimiento geográfico, primero en la editorial Labor, fundada en Barcelona en 1923, y después, en México, trabajando en la editorial Atlante. En Ciudad de México también formó parte del claustro del Instituto Luis Vives desde su llegada en 1939 hasta 1943.²⁰

Juan Bonet Bonell, (Valencia, 1890-México, 1970), catedrático de Filosofía. Al igual que Leonardo Martín Echevarría y Joaquín Álvarez Pastor, era miembro fundador de Izquierda Republicana y había perte-

¹⁸ Expediente de Simón Paniagua Sánchez, AGA, sig. (5)1.12 32/16775.

¹⁹ Expediente de Leonardo Martí Echevarría, AGA, sig. (5)1.12 32/16766.

²⁰ Francisco Quirós Linares, "Un geógrafo del exilio: Leonardo Martín Echevarría (1894-1957)", en *Eria*, núm. 42, Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo, 1997, pp. 67-88.

necido antes al Partido Acción Republicana de Azaña. También como ellos fue declarado separado forzoso de la enseñanza en 1941. Atrás quedaba su impecable labor profesional durante el tiempo que ejerció de director del Instituto de Huesca (1931-1933). En su expediente de depuración del AGA los informantes no escatiman en elogios al hablar de su profesionalidad, lo cual no es nada corriente, pues en la mayoría de los casos se ensañan con ahínco contra los docentes republicanos. Lo consideran “un hombre de costumbres sobrias y austeras, gran entusiasta del trabajo y buen organizador de los servicios del instituto”, pero al mismo tiempo “paladín de la política laicista republicana y apartado de la práctica religiosa”. Su identificación ideológica con el modelo educativo impulsado por la República lo llevó a ser designado director para poner en marcha institutos de nueva creación como el Lope de Vega de Madrid en el curso 1933-1934. El golpe de Estado le sorprendió en Madrid y desde allí se trasladó a Valencia, donde ocupó cargos directivos en el Instituto Luis Vives y en la Inspección educativa. También fue gobernador civil de Castellón.²¹ Tras pasar a Francia en 1939, en 1941 fue detenido por la Gestapo y conducido al campo de concentración de Sachsenhausen (Alemania), donde contra todo pronóstico sobrevivió a la barbarie nazi. Después de ser liberado en 1945 pasó un tiempo de recuperación en Francia antes de marchar a México en 1947. En Ciudad de México fue director del Instituto Luis Vives durante más de veinte años. A su eficaz labor se debe la compra del solar donde todavía continúa emplazado el centro.²² En México, según José Ignacio Cruz, “vivió entregado en cuerpo y alma a su trabajo, consiguiendo que el instituto se afianzara por completo, pese a los problemas que atravesó”.²³

La Valencia que encontraron estos profesores a su llegada a finales del 36 y principios del 1937 era un hervidero de gentes, su población se había incrementado sustancialmente. Algunos autores hablan de 242 000 refugiados, lo que representa un aumento considerable del alumnado potencial de Segunda Enseñanza y al mismo tiempo justifica la demanda de docentes foráneos. Constancia de la Mora, que también se encontraba en la ciudad en esos meses, dice que “la po-

²¹ Expediente de Juan Bonet Bonell, AGA, sig. (5)1.12 32/16740.

²² José Luis Abellán y Antonio Monclús, *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América: el pensamiento en el exilio*, Madrid, Antrophos, 1989, p. 148.

²³ José Ignacio Cruz Orozco, “Los colegios del exilio. La obra educativa de los maestros y profesores valencianos”, en Albert Girona y María Fernanda Mancebo, *El exilio valenciano en América. Obra y memoria*, Valencia, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Universitat de València, 1995, p. 108.

blación normal de Valencia se había triplicado; funcionarios públicos que acompañaron al gobierno desde Madrid y sus familiares; militares de todas clases; periodistas extranjeros; infinidad de “turistas de guerra”; el personal de las embajadas que se trasladó con el gobierno y, por supuesto, millares de refugiados de otras partes de España.²⁴

En ese tiempo de continuo trasiego de gentes en la ciudad de Valencia, Manuel Castillo Quijada (Madrid, 1869-México, 1965) continuó enseñando francés en el Instituto Luis Vives. Cuando llegó a Valencia en 1919 procedente del Instituto de Cáceres ya tenía detrás una importante trayectoria, primero como bibliotecario en la Universidad de Salamanca (1888-1897) y después como docente y periodista. Ya había realizado su aportación definitiva a la Biblioteconomía española con la traducción del francés en 1897 del Sistema de Clasificación Decimal.²⁵ En 1918, durante la monarquía de Alfonso XIII, y siendo ministro de Instrucción Pública el liberal Santiago Alba, había sido delegado regio de Primera Enseñanza y vicepresidente de la Junta Provincial de Instrucción Pública. Pero, independientemente de estos cargos políticos del segundo periodo de la Restauración, manifestó siempre un acendrado compromiso republicano y una vocación periodística que lo mantuvo vinculado a lo largo de su vida a diferentes publicaciones en Salamanca, Cáceres y Valencia, ciudad esta última en la que dirigió *La Voz Valenciana* entre 1921 y 1923, mucho antes de que la publicación tomará una deriva ideológica que la llevaría a convertirse en 1936 en órgano del partido monárquico Renovación Española. En sus artículos daba rienda suelta a su manifiesto anticlericalismo, una posición que mantuvo hasta su muerte: “no soy ni he sido, jamás, católico, desde que fui consciente de mí mismo, porque hube de convencerme, desde niño, de que el catolicismo no es más que una conveniencia interesada y un sistema de sostener el privilegio de una clase social y parasitaria, encumbrada, artificialmente, por su clero, idólatra mercantil, politeísta, acomodaticia y apartada, en un todo, de las puras doctrinas predicadas por Jesucristo”.²⁶

Al mismo tiempo que mantenía esta prolífica vida académica y periodística desarrolló una labor filantrópica muy importante durante la Segunda República como presidente de Asociación Valenciana de

²⁴ Antonio Calzado Aldaria y Javier Navarro [eds.], *Valencia, capital antifascista. Visiones e impresiones de una ciudad en guerra*, Valencia, PUV, 2007, p.144.

²⁵ Manuel Castillo Quijada, *La clasificación bibliográfica decimal: exposición del sistema y traducción directa de las Tablas generales del mismo*, Salamanca, Imprenta de Calatrava, 1897.

²⁶ Manuel Castillo Quijada, “Mis memorias”, citado en Tabanera, *op. cit.*, p. 209.

la Caridad, vocal de la Junta Provincial de Protección de la Infancia en Valencia, vocal del Tribunal Tutelar de Menores, vicepresidente del Patronato de Cultura Valenciana y consejero perpetuo de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia. Estos datos los encontramos en su expediente de depuración franquista, donde consta también que por orden del 21 de febrero de 1937 fue jubilado forzoso de su plaza en el Instituto Luis Vives.²⁷ Razón por la cual, como muchos otros compañeros del Instituto, que en esas fechas sufrieron las cesantías dictaminadas por el ministro de Instrucción Pública, optó por afiliarse al sindicato de Profesiones Liberales de la CNT, un sindicato cuya sección de Educación se convirtió durante la guerra en refugio de profesores derechistas.²⁸ No era su caso, él era un ferviente republicano, que había sido viejo amigo de Nicolás Salmerón y ahora militaba en Izquierda Republicana, pero el hecho de haber tenido durante la Monarquía de Alfonso XIII el distinguido cargo de delegado regio de Primera Enseñanza, unido a sus manifestaciones críticas a la “deriva revolucionaria, especialmente del PSOE y de los sindicatos” durante la guerra, época en la que “mostraría su anticomunismo y antisocialismo de manera más abierta”, en palabras de Nuria Tabanera,²⁹ lo convirtieron en blanco de la depuración republicana.

Durante la época central de la guerra, coincidiendo con el periodo en que Jesús Hernández estaba al frente de del Ministerio de Instrucción Pública y Wenceslao Roces era el subsecretario, se defendió un modelo de escuela popular, proletaria y beligerante en la lucha contra el fascismo y contra la erradicación de la ignorancia, que no admitía que el profesorado mostrase ambigüedad o falta de compromiso. Se perseguía con ahínco a todas aquellas personas que eran calificadas de “desafectas al régimen”, aunque no siempre lo eran, como hemos visto en el caso de Manuel Castillo. La depuración republicana fue especialmente virulenta en los niveles superiores de enseñanza. En palabras de Rosalía Crego: “Fue tanto más dura cuanto más elevado era el nivel social y profesional del depurado (catedráticos de Universidad, profesores numerarios de Escuelas Normales o inspectores de enseñanza primaria fueron los más afectados), y tanto más paradójica cuanto que se aplicó también a personalidades políticas o intelectuales destaca-

²⁷ Expediente de Manuel Castillo Quijada, AGA, sig. (5)1.12 32/16744.

²⁸ Margarita Ibáñez Tarín, “El sindicato de profesiones liberales de la CNT durante la guerra en Valencia, refugio de profesores de institutos derechistas”, en *CIAN, Revista de Historia de las Universidades*, Instituto Figuerola, Universidad Carlos III, núm. 17-2, 2014.

²⁹ Tabanera, *op. cit.*, p. 215. La autora dice que Manuel Castillo pidió voluntariamente la jubilación, pero en su expediente de depuración del AGA consta como “jubilado por los rojos”.

dos, de reconocido republicanismo”.³⁰ Y es que en el afán de dotar al proceso depurador de una función ejemplarizante y preventiva se llegaron a cometer injusticias e irregularidades. Algunas personalidades republicanas de gran relieve como el pedagogo Lorenzo Luzuriaga³¹ fueron sancionadas con la separación forzosa.

Manuel Castillo pertenecía, con el nombre simbólico de “Salme-rón”, a la logía Federación Valentina núm. 2 desde 1926, donde había desempeñado el cargo de archivero hospitalario,³² y gracias a su condición de masón consiguió asilo para él y los suyos en un primer momento, tras cruzar los Pirineos, en un albergue para familias masonas en Auterive sur l’Ariège, al sur de Toulouse. En Francia permanecieron desde la retirada de Barcelona a finales de enero de 1939 hasta abril de 1942, fecha en que a través de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE) consiguieron llegar a México.³³ Si no pudieron llegar antes, a pesar de la creciente presión alemana, fue debido a la política selectiva que llevó a cabo la primera organización creada para gestionar el traslado de españoles a México. Ellos eran republicanos, y el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE) primó la salida de los negrinistas y comunistas en detrimento de los republicanos y sobre todo de los anarquistas.³⁴

PROFESORES DE LOS OTROS INSTITUTOS VALENCIANOS REFUGIADOS EN AMÉRICA DESPUÉS DE LA GUERRA

Valencia tenía en los años de la Guerra Civil cuatro institutos en la capital (Luis Vives, Blasco Ibáñez, Instituto Escuela e Instituto Obrero) y otros cuatro en la provincia (Requena, Xàtiva, Alcira y Gandía). De la ciudad de Valencia partieron hacia el exilio desde el Instituto Blasco Ibáñez: Antonio Ballester Vilaseca y Nicolás Perkas Kioli y desde

³⁰ Rosalía Crego Navarro, “La depuración del personal docente en la zona republicana durante la Guerra Civil”, en *Espacio, tiempo y forma, Serie V, Hª Contemporánea*, núm. 4, Madrid, UNED, 1991, p. 41.

³¹ Lorenzo Luzuriaga, exiliado en Argentina después de la guerra, fue introductor de la Escuela Nueva y un pedagogo de gran prestigio que elaboró el anteproyecto sobre el que se basó el programa educativo del primer bienio republicano. Véase su sanción de separación forzosa en (Orden Ministerial 30/09/1937), en *Gaceta de Madrid* 02/10/1937.

³² Expediente de Manuel Castillo Quijada del Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo (en adelante Termc), Centro Documental de la Memoria Histórica (en adelante CDMH), *Sumario* 18034.

³³ Tabanera, *op. cit.*, pp. 219 y 220.

³⁴ Abdón Mateos, *La batalla de México. Final de la Guerra Civil y ayuda a los refugiados, 1939-1945*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 217-221.

el Instituto Obrero: Enrique Rioja Lo Bianco, Ana Matilde Martínez Iborra, Juan Renau Berenguer, Julio Hernández Ibáñez de Garayo y Juan Bautista Puig Villena. En el Instituto de Alcira tenía su plaza Luis Castillo Iglesias, hijo del catedrático Manuel Castillo Quijada, que se instaló con él y con el resto de la familia en México.

Enrique Rioja Lo Bianco (Santander 1895-México 1963) es uno de los catedráticos que llegaron a Valencia acompañando al gobierno. Con anterioridad a la llegada de la República, ya había desarrollado una interesante trayectoria investigadora en Biología Marina y había pasado por los institutos de Mahón, Reus y Badajoz. También había sido catedrático de Ciencias Naturales de la Escuela Superior del Magisterio de Madrid, donde había llevado a cabo una interesante labor en el campo de la didáctica y de la renovación pedagógica. A Valencia llegó procedente del Instituto San Isidro de Madrid, donde había sido nombrado director en 1931. En su expediente de depuración franquista del AGA podemos leer: “hizo una buena gestión y se ganó la simpatía del claustro, si se quiere de sentimientos bastante superiores a los de la mayoría de izquierdas, pero elemento peligrosísimo por su actuación y significación”,³⁵ lo cual no deja de ser un elogio bastante inusual, pues en esos informes siempre abundan las injurias y las acusaciones infames. Al igual que los catedráticos Joaquín Álvarez Pastor, Leonardo Martín Echeverría y Juan Bonet Bonell, en 1931 se entusiasmó con la llegada de la Segunda República y se implicó de lleno en la labor política, ocupando múltiples cargos en la Administración republicana. Pertenecía al mismo partido de sus citados compañeros, a Izquierda Republicana, y entre otros muchos puestos de responsabilidad durante esos años, fue vocal del Consejo de Instrucción Pública, miembro de la Junta Técnica de Inspección General de Segunda Enseñanza, miembro del Consejo Nacional de Cultura, miembro del Patronato de las Misiones Pedagógicas y vocal de la Junta que organizó la sustitución de la enseñanza religiosa en los centros educativos. En 1936 participó en el proyecto de creación de los Institutos Obreros y fue el segundo director del Instituto Obrero, que se creó por Orden Ministerial de 24 de noviembre de 1936 en Valencia. El centro se nutrió con profesorado militante: comunistas que compartían filiación política con el ministro Jesús Hernández, socialistas, y republicanos, como era el caso de Enrique Rioja. Todos participaban de la nueva concepción de la Segunda Enseñanza que desde el Ministerio se pretendía promover: “la enseñanza ha dejado

³⁵ Expediente de Manuel Castillo Quijada, AGA, sig. (5)1.12 32/16747.

de ser un privilegio de clase, ha dejado de ser coto cerrado de una casta de señoritos que podían disponer de medios económicos para formar a sus hijos, negando este beneficio a la inmensa mayoría de los hijos del pueblo”, decía el ministro Jesús Hernández en el discurso de inauguración del Instituto Obrero en Valencia.³⁶

Enrique Rioja, a finales de enero de 1939, siendo inminente la victoria del ejército franquista cruzó la frontera de los Pirineos en compañía de Antonio Machado, el periodista Corpus Barga y otros profesores. En un artículo póstumo, publicado a su muerte en 1963, relataba con emoción, a partir de los recuerdos que le removía una vieja fotografía,³⁷ las últimas horas que pasaron en España refugiados en la masía catalana de Mas Faixat:

Y allí el poeta, sereno, camina al destierro; con él siguen la misma desdichada ruta otras personas, reunidas por azar del destino. En trance de abandonar sus lares, sienten la íntima desazón del próximo e inevitable desarraigo. En los rostros el gesto de amargura de la derrota. No se sienten, sin embargo, vencidos; la vencida es su España [...].³⁸

Una vez en Francia, escribió a Isaac Ochoterena, director del Instituto de Biología de la UNAM, le expuso la delicada situación por la que atravesaban los refugiados españoles y le pidió un trabajo que le permitiera continuar con sus investigaciones. Llegó a México con 44 años para desarrollar allí la mayor parte de su brillante carrera científica y docente. Formó parte del patronato e impartió Ciencias Naturales en el Instituto Luis Vives de México desde el momento de su creación en 1939, en el Instituto Hispano-Mexicano y finalmente en la Facultad de Ciencias de la UNAM.³⁹

De Ana Martínez Iborra (Valencia, 1908-México, 2000), profesora de Geografía e Historia en el Instituto Obrero durante la guerra, que llegó a Valencia en el fatídico verano del 36, tras pasar por Madrid donde se iban a celebrar las oposiciones para cursillistas del 33, procedente del Instituto de Irún, se cuenta en su expediente de depuración

³⁶ Juan Manuel Fernández Soria y Alejandro Mayordomo, *Educación, guerra y revolución. Valencia, 1936-1939*, Valencia, PUV, 2007, p. 59.

³⁷ La conocida fotografía fue tomada el 25 ó 26 de enero de 1939 en Cerviá de Ter, en un alto de la expedición de profesores y escritores organizada por el doctor Puche.

³⁸ Enrique Rioja, “El último sol de España”, en *Diálogo de las Españas*, núms. 4-5, México D.F., pp. 1, 32 y 33.

³⁹ Francisco Javier Dosil Mancilla y Javier Cremades Ugarte, “El zoólogo Enrique Rioja (1895-1963). Datos sobre su vida y su contribución a la ciencia y a la cultura en España y México”, en *Actas del VIII Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, Universidad de La Rioja, 2002, pp. 505-512.

que era una profesora de “tendencia izquierdosa rayana en el comunismo” que siempre “suprimía en el temario las lecciones referentes a la Iglesia y a las gloriosas cruzadas de la Edad Media, dando una gran importancia a la última y nefasta época republicana”.⁴⁰ Después de la guerra pasó por Francia y la República Dominicana antes de recalar definitivamente en México, donde ejerció durante 37 años en el Instituto Luis Vives de la capital.⁴¹

Julio Hernández Ibáñez de Garayo (Vitoria, 1895-Argentina, 1979) fue el primer director del Instituto Obrero de Valencia. Pertenecía al Partido Socialista Obrero Español y tras la victoria franquista se exilió al principio en Francia, donde se enroló en el “Maquis” o resistencia contra los nazis. En 1951 marchó con su familia a Argentina donde trabajó como profesor en la Universidad del Sur y ejerció los cargos de vicerrector y rector hasta su jubilación.⁴²

Juan Bautista Puig Villena, catedrático de Física y Química, provenía del Instituto de Alcoy cuando se instaló en Valencia en marzo de 1937 para trabajar en el Instituto Obrero. Fue presidente de Izquierda Republicana de Alcoy y trabajó en el Servicio de Información del Estado Mayor del Ejército durante la guerra, según consta en su expediente de depuración. Se le acusa también de pertenecer a la masonería, a la logia Pitágoras de Málaga.⁴³ El camino hacia el exilio lo hizo a través de Orán, recalando durante un tiempo en México para finalmente establecerse en Costa Rica, donde ejerció como catedrático de Química General en la Universidad.⁴⁴

Al igual que Enrique Rioja, los demás profesores exiliados procedentes del Instituto Obrero de Valencia: Ana Martínez Iborra, Julio Hernández Ibáñez de Garayo y Juan Bautista Puig Villena, estuvieron allí destinados durante la guerra con dedicación exclusiva, ya que “alejados de sus familias y de su entorno habitual encontraron en el instituto un ambiente de afecto y camaradería que les indujo a dedicarse completamente a sus enseñanzas y a sus alumnos”, en palabras del historiador Juan Manuel Fernández Soria.⁴⁵

⁴⁰ Expediente de Ana Matilde Martínez Iborra, AGA, sig. (5)1.12 32/16768.

⁴¹ Juan Ignacio Cruz Orozco, “Los colegios del exilio”, en Albert Girona y María Fernanda Mancebo, *El exilio valenciano en América. Obra y memoria*, Valencia, Universidad de Valencia, 1995, p. 108.

⁴² Citado en <http://www.exiliadosrepublicanos.info/es/content/julio-hernández-ibañez-de-garayo> (fecha de consulta: 4 de octubre, 2014).

⁴³ Juan Bautista Puig Villena, Expediente del Termc, CDMH, serie Masonería B, Leg. 200, Exp. 20.

⁴⁴ Expediente de Juan Bautista Puig Villena, AGA, sig. (5)1.12 32/16778.

⁴⁵ Juan Manuel Fernández Soria, *El instituto para obreros de Valencia*, Valencia, Conselleria de Cultura, Educación y Ciencia, 1987, p. 105.

Mención aparte merece el caso de Juan Renau Berenguer, profesor de Geografía e Historia en el citado Instituto. Frente a la opción de izquierda moderada burguesa que representaba Izquierda Republicana para los catedráticos del Luis Vives, los profesores jóvenes como Antonio Ballester Vilaseca, profesor de Dibujo en el Instituto Blasco Ibáñez, y Juan Renau Berenguer eligieron la opción de izquierda más radical: el Partido Comunista. Los dos formaban parte de un grupo más amplio que giraba en torno a la figura del artista Josep Renau, hermano de Juan Renau Berenguer, y en el que también estaba el abogado Ángel Gaos, exiliado en México en 1946. El perfil de estos docentes encaja a la perfección en el arquetipo del joven profesor represaliado después de la guerra en Valencia. En sus años de estudiantes habían estado afiliados a la Federación Universitaria Española (FUE), habían sido miembros fundadores de la Unión de Escritores y Artistas Proletarios en 1933, después habían pasado a formar parte de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, eran militantes del Partido Comunista desde septiembre de 1936 y colaboradores muy activos en el periódico *Verdad* dirigido por Max Aub y en las revistas *Nueva Cultura* y *Comisario*. En el caso de Antonio Ballester y Ángel Gaos se habían incorporado en 1937 a la Sección de Propaganda de la Jefatura del Estado Mayor del Ejército de Levante en Torrente (Valencia), donde coincidieron ocasionalmente con el poeta Miguel Hernández.⁴⁶ Allí, Antonio Ballester (Valencia, 1910-Barcelona, 2001) desarrolló una interesante labor en la ilustración de libros, en la creación de carteles propagandísticos y en el diseño gráfico de la revista *Comisario*. Después de la guerra, fue condenado en juicio sumarísimo de urgencia a tres años y un día de prisión en la cárcel Modelo de Valencia, donde colaboró en el Taller de Imaginería religiosa.⁴⁷ Le acusaron de auxilio a la rebelión y de haber sido comisario político. Él lo negaba, pero reconocía que había trabajado en el Comisariado de Levante en labores de propaganda. El cargo de comisario político se consideraba de alta gravedad, de hecho su amigo Ángel Gaos fue condenado a muerte, aunque le fue conmutada la pena por la de 30 años y un día, gracias a las “influencias eclesiás-

⁴⁶ Para saber más sobre el grupo de artistas, conocido como “generación de los años treinta” véase: Carlos Palacio, *Acordes en el alma: memorias*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert Diputación de Alicante, 1985 y Francisco Agramunt Lacruz, *Arte y represión en la Guerra Civil española: artistas en checas, cárceles y campos de concentración*, Valencia, Valladolid, GVA, Junta de Castilla León, Consejería de Cultura y Turismo, 2005.

⁴⁷ Expedientes de Antonio Ballester Vilaseca y Rafael Pérez Contel, AGHD, Archivo Valencia, 7511, 1939, caja 18.401/1.

ticas” de su madre. Finalmente salió de la cárcel en 1946 y tras una historia rocambolesca logró llegar a México.⁴⁸ En este país de acogida consiguieron reunirse tras superar muy adversas circunstancias las tres familias valencianas Renau, Gaos y Ballester, unidas por lazos familiares e ideológicos.⁴⁹ El 10 de mayo de 1946, llegaron Antonio Ballester y su familia gracias a un contrato de trabajo que les mandó Josep Renau desde México, su hermano Juan Renau había llegado el año anterior procedente de Colombia.

Juan Renau Berenguer (Valencia 1913-Valencia 1990), profesor de Geografía e Historia en el Instituto Obrero de Valencia. Tras salir de España en 1939, fue internado junto a sus hermanos en el campo de concentración francés de Argelès-sur-Mer. Un lugar infernal que él describe con profunda tristeza:

Al contemplar aquella inmensa legión de desastrados y mugrientos, atacados por la disentería, cubiertos de piojos, humillados por la morisma y por la soldadesca colonial, muertos de hambre y aplacando la sed en agua podrida [...], al recordar, al mismo tiempo, que todos ellos fueron el cogollo de la juventud española hace tres años [...].

Se lamenta en su obra testimonial *Pasos y sombras*.⁵⁰ Desde allí pasaron al Chateau de Castel-Nouvel, donde la familia de Arlette y Renaud de Jouvenel los acogió junto a otros artistas. Permaneció allí durante cerca de un año, hasta que por fin pudo emigrar a Colombia. En Bogotá estuvo con su familia hasta 1945, fecha en que gracias a los contactos que su hermano tenía con productoras cinematográficas en México consiguió un trabajo como dibujante de carteles de películas en ese país.⁵¹

En 1957, el fatídico “año de la riada” que asoló la ciudad, volvió a Valencia. Había perdido la plaza de profesor ganada en las oposiciones de 1936 y además tenía que presentarse cada quince días en la Comisaría de Policía, pero no se arredró ante la adversidad y de nuevo se presentó a oposiciones para profesores de Dibujo en 1962 y obtuvo plaza en Alcoy. Con el tiempo consiguió el traslado a Valencia, al Instituto Juan de Garay, donde se jubiló.⁵²

⁴⁸ Manuel García, *Memorias de posguerra. Diálogos con la cultura del exilio (1939-1975)*, Valencia, PUV, 2014, pp. 215-225.

⁴⁹ Las familias Renau, Ballester Vilaseca y Gaos establecieron entre sus miembros lazos familiares y de amistad que fueron más allá de sus comunes intereses políticos y artísticos. Véase Renau, *op. cit.*, p. 10.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 543.

⁵¹ García, *op. cit.*, pp. 310-320.

⁵² Renau, *op. cit.*, pp. 44 y 45.

En el Instituto Blasco Ibáñez de Valencia también impartió clases de Latín, Nicolás Perkas Kioli antes de instalarse en Caracas (Venezuela). Había nacido en Alejandría (Egipto) en 1889 y en Valencia desempeñaba el cargo de cónsul de Grecia además de la labor docente. En 1938 abandonó España designado por la República para desempeñar el cargo de agregado comercial en la Embajada de España en París, pero no informó al Ministerio de Instrucción Pública, que lo sancionó por abandono del servicio ni a la Gran Logia Regional de Levante que le privó de sus derechos y deberes como masón. Él alegaba que se encontraba en París en una misión secreta muy especial y con permiso de un tal “hermano Cervantes”. En su expediente de masonería se dice de él que “profesaba ideas de extrema izquierda, era completamente ateo y gozaba de gran preponderancia entre los elementos rojos”.⁵³

Por último, el profesor Luis Castillo Iglesias (Cáceres, 1903 – Valencia, 1981), impartió clases de Geografía e Historia y fue director del Instituto de Alcira desde 1934. También había trabajado desde 1924 como ayudante interino gratuito de la sección de Letras en el Instituto Luis Vives de Valencia, donde su padre Manuel Castillo Quijada ejercía como catedrático de Francés.⁵⁴ En filiaciones políticas transitó del Partido Republicano Radical Socialista a Unión Republicana, partido del que llegó a ser presidente en 1936. En México, desarrolló su labor docente principalmente en el Colegio Madrid desde 1950 hasta 1975, fecha en que se jubiló como director del centro. Él y su hermano Diego están enterrados en Valencia, a donde volvieron para hacer efectivo el último deseo de su padre: la donación de una parte del patrimonio económico acumulado por la familia a la Asociación Valenciana de la Caridad y a la Universidad de Valencia, que gestiona su parte a través del Patronato Nord-Sud Solidaritat i Cultura y ofrece las becas de investigación “Manuel Castillo”.⁵⁵

CONCLUSIONES

Un grupo de profesores de los institutos de Valencia consiguió eludir la represión desencadenada por el Nuevo Estado tras su victoria en 1939 buscando refugio en Latinoamérica, especialmente en México.

⁵³ Nicolás Perkas Kioli, Expedientes del Termc, CDMH, serie *Masonería B*, caja 338, exp. 19 y exp. 28819, *Sumario* 951-948.

⁵⁴ Expediente de Luis Castillo Iglesias, AGA, sig. (5)1.12 32/16744.

⁵⁵ Tabanera, *op. cit.*, pp. 220-223.

La dictadura franquista en su anhelo de control social, de erradicación de la “anti-España” y de destrucción del legado de la Segunda República, se empleó a fondo en la persecución de los docentes que habían ocupado cargos en la Administración republicana, habían pertenecido a partidos y sindicatos de izquierda, a la masonería, o simplemente habían creído en las virtudes de la pedagogía renovadora de la Institución Libre de Enseñanza. Los catedráticos de los institutos, debido a su posible influencia en la formación de las futuras élites franquistas, se convirtieron en objetivo prioritario de “limpieza política” después de la Guerra Civil. El grupo de profesores transterrados al que hemos dedicado este trabajo consiguió sobrevivir allende los mares y echar raíces en territorio americano gracias a que eran personas con una formación intelectual y una calidad humana inigualables.

EL COLEGIO MADRID DE 1941 A 1950: LAS BASES DE UNA INSTITUCIÓN DE INNOVACIÓN EDUCATIVA CENTRADA EN EL APRENDIZAJE, DESDE LA VISIÓN DE SUS PROTAGONISTAS

Ernesto Rico Diener*
Alicia Martínez Dorado**

Resumen

El Colegio Madrid fue fundado por maestros formados durante el periodo anterior a la Segunda República española y desarrollaron sus carreras profesionales durante los tiempos de la República y la Guerra Civil, que consideramos una época de grandes logros educativos, tanto en su dimensión político social, como en sus planteamientos pedagógicos. El exilio los trajo a México junto con una gran cantidad de familias que, a pesar del casi incondicional apoyo del gobierno y la sociedad mexicana, debieron contar con ayudas solidarias de su propio gobierno republicano en el exilio para reacomodarse a su nueva situación. En estas circunstancias fue fundado el Colegio Madrid, primero para atender a los niños del exilio y sus familias, y después como una institución educativa innovadora y sólida, con una práctica pedagógica centrada en el alumno y sus aprendizajes, y que se arraigó en México para formar a niños y jóvenes mexicanos y españoles. El influjo de esos primeros maestros ha marcado la historia del Colegio Madrid desde entonces y hasta hoy.

Palabras clave

Colegio Madrid, JARE, Maestros, Jesús Revaque Garea, pedagogía.

El objetivo que perseguimos en este trabajo es revisar los primeros diez años de existencia del Colegio Madrid de 1941 a 1950, periodo en el que sólo existieron las secciones de jardín de niños y primaria, a partir de la visión de sus protagonistas: los maestros y los alumnos. Revisaremos brevemente las biografías de tres de los maestros más

* Coordinador de Extensión y Difusión Académica del Colegio Madrid.

** Miembro de la Asamblea de Asociados y de la Junta de Gobierno del Colegio Madrid.

emblemáticos de esa primera generación de profesores: Jesús Revaque Garea, director fundador; Santiago Hernández Ruiz, subdirector fundador; y Jesús Bernárdez Gómez, profesor fundador. Así como el traslado y la aplicación del proyecto pedagógico de la Segunda República española a México en el Colegio Madrid.

En el año 2011, vísperas del 75 aniversario de la fundación del Colegio Madrid, tuvimos la oportunidad de entrevistar a 46 exalumnos del Colegio, cuatro de los cuales pertenecieron a las primeras generaciones: Aurora Gené Serarols y Concepción Fernández Lozano, ambas egresadas de sexto de primaria en 1944; Manuel Meda Vidal y Alberto García Zabaleta, egresados en 1946. En este trabajo retomamos estas entrevistas no publicadas que nos permiten tener una visión fresca y cercana de esos primeros momentos del Colegio.

La comunidad del Colegio Madrid tiene en su memoria, en su imaginario simbólico, al 14 de abril de 1931 como su origen; su “tiempo singular” que conformó y definió su identidad posterior; para el Colegio Madrid, ese día significa su origen y su sentido de ser porque comenzó la gran aventura española de su Segunda República.

En su primer bienio la República española se abocó a la construcción de un Estado laico y verdaderamente democrático, que reconociera las autonomías de sus regiones, el debilitamiento de los poderes nefastos de la Iglesia católica y los militares, la reforma agraria con justicia social y, por supuesto, una reforma educativa de gran calado.

El proyecto educativo de la Segunda República española se inscribió en un proyecto social amplio que buscaba remontar una larga historia de desigualdad y de carencias. La educación era, entonces, una estrategia más en el proceso de dignificación de los campesinos y trabajadores españoles, largamente segregados y oprimidos, carentes de oportunidades reales de desarrollo; un mecanismo de movilidad social y justicia.

Otro elemento indispensable en el proyecto educativo de la República fue el establecimiento de la educación laica y para todos, como lo explicita el apartado séptimo del Pacto del Frente Popular de 1936: “La República tiene que considerar la enseñanza como atributo indeclinable del Estado, en el superior empeño de conseguir en la suma de sus ciudadanos el mayor grado de conocimiento y, por consiguiente, el más amplio nivel moral, por encima de razones confesionales y de clase”.

Al asumir el gobierno la Segunda República española se enfrentó a un problema educativo serio. En primer lugar el rezago educativo, para lo cual se fundaron alrededor de 10 mil escuelas entre 1931 y 1936;

por supuesto los límites presupuestarios acotaron los avances. Sin embargo el problema no sólo era cuantitativo, sino también cualitativo.

Para abordar el problema cualitativo, el proyecto educativo de la Segunda República española contaba con la experiencia de una institución educativa ejemplar, un personaje esencial y muchas ideas frescas. En primer lugar, la Institución Libre de Enseñanza fundada desde finales del siglo XIX por Francisco Giner de los Ríos entendiendo el proceso educativo como el único camino para transformar y modernizar la sociedad. La educación debe tener un sentido integrador y de respeto de la individualidad del alumno. La escuela debe ser *neutra*, abierta y tolerante, sin compromisos religiosos, políticos, ni filosóficos; pero sí con un fuerte compromiso por el deber ético y el rigor científico. Se debe conducir al alumno en el respeto de su libertad y bajo el principio de la *coeducación*, en la cual, maestro y alumno son, ambos, responsables y artífices del proceso educativo. El sujeto que aprende, su formación e integridad, son entonces el punto de arranque, pero también el objetivo final del proceso de enseñanza, principio de *reverencia al niño*, con pleno respeto por la individualidad del sujeto y su proceso de aprendizaje.

El personaje esencial fue Manuel Bartolomé Cossío, quien retomó los principios ginerianos y los reforzó con el concepto de *escuela activa*, que supone una actitud activa del alumno en la resolución de problemas prácticos que la escuela pone frente de sí, y así incrementar el conocimiento partiendo de las condiciones específicas de cada alumno. Cossío, además de alumno e impulsor de la ILE, fue director del Museo Pedagógico Nacional, consejero de Instrucción Pública y presidente del Patronato de la Misiones Pedagógicas. Su obra, continuando la de su maestro, fue una influencia básica para la política educativa de la Segunda República española.

Entre las ideas frescas e innovadoras sobresale la fundación de las Misiones Pedagógicas en 1931 para atender el acceso a la educación y cultura de miles de poblados aislados y rurales, “El 29 de mayo se promulga el decreto por el que se crea el Patronato de Misiones Pedagógicas. Su artículo tercero establece que la finalidad que se persigue con su instauración es el fomento de la cultura general, la orientación pedagógica de las escuelas y la educación ciudadana de las poblaciones rurales”.¹ La redacción del proyecto de las Misiones Pedagógicas corrió a cargo de Domingo Barnés y Luis Santullano, quienes ofrecieron la presidencia del Patronato a Manuel Bartolomé Cossío.

¹ Catálogo: *Las Misiones Pedagógicas*, 1931-1936, p. 38.

Después del bienio revolucionario vinieron dos años de contrarreformismo durante el bienio negro (1934-1936) y luego la Unidad Popular que retomó el camino de la primera etapa de la República, al que siguió la Guerra Civil.

Los maestros fundadores del Colegio Madrid se formaron pedagógicamente en los años previos a la República y desarrollaron sus carreras como docentes o como funcionarios durante este periodo. El fin de la guerra fue una derrota militar para la República y el nuevo régimen nunca planteó la reconciliación sino solamente la victoria, a todos aquellos que habían participado en la República les esperaban la represión o el exilio.

Jesús Policarpo Revaque Garrea, director fundador del Colegio Madrid, nació en la villa de Serrada, Valladolid, donde realizó sus estudios hasta llegar a la Normal Superior de su provincia natal. En 1913 obtuvo el título de Maestro de Primera Enseñanza. En 1918 llegó a Santander donde fue maestro y director de varias instituciones educativas y entabló una fructífera relación profesional con el inspector V. Valls hasta la época republicana. Entre 1924 y 1927 completó su formación docente, aprendiendo nuevas filosofías pedagógicas y técnicas didácticas en Bélgica, Holanda, Francia y Suiza. Durante esta década y la siguiente tuvo una importante actividad docente y periodística sobre temas educativos en el periódico *El Cantábrico* y la revista *Escuelas de España*, enorme corpus de artículos, recopilado en el libro *Periodismo educativo de un maestro republicano (1922-1936)*,² y que nos muestra claramente sus ideas sobre la organización de la escuela y la práctica docente. Durante la Guerra Civil fue enviado a Dinamarca para atender a las colonias de niños evacuados, labor que continuó en Francia junto con su esposa María Monte y posteriormente, en 1939 se trasladan a México.

Santiago Hernández Ruiz, subdirector fundador del Colegio Madrid, nació en Atea en 1901, provincia de Zaragoza, donde estudió Magisterio y trabajó en la librería “Gómez Pastor”, lo que lo convirtió en un febril lector. De 1925 a 1930 fue maestro en Paniza, Zaragoza, donde organizó una biblioteca escolar, editó un periódico y comenzó a escribir sus primeras obras, como *Un año de mi vida*, relato sobre sus vivencias en Paniza. En 1928 obtuvo el premio del concurso Nacional de Literatura, gracias a la publicación de *Letras españolas*,

² Jesús Revaque Garea, *Periodismo educativo de un maestro republicano (1922-1936)*, Estudio preliminar de Vicente González Rucandio, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2005.

antología de textos de diferentes autores. Al igual que Revaque tuvo una importante labor periodística en el periódico *La Voz de Aragón* y en las revistas *El Magisterio de Aragón*, *La Educación* y *El Magisterio Nacional*, entre otras. A partir de 1930 se trasladó a Madrid donde fue maestro y director de la Escuela Tirso de Molina y donde publicó *La legislación de la Primera enseñanza de la República*, *Cooperativas escolares* y *El Maestro y Disciplina escolar*. Posteriormente obtuvo el cargo de inspector en Teruel y hacia finales de la guerra se trasladó a Barcelona, donde en 1938 fue nombrado secretario general del Ministerio de Instrucción Pública de la República, razón por la cual tuvo que exiliarse en México en 1939.³

Jesús Bernárdez Gómez, profesor fundador del Colegio Madrid, nació en Redondela, Pontevedra, en 1915. Debido a la labor política de su padre, desde muy joven cobró conciencia de la situación social en el ámbito rural gallego. Estudió en la Escuela Normal de Magisterio de Pontevedra; perteneció a la Federación Universitaria Española (FUE) donde entró en contacto con las ideas republicanas y socialistas e ingresó a la Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA), que incluiría a la Izquierda Republicana. Al inicio de la Guerra Civil fue tomado preso junto con su padre y uno de sus hermanos. Su padre fue fusilado y la familia tuvo que emigrar a Portugal y Francia. Jesús Bernárdez, huyó de la cárcel hacia Portugal y Francia. Regresó a España, donde combatió como teniente del ejército republicano en la Batalla del Ebro. Posteriormente regresó a Francia desde donde se embarcó en el buque *Ipanema* para llegar a México.⁴

El 21 de junio de 1941 el Colegio Madrid abrió sus puertas a 50 niños de preescolar y a 390 estudiantes de primaria, todos ellos españoles conformando siete grupos mixtos, uno por cada grado, atendidos por 32 trabajadores, también españoles, entre profesores, personal administrativo, intendencia y el servicio médico. Nació así la comunidad del Colegio Madrid, que pertenecía a una comunidad más grande, la comunidad del exilio español en México, hombres y mujeres, familias enteras, que trasladaron sus proyectos de vida a nuestro país luego de ver truncada de tajo la Segunda República española, de la que habían sido partícipes activos. El nombre de esta nueva institución conlleva una fuerte carga simbólica, no sólo como capital de España y sede del gobierno y las cortes de la Segunda República,

³ Víctor M. Juan Borroy, "Santiago Hernández, nuestro pedagogo más universal", en *Heraldo de Aragón*, 2001. En http://www.calatayud.org/noticias/DICIEMBRE-01/121201_1.htm.

⁴ *Cátedra del exilio*, blog.

sino como emblema de la resistencia republicana y la gesta heroica a partir de noviembre de 1936.

Preocupados por la formación y protección de los niños de la guerra y el exilio, el gobierno de la República española en el exilio a través del Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles (SERE) fundó varias escuelas en México, entre las que sobresalen el Instituto Luis Vives y la Academia Hispano-Mexicana en la Ciudad de México. Paralelamente se creó en Francia la Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles, JARE, cuya delegación en México fue encabezada por Indalecio Prieto, depositario del gobierno republicano en el exilio. En 1941, la JARE encomendó a Jesús Revaque fundar una escuela para párvulos y educación primaria: el Colegio Madrid. Al año siguiente, debido a la separación de los grupos de niños y niñas en cumplimiento de una orden de la Secretaría de Educación Pública, el Colegio Madrid requirió incrementar su infraestructura.

A través del Colegio Madrid, la JARE se ocupó de las necesidades de los niños y apoyó a sus familias. Aurora Gené Serarols, egresada en 1944, nos comenta:

El Colegio Madrid era un lugar para protegernos y para ilustrarnos. Como íbamos de tiempo completo, pasaban a recogernos, nos daban de comer, incluso nos daban una merienda, y luego nos llevaban a la casa. Eso permitió que en muchas familias la mujer pudiera trabajar. En aquel entonces las familias eran numerosas. Eso solucionó muchos problemas económicos en muchos aspectos. Los grupos eran grandes, de 35 o 40 y los salones estaban muy bien armados, cada uno tenía su locker donde guardabas tus cuadernos; todo el material didáctico te lo daban. También los uniformes; una falda azul y una blusa blanca. Indudablemente las clases, los uniformes, el transporte y la comida eran gratuitos. Todo era gratuito gracias al apoyo de la JARE, mientras mis padres lograron ubicarse en México y obtener un trabajo remunerado.⁵

El esfuerzo del gobierno republicano en el exilio no se escatimó, protegía a sus niños con los recursos que necesitasen; por ejemplo el presupuesto de 1946 fue superior a los 485 mil pesos, cifra muy significativa para la época. Manuel Meda Vidal nos lo confirma:

El Colegio Madrid nos daba uniformes, comida, servicio médico y dentista: a mí me empastaron una muela; hacían revisiones periódicas, todo

⁵ Entrevista en video a Aurora Gené Serarols hecha por Ernesto Rico el 25 de enero de 2011. Citamos las entrevistas omitiendo las repeticiones, problemas de sintaxis, corchetes y puntos suspensivos para aligerar la lectura, pero con pleno respeto a las ideas y palabras de los entrevistados.

gratuito. Yo no tenía contacto con la JARE, pero eso costaba dinero y alguien lo estaba patrocinando. Hasta donde yo me acuerdo nunca invertimos un centavo en el Colegio Madrid. La JARE nos ayudaba, no directamente, no a la familia, sino a través del Colegio; es decir, uniformes, calzado, ¡dos uniformes! ¡Importantísimo!, no por el uniforme, no para que fuéramos todos iguales, sino por tener ropa. Me acuerdo de que nos daban dos uniformes porque mi madre lavaba uno todos los días.⁶

Los niveles educativos de los niños que llegaban al Colegio eran muy diversos; la edad no necesariamente correspondía a su grado escolar. Aurora Gené nos comenta:

Yo salí de España con siete años y medio. Venía de escuelas en España más progresistas y no permitían que a los párvulos les enseñaran a leer y escribir; era nada más cosas de cuentos y de juegos, estar conviviendo con los demás, entonces empezaba la primaria. Tan es así, que estando en el refugio, en ese entonces el SERE, nos mandó un maestro para que nos enseñara.⁷

Jesús Revaque y su esposa María Montes atendieron a los niños del exilio desde las épocas de Francia, comisionados por el gobierno republicano español. El testimonio de Aurora continúa:

Me acuerdo que aprendí desde las vocales, las consonantes, empezar a escribir, fueron cuatro meses nada más. Luego fuimos y vinimos y perdí mucho tiempo. O sea que, cuando yo entré al Colegio Madrid me metieron a tercero, me imagino que me harían un examen, y dijeron que yo estaba para entrar a tercero, justo para la edad que tenía. A los doce años de edad tenía compañeros y compañeras que ya tenían quince. Querían terminar la primaria, porque aquí para trabajar exigían que hubiesen terminado la primaria. Entonces, todas las familias estábamos muy carentes de dinero y los hijos tenían que ponerse a trabajar a cierta edad. Yo era chaparrita y me acuerdo de chicas grandes, yo las veía muy grandes.⁸

No se podía perder el tiempo; había que nivelar a los niños y colocarlos en su grupo. Manuel Meda nos cuenta este proceso con los ojos de un niño de ocho años:

Me pusieron una prueba de lectura, me dijeron: “sabes leer”, yo dije “sí” y empecé a leer muy bien, perfecto, hasta que me topé con el primer

⁶ Entrevista en video a Manuel Meda Vidal hecha por Ernesto Rico el 15 de octubre de 2010.

⁷ Entrevista a Aurora Gené.

⁸ *Ibid.*

Moctecuzoma Ilhuicamina, entonces me dijeron: “no, no, no, en tercero no, vete a segundo, anda y no mientas, si no sabes leer dilo”. Me pusieron en segundo de primaria y de ahí hasta sexto. A algunos compañeros los adelantaban un año, depende, había mucha flexibilidad.⁹

Efectivamente había que ser flexibles para una población que era heterogénea, como nos lo dice el testimonio de Concepción Fernández Lozano, egresada en 1944, entrevistada en el 2010: “Hice una prueba en el Colegio Madrid y para unas cosas estaba en cuarto y para otras estaba en quinto; estuve medio año en cuarto y luego hice quinto y sexto. Que deben haber sido ‘44 y ‘45”.¹⁰

Jesús Revaque encabezó un grupo de maestros provenientes del exilio y formados en la tradición educativa de España y de la Segunda República. La *Reverencia por el niño* y la *Coeducación* son los principios fundacionales del Colegio Madrid, heredero de la Institución Libre de Enseñanza y la obra educativa de Bartolomé Cossío y su Instituto Escuela. Revaque y los maestros transterrados son los encargados de esta educación centrada en el niño y su *formación para la vida*. La enseñanza era integral, manteniendo como eje la lengua y las matemáticas. Aurora Gené lo relata:

Yo digo que fue una enseñanza muy amplia en todos los sentidos, muy buena escuela. Se escribía muy bien, se respetaban mucho las reglas de ortografía, se preocupaban mucho por la ortografía y la lectura. Yo no era ninguna lumbrera ni mucho menos. Recuerdo que en la prueba de dictado, en ortografía, me faltaron sólo como tres acentos, ¡nada más! Nos enseñaban poemas de Machado, de Lorca, poemas árabes [...]. La cultura árabe también nos la enseñaron, todo lo que dejaron ahí de bueno los árabes [...]. El libro de lectura era *Platero y yo*, que me parece que para esa edad era demasiado; es decir, nos encantaba la vida del burrito y la parte de los pueblitos de Andalucía, de sus costumbres, pero no penetrabas en esa poesía en prosa tan bonita de Juan Ramón Jiménez; no la llegabas a captar.¹¹

Desde el principio el Colegio contaba con una extensa biblioteca, que los alumnos utilizan incesantemente, como lo demuestra el hecho de que con frecuencia había hasta 300 libros prestados durante estos primeros años.

⁹ Entrevista a Manuel Meda.

¹⁰ Entrevista en video a Concepción Fernández Lozano hecha por Ernesto Rico el 22 de diciembre de 2010.

¹¹ Entrevista a Aurora Gené.

Sólo un año dura el Colegio mixto. Por instrucciones de la Secretaría de Educación Pública se separaron los grupos de niñas y niños. Los niños se fueron al castillo nuevo. Los profesores son muy queridos. Manuel Meda nos cuenta

Cuando llegamos nos tocó el profesor Albert, José Albert Lillo y en cuarto, eran dos cuartos, éramos niños y niñas, y uno lo daba Jesús Bernárdez, el maestro “Susó”, y el otro lo daba Gil, el maestro José Gil Ruiz. En quinto estuvo una maestra Helena Martínez, y en sexto fueron dos maestras, la maestra María Leal, que nos enseñaba letras y humanidades, y la maestra María Monte, la esposa del maestro Revaque, que nos enseñaba matemáticas y geometría. Jesús Bernárdez fue muy importante para mí, importantísimo para mí.¹²

Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, raíz pedagógica del proyecto educativo de la Segunda República española y del Colegio Madrid, había hablado de que la Escuela debía de ser neutra; sin ideologías ni dogmatismos. El Colegio Madrid lo tomó como un imperativo: había que tener mucho cuidado de no traer las posiciones políticas que habían polarizado la República e incidido en la guerra. Aurora Gené comenta

Se hablaba de la guerra y sobre todo de la República. De la guerra no tanto porque te metías en berenjenales, ya que habíamos de todos los colores y sabores. Los exiliados éramos —bueno, nuestros padres—, de diferentes partidos políticos, muchos de ellos se contravenían. Los maestros, con respeto, hablaban más de la República.¹³

Pero eso no impidió mantener la identidad republicana; Manuel Meda confirma:

Deciden no adoctrinarnos en tal o cuál sentido político, sino dejar que nosotros recorramos nuestro camino; no nos hablaban; no nos daban literatura; dejaban que nosotros tomásemos la iniciativa. Me acuerdo de una mención: “la izquierda se llama así porque el corazón está del lado izquierdo; la derecha se llama así porque el hígado está del lado derecho”; pero eso era lo más, tan tibio, pero tan importante, tan profundo, eso era el adoctrinamiento político que había, nos respetaban mucho como niños, que nosotros decidiésemos nuestro destino.¹⁴

¹² Entrevista a Manuel Meda.

¹³ Entrevista a Aurora Gené.

¹⁴ Entrevista a Manuel Meda.

Retomando la historia del Colegio, a finales de 1942 la JARE dejó de tener el control de los recursos económicos del gobierno de la República española en México y se formó una comisión mixta entre funcionarios mexicanos y españoles llamada Comisión Administradora para el Auxilio de los Republicanos Españoles, Cafare, cuyos trabajos se desarrollaron entre 1943 y 1945. La Cafare mantuvo el subsidio al Colegio Madrid con mucho esfuerzo, porque el dinero se iba agotando. Los recursos del Colegio disminuyeron drásticamente, por lo que se pidieron cuotas voluntarias a las familias de los alumnos.

En 1943-1944 ingresaron al Colegio los primeros estudiantes mexicanos que se identificaban con la ideología y la pedagogía del Colegio. El Madrid aceleró la adaptación de sus niños al país además de que necesitaba crecer. En 1945, Revaque informó la existencia de 304 alumnos mexicanos, casi un tercio de la matrícula y hacia finales de los cuarenta entre 30 y 40 por ciento de los padres de familia eran mexicanos. Dice Aurora Gené:

Veníamos de una guerra, teníamos un carácter, una forma de ser, de hablar, que golpeaba un poco con la forma de ser del mexicano; que es más suavcito, más educado. Y empezaron a entrar las niñas mexicanas, entraron como siete. Yo creo que todas eran familiares de prorrrefugiados cardenistas. Los mexicanos tenían la puerta abierta.¹⁵

Al terminar la Segunda Guerra Mundial la situación jurídica del Colegio cambió porque también hubo importantes transformaciones en el gobierno republicano español en el exilio y en sus relaciones con el gobierno de México. En 1947 se creó un fideicomiso con Nacional Financiera en el que se establecía que el Colegio Madrid y sus bienes sólo podrán ser utilizados para fines educativos. Asimismo que el Colegio debía financiarse con recursos propios. El fideicomiso designó un Comité Técnico y de Administración de Fondos del Colegio Madrid. Los tres primeros años del fideicomiso fueron precarios, al grado que se despidió una buena parte del personal, y los maestros que se quedaron tuvieron que ceder treinta pesos mensuales de su salario y renunciar a algunas de sus prestaciones como el aguinaldo. Para la década de los cincuenta las condiciones económicas del Colegio mejoraron. A pesar de las penurias y dificultades económicas, el proyecto del Colegio siguió creciendo, lo que de alguna manera le

¹⁵ Entrevista a Aurora Gené.

permitió sobrevivir. En 1950 abrió sus puertas la secundaria con el fin de retener a los egresados. Una buena política, crecer para sobrevivir.

Estos primeros niños del Madrid salieron de la escuela en sexto de primaria, tenían apenas 12, 13 o 14 años. Hoy ya pasan de los 80 y todavía recuerdan al Madrid con cariño; reconocen su importancia en su formación y se han mantenido cerca con sus hijos, con sus nietos; dice Aurora Gené:

El Madrid significó mucho para mí, nos hizo unirnos en un grupo donde se liberaron todas esas ideas políticas que cada padre tenía; unos eran anarquistas, otros comunistas, socialistas, catalanistas, del país vasco, etcétera. Nos unimos como uno solo, como una sola persona, éramos de izquierdas, éramos antifranquistas, así deberíamos de ser, antidictatoriales, y éramos del Colegio Madrid. El Colegio Madrid tiene un calor especial, para mí es todo, porque fue el lugar donde mis hijos crecieron, se educaron, y luego mis nietos, les dieron bases muy sólidas, y además tienen ideas, se preocupan por el devenir de México, por la política de México, por la gente de México, y a mí eso me da mucho gusto.¹⁶

Siguiendo a Francisco Giner de los Ríos y a la educación durante la República, la formación de muchachos comprometidos con su entorno, conscientes de su mundo, activos y críticos en sus ámbitos, ha sido desde entonces y hasta hoy el principal objetivo del Colegio Madrid: enseñar para la vida. Alberto García Zabaleta, de la primera generación que cursó toda la primaria en el Colegio de 1941 a 1946 lo dice de esta manera:

Simple y sencillamente el Colegio Madrid fue el fundamento para todos nosotros en la formación de nuestra personalidad y actitud ante la vida; pues fomentó muchos conceptos como el por qué de nuestra estancia en México, el arraigar nuestra doble nacionalidad, el entender que nuestros padres lucharon y llegaron a jugarse la vida por sus ideales republicanos, y sobre todo, el influir definitivamente en nuestra actitud ante la vida cotidiana siempre con honestidad y justeza.¹⁷

Sin duda el proyecto educativo de la Segunda República española es un momento muy luminoso en la historia de la educación. Los maestros fundadores del Colegio Madrid se formaron en ese entorno combinando de manera virtuosa la teoría y la praxis. Su salida de

¹⁶ Entrevista a Aurora Gené.

¹⁷ Entrevista a Alberto García Zabaleta en audio hecha por Ernesto Rico el 13 de marzo de 2011.

España se debió a causas enteramente ajenas a su voluntad y llegaron a México con toda la energía para continuar su proyecto de vida lejos de su país. Aquí también mantuvieron una vida profesional de primer nivel y, en el Colegio Madrid, confluyó ese talento en la construcción de una institución con muchísima vitalidad y coherencia entre la teoría y la praxis.

La obra del maestro Revaque fue el Colegio. Durante treinta años fue su director general, educando a casi tres decenas de generaciones de estudiantes, pero preocupado por la formación docente para garantizar que los nuevos maestros, muchos de ellos exalumnos, mantuvieran esa práctica docente cuyo origen y características ya relatamos.

Santiago Hernández después de ser profesor en el Madrid, fue inspector de la SEP y maestro de la Escuela Normal Superior y de la UNAM, así como experto para la UNESCO en su labor por América Latina. Su producción bibliográfica fue muy amplia con temas educativos y pedagógicos; por ejemplo como colaborador en el *Diccionario de Pedagogía* de la Editorial Labor y su libro *La ciencia de la educación*.

Jesús Bernárdez mantuvo su activismo político en las organizaciones de exiliados en favor de la izquierda republicana, pero nunca dejó su labor docente y sus libros de texto de matemáticas para secundaria y bachillerato fueron fundamentales en la educación mexicana hasta épocas muy recientes.

EL INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL: EXTENSIÓN Y DESTINO DE PROFESORES Y CIENTÍFICOS DEL EXILIO ESPAÑOL

Silvia Mónica García Bernal*

Resumen

El Instituto Politécnico Nacional se convirtió en una institución acogedora de los maestros del exilio español brindándoles un lugar y una circunstancia propicios a manera de extensión y destino natural de su desarrollo profesional. En este texto, a través del recuento de los nombres de los profesores exiliados que se insertaron en las aulas y laboratorios del IPN por largos periodos, durante los cuales entregaron lo mejor de su producción intelectual, logrando un legado de gran valía para la institución politécnica, se enuncian sus aportes más significativos que coadyuvaron a la consolidación del Politécnico.

Palabras clave

Exilio, México, Guerra Civil, Instituto Politécnico Nacional, Profesores exiliados, integración.

INTRODUCCIÓN

En incontables ocasiones se ha reconocido la trayectoria de los exiliados españoles en la Universidad Nacional Autónoma de México y en el Colegio de México (antes Casa de España en México) entre otras instituciones académicas en las que se insertaron; sin embargo, su estancia y trayectoria dentro del Instituto Politécnico Nacional es poco conocida. No obstante que varios laboraron en las dos instituciones públicas de mayor renombre en México; pero otros más trabajaron denodadamente en las aulas y laboratorios politécnicos para dejar en ellos una huella indeleble y una influencia académica que sigue vigente hasta nuestros días. Es deber de toda memoria agradecida hacer justicia y reivindicar los nombres de quienes, siendo españoles de origen, científicos de formación y mexicanos por naturalización, tanto

* Instituto Politécnico Nacional.

aportaron a la institución politécnica que terminó convirtiéndose en el hogar académico y científico de su saber, incluso hasta el final de sus días, como un destino ineludible y natural de su circunstancia.

LÁZARO CÁRDENAS Y EL IPN

Es imposible hablar de la historia del Instituto Politécnico Nacional sin mencionar a un gran estadista mexicano: Lázaro Cárdenas del Río. Un hombre visionario que tuvo la gran virtud de transformar a un país recién salido de una revolución para tratar de insertarlo en el camino de la industrialización y el desarrollo. La creación de instituciones, la realización de movimientos sociales, de grandes y profundas reformas en todos los niveles de la realidad mexicana, entre otros aspectos, caracterizaron su periodo presidencial para influir en los gobiernos sucesivos. En el aspecto educativo, el apoyo a la educación técnica y la consecuente creación del Instituto Politécnico Nacional fue uno de los grandes aciertos de su obra. Una institución destinada a formar profesionales en el área tecnológica que dieran respuesta a las necesidades del país enmarcado en su gran proyecto de nación contenido en el Plan Sexenal.

El camino a la industrialización del país consideraba de manera importante elevar el nivel educativo y la capacitación de las masas. Para ello se necesitaba

[...] establecer una escuela práctica encaminada al conocimiento de las modernas técnicas de producción y explotación de los recursos industriales y agrícolas, así como una nueva organización de los productores que les permitiera defender sus derechos constitucionales y laborales, que redundaría en mejores condiciones de vida y una mejor distribución de la riqueza.¹

Con estas declaraciones se puede entender el gran apoyo e impulso que recibió la educación técnica durante este sexenio, sobre todo ante la ausencia de una institución lo suficientemente sólida que diera a la educación técnica un lugar de mayor relevancia en el nivel nacional, pese al esfuerzo que realizaban las escuelas técnicas conformadas en sexenios anteriores.

¹ Elvia Montes de Oca Navas, *Presidente Lázaro Cárdenas del Río, 1934-1940. Pensamiento y Acción*, Documentos de Investigación, núm. 31, El Colegio Mexiquense, 1999, p. 27. En <http://www.cmq.edu.mx/docinvest/document/DI31149.pdf> (fecha de consulta: 2 de diciembre, 2008).

Convencido de su proyecto, Cárdenas anunciaba en 1935 la creación del Instituto Politécnico Nacional que tendría como propósito preparar expertos en las distintas ramas de la producción, a partir de su conocimiento de los recursos naturales y otros factores económicos de México. Debían además ayudar a la industria, la agricultura y los transportes optimizando los recursos naturales y la mano de obra. El Politécnico debía cuidar que los egresados tuvieran apego y comprensión a la obra de reforma social que realizaba el gobierno de la revolución, en torno a una mejor organización de la producción apegada a los problemas de la justa distribución de la riqueza producida.

Un año después se iniciaron labores en las denominadas escuelas prevocacionales (cinco en el Distrito Federal y 11 en al interior de la República) y las vocacionales (cuatro en el Distrito Federal);² además siguieron funcionando las escuelas superiores que dependían del Departamento de Enseñanza Técnica Industrial y Comercial, DETIC; que en conjunto integraban el IPN. En la rama de ciencias fisicomatemáticas: la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica; la Escuela Superior de Construcción y las Escuelas Textiles, la número 1 de Río Blanco, Veracruz, y la número 2 en el Distrito Federal. En el área de ciencias médico biológicas: la Escuela de Medicina Homeopática y la Escuela de Bacteriología. En la rama de ciencias sociales: la Escuela Superior de Comercio y de Ciencias Sociales y Económicas.³

Cabe aclarar que las escuelas prevocacionales eran de un nivel similar a las secundarias técnicas y servían para la preparación de los alumnos que cursarían el nivel vocacional; es decir el nivel medio superior, como antecedente para las escuelas superiores. En este marco sobresale el hecho de la vinculación del IPN con el Consejo Nacional de Educación Superior y la Investigación Científica (CNESIC),⁴ con la cual se aseguraba la impartición de actividades académicas con una base científica en el Instituto.

Ante esta consideración era necesario contar con el personal académico de alto nivel que coadyuvara al establecimiento y funcionamiento de la institución politécnica, por lo que Cárdenas invitó, en 1935, a profesionales extranjeros que desearan integrarse a la docencia e investigación en el Politécnico. La respuesta por parte de distintas universidades en el extranjero no se hizo esperar, solicitudes

² Max Calvillo Velasco y Lourdes Rocío Ramírez Palacios, *Setenta años de historia del Instituto Politécnico Nacional*, México, IPN, 2006, pp. 139-142.

³ Arturo de Aquino Vargas, *Hace 50 años*, México, IPN, 1986, pp. 33 y 34.

⁴ Creado por L. Cárdenas en 1935.

de profesionales alemanes, austriacos, suizos, rumanos, polacos, estadounidenses y españoles fueron recibidas en el despacho presidencial.

En 1938 se recibía el primer grupo de intelectuales españoles que fundaría la Casa de España en México (hoy Colegio de México) y que a su vez apoyó el proyecto cardenista al recomendar científicos y profesores exiliados para que se insertaran en las aulas y laboratorios politécnicos.

LOS EXILIADOS ESPAÑOLES EN EL IPN

Los profesionistas y científicos formados en España llegados a México como consecuencia de la Guerra Civil, requerían instituciones donde continuar su labor científica como una extensión de su quehacer profesional y muchos hallaron en la institución politécnica un lugar digno para quedarse, incluso por el resto de su vida, y realizar una larga estancia académica y de investigación.

Además de las labores propias de la cátedra y el trabajo en laboratorio se dieron a la tarea de coadyuvar a la preparación de colegas y alumnos, de crear nuevas cátedras y establecer laboratorios que se requerían en esos momentos cruciales para la expansión y desarrollo de la institución. Fuera de ella, la práctica profesional en la salud pública, los laboratorios privados, en organismos descentralizados e industria privada; en diversas instituciones educativas públicas y privadas, les permitió alcanzar la plenitud profesional y científica que requerían.

Las escuelas politécnicas que se vieron beneficiadas con la presencia y desempeño de los maestros del exilio fueron principalmente la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, la Escuela de Medicina Rural, hoy Escuela Superior de Medicina; y en menor medida la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, la Escuela Superior de Química e Industrias Extractivas, la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura y varias escuelas vocacionales de nivel medio superior.

Imposible sería enumerar todas y cada una de las aportaciones que los maestros del exilio español dejaron en el Instituto, pero sí podemos al menos mencionar algunos de los beneficios que esta pléyade de intelectuales españoles legaron a la institución politécnica, como resultado del trabajo conjunto que realizaron al lado de profesores mexicanos que ansiaban la consolidación de su escuela.

La Universidad Gabino Barreda se creó en 1934 con la Escuela de Bacteriología, de Economía y Mecánica dental entre otras, además

de un Instituto de Investigaciones y Estudios Superiores.⁵ Dos años después se transformó en la Universidad Obrera de México y la Escuela de Bacteriología, al crearse el Politécnico, se incorporó en 1937 como Escuela de Bacteriología, Parasitología y Fermentaciones, para transformarse, un año después, en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas (ENCB).

En esas circunstancias comienzan a integrarse los maestros del exilio español al Politécnico. El primero en hacerlo fue el doctor Isaac Siro Ángel Bonifacio Costero Tudanca, en 1938 como profesor de enseñanza técnica superior en la ENCB, con tres horas semanales de clase en las que impartía la cátedra de histología.⁶ Médico y cirujano por la Universidad de Zaragoza, España, quien vino a transformar al IPN de manera importante al fundar el laboratorio de Histología, como antecedente del departamento de Morfología; fue además cofundador de la carrera de médico rural que con el tiempo se transformó en la licenciatura de medicina. El doctor Costero permaneció por más de 36 años en el Politécnico.⁷

En 1940 fue fundada la carrera de Biólogo en la que participaron los maestros españoles Federico Bonet Marco,⁸ Manuel Castañeda Agulló,⁹ Cándido Bolívar y Pieltain,¹⁰ y Bibiano Osorio y Tafall. Así mismo se fundó la carrera de Químico Farmacéutico Industrial en la que participaron Serafina Palma Delgado, Adela Barnés de García, Pedro Carrasco, Enriqueta Ortega, Eugenio Muñoz Mena, Alberto Folch Pi y Juan de Oyarzabal.

Uno de los más destacados maestros del exilio español en el IPN es el doctor Manuel Castañeda Agulló quien inició labores en el Politécnico en el Instituto de Fisiología y Farmacodinamia; entre otras aportaciones fundó los laboratorios de Fisiología General y Vegetal, Biofísica Molecular y Productos Naturales, el primero se convirtió en el antecedente de una de las unidades de investigación más importantes del Politécnico el Centro de Desarrollo de Productos Bióticos (Ceprobi) en el Estado de Morelos. Cabe destacar que fue el maestro

⁵ Calvillo Velasco y Ramírez Palacio, *op. cit.*, p. 147.

⁶ Expediente personal de Isaac Costero Tudanca en el Departamento de Archivo y Correspondencia del Instituto Politécnico Nacional (en adelante se citará como DAC-IPN), exp. IPN/131/1949.

⁷ *Ibid.*

⁸ Ingresó al IPN en 1939 y se jubiló en 1971.

⁹ Ingresó al IPN el 1° de marzo de 1940 y egresó por fallecimiento el 10 de enero de 2001.

¹⁰ Ingreso al IPN en 1941 y se jubiló en 1976, Expediente personal DAC-IPN exp. IPN/131/1104.

exiliado que alcanzó la mayor antigüedad en la institución politécnica: 60 años de estancia y fecunda labor hasta sus últimos días.¹¹

El naturalista Cándido Bolívar y Pieltain permaneció por más de 35 años en el IPN. Sus contribuciones fueron realmente sobresalientes en el ámbito académico y científico. Sus famosas expediciones a las zonas campestres de México le permitieron formar a incontables entomólogos politécnicos. El formidable equipo que formó con Federico Bonet, su amigo y colaborador más cercano Dionisio Peláez Peláez, y Bibiano Osorio Tafall, al que se unieron destacados alumnos politécnicos permitió la integración de una clasificación 134 nuevas especies de fauna mexicana con lo que se enriqueció el conocimiento entomológico en el nivel nacional, ellos fueron sin duda el grupo de la especialidad más activo del país en aquellos momentos.¹²

El doctor Bolívar recomendó a dos de sus mejores amigos para laborar en el Politécnico Enriqueta Ortega Fellú¹³ y Dionisio Peláez,¹⁴ quienes desarrollaron una larga carrera al interior de la institución. Enriqueta Ortega trabajó durante 22 años en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas y en la Vocacional número 4 en las que impartió clases de Biología y Botánica. Dionisio Peláez fue catedrático en las escuelas de Ciencias Biológicas y Medicina donde impartió cátedra de Parasitología y Entomología respectivamente con verdadera pasión durante 45 años. Como jefe del Departamento de Parasitología desarrolló la época más productiva de ese laboratorio a pesar de las precarias condiciones en que se encontraba.

El departamento de Parasitología fue fundado por Dionisio Peláez Fernández; y el de Zoología, por Federico Bonet, que más adelante se transformaría en el departamento de Ecología y Paleontología; el doctor Bonet fue el gran formador de biólogos politécnicos durante 32 años.

Con más de 27 años en el IPN Enrique Rioja Lo Blanco¹⁵ y Modesto Bargalló¹⁶ encontraron un refugio para impartir su conocimiento en la biología y en la química respectivamente. Enrique Rioja participó en la modernización de la carrera de Biólogo junto con Faustino Miranda a la que incorporaron las algunas disciplinas como Climatolo-

¹¹ Ingresó en 1940 y falleció el 10 de enero de 2001 a la edad de 95 años.

¹² Adolfo Pérez Miravete, *50 años de investigación en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, 1934-1984, una valoración crítica a la luz de su evolución histórica*, México, IPN, Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, 1984, p. 166.

¹³ Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN /131/831.

¹⁴ Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN /131/1320.

¹⁵ Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN/131/1878.

¹⁶ Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN/131/1403.

gía, Matemáticas, Química y Física.¹⁷ El doctor Rioja fue nombrado jefe del departamento de Hidrobiología en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas. En la Escuela de Medicina Rural impartió cátedra a nivel licenciatura y posgrado. El gran historiador de la química Modesto Bargalló laboró en la misma Escuela de Medicina pero también en las vocacionales 1 y 3, donde impartió la materia de Química, laboratorio y posgrado de la especialidad de manera majestuosa a pesar de su incapacidad visual.

El físico y astrónomo Pedro Carrasco Garrorena además de ideólogo y fundador de la carrera de Químico Farmacéutico Industrial al lado de Eugenio Muñoz Mena, laboró en la Escuela de Ingeniería Química e Industrias Extractivas, ESIQIE, de manera modesta ya que el otrora candidato al Premio Nobel de Física tuvo que adaptarse a los modestos laboratorios politécnicos e impartir su cátedra durante 19 años. Por su parte el químico Muñoz Mena, fue pionero de la farmacéutica en la Escuela de Ciencias Biológicas y profesor de su especialidad en licenciatura y posgrado durante 21 años. Llegó a desempeñar el más alto cargo de investigador científico nivel C y jefe del laboratorio de Farmacia fundado en 1942.

Juan de Oyarzabal Orueta profesor de Física por más de 22 años tanto en la Escuela de Ciencias Biológicas como en la Superior de Físico Matemáticas.

Ramón Álvarez Buylla, médico, fisiólogo, investigador en los laboratorios de Fisiología y Electrofisiología; constructor de sus propios aparatos de investigación, quien permaneció por más 35 años en la institución.

El botánico Leoncio Gómez Vinuesa¹⁸ durante 14 años impartió cátedra biología, farmacia y botánica en la carrera de Biólogo. El químico Landelino Wencell Díaz fue profesor de fotomicrografía durante 16 años.

El médico e histólogo Fernando Priego López con más de 23 años de estancia en Ciencias Biológicas, Superior de Medicina y la Vocacional 4; así como jefe de los laboratorios de Histología y de Embriología.

Y qué decir de las mujeres que coadyuvaron a la creación de carreras y cátedras, quienes permanecieron por más de 14 años en el Politécnico. Colegas y compañeras en Ciencias Biológicas y en Medi-

¹⁷ Francisco Dosil y Javier Cremades, "Contribución de los españoles al desarrollo de la botánica mexicana", en TzinTzun, *Revista de Estudios Históricos*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003, p. 115. En <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/898/89803704.pdf> (fecha de consulta: 7 de junio, 2010).

¹⁸ Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN/131/2078.

cina: la bióloga Enriqueta Ortega, las químicas Adela Barnés y Teresa Toral, y la médica Serafina Palma. La pedagoga Estrella Cortichs laboró como profesora de Literatura universal y Raíces griegas en la vocacional número cuatro de ciencias sociales.

En el caso de la Escuela Superior de Medicina, los maestros del exilio fueron cofundadores de la carrera de Médico Rural en 1938; proyecto encabezado por Miguel Othón de Mendizábal, Leopoldo Ancona, Eduardo Aguirre Pequeño, Ignacio Millán Maldonado, Manuel Maldonado Koerdell, Demetrio Sokolov y Efrén del Pozo; además del director y subdirector de la ENCB, Gerardo Varela y Diódoro Antúnez respectivamente. Dos años después la expedición de un decreto presidencial reconocía la profesión de Médico Rural Cirujano y Partero; con lo cual se transformaría en la Escuela Superior de Medicina Rural (ESMR) en 1942.¹⁹

Los maestros exiliados participantes en esta escuela fueron por supuesto los médicos, pero igual participaron los químicos y los biólogos, entre ellos Isaac Costero Tudanca, José Giral, Dionisio Peláez, Enrique Rioja, José Puche Álvarez, Manuel Márquez y Manuel Rivas Cherif, Serafina Palma y Fernando Priego López.

Pero los que dejaron profunda huella en esta escuela tanto por su dedicación a la enseñanza y formación de los alumnos como por su larga estancia fueron: José Torre Blanco (46 años),²⁰ Alberto Folch Pi (48 años),²¹ Germán García García (29 años)²² y Antonio Oriol Anguera (39 años).²³

Dentro de la Escuela de Medicina Rural, el decano del exilio Manuel Márquez Rodríguez es considerado cofundador de la carrera de Optometría junto con su amigo y discípulo Manuel Rivas Cheriff.

En otras escuelas politécnicas fueron muy pocos los maestros del exilio español que llegaron, baste resaltar la presencia de Emilio Rodríguez Mata en la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica durante 27 años. Suficientes para fundar los laboratorios de Fotometría y Medidas Eléctricas. El licenciado en Letras Isidoro Enríquez Calleja²⁴ permaneció 25 años en la Escuela Técnica Comercial Luis Enrique Erro (hoy Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos,

¹⁹ Carlos Borboa Robles, "Escuela Superior de Medicina", en *Setenta años de historia del Instituto Politécnico Nacional*, tomo IV, vol. I, Monografías de las Escuelas, Centros y Unidades de Enseñanza e Investigación, México, IPN, 2006, p. 307.

²⁰ Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN/131/1591.

²¹ Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN/131/3264.

²² Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN/131/6392.

²³ Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN/131/8195.

²⁴ Expediente personal, DAC-IPN, exp. IPN/131/3125.

CECYT, número 14, del mismo nombre), donde impartió clases de Civismo y varias cátedras del área de ciencias sociales. El matemático Vicente Carbonell Chaure impartió clases de su especialidad en las vocacionales 3 y 5 y en la Escuela Superior de Comercio y Administración, ESCA, durante 27 años.

De los 44 maestros del exilio español que llegaron al IPN como catedráticos e investigadores 26 permanecieron por más de 10 años y 20 de ellos llegaron para quedarse y entregar su vida y profesión a los alumnos de la institución politécnica; sin embargo, algunos maestros no pudieron permanecer más tiempo en el Instituto pero no por ello realizaron aportes menos valiosos. Entre ellos, José Giral con apenas seis años de estancia logró fundar el laboratorio de Investigaciones Químicas en la Escuela de Ciencias Biológicas y fue cofundador de la carrera de Médico Rural. El médico Ramón Rodríguez Mata logró fundar la cátedra de Patología Médica en la Escuela de Medicina Rural en escasos 2 años de estancia, lo que le valió ser reconocido por este plantel como uno de sus fundadores. De los de menor estancia (menos de 10 años) se pueden mencionar a Jaime Pi Súñer, Bibiano Osorio Tafall, Francisco Giral González, José Puche Álvarez, Wenceslao Dutrem Domínguez, Dionisio Nieto; los hermanos Fernando y Rafael de Buen, Rosendo Carrasco Formiguera, Faustino Miranda y Alfredo Lagunilla Iñarritu.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La llegada de maestros del exilio español al Instituto Politécnico Nacional no fue fortuita. Fue una estrategia política y académica para consolidar la institución politécnica fundada por Lázaro Cárdenas en los casos de los científicos de mayor renombre; algunos más se integraron por invitación de sus familiares y amigos y los menos de manera circunstancial. Lo más destacado de su integración fue que pese a las precarias condiciones de la institución, de sus escuelas y laboratorios; de los modestos sueldos muchos de ellos no se amilnaron; por el contrario se adaptaron, buscaron apoyos y, sobre todo, realizaron una fecunda labor durante su estancia en el Politécnico donde cumplieron su destino como profesores e investigadores con verdadero rigor científico y entusiasmo, tanto por su profesión como por la fertilidad académica encontrada en la entonces, joven comunidad politécnica.

PARTE II
CULTURA

ENTRE LA CIENCIA Y LA LOCURA. LOS NEUROPSIQUIATRAS DEL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL

Javier Dosil Mancilla*

Resumen

Los neuropsiquiatras del exilio español dejaron una huella profunda en sus diversos países de acogida. Siguieron la estela de Cajal pero de formas muy diversas. El texto abordará la dinámica de esta comunidad científica. Se hará hincapié en tres aspectos: en la función simbólica que desempeñó el Nobel español en la red del exilio; en la diversificación de las investigaciones de sus discípulos para adaptarlas a sus nuevos países, y en el papel que éstos tuvieron en la institucionalización de la neuropsiquiatría en América Latina.

Palabras clave

Exilio Español, Neuropsiquiatría, Santiago Ramón y Cajal, Institucionalización, México.

INTRODUCCIÓN

La neuropsiquiatría española gozaba de notable prestigio antes de la Guerra Civil. La concesión del premio Nobel de Medicina, en 1906, a Santiago Ramón y Cajal, por el descubrimiento de la teoría neuronal, catapultó al médico navarro a las cimas de la ciencia y cambió la idea que se tenía de España en el extranjero. La noticia no sorprendió menos a los españoles (el propio galardonado tardó en asumirlo, creyendo que se trataba de una mala broma de sus discípulos) e insufló cierto optimismo en los espacios políticos y académicos que favoreció el establecimiento de nuevos laboratorios (como los de la Residencia de Estudiantes) y de instituciones como la Junta para la Ampliación de Estudios (JAE) —fundada en 1907 y presidida por Cajal—, entre cuyos cometidos figuraba apoyar a estudiantes y profesores para que completaran su formación en el extranjero. La espesa neblina del pasado

* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

poco a poco se fue desvaneciendo y se pasó página a ciertos episodios “deshonrosos”, como la pérdida de las últimas colonias, que Cajal achacaba precisamente a la falta de inversión en ciencia. Los españoles *ya* no sólo contaban con un vistoso folclore, una decente gastronomía y alguno que otro escritor y poeta: poseían también cierto potencial para la investigación científica, no tanto por la herencia cultural o genética (el propio Cajal consideraba que la raza hispana era poco propicia para la ciencia) como por su natural creatividad y, sobre todo, por su denodada entrega al trabajo (un “obrero infatigable del microscopio”, así era percibido nuestro Nobel).

Por otra parte, Cajal dio nombre a una escuela histológica formada por discípulos y colaboradores, de formación e intereses científicos muy diversos pero que compartían el empleo de las tinciones microscópicas como procedimiento de investigación. Ciertamente los miembros de la escuela cajaliana dominaban estas técnicas que habían hecho famoso a su maestro (en especial la doble impregnación argéntica) y que requerían de una destreza que no podía adquirirse con la mera lectura, por muy cuidadosa que fuera, de un manual especializado.

Insistimos en la figura de Cajal porque la neuropsiquiatría española anterior a la guerra estuvo marcada por su huella. La mayor parte de los neuropsiquiatras se formaron con el Nobel o con algún discípulo suyo aventajado. Pero también habrá que observar que el formar parte de la escuela cajaliana otorgaba al científico cierta aureola de prestigio, de tal modo que no es extraño que los investigadores recalcaran su relación con el Nobel aun cuando recibieran influencias más significativas de otros profesionales. Para la parte clínica, por ejemplo, las aportaciones de Cajal resultaban de limitado valor, más allá de favorecer una interpretación “somaticista” de la profesión, que empataba bien con las aportaciones de Kraepelin y de otros neuropsiquiatras con mucho peso en esos momentos. No es de extrañar, en consecuencia, que las principales figuras de la neuropsiquiatría española anterior al exilio, como Miguel Sacristán, Gonzalo R. Lafora, Wenceslao López Albo o Antonio Vallejo-Nájera se formaran en los círculos académicos germánicos y con este enfoque “biologicista”; como alemán fue también el modelo adoptado en España, que mantenía unida la neurología y la psiquiatría.¹ Otras perspectivas, como la psicoanalítica, quedaban en franca desventaja.²

¹ Carlos Castilla del Pino: “Historia crítica de la psiquiatría en el siglo XX. Una mirada biográfica”, en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, núm. 99, 2007, pp. 105-118.

² Cfr. Francisco Carles, Isabel Muñoz, Carmen Llor y Pedro Maset, *Psicoanálisis en España (1893-1968)*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2000.

LA FORMACIÓN DE LOS NEUROPSIQUIATRAS ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO

Superados los recelos carpetovetónicos de antaño, los científicos españoles se lanzaron a otros países para ampliar sus estudios. Puede decirse sin exagerar que los neuropsiquiatras españoles, más tarde exiliados, se formaron con los más destacados neuropsiquiatras del momento. El psiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora, quien se había formado con Cajal, por ejemplo, trabajó en Berlín con Theodor Ziehen, Hermann Oppenheim y O. Minkowski; en Munich con Emil Kraepelin y Alois Alzheimer, y en París con Pierre Marie y Joseph Dejerine.³ Por su parte Dionisio Nieto, discípulo de Pío del Río Hortega, amplió estudios en el Instituto Max Planck de Munich, con Walter Spielmeier y Osw Bumke, y ejerció la clínica psiquiátrica en Berlín, Hamburgo y París.⁴ También con Kraepelin y Spielmeier se formó Miguel Prados Such, quien además trabajó en el Maudsley Hospital de Londres.⁵ El neurocirujano Wenceslao López Albo tuvo como maestros a Fedor Krause y Otfried Föester, fundadores de los primeros servicios de neurocirugía germánicos.⁶ Otro neurocirujano, Sixto Obrador, optó por continuar sus estudios en Oxford de la mano de Charles Sherrington, poco después de que éste obtuviera el Nobel, y H. Cairns.⁷

Estas muestras bastan para poner de manifiesto, una vez más, que los neuropsiquiatras españoles, para su formación clínica, por lo general recurrieron a prestigiosos científicos que abordaban su especialidad desde una perspectiva “biologicista”, otorgando notable peso a la anatomía patológica, lo cual les permitió encauzar sin fracturas su formación inicial histológica (propia de la escuela cajaliana) hacia el pujante campo de la clínica neuropsiquiátrica. Son pocas las excepciones, pero entre ellas cabe mencionar a Ángel Garma, quien en un viaje que realizó a Alemania para formarse como neuropsiquiatra, entró en contacto con médicos del círculo freudiano que reorientaron su trayectoria profesional hacia el campo del psicoanálisis.⁸

³ Luis Valenciano Gaya, *El Dr. Lafora y su época*, Madrid, Morata, 1977.

⁴ Adela Nieto, *La obra científica de Dionisio Nieto*, México, UNAM, 1990.

⁵ Francisco Guerra, *La medicina en el exilio republicano*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, p. 509.

⁶ Óscar Martínez Azumendi, “Wenceslao López Albo (1889-1944)”, en *Norte de Salud Mental*, núm. 16, 2003, pp. 67-71.

⁷ Diego Gutiérrez Gómez, Jose María Izquierdo Rojo, *El doctor Obrador en la Medicina de su tiempo*, Oviedo, Bear, 1999.

⁸ Cfr. Iñaki Márquez, *El bilbaíno Ángel Garma (1904-1993), fundador del psicoanálisis argentino*, Bilbao, Temas Vizcainos, 2005, pp. 31-44.

LOS NEUROPSIQUIATRAS DEL EXILIO REPUBLICANO

Los neuropsiquiatras españoles encontraron refugio en varios países, pero sólo en México se juntó un grupo, lo cual permitió que la escuela cajaliana echara raíces en este país.⁹ El primero en llegar, por invitación de La Casa de España, fue Gonzalo Rodríguez Lafora (1886-1971), discípulo aventajado de Cajal y más tarde su colaborador. En España dirigió el Laboratorio de Fisiología Experimental del Sistema Nervioso, fue profesor en el Instituto Cajal y llevó las riendas del prestigioso Departamento de Psiquiatría del Hospital Provincial de Madrid. Con una exquisita formación, era probablemente el representante más destacado de la neuropsiquiatría española. En México fue recibido con honores, si bien algunos de sus diagnósticos y planteamientos resultaron muy polémicos.¹⁰ Fundó un Instituto de Neuropsiquiatría, del que luego hablaremos, ejerció la práctica privada y publicó diversos artículos sobre anorexia, encefalomielitis y homosexualidad. En 1947, antes de regresar a España, fue nombrado honorario de la Academia Nacional de Medicina de México.¹¹

Mayor importancia tuvo para la neuropsiquiatría mexicana Dionisio Nieto Gómez (1908-1985), quien se había formado con Pío del Río Hortega. Llegó a México con 32 años y fue en este país donde desplegó su principal trayectoria profesional. Estuvo vinculado como investigador al Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, como clínico al Manicomio General y como docente a la Facultad de Medicina de la UNAM. Estudió los fundamentos fisiológicos de las enfermedades mentales, exploró la anatomía patológica de la esquizofrenia y realizó hallazgos decisivos en el diagnóstico de la cisticercosis cerebral.¹² Como puede apreciarse, se ciñó a la perspectiva “biologicista” propia de la escuela cajaliana –fue muy crítico con el psicoanálisis y la antipsiquiatría–,¹³ que influyó en sus discípulos y que en buena medida

⁹ Francisco Javier Dosal Mancilla, “La estela de Cajal en México”, en *Arbor*, vol 185, núm. 735, 2009, pp. 29-40.

¹⁰ Cfr. Raquel Álvarez Peláez, Rafael Huertas García-Alejo, *¿Criminales o locos? Dos peritajes psiquiátricos del Dr. Gonzalo R. Lafora*, Madrid, CSIC, 1987.

¹¹ Aunque existen muchos trabajos sobre Gonzalo R. Lafora, el más completo sigue siendo Gaya, *op. cit.*

¹² Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Barcelona, Anthropos, 1994, pp. 249-255.

¹³ Cristina Sacristán, “En defensa de un paradigma científico. El doble exilio de Dionisio Nieto en México, 1940-1985”, en Rafael Huertas y Ricardo Campos [coords.], *De la “Edad de Plata” al exilio: construcción y “reconstrucción” de la psiquiatría española*, Madrid, CSIC/Frenia, 2007, pp. 97-116.

marcó el rumbo de la neuropsiquiatría académica mexicana hasta nuestros días.

A México llegaron también dos neurocirujanos, Wenceslao López Albo (1889-1944) y Sixto Obrador Alcalde (1910-1979). Ambos eran naturales de Santander y trabajaron en los laboratorios madrileños de Cajal, el primero con Nicolás Achúcarro y Luis Simarro, el segundo con el mismo Cajal y con Pío del Río Hortega. En España, López Albo ejerció en diversos hospitales psiquiátricos y fue director de la Casa de Salud de Valdecilla (Santander), donde también trabajó por un tiempo Sixto Obrador.¹⁴ En el exilio, ambos neurocirujanos se mantuvieron muy cercanos. Primero ejercieron la neurocirugía en Monterrey y más tarde en la capital, en el Instituto de Neuropsiquiatría y en el servicio de Neuropsiquiatría y Neurocirugía del Hospital Español. Obrador se incorporó además al Instituto de Investigaciones Biomédicas y a finales de los cuarenta regresó a España.

Asimismo habrá que mencionar al psiquiatra infantil Federico Pascual del Roncal (1902-1958), quien antes de la guerra había sido jefe del Departamento de Psiquiatría e Higiene Mental del Ministerio de Sanidad.¹⁵ En México fue profesor de Psicoterapia en la UNAM y jefe del Servicio Psiquiátrico del Instituto Médico Pedagógico de México. Escribió un *Manual de Neuro-psiquiatría infantil* (1940) y otros textos de su especialidad. Entre los más jóvenes figura Jesús María Sánchez-Pérez Sánchez (1908-), quien había trabajado con Cajal y completado su formación en Estados Unidos. En México trabajó en el Departamento de Radiología Neurológica del Instituto de Neuropsiquiatría, hasta que en 1944 se trasladó a Estados Unidos.¹⁶ En esta apretada relación de neuropsiquiatras no debe faltar Augusto Fernández Guardiola (1921-2004), que se formó como psiquiatra en la UNAM, de la mano de los maestros del exilio (en especial de Nieto).¹⁷ Finalmente debemos considerar a Isaac Costero Tudanca (1903-1979), discípulo de Pío del Río Hortega, que si bien fue histopatólogo, puso su atención en el tejido nervioso y en los tumores cerebrales, y ya en México en el aparato cardiovascular.¹⁸

En Argentina, son dos los nombres que merecen señalarse. En primer lugar, Pío del Río Hortega (1882-1945), el discípulo más destaca-

¹⁴ Martínez Azumendi, *op. cit.*

¹⁵ Guerra, *op. cit.*, p. 580.

¹⁶ *Ibid.*, p. 531 y 581.

¹⁷ Augusto Fernández Guardiola, *Las neurociencias en el exilio español en México*, México, FCE, 1997.

¹⁸ *Cfr.* Isaac Costero, *Crónica de una vocación científica*, México, Editores Asociados, 1977.

do de Cajal, que si bien no era neuropsiquiatra, sino histólogo, hizo estudios notables sobre la composición citológica del tejido nervioso y describió dos tipos celulares nuevos: la oligodendroglía y la microglía. Después de un primer exilio en la Universidad de Oxford, pasó a Buenos Aires (en 1941) para asumir la dirección de un laboratorio de investigaciones histológicas, pero falleció poco después.¹⁹ En Argentina encontró también exilio el neuropsiquiatra Ángel Garma (1904-1993), considerado como el padre del psicoanálisis en Argentina.²⁰ Si bien Juan Cuatrecasas Arumí (1899-1990) fue patólogo, en su exilio argentino hizo algunas aportaciones a la neuropsiquiatría y fue autor del libro *Psicobiología del lenguaje* (1940). El jurista Luis Jiménez de Asúa también irrumpió en este campo con un curioso libro, *Psicoanálisis criminal* (1940), que fue varias veces ampliado y reeditado.

En este breve repaso de los neuropsiquiatras del exilio no puede faltar Miguel Prados Such (1894-1969). Inició su andadura científica como un cajaliano más, de la mano de Gonzalo Rodríguez Lafora, interesado por la histología del sistema nervioso. Más tarde se volcó hacia la neurología y la psiquiatría. Al terminar la guerra se exilió en Canadá. Fue profesor de Psiquiatría en la McGill University de Montreal.²¹

LA FIGURA DE CAJAL Y LA DIVERSIFICACIÓN DE LAS INVESTIGACIONES EN EL EXILIO

Aunque Cajal falleció en 1934, de manera simbólica desempeñó un papel muy importante en el exilio. Constituía la figura más sobresaliente de la ciencia española y representaba los valores culturales que habían llevado a tantos españoles al destierro. Además se había convertido en un ejemplo a seguir, sobre todo en los países de habla hispana, pues demostraba que con tesón y entrega hasta en los países con escasos recursos era posible ganarse un lugar en la historia de la ciencia. El médico mexicano Manuel Martínez Báez lo expresaba del siguiente modo:

[...] sentimos que Cajal es también nuestro, y no solamente como son nuestros y vuestros los grandes hombres, sino, en este caso, de un modo

¹⁹ Juan Riera Palmero, "Dos biólogos republicanos en el exilio: Pío del Río-Hortega y Augusto Pi y Suñer", en Julián Chávez Palacios [coord.], *Política científica y exilio en la España de Franco*, Badajoz, Universidad de Extremadura y Diputación de Badajoz, 2002, pp. 126-146

²⁰ Márquez, *op. cit.*

²¹ Guerra, *op. cit.*, p. 509.

especial, más concreto y más profundo. Cajal es también nuestro, es decir, de nosotros los hispanoamericanos, sencillamente porque Cajal es español.²²

Por tales razones, Cajal actuó como un elemento aglutinador de los médicos exiliados y de la mayor parte de los científicos del desierto, y favoreció las alianzas entre los profesionales españoles y los mexicanos españoles. Puede decirse que Cajal era valorado como un pariente común, de tal modo que discípulos y admiradores sentían que formaban parte de una misma familia. Dicho de otro modo, la admiración que despertaba el Nobel español en América Latina catalizó la integración de los médicos españoles en las comunidades científicas mexicanas.²³

Las muestras de este acercamiento simbólico favorecido por la figura de Cajal son múltiples. La primera organización de médicos exiliados que se creó en México, que contó además con una participación activa de profesionales mexicanos, recibió el nombre de Ateneo Ramón y Cajal. En su órgano de difusión, los *Anales de Medicina del Ateneo Ramón y Cajal*, aparecieron artículos dedicados al maestro, de la pluma de Julio Bejarano, Blas Cabrera, Isaac Costero, Tomás Gutiérrez Perrín, Manuel Márquez, Manuel Martínez Báez, José Puche Álvarez y Antonio Zozaya. Como se señala en la nota de presentación de los *Anales* del Ateneo, esta revista surgió como:

[...] órgano de relación de los médicos españoles exiliados, entre sí y con los de México, a la vez que con los restantes de América y a ser posible con los que todavía quedan en Francia y en el Norte de África y aun con los mismos médicos de nuestra España adonde esperamos que –con permiso de la censura– pueda llegar nuestra publicación.²⁴

Españoles y mexicanos se reunieron año tras año para homenajear la figura de su maestro común, y las comunicaciones presentadas en su honor salieron a la luz en libros que son expresión de un matrimonio simbólico entre los científicos de ambas orillas.²⁵ En 1952, el

²² Manuel Martínez Báez, “Cajal y la ciencia en España y en Hispanoamérica”, en Joaquín D’Harcourt *et al.*, *Homenaje a Cajal en el primer centenario de su nacimiento*, México, Cultura, 1952, p. 29 (sobretiro de *Cuadernos Americanos*).

²³ Dosil Mancilla, *op. cit.*

²⁴ Anónimo, “Editorial. Nuestros propósitos”, en *Anales de Medicina del Ateneo Ramón y Cajal*, núm. 2, 1944, p. 4.

²⁵ *Cfr.*, por ejemplo, Manuel Peláez Cebrián [comp.], *Vivencias de Don Santiago Ramón y Cajal*, México, Sociedad Médica Hispano Mexicana/UNAM/IPN/FCE, 1999.

Ateneo Español de México organizó un solemne homenaje a Cajal con motivo del centenario de su nacimiento; los diversos textos aparecieron en un monográfico de *Cuadernos americanos*.²⁶

Por otra parte, el exilio determinó un cambio en la trayectoria de la mayoría de los científicos exiliados, sobre todo de los más jóvenes, que para poder reanudar sus investigaciones debieron adaptarlas a las necesidades y posibilidades de sus países de acogida. Tal sucedió también con los discípulos de Cajal. El histopatólogo Isaac Costero, por ejemplo, había destacado en España por sus investigaciones neuropatológicas. En México se incorporó en 1945, por invitación de su fundador Ignacio Chávez, al Instituto Nacional de Cardiología, lo cual hizo que aplicara los procedimientos de la escuela cajaliana al estudio del aparato cardiovascular.

El neuropsiquiatra Dionisio Nieto siguió aplicando las clásicas tinciones del tejido nervioso y enseñando los métodos de Cajal a jóvenes investigadores mexicanos del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos; pero en su trabajo clínico, como director del Pabellón Piloto del Manicomio la Castañeda impulsó el tratamiento con psicofármacos e investigó los efectos psicotrópicos de ciertas plantas.

LOS EXILIADOS Y LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA NEUROPSIQUIATRÍA EN AMÉRICA

Los neuropsiquiatras españoles tuvieron una actuación decisiva en la institucionalización de la neuropsiquiatría en América Latina, que a su llegada estaba en ciernes. El país que salió más beneficiado con esta labor institucional de los refugiados fue México. En 1940 se estableció en este país el Laboratorio de Estudios Médicos Biológicos, por iniciativa de La Casa de España, en colaboración con la UNAM y con apoyo económico de la Fundación Rockefeller. Tuvo como objetivo ofrecer un lugar de trabajo a los discípulos de Cajal y a otros exiliados, si bien desde el primer momento se incorporaron también científicos y estudiantes mexicanos. Constó de cuatro secciones; salvo una (la de Citología), estuvieron dirigidas por médicos españoles: Neuronatología y Neuropatología (por Nieto y Lafora), Anatomía Patológica (por Costero) y Neurofisiología (por Jaime Pi Suñer y Ro-

²⁶ *Cuadernos Americanos*, vol. 64, núm. 4, 1952, pp. 77-145, editado también como Joaquín D'Harcourt et al., *Homenaje a Cajal en el primer centenario de su nacimiento*, México, Cultura, 1952.

sendo Carrasco Formiguera). También trabajaron otros desterrados, como Obrador, el oftalmólogo Manuel Rivas Chérif y el farmacólogo Ramón Pérez Cirera. En 1943 pasó a depender exclusivamente de la UNAM, donde se mantiene en la actualidad con el nombre de Instituto de Investigaciones Biomédicas.²⁷ Con los años, la mayor parte de los científicos fundadores optaron por trasladarse a otras instituciones. Dionisio Nieto permaneció hasta el final de sus días y se convirtió en su principal figura, lo cual determinó que se consolidara en este centro una línea de investigación en neuropsiquiatría, que adoptó los procedimientos de Cajal y que realizó importantes contribuciones al estudio de las alteraciones histológicas de cerebros enfermos y al diagnóstico de la cisticercosis cerebral. El Laboratorio fue cuna de notables neurólogos mexicanos, como Alfonso Escobar, Antonio Villasana y Carlos Guzmán Flores, y de dos españoles, Augusto Fernández Guardiola y Emilio Muñoz Martínez, que como otros muchos jóvenes exiliados buscaron como maestros a las grandes figuras del destierro.

En 1942, Lafora creó con López Albo, en la Ciudad de México, el Instituto de Neuropsiquiatría, una clínica de enfermedades nerviosas y mentales en régimen de ambulatorio en la que trabajaron diversos médicos exiliados: Sixto Obrador (en neurocirugía), Federico Pascual del Roncal (en psiquiatría), Jesús María Sánchez-Pérez Sánchez (en neurorradiología), Santiago Villanueva Sánchez (en medicina interna), Jaime Valdés Estrada (en medicina general) y Germán Somolinos (en análisis clínicos). También colaboraron Fritz Frankel, neurólogo berlinés que había participado en las Brigadas Internacionales, y L. Deutsch.²⁸ Este privilegiado plantel de profesionales y la forma coordinada de abordar las investigaciones, con la colaboración directa de diversos especialistas (modelo que más tarde Obrador aplicaría en España) otorgaron al Instituto un notable prestigio.²⁹

En 1964 se creó el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía, perteneciente a la Secretaría de Salud, que figura entre los principales centros médicos especializados del mundo. Su estructura clínica, científica y académica se vio fortalecida con la presencia de los médicos españoles y sus discípulos: Dionisio Nieto se hizo responsable del Servicio de Psiquiatría; Alfonso Escobar de Neuropatología y Augusto

²⁷ Francisco Javier Dosil Mancilla, "La JAE peregrina", en *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 239, enero-abril de 2007, pp. 307-332.

²⁸ *Archivo de Gonzalo Rodríguez Lafora*, CSIC, Madrid.

²⁹ Francisco Javier Dosil Mancilla, "La huella en la neurociencia mexicana del exilio español, un legado de Cajal en ultramar", en *Neurosciences and History*, vol. 1, núm. 4, 2013, pp. 154-161.

Fernández Guardiola de la Unidad de Investigaciones Cerebrales, donde también trabajaron Isaac Costero y su discípula Rosario Barroso.³⁰

La labor de los médicos exiliados fue también notable en el funcionamiento de diversas asociaciones, como la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría (que adquirió gran prestigio gracias a Nieto) y el Ateneo para el Estudio del Sistema Nervioso (fundado por Nieto, Costero y el neurólogo mexicano Manuel Velasco Suárez), y elevaron el crédito de revistas como *Boletín del Instituto de Estudios Médicos y Biológicos*, *Archivos de Neurología y Psiquiatría de México*, *Gaceta Médica de México*, *Revista Ciencia*, *Archivos del Instituto Nacional de Cardiología*, etc. Por otra parte, Ángel Garma fue fundador de la Asociación Psicoanalítica Argentina (la primera en América Latina) y Miguel Prados de la Asociación Psicoanalítica Canadiense.³¹

³⁰ Fernández Guardiola, *op. cit.*, p. 81.

³¹ Luis Valenciano Gayá, "Miguel Prados Such's works on psychiatry", en *Archivos de Neurobiología*, vol. 32, núm. 4, 1969, pp. 453-464.

LAS REDES SOCIALES DEL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL EN MÉXICO: EL MUNDO EDITORIAL Y PERIODÍSTICO

Juan Carlos Sánchez Illán*

Resumen

La actividad periodística y editorial había sido un elemento fundamental en la España republicana y lo siguió siendo en el exilio. El gran foco editorial en español —y del exilio en particular— fue la Ciudad de México. Los exiliados encontraron en México la misma lengua y señas de identidad, así como unas plataformas culturales y espacios de convivencia ya plenamente consolidados o en vías de hacerlo: editoriales, periódicos, revistas e instituciones culturales; por todo ello, puede afirmarse que durante varios lustros el texto impreso en lengua española fue producido mayoritariamente en México. Se trata de un proceso que no se hizo a costa de España, sino con la inestimable colaboración de numerosos intelectuales y editores españoles refugiados. Se produce así un fenómeno de transferencia de conocimiento que se llevó a cabo sobre todo mediante el modelo tradicional de empresas familiares y la subsiguiente formación de redes profesionales y de cuadros y equipos directivos multiculturales. Los desterrados fueron empleados masivamente en las industrias culturales mexicanas. Todas las empresas periodísticas y editoriales fundadas por exiliados son exponentes de la importancia del conocimiento acumulado en personas e instituciones y del papel esencial de las redes sociales del exilio republicano en el proceso de internacionalización.

Palabras clave

Exilio republicano, Periodistas, Editores, Desarrollo editorial, México.

Debido al idioma y a la solidaridad del gobierno mexicano de Lázaro Cárdenas, así como a las vicisitudes bélicas vividas en Europa a partir de septiembre de 1939, el grueso de la actividad editorial y periodística del destierro se desarrolló en Iberoamérica y particularmente en México, espacio de acogida por excelencia, con una enorme distancia

* Universidad Carlos III de Madrid.

respecto al resto de países. México fue, globalmente, el segundo país que acogió al mayor número de exiliados, después de Francia, entre 20 o 24 mil, mientras que el número final de los exiliados en Francia, lo que se considera el exilio permanente, llegó a ser de unas 180 mil personas.¹ La labor de los editores y periodistas —algunos de ellos, escritores y políticos reconvertidos al periodismo y el mundo editorial como medio de vida— se desarrolló en un mercado relativamente abierto históricamente a la colaboración de intelectuales y periodistas españoles, fenómeno que se amplió considerablemente a partir de 1939. Desde sus comienzos, fue relativamente fácil la inserción de los intelectuales exiliados en la gran prensa y el universo editorial mexicanos. También fue pronto visible el esfuerzo unitario: en México se constituyó en 1943 la Agrupación Profesional de Periodistas y Escritores Españoles en el Exilio,² y Ciudad de México fue el primer núcleo editorial del periodismo español en el exilio. De la hospitalidad que encontraron en aquella tesitura da fe la interminable relación de periodistas españoles que escribieron en periódicos y revistas mexicanos: varios cientos —o quizá incluso miles— se abrieron paso como redactores, cronistas, folletinistas, colaboradores, corresponsales, jefes de redacción o directores en los periódicos, revistas y medios audiovisuales más importantes de México. En líneas generales, puede decirse, al mismo tiempo, que en los sectores progresistas de la sociedad mexicana se produjo inicialmente una identificación de los ideales revolucionarios nacionales con los defendidos hasta entonces por la República española. Así pues, no ha de extrañar que se hubiera dado tan excelente y generoso recibimiento a los profesores e investigadores en la Casa de España y que luego, desde la llegada de las tres grandes expediciones iniciales del *Sinaia*,³ el *Ipanema* y el *Mexique*, se les facilitara a los escritores publicar en periódicos, en revistas y

¹ Alicia Alted, “El exilio republicano en México”, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 61, julio de 2006, p. 9.

² La Agrupación profesional de Periodistas y Escritores Españoles en el Exilio, estuvo radicada primero en México y luego Francia, desde 1945. En ambos países se producirá una efervescencia periodística en especial desde 1945 a 1949, a tono con la coyuntura internacional, teóricamente favorable a la esperanza de recuperación de la democracia republicana.

³ Durante la emblemática —y bien documentada— travesía del *Sinaia* se editó el primer periódico del exilio. Fue realizado en mimeógrafo, en la más completa precariedad, con máquina de escribir y algunos dibujos a modo de ilustraciones. Se trataba de mantener alta la moral y mostrar la mayor sensación de normalidad posible. En *Sinaia —Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*, se hablaba sobre todo del país de su acogida, del benefactor presidente Cárdenas. El *Sinaia* llegó el 13 de junio de 1939 con 1 599 pasajeros, seleccionados por el Comité de Ayuda a los Españoles, del SERE. De los pasajeros, sólo doscientos, todos ellos intelectuales o profesionales —maestros, periodistas y escritores— irían directamente de Veracruz a la capital de México. *Excelsior*, 15 de junio, 1939, p. 1.

en editoriales. Aunque, cuando llegaron los primeros *transterrados*, la mayor parte de la prensa mexicana les era ideológicamente hostil, con el tiempo hubo periodistas españoles que trabajaron en puestos destacados de los periódicos y las revistas más importantes, como por ejemplo, *Novedades*, *Excélsior*, *El Nacional*...⁴ De este modo, el México de Lázaro Cárdenas –que se había singularizado por su apoyo a la República–, acogió y dio oportunidades a los refugiados y mantuvo, además, el reconocimiento oficial de la República en el exilio hasta su extinción en 1977.

Hasta ahora, sólo son relativamente bien conocidos los casos de periodistas y editores que desempeñaron labores fundacionales y directivas: promotores, propietarios, gerentes y directores editoriales de las empresas más relevantes, habitualmente intelectuales de cierto renombre. En tanto que sucede todo lo contrario con los que desempeñaron puestos técnicos, en su gran mayoría completamente desconocidos: tipógrafos, ilustradores, comerciales, correctores, traductores o incluso mano de obra no cualificada. Y es que, como ha señalado Alicia Alted,

en realidad, hay tantos exilios como exiliados hubo, pero si prescindimos de los marcos generales, de los elementos que caracterizan a un colectivo siempre en comparación y contraste con otro u otros, no podríamos realmente llegar a tener una comprensión, siquiera mínima, de lo que fue el exilio de 1939 para la mayoría.⁵

Cabe destacar, sin embargo, que hubo diversos modelos y ejemplos de creación de las fundamentales redes sociales y profesionales del exilio político español en México. Un exilio editorial y periodístico que puede ser considerado, en buena medida, como una prolongación histórica de la Edad de Plata de la cultura española. Interesa destacar, además, los distintos modelos de recepción, las formas de integración y el paso de una situación, en principio de emergencia, pero que tendió a ser perdurable. Lo cierto es que, junto a la enseñanza, la edición y el periodismo, como actividades profesionales remuneradas, fueron quizá el principal medio de vida de una élite cultural que formaba parte destacada del exilio republicano. Debido a la cantidad y la calidad de los periodistas y editores exiliados, México fue durante los

⁴ Patricia W. Fagen, *Transterrados y ciudadanos*, México, FCE, 1975, p. 188.

⁵ “Intelectuales en el exilio: trayectorias biográficas”, en José Luis Casas Sánchez y Francisco Durán Alcalá [coords.], *II Congreso sobre el Republicanismo. Historia y Biografía en la España del siglo XX*, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá Zamora, 2003, p. 229.

años cuarenta y cincuenta la capital de la prensa y la imprenta del exilio español, de la misma forma que fue la ciudad elegida como sede de las instituciones republicanas en el destierro en su primera etapa de reconstrucción.

En el caso del libro en lengua española, se ha hablado de un auténtico “despertar editorial”, pero que no se hizo a costa de España, sino con la inestimable colaboración de numerosos intelectuales y editores españoles refugiados.⁶ Y es que, después de la contienda española, el centro de gravedad de la edición en español se trasladó, en gran medida, a Ciudad de México. En todo momento se tratará, eso sí, de relaciones muy fluidas y con diversos vasos comunicantes, unas estrechas interconexiones que han sido acertadamente calificadas como “un viaje de ida y vuelta”.⁷ Se trata de una coyuntura en la que confluyen intereses, necesidades y oportunidades, en la que la crisis provocada por la Guerra en España se sumaba a una fase de despegue del mercado del libro en América, sobre todo en países grandes como México, por la existencia de un creciente mercado editorial interno. Este proceso coincide con el declive de la industria editorial española, mientras que otras, como la mexicana, experimentaron un sostenido desarrollo que maduraría en las décadas siguientes.⁸ Se produce así un fenómeno de transferencia de conocimiento que se llevó a cabo sobre todo mediante el modelo tradicional de empresas familiares y la subsiguiente formación de redes profesionales y de cuadros y equipos directivos multiculturales. Todas las empresas editoriales fundadas por exiliados son exponentes de la importancia del conocimiento acumulado en personas e instituciones y del papel esencial de las redes sociales del exilio republicano en el proceso de internacionalización. El exilio político de los republicanos vinculados al mundo del libro facilitó el trasvase de conocimiento de unas empresas consolidadas a otras nuevas, así como también la conformación de plantillas y las aportaciones de autores de diversos países. Se impulsó, al mismo tiempo, un proceso de renovación de las editoriales ya creadas y de innovación en las de nueva planta.⁹ Aunque hay algunos editores que

⁶ Fernando Larraz, “Los editores españoles ante los mercados de lectura americanos (1900-1939)”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 119, 2007, p. 150.

⁷ Antonio Lago Carballo y Nicanor Gómez Villegas [eds.], *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*, Madrid, Siruela, 2006. Encuentro celebrado en la Casa de América de Madrid, 22-24 de septiembre de 2004.

⁸ Fernando Larraz, *Una historia transatlántica del libro. Relaciones editoriales entre España y América Latina (1936-1950)*, Gijón, Ediciones Trea, 2010, p. 12.

⁹ M. Fernández Moya, “Editores españoles a ambos lados del Atlántico”, en *Historia del presente*, núm. 12, II época, 2008/2, pp. 97-110.

ya estaban asentados en México antes de la Guerra, es la contienda española lo que supuso claramente un punto de inflexión, un antes y un después en sus relaciones comerciales con España. Hay algunas rupturas definitivas y muchos viajes de ida y vuelta. Algunos editores primaron la ideología política, asumiendo la defensa de un determinado ideal: regionalismo, anarquismo y republicanismo; hubo también quienes hicieron gala ante todo de una idea de negocio, un sentido empresarial o comercial, mientras que otros asumieron los dos postulados. Los desterrados fueron empleados masivamente en las industrias del libro y de la imprenta en general. Al hacer un balance sobre el mundo de la edición en México, Elena Aub apuntaba que “se dice que, en cuanto se reúnen más de dos españoles, surge una nueva editorial”.¹⁰ Y es que fue sin duda en México donde las conexiones entre el exilio español y el mundo editorial fueron más estrechas y evidentes. La importancia de este fenómeno ya ha sido subrayada.¹¹ Ciudad de México se convierte en la indiscutible capital cultural y política del exilio español, muy especialmente en la etapa que discurre entre 1939 y 1950. Buena prueba de ello es la ingente actividad periodística en suplementos culturales de la prensa diaria, la publicación de emblemáticas revistas culturales: la organización de centros educativos o la más que relevante presencia de docentes en la UNAM.¹² Exponente fiel de este fenómeno es el *Catálogo de obras que se exhibieron en el Pabellón de la República Española en la IV Feria Mexicana del Libro* (celebrada en 1946). La mayoría de las más de quinientas obras de todos los ámbitos allí recogidas fueron producidas en el exilio y al menos la mitad publicadas por editoriales mexicanas fundadas por exiliados.¹³ Incluso se editó un libro para la ocasión, que con el título de *Retablo Hispánico* recogía ensayos de ilustres exiliados.¹⁴ El escritor y diplomático mexicano Mauricio

¹⁰ Lago Carballo y Gómez Villegas, *op. cit.*, p. 50. La valenciana Elena Aub Barjau llegó al exilio mexicano con quince años, en 1946. En <http://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/>.

¹¹ Desde obras pioneras como la de Mauricio Fresco, *La emigración republicana española. Una victoria de México*, México, Editores Asociados, 1950; así como otros referentes ineludibles, Carlos Martínez, *Crónica de una emigración, la de los republicanos españoles de 1939*, México, Libro Mex Editores, 1959; Julián Amo y Charmion Shelby, *La obra impresa de los intelectuales españoles en América 1936-1945*, Stanford, Stanford University Press, 1950.

¹² Como muestra, puede verse el *Diccionario biográfico del exilio español de 1939: los periodistas*, Madrid/México, FCE, 2011, realizado bajo mi dirección, en el que se incluyen 338 biografías de intelectuales exiliados que podrían haber sido varios miles.

¹³ Juan Francisco Escalona, “La imprenta peregrina: escritores y editores en México”, en *Taifa*, núm. 4, 1997, pp. 239-252.

¹⁴ Como José Gaos, Antoniorrobes, Manuel Altolaguirre, José Herrera Petere, Juan Rejano, Álvaro de Albornoz, Juan Gil-Albert, José Moreno Villa, Benjamín Jarnés y Luisa Carnés, entre otros muchos. Los textos se acompañaron de dibujos del pintor valenciano Enrique Climent y

Fresco, en su conocida obra *La emigración republicana española. Una victoria de México*,¹⁵ habla —en 1950— de más de dos mil doscientos cincuenta libros como fruto de la intelectualidad española, así como más de mil seiscientos libros traducidos del francés, inglés y alemán. En los primeros once años, ya habían sido creadas sólo en México más de cincuenta editoriales e imprentas y, además, en el Fondo de Cultura Económica se dio cabida a un imponente colectivo de refugiados que pudieron continuar con su trabajo sin ningún tipo de trabas o censura.

En este contexto, la primera empresa —y quizá la más representativa y emblemática de los exiliados—, al menos en su primera etapa, de notable efervescencia política y esperanza en el retorno, es la Editorial Séneca. Su valor testimonial se sitúa en la defensa de los principios ideológicos republicanos, voluntad de acción común y labor de representación política del grupo español exiliado en todos los ámbitos posibles, con un papel grupal definidor. Se trata de una “editorial constituida por refugiados para albergar obras del corpus republicano”, empeñada en la afirmación de la tradición cultural republicana, “una editorial extranjera radicada en México”, “guardián de la cultura republicana, más que una editorial, es una colección siempre preparada para refundarse en una España liberada”.¹⁶ Así, en la Editorial Séneca aparecieron las primeras *Obras completas* de Antonio Machado¹⁷ y la primera edición de *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca. Publicó, pues, obras de profundo simbolismo para la cultura republicana, así como de emblemáticos autores exiliados: Paulino Masip, Emilio Prados, José Bergamín, Rafael Alberti, Josep Carner, Luis Cernuda, Pedro Salinas y José Herrera Petere, entre otros muchos. Detrás de Séneca estaba un escritor y editor como

fue editado por la Editorial Clavileño, de la que el profesor Domingo Ródenas sospecha que se creó *ad hoc* para publicar este *Retablo Hispánico*. De hecho, esta editorial nunca más volvió a dar señales de vida. Se trata de una impresionante miscelánea de ensayos sobre la cultura española, producto de los más eminentes intelectuales de la diáspora republicana. Domingo Ródenas [ed.], *Retablo Hispánico*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2008, edición facsimilar de la realizada en 1946 por Editorial Clavileño en la Ciudad México.

¹⁵ México, Editores Asociados, 1950, pp. 92-95.

¹⁶ Larraz, *op. cit.*, p. 119.

¹⁷ Miguel Dennis, “Cultura y exilio: Bergamín y la primera edición de las *Obras completas* de Antonio Machado (México, 1940)”, en *Revista de Occidente*, núm. 166, marzo de 1995, pp. 100-112, se ocupa del conflicto legal y los pagos que sobre los derechos de autor acordó Bergamín con los hermanos de Antonio Machado. Las *Obras completas* de Machado salieron en octubre de 1940. Bajo la dirección de Bergamín y el cuidado tipográfico de Emilio Prados. La decisión final de titular a la edición de la obra de Machado como *Obras completas* parece responder más a un interés comercial de la Editorial que a una investigación de fondo, invariable en aquellas circunstancias.

José Bergamín (Madrid, 1895–San Sebastián, 1983). Llega a México el 24 de mayo de 1939. Fundó la germinal revista *España peregrina* en febrero de 1940. Pero tenía un proyecto más amplio que la revista: emprender la aventura de la Editorial Séneca, contando para ello con fondos del SERE negrinista. El proyecto formaba parte de un plan financiero que se estableció en México para apoyar iniciativas industriales, pesqueras, agrícolas y académicas, como el colegio Luis Vives o la Editorial Séneca. Existe el libro de actas, con la historia contable y administrativa de la empresa, desde el 12 de enero de 1940 al 30 de marzo de 1948, donde el fracaso comercial se constata, por lo que arrastró problemas económicos hasta su desaparición.¹⁸ En todo caso, parece claro que no es el compromiso político –del que hacía gala una iniciativa empresarial como Séneca– sino la existencia de una infraestructura previa el factor más determinante para explicar el protagonismo emprendedor de los exiliados republicanos españoles en el despegue editorial mexicano y argentino.¹⁹ Esta opinión se apoya en el testimonio de Daniel Cosío Villegas,²⁰ fundador del Fondo de Cultura Económica y de la Escuela Nacional de Economía, quien puso como testigo directo el acento en lo valioso de la llegada de espléndidos colaboradores para las nuevas editoriales, algunos trabajadores gráficos, pero sobre todo elementos directivos de la industria editorial española, mientras que, a su entender, no fueron tan relevantes en infraestructuras, talleres de imprenta e industria de artes gráficas. Claro que cabría objetar a esta tesis que, casi por definición y por la propia naturaleza de sus tareas, este tipo de trabajadores especialistas son mucho menos conocidos –y reconocidos– en la esfera pública.

Existe un notable contraste entre las editoriales fundadas o protagonizadas por los exiliados en Argentina o en México. En el país azteca el número de exiliados editores es muy superior y consiguieron atraer a inversores, autores y público nacionales. Si en Argentina o Chile puede hablarse de una época dorada de la edición, en el caso de México asistimos a un verdadero nacimiento editorial, ya que la industria era prácticamente inexistente a la altura de 1936, con la excepción del Fondo de Cultura Económica (FCE), proceso favorecido por

¹⁸ María de Lourdes Pástor Pérez, “La edición de las obras de Antonio Machado en Editorial Séneca, México, 1940”, en M. Aznar Soler [ed.], *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Editorial Renacimiento, 2006, pp. 565-572.

¹⁹ Larraz, *op. cit.*, p. 114.

²⁰ “España contra América en la industria editorial”, en *Cuadernos Americanos*, año VIII, núm. 1, 1949, pp. 59-71.

la llegada de un nutrido contingente de exiliados republicanos.²¹ Son los casos de grandes empresas y conglomerados editoriales como, por ejemplo, la Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana (UTEHA), fundada en 1937 por el exiliado gallego —inicialmente de carácter económico, pero luego también político— José María González Porto (Aldea de Torreboreda, La Estrada, Pontevedra, 1895— Ciudad de México, 1975), quien llegaría a ser propietario desde 1950 de la Editorial Montaner y Simón de Barcelona. Es posible seguir su trayectoria a través del homenaje póstumo que le rindió su grupo editorial en 1976.²² A los trece años emigra a Cuba, forzado por las circunstancias. Había emigrado inicialmente desde Galicia a Cuba y, finalmente, a México. Se hace librero y editor en un durísimo contexto. En 1936 viaja a España e instala en Barcelona la editorial González Porto, que pervive hasta el 18 de julio, cuando tiene que replantearse su futuro: Marsella, Génova, Milán y, finalmente, México, donde asociado con Salvat Editores de Barcelona, arranca su editorial, como una casa especializada en el ámbito científico y técnico. Se convertiría en pocos años en un emporio editorial, con el nombre de Editorial González Porto. Después funda y dirige tres editoriales más en México: Acrópolis, Occidente y Renacimiento y contaba con casas filiales en toda Iberoamérica.²³ Con la llegada de los refugiados, tiene la oportunidad de contratar en 1940 al ingeniero industrial Estanislao Ruiz Ponsetí como gerente-apoderado, quien había trabajado en Barcelona en la Editorial Gustavo Gili, como traductor y revisor de obras técnicas. Diez años después, UTEHA tiene edificio propio, más de un centenar de empleados, librerías en la ciudad y en los principales estados y sucursales en todos los países del continente, más las de España y Portugal. En el célebre *Diccionario Enciclopédico UTEHA*, de doce volúmenes, colaboraron unas tres mil personas, entre ellas los refugiados más eminentes en todos los campos. Ha sido calificado por ello como “el más alto exponente de la labor cultural de la emigración republicana española”.²⁴ La lista de exiliados que trabajaron en UTEHA es muy larga. Sirva como exponente la trayectoria del ya mencionado Estanislao Ruiz Ponsetí (Mahón, Menorca, 1889-Ciudad de México, 1967).

²¹ Antonio Escobedo, *Entre prensas anda el juego*, México, Seminario de Cultura Mexicana/ Editorial Muñoz, 1967, pp. 121-122.

²² José María González Porto, *En memoria*, México, UTEHA, 1976.

²³ Fernando Rodríguez Díaz, “Editores y libreros en el México contemporáneo”, en *Libros de México*, núm. 31, abril-junio de 1993, pp. 29-37.

²⁴ Carmen Castellote, “Recuerdos de una emigración intelectual”, en *El País*, 12 de abril, 1991.

Llega a Veracruz el 3 de noviembre de 1939, como uno de los iniciadores —junto a Juan Grijalbo— de la Editorial Atlante, vinculada al PSUC y al SERE. Por cuestiones de índole económica dejó Atlante y se hizo cargo de la gerencia general de la Editorial, puesto que ejercería entre 1940 y 1965;²⁵ en UTEHA trabajó también el catedrático socialista Juan Sapiña Camaró (Cullera, Valencia, 1905-Ciudad de México, 1974). Diputado por Castellón en las elecciones de 1931 y 1936. Recaló en México, a través de Nuevo Laredo, el 1º de abril de 1940. Fue profesor del Colegio Franco-Español, gerente general y director de publicaciones de la editorial Renacimiento y consejero de la editorial UTEHA. Además fue subdirector del ya referido y monumental *Diccionario Enciclopédico UTEHA* (1950) y dirigió otros diccionarios y enciclopedias especializadas. Perteneció a la Agrupación Socialista Española de México;²⁶ otro exiliado que trabajó en UTEHA en puestos muy destacados fue el catalán Pere Calders Rossinyol (Barcelona, 1912-id., 1994). Se había exiliado en México el 27 de julio de 1939, llegando en el *Mexique* a Veracruz. Su experiencia en el mundo del diseño gráfico y de la publicidad le permite desarrollar su carrera con gran éxito en el mundo editorial mexicano. Desde su estudio Grabaluz, realiza tareas diversas y, a partir de 1943, empieza a trabajar, casi en exclusiva, para la UTEHA. Para esta editorial hace trabajos muy variados, desde el dibujo comercial hasta la ilustración, el grabado, el diseño de las portadas o la creación de logotipos. En 1962 vuelve a Barcelona y, un año más tarde, se incorpora a la editorial Montaner y Simón como gerente de producción, cargo que ocuparía hasta su jubilación.²⁷

Un caso muy singular e inclasificable, por su agudo sentido comercial y su peculiar compromiso ideológico, presenta la ejecutoria del editor catalán Juan Grijalbo Serrés (Gandesa, Tarragona, 1911-Barcelona 2002). Delegado del Libro en la Generalitat durante la guerra, por su función sindical en la UGT, en 1939 se exilió a Francia donde trabajó como jefe de correspondencia para el SERE. En México se asoció con un antiguo grupo de empleados de la Editorial Labor de Barcelona, como el ya mencionado Estanislao Ruiz Ponsetí y Manuel Sánchez Sarto²⁸ y entre los que se encontraba también el filósofo

²⁵ Josep Portella Coll, *Estanislau Ruiz Ponsetí. L'enginyer comunista*, Barcelona, Editorial Base, 2012.

²⁶ Diccionario biográfico del socialismo español. En http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/6386_sapina-camaro-juan.

²⁷ "La Montaner i Simon. Una editorial con historia". En <http://www.fundaciotapies.org/site/spip.php?rubrique969>.

²⁸ Manuel Sánchez Sarto (Zaragoza, 1897-Ciudad de México, 1980) abogado y editor, llegó a México el 6 de agosto de 1939, a través de Nuevo Laredo, Tamaulipas.

José Ferrater Mora. Contaban al principio con la ayuda financiera del SERE negrinista. La Editorial se llamó primero Atlante, constituida en julio de 1939 en la embajada de México en París y legalizada ya en México. Esta empresa fue editora de la prestigiosa revista *Ciencia*, con Ignacio y Cándido Bolívar al frente. El 1º de marzo de 1940 aparece el primer número, con el subtítulo de *Revista hispano-americana de ciencias puras y aplicadas*.²⁹ Juan Grijalbo inició también por su cuenta una modesta colección de biografías denominada Gandisea, como su localidad natal. Empezando a plantear una estrategia editorial basada en las necesidades del mercado mexicano. Nuevas dificultades económicas empujaron a sus integrantes a buscar otros trabajos. Ruiz Ponsetí —como ya se ha señalado— decidió continuar en el negocio editorial e ingresó como gerente en UTEHA en 1940, donde realizó una importante labor hasta su jubilación; Manuel Sánchez Sarto entró en la Escuela Nacional de Economía y colaboró con Jesús Silva Herzog, director de la revista *Cuadernos Americanos*, en la Secretaría de Hacienda; de modo que sólo Juan Grijalbo continuó ligado a Atlante.³⁰ Cuando se quedó solo y ya nacionalizado mexicano, la Editorial tomó su apellido —constituida formalmente en 1949— y se especializó en una curiosísima mezcla de novela, *best sellers*, libros prácticos y de autoayuda y libros marxistas de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, lo que hizo que le prohibieran la entrada en Estados Unidos. Entre los años cuarenta y los sesenta, Grijalbo levantó una sólida Editorial con sucursales propias en todos los países de la América hispana. Regresaría a España en 1962.³¹

Más *ortodoxa* fue la prácticamente inabarcable ejecutoria profesional y cultural del editor malagueño Rafael Giménez Siles (1900-Ciudad de México, 1991). Con amplísima trayectoria en la España republicana, su labor previa en Cenit y la fundación de la CIAP sería en todo momento su referente. Gonzalo Santonja³² se ha ocupado de la labor de la República para preparar la continuidad editorial en México: así en marzo de 1938 nació de la mano de Giménez Siles la

²⁹ Con desigual fortuna se mantendrá hasta 1975, un total de XXIX volúmenes. Hasta el volumen XX tendrá carácter mensual para pasar a partir del volumen XXI (1961-1962) a bimensual.

³⁰ La trayectoria de Grijalbo, en Teresa Férriz Roure, *La edición catalana en México*, Jalisco, El Colegio de Jalisco, 1998, p.103.

³¹ Xavier Moret, "Necrológica. Muere a los 91 años Juan Grijalbo, editor de *best sellers* y textos marxistas", *El País*, 23 de noviembre, 2002. En <http://www.fundaciongrijalbo.org/la-fundacion>.

³² *Los signos de la noche. Historia peregrina del libro republicano entre España y México*, Madrid, Castalia, 2003, pp. 58 y 59.

Distribuidora de Publicaciones. El embajador de México en España, Adalberto Tejeda Olivares, admiraba su trabajo; rescatado de Argelès llegó a México el 25 de mayo de 1939, como primera iniciativa, trasplantó la Editorial Nuestro Pueblo, creada en Barcelona durante la Guerra. Así pues, gracias a su amplia experiencia y a los contactos establecidos previamente en España, no le resultó difícil reiniciar sus actividades editoriales, contando para ello con el apoyo de la administración pública —y en particular del propio presidente Cárdenas y del inquieto intelectual y hombre de negocios Martín Luis Guzmán— y de la empresa privada. Al poco de su llegada a Ciudad de México, el 7 de julio de 1939, se constituyó notarialmente Edición y Distribución Iberoamericana de Publicaciones, S.A. (Ediapsa), organización editorial, distribuidora y librería, de la que fue su primer director gerente. El 15 de octubre de 1940 se naturalizaría mexicano. Edita también la emblemática revista *Romance*, de Juan Rejano, clave para el estudio de la cultura del exilio republicano y para transmitir noticias editoriales, promocionar la lectura y la edición de libros. La primera entrega de sus *Memorias* se ocupa precisamente de “Razón de la revista *Romance*”,³³ una de las primeras ediciones de Ediapsa (1940-1941) que tuvo una enorme trascendencia cultural, pero que no consiguió lograr continuidad en el contexto mexicano. Introduce en México un concepto integral de producción y difusión del libro, que abarca la creación de una red de librerías y publicaciones periódicas, conglomerado de empresas editoras y distribución en exclusiva. Ediapsa pone así en práctica exactamente el mismo proceso que había seguido la CIAP, estableciendo contactos muy especiales con los escritores. Funda, además, las Librerías de Cristal, un innovador concepto de difusión integral del libro, autoservicio sin mostradores que apartaran al público del trato directo con los libros. La nueva empresa inicia la edición y distribución de publicaciones en toda Hispanoamérica. Promueve en 1944 la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos y la primera Feria del Libro, en 1947. A lo largo de los años crea organismos, promueve eventos y constituye numerosas empresas. A su alrededor surgieron numerosas colecciones especializadas y un entramado de editoriales filiales. En 1956 se establece la Agrupación de Editores Mexicanos, con Giménez Siles como secretario y Luis Novaro como presidente. La agrupación promueve trece editoriales, entre las que cabe destacar algunas que eran propie-

³³ Rafael Giménez Siles, *Retazos de vida de un obstinado aprendiz de editor, librero e impresor*, México, Feria del Libro de Madrid/Agrupación de Editores Españoles, 1981.

dad de Ediapsa: Compañía General de Ediciones, Colección Málaga y muchas otras.³⁴ Su ingente obra editorial ofrece, por añadidura, un excelente ejemplo de creación de las redes sociales del universo del exilio republicano. De la mano de Giménez Siles, se hizo un gran editor el escritor Daniel Tapia Bolívar (Madrid, 1908-Ciudad de México, 1985). Durante la Guerra fue secretario de Azaña. Llega a Veracruz, en el Flandre, el 1º de junio de 1939.³⁵ Era hijo del afamado poeta y humorista Luis de Tapia y de Carmen Bolívar –hija del prestigioso naturalista Ignacio Bolívar–. Escribió en publicaciones tan emblemáticas como *Romance*, *Litoral*, *Ultramar* y *Las Españas*. Fundador del Ateneo Español de México, fue algún tiempo traductor y viajante de productos farmacéuticos para acabar dedicándose plenamente a las artes gráficas, dentro del conglomerado de Ediapsa. Desde 1966 hasta su jubilación fue director de Alianza Editorial Mexicana.³⁶ El propio Daniel Tapia Bolívar refirió sobre su mentor³⁷ que Giménez Siles le hizo “participar en infinidad de ediciones” y cómo “aprendió el oficio de tipógrafo, teniendo como maestro a Ramón Lamonedá”. Tapia Bolívar recuerda, además, como claves del éxito profesional de Giménez Siles, “la perpetua cara de preocupación y de compromiso y su perfeccionismo”. Según este testimonio, su maestro en el oficio editorial había sido el destacado dirigente socialista Ramón Lamonedá (Begíjar, Jaén, 1892-Ciudad de México, 1971). En 1939 se exilió a México, donde trabajó como director tipográfico de varias editoriales, además de proseguir su militancia política. En 1944 viajó a Francia para encontrarse cerca de la frontera, ante el posible regreso a España una vez concluida la Segunda Guerra Mundial. Retornó a México en 1948, donde continuó trabajando como tipógrafo y corrector de imprenta en diversos periódicos y editoriales.³⁸

Otro editor muy comprometido cultural y políticamente fue José Bolea Gorgonio (Alcira, Valencia, 1903-Ciudad de México, 1988). Militante de Izquierda Republicana, trabaja en periodismo y propaganda durante la Guerra, ejerciendo como subdirector del servicio de información de la Subsecretaría de Propaganda. Llega a México

³⁴ Armando Pereira [coord.], *Diccionario de literatura mexicana siglo XX*, 2ª ed., México, UNAM, 2004, pp. 143-144.

³⁵ Ficha migratoria en <http://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/>.

³⁶ “Daniel Tapia Bolívar, escritor”, necrológica, *El País*, 5 de septiembre, 1985.

³⁷ “Recuerdo de la aventura humana y editorial de Rafael Giménez Siles”, en *El País*, 9 de junio, 1982.

³⁸ “Diccionario biográfico del socialismo español”, en http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/11405_lamoneda-fernandez-ramon.

por el puerto de Veracruz el 22 de abril de 1939.³⁹ En colaboración estrechísima, como socio capitalista, con el emigrado de carácter económico Vicente González Palacín⁴⁰ (Santander, 1904-Ciudad de México, 1973) fundan la efímera Editorial Atlántida y *La Novela Semanal Cinematográfica*, una revista de gran difusión (1939-1956) y que les reportó notables ganancias. Con ellas, fundan la Editorial Galatea, precursora de la más estable Editorial Leyenda y más tarde la Editorial Centauro. En estas empresas colaboraron editando, ilustrando, traduciendo o como autores, intelectuales tan notables del exilio como Joaquín y Ramón Xirau, Adolfo Sánchez Vázquez, Juan Rejano, Arturo Souto, Emilio Prados, Joaquín y Enrique Díez Canedo, José Renau, Moreno Villa, Enrique Climent y un largo etc. Al decaer las ventas de estas editoriales, fundó Litoarte.⁴¹

A una segunda generación del exilio, ya prácticamente mexicanizada, pertenece Joaquín Díez-Canedo Manteca (Madrid, 1918-Ciudad de México, 1999). Llega a Veracruz el 30 de agosto de 1940. Se forma como editor en el FCE, de la mano de su padre, el prestigioso intelectual Enrique Díez-Canedo (fallecido en 1944). Pero su empeño más importante fue la creación de la Editorial Joaquín Mortiz en 1962, con la participación de los editores catalanes Carlos Barral y Víctor Seix, y que se convirtió en referente de la literatura mexicana. Se trata del ejemplo de una dinámica de interacción, fundamental para entender la literatura mexicana en el contexto del *boom* de la literatura iberoamericana de los años sesenta.⁴²

Con la presencia masiva de exiliados, finalmente, el Fondo de Cultura Económica asumió muchos de los proyectos de las editoriales españolas republicanas. Es casi un lugar común afirmar que la historia del FCE es, en gran medida, la historia del exilio español en México. A esta empresa editorial se sumaron exiliados en todos los oficios, como redactores, escritores, traductores, tipógrafos e ilustradores y, sobre todo, intelectuales directores de colecciones editoriales. Por ello, a pesar de ser una editorial cien por cien mexicana, fue habitual su consideración como editorial hecha por exiliados. Mientras que se iba consolidando como la gran editorial nacional, Daniel Cosío Ville-

³⁹ Ficha migratoria en <http://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/>.

⁴⁰ Editor y mecenas del exilio, ya instalado previamente a la Guerra de España. Socio fundador del Ateneo Español de México.

⁴¹ Aurora Maura Ocampo [ed.], *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX*, vol. 7, México, UNAM, 1988, p. 203.

⁴² Danny Anderson, "Creating Cultural Prestige: Editorial Joaquín Mortiz", en *Latin American Research Review*, vol. 31, núm. 2, pp. 3-41.

gas contó con la colaboración de numerosos refugiados, con quienes mantenía, además de afinidad ideológica, una estrecha amistad. Entre los primeros españoles que desempeñaron tareas de traducción, dirección de colecciones, administración, lectorado, asesoramiento editorial e ilustración hubo figuras tan señeras como José Gaos (Gijón, 1900-Ciudad de México, 1969) y José Medina Echavarría (Castellón, 1903-Santiago de Chile, 1977), que formaron parte del consejo editorial al poco tiempo de su llegada a México.⁴³ La lista de catedráticos e intelectuales de diversas áreas que colaboraron con el Fondo es muy extensa.⁴⁴ Por todo ello, en una época se pensó que era una editorial de los desterrados españoles más que de los mexicanos.⁴⁵

Una mención aparte merece la Colección literaria Tezontle, en la que los autores debieron costearse las ediciones de sus libros. Fue la primera colección literaria del Fondo. En ella se publicaron un gran número de obras de exiliados republicanos. El Fondo distribuía sus ediciones pero no figuraba en el pie de imprenta: el autor pagaba una parte de la edición, ya que la literatura no entraba en la política editorial de los primeros años del Fondo.⁴⁶ Según el testimonio de Max Aub al respecto, “viste mucho eso del FCE, lo que no sabe la gente es que les pago ya que el FCE únicamente los distribuye. Y eso gracias a mi amistad con todos los de la casa”.⁴⁷

El FCE ofrece sin duda un excelente muestrario del sistema complejo de redes económicas, culturales y políticas que encontraron los editores del exilio, en sus oficinas y talleres se emplearon a incontables exiliados y editaron innumerables obras realizadas por españoles exiliados. Ha sido considerada, por ello, una editorial de los exiliados por excelencia y un espacio privilegiado de sociabilidad de intelectuales españoles y mexicanos, junto a otros recién llegados. Los exiliados encontraron en la actividad editorial del FCE un cauce en su proceso de adaptación a la nueva realidad, un acogedor ámbito de inserción en el nuevo marco cultural, en perfecta simbiosis de fines e intereses. Un perfecto ejemplo, en definitiva, del enunciado que da título a este trabajo.

⁴³ Larraz, *op. cit.*, p.110.

⁴⁴ Entre otros muchos, sirvan como exponentes Ramón Iglesia Parga, Manuel Pedroso, Joaquín Díez-Canedo, José Moreno Villa, Manuel Andújar, Sindulfo de la Fuente, Francisco Giner de los Ríos, Eugenio Imaz, Julián Calvo, Fernando Valera, Ernestina de Champourcín, Juan José Domenchina.

⁴⁵ Entrevista de Elena Aub a José de la Colina, *op. cit.*, p. 248.

⁴⁶ Larraz, *op. cit.*, p. 111.

⁴⁷ Manuel Aznar Soler [ed.], *Diarios (1939-1972)*, Barcelona, Alba, 1998, p. 252.

EL EXILIO REPUBLICANO EN MÉXICO Y LAS REDES INTELECTUALES: EL CASO DE RAFAEL ALTAMIRA*

Juan Manuel Ledezma Martínez**

Resumen

El siguiente trabajo tiene el objetivo de realizar un primer acercamiento al estudio del exilio de Rafael Altamira en México durante el período de 1944 a 1951. Se pretende aportar elementos para el análisis de los vínculos y contactos de las redes generadas por Rafael Altamira en el mundo cultural e intelectual mexicano, con el fin de hacer una contribución al amplio estudio de las redes intelectuales del exilio republicano en México.

Palabras clave

Rafael de Altamira, Exilio, México, Redes intelectuales, Alfonso Reyes.

* Rafael Altamira (Alicante, 1866-Ciudad de México, 1951) catedrático de las universidades de Oviedo y Central de Madrid, juez del Tribunal Internacional de la Haya, polígrafo dedicado a la Historia, el Derecho, la Pedagogía, las Letras y la Música. Autor de una gran cantidad de obras que abordaron problemáticas tan diversas como la identidad nacional, la educación, las relaciones con América, la historia de América, la historia de España, la metodología y la enseñanza de la historia, la historia del derecho español, el derecho indiano y el pacifismo. Los principales estudios biográficos sobre Rafael Altamira en: Rafael Altamira y Crevea, *Rafael Altamira 1856-1951*, estudio introductorio de Rafael Asín, Alicante, Instituto de Estudios "Juan Gil-Albert", Diputación Provincial de Alicante, 1987; Vicente Ramos, *Rafael Altamira*, Madrid, Alfabeta, 1968 y *Palabra y pensamiento de Rafael Altamira*, Alicante, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, 1987; Francisco Moreno, *Rafael Altamira y Crevea (1866-1951)*, Valencia, Generalitat Valenciana/Consell Valencia de Cultura, 1997; Pilar Altamira, *Diálogos con Rafael Altamira*, España, Universidad de Murcia/Servicio de Publicaciones y Universidad de Oviedo, Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2009; Álvaro Ramos, *Rafael Altamira: una generación excepcional* (vídeo), Madrid, 2010. Otros trabajos destacados que tocan aspectos biográficos son: Javier Barceló Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*, México, IIH-UNAM, 1971; Irene Lis Palacio, *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionismo educativo*, Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1986.

** UNAM-Universidad Autónoma de Madrid.

Y ahora, he aquí mi súplica. ¿Quiere U. hacerme el gran favor de interesarse por mi yerno, mi hija y mis nietos? Es cosa, como digo antes, de singular importancia para mí y por la que me obligaría U. profundamente. Por eso me atrevo a llamar a la puerta de su antigua y buena amistad y el recuerdo de mi devoción, siempre fiel a ese pueblo de Méjico que tan cariñoso y noble fue para mí hace treinta años [...].¹

Así escribía don Rafael Altamira el 16 de mayo de 1939 a Alfonso Reyes suplicándole que acogiera a la familia de su hija, dado que a consecuencia de la Guerra Civil había perdido todos sus bienes y en esos momentos –comentaría a Reyes en la misma carta– su sueldo como juez del Tribunal de La Haya con el que mantenía a once miembros de su familia desde hacía tres años, peligraba y desaparecería en unos meses.²

Estas palabras son otras tantas que relatan los momentos de angustia que vivieron una gran cantidad de familias españolas en su peregrinar después de 1936.

El alicantino Rafael Altamira en esta misiva hace alusión a una antigua amistad con Alfonso Reyes y a una visita que realizó a México treinta años antes. En efecto, Alfonso Reyes, miembro del Ateneo de la Juventud en aquellos años que alude Altamira, había asistido junto como muchos otros ateneístas y estudiantes a varias de las conferencias que entre 1909 y 1910, el entonces catedrático de la Universidad de Oviedo, Rafael Altamira, había pronunciado en distintos foros de la Ciudad de México. Además, Reyes había participado también en una velada en honor al profesor ovetense organizada por los jóvenes ateneístas en enero de 1910.

Desde entonces se empezaron a tejer los lazos con Alfonso Reyes. Estos y otros vínculos que estableció Rafael Altamira son una historia poco conocida que atañe a su labor académica, la cual le permitió entablar relaciones culturales, científicas e institucionales con no pocos intelectuales, universidades y centros de investigación americanos (incluyendo por supuesto a Estados Unidos).

¹ Clara E. Lida y José Antonio Matesanz, *La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 78 y 79.

² La experiencia vivida por Rafael Altamira tras su salida de España ha servido, como muchas otras, a la historiografía del exilio republicano en México para ilustrar la situación tan apremiante que vivieron estos intelectuales que se quedaron sin recursos y sin país.

Muchas de las relaciones que estableció don Rafael Altamira con intelectuales e instituciones americanas se debieron a que desplegó acciones tendientes a buscar una mejoría de su entorno social y una buena relación cultural entre España y las que él llamaba sus “hermanas americanas”. Como ejemplo de ello podemos señalar que su obra americanista e hispanoamericanista abarcó gran cantidad de trabajos;³ que las acciones desplegadas por él con relación a estos asuntos tuvieron que ver no sólo con la difusión del conocimiento sobre América gracias a estas obras, artículos, conferencias y a través del seminario que fundó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid en 1910 y de su cátedra en la Universidad Central de Madrid sobre las instituciones de América en 1914, sino también con su labor diplomática extraoficial. Sobre esta última se reconoce que contribuyó a establecer puentes entre España y las repúblicas americanas, empresa que realizó principalmente entre junio de 1909 y marzo de 1910 a lo largo de su famoso viaje de nueve meses por América en el que visitó Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Estados Unidos y Cuba.⁴

Algunas de estas relaciones que mencionamos datan de este periodo, precisamente porque el motivo del viaje patrocinado en el marco de la campaña americanista de la Universidad de Oviedo, fue llevar la propuesta de reivindicar la operatividad de una comunidad de cultura sostenida en la lengua y la historia común; de superar la ruptura de las viejas relaciones entre España y América Latina para reabrir las

³ Una muestra de la obra americanista e hispanoamericanista de Altamira en sus textos: *Cuestiones hispano-americanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra, 1900; *España en América*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1908; *Mi viaje a América (Libro de documentos)*, Madrid, Lib. Gral. Victoriano Suárez, 1911; *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial América, 1917; *La política de España en América*, Valencia, Edeta, 1921; *La huella de España en América*, Madrid, Reus, 1924; *Colección de textos para el estudio de la Historia de las Instituciones de América. constituciones vigentes de los estados americanos*, Madrid, Arte y Ciencia, 1926; *Últimos escritos americanistas*, Madrid, Librería Fernando Fe, 1929; *La enseñanza de las instituciones de América*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1933.

⁴ La historiografía latinoamericana sobre este importante suceso histórico está por escribirse. Solo recientemente encontramos trabajos puntuales que han analizado la recepción de esta empresa en América Latina, concretamente para el caso de Argentina con los trabajos de Gustavo Prado: *Rafael Altamira, el hispanoamericanismo liberal y la evolución de la historiografía argentina en el primer cuarto del siglo XX*, 2005 (Tesis doctoral, Universidad de Oviedo); *El Grupo de Oviedo en la historiografía y la controvertida memoria del krausoinstitucionismo asturiano*, Oviedo, KRK Ediciones, 2008; *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008, y *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909): apuntes sobre ciencia, universidad y pedagogía patriótica*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2010. Y para el caso de México: Juan Manuel Ledezma Martínez, *Los programas hispanoamericanistas de Rafael Altamira y su primera estancia en México, 1909-1910: Hacia la conformación de una red intelectual*, 2013 (Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid).

con signos de igualdad, solidaridad y cooperación en el campo de actuaciones bilaterales en materia cultural, intelectual y universitaria, tan manidas en la retórica político-social de la época pero a menudo obviadas a la hora de la verdad. Esta misión por tierras americanas fue claramente exitosa y las ideas de Rafael Altamira se plasmaron en una serie de actividades académicas que contribuyeron no sólo a fijar un rumbo de renovación intelectual hispanoamericana, sino también a ganarse un importante lugar en la memoria cultural española y latinoamericana. En suma, esta empresa vino a ser un hito en la historia del americanismo español y del hispanoamericanismo liberal y progresista.⁵

Cabe mencionar que el viaje a América le permitiría a don Rafael reformular durante varios años el programa hispanoamericanista que había ideado desde 1898 con el fin de extender relaciones desde el ámbito académico y cultural con los países latinoamericanos.⁶ Dicho programa de acción hispanoamericanista consistía básicamente en una serie de iniciativas encaminadas a establecer un intercambio de recursos universitarios tanto humanos como de publicaciones, acuerdos científicos, comerciales y migratorios, con la intención de traspasar el aislamiento y el desconocimiento mutuo entre ambas regiones y emprender un camino conjunto hacia la modernización.

Ahora bien, el acercamiento a la labor de don Rafael Altamira en México durante diciembre de 1909 y febrero de 1910,⁷ no sólo resulta

⁵ En España cada vez más se conoce la trayectoria americanista de Rafael Altamira y Crevea; sin embargo, no ocurre lo mismo en los países latinoamericanos que fueron a su vez un sentimiento, un interés y una dedicación para quien es considerado una de las figuras más importantes del hispanoamericanismo liberal y progresista.

⁶ Durante una conferencia inaugural en el marco del congreso de la Asociación española para el progreso de las ciencias, celebrada en Santiago de Compostela en 1934, Rafael Altamira mencionaba que a lo largo de cuatro décadas había estado formulando un plan de acción hispanoamericanista cuyos contenidos se podían encontrar en sus obras *España y América*, 1908; *Mi viaje a América*, 1911; *España y el programa americanista*, 1917, *La política de España en América*, 1921; *Últimos escritos americanistas*, 1929; Rafael Altamira y Crevea, *Idea de una política actual hispanoamericana*, en Asociación Española para el progreso de las ciencias; 14º Congreso, Santiago de Compostela, 1934, p. 18, nota al pie núm. 2. A este gran corpus de obras dedicadas a formular las líneas directrices del hispanoamericanismo, habría que sumar el discurso inaugural del curso 1898-1899 de la Universidad de Oviedo, el texto *Cuestiones Hispanoamericanas* de 1900, y otras tantas conferencias aisladas que dictó durante todos estos años.

⁷ La historiografía sobre el paso de Altamira por tierras mexicanas en este contexto del periplo americano de 1909 y 1910 ha tenido dos momentos. El primero se produjo gracias a los trabajos que escribieron sus discípulos en México para resaltar la labor americanista e historiográfica de su maestro. Véase Barceló Malagón y Zavala, *op. cit.* El segundo momento surgió en el marco de los simposios en homenaje a Rafael Altamira realizados en ambas orillas del Atlántico durante la década de los ochenta. En España se editó *Rafael Altamira 1856-1951*, *op. cit.* En México tras el homenaje que le rindió la Universidad Nacional Autónoma de México, se reeditó la obra de sus dos discípulos y se publicó un número especial sobre

de especial interés para el estudio de las relaciones intelectuales entre España y México, sino que es de gran importancia para los Estudios Latinoamericanos, porque han sido pocos los trabajos que han analizado las repercusiones que tuvo en América Latina la obra americanista e hispanoamericanista de don Rafael.⁸ Incluso, en este último sentido, el tema de la red que estableció con sus pares mexicanos es de vital importancia para comprender la dinámica histórica del movimiento hispanoamericanista, la circulación de élites, y el espacio intelectual, institucional y político que se fue forjando progresivamente mediante el intercambio de ideas y de experiencias.

Durante este viaje inicial por tierras mexicanas, don Rafael Altamira supo captar la atención de grupos de intelectuales y políticos relevantes de aquel entonces. Previamente había tenido contacto con

Altamira en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, año V, núm. 15, México, UNAM, septiembre-diciembre, 1990. A partir de entonces historiadores mexicanos como Rafael Diego-Fernández y Jaime del Arenal empezaron a rescatar la primera visita de Altamira desde la historia del derecho. Véase Rafael, Diego-Fernández Sotelo, "Don Rafael Altamira y Crevea y la Historia del Derecho en México", en *Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, vol. I, México, IJ-UNAM, 1988, pp. 245-262, y "La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica", en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas...*, pp. 397-410. Jaime del Arenal Fenochio, "Comentario a la ponencia del doctor Rafael Diego-Fernández: 'La Huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica'", en *ibid.*, pp. 411-414 y Rafael Altamira y Crevea, *La formación del jurista*, estudio preliminar, edición y notas de Jaime del Arenal Fenochio, México, Escuela Libre de Derecho, 1993. Desde otra perspectiva disciplinaria se encuentra el trabajo de Jesús Nieto, quien estudió algunas de las actividades desarrolladas por Altamira en otros ámbitos de la educación. Véase Jesús Nieto Sotelo, "El pensamiento educativo de Rafael Altamira y las universidades mexicanas", en *Anales de Pedagogía*, Revista de la Facultad de Educación (sección Pedagogía), Murcia, Universidad de Murcia, núm. 17, 1999, pp. 203-220. Asimismo, se ha estudiado esta visita brevemente en el marco de la historia de las relaciones exteriores entre España y México. En este sentido, destaca la obra de la historiadora mexicana Josefina Mac Gregor, quien recapituló esta visita recurriendo a los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de España. Véase Josefina Mac Gregor, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992. Finalmente, merece una mención aparte la contribución historiográfica por parte de Claude Dumas, quien analizó la visita de Altamira en el ámbito de un estudio biográfico sobre Justo Sierra. Véase Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1842-1912*, t. II., México, UNAM, 1986. Y el trabajo del emigrante español Enrique de Olavarría y Ferrari, quien realizó una crónica de esta visita dentro de los sucesos relacionados con el teatro, los recreos y las diversiones. Véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña Histórica del Teatro en México 1538-1911*, 3ª edición ilustrada y puesta al día de 1911 a 1961, t. V, México, Editorial Porrúa, 1961, pp. 3208-3219. Este texto se publicó por entregas desde 1884. Sobre Olavarría cabe destacar que la Biblioteca Nacional de México desde el año 2003 creó una base de datos titulada "Españoles en México en el siglo XIX" y digitalizó los documentos, libros y revistas del Archivo de Enrique de Olavarría y Ferrari. En <http://www.coleccionesmexicanas.unam.mx>. Vale la pena comentar que para Olavarría, la llegada de Rafael Altamira a la capital mexicana fue un suceso digno de ser reseñado por llamar la atención de "los buenos moradores" y porque la personalidad del profesor ovetense "en el más supremo orden intelectual una bella temporada los entretuvo y recreó con su extraordinaria sabiduría y clásica naturalidad oratoria...". *Ibid.*, p. 3208.

⁸ Véase nota núm. 4.

las obras de algunos de ellos mientras trabaja en la revista *La España Moderna*, donde comentaba dichas obras.⁹ Este establecimiento de vínculos que se había generado por la circulación del conocimiento y por la colaboración intelectual se fortaleció durante su estancia en México gracias las relaciones de carácter personal que pudo establecer con los académicos y políticos.

Es importante mencionar aquí que fue recibido en México por Justo Sierra, quien en ese entonces era el ministro de Instrucción Pública. A través de Sierra la propuesta hispanoamericanista de Altamira parece haber cobrado relevancia, ya que ambos compartían la visión de hacer frente a la amenaza cultural de las potencias mundiales.

Asimismo, cabe destacar que la presencia de Altamira en esta primera visita a México fue significativa para la colectividad de emigrantes españoles radicados en este país. Una de las figuras relevantes fue Telésforo García quien no sólo representaba a la élite intelectual española en México, o a una migración privilegiada desde el punto de vista social y económico, sino que García fue el puente principal de esta red intelectual que conformó don Rafael en los espacios de sociabilidad mexicanos.¹⁰ Ello implicó que Altamira tuviese una gran aproximación a la vida social, política, cultural e intelectual del México de principios de siglo XX.

Esta primera visita del alicantino fue vista como un acontecimiento cultural de gran relevancia para la academia mexicana. Sus propuestas educativas y sus ideas hispanoamericanistas de intercambio intelectual, motivaron a profundizar en los cambios que ya se planteaban en la vida política y cultural del México porfirista. Sus ideas se conjugaron con los aires de renovación que soplaban los jóvenes ateneístas y con el proyecto de Justo Sierra por unificar las escuelas superiores y crear la Universidad Nacional. Proyecto de constitución que le fue encomendado revisar y sobre el cual aportó reflexiones que

⁹ Recientemente salió a la luz un texto que recopila estas contribuciones: Rafael Altamira, *Lecciones Americanas*, España, Analecta, 2013.

¹⁰ Véase a Juan Manuel Ledezma Martínez, “Los líderes de la emigración española en el México porfiriano: el caso de Telésforo García”, en Concepción Navarro [coord.], *Vaivenes del destino. Migrantes europeos y latinoamericanos en los espacios atlánticos*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2014, pp. 373-393. Y del mismo autor “Telésforo García: un emigrante montañés en el porfiriato”, en *Actas del Congreso Internacional “América Latina: la autonomía de una región”*, celebrado en Madrid el 29 y 30 de noviembre de 2012, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid (en línea).

apuntaban a la necesidad de una universidad que lograra establecer el vínculo real con la sociedad.¹¹

Altamira tuvo la capacidad de interactuar con varios colectivos de la sociedad mexicana con los cuales tejió su red. Éstos fueron los miembros del gobierno y de la élite política porfirista, los integrantes de la colectividad española, los estudiantes, ateneístas y artistas, y algunos funcionarios del servicio diplomático. Sin embargo, vale la pena destacar los nombres de los intelectuales y políticos como Justo Sierra, Telésforo García, el embajador de España en México: Bernardo de Cologan, Ezequiel A. Chávez, Pablo y Miguel S. Macedo, ya que todos ellos se constituyeron como los miembros más cercanos de su red mexicana.¹²

Se puede afirmar que en términos generales, la estancia de Rafael Altamira en México resultó relevante para encauzar un camino de renovación en algunos sectores de la educación. Los vínculos hispano-mexicanos e hispanoamericanos se fortalecieron durante el invierno de 1909 y 1910, en la medida en que la élite porfirista intentó entrever el significado y la importancia de hacer realidad las propuestas académicas planteadas por don Rafael.

Treinta y cuatro años después regresaría a México con un alto prestigio internacional tras haber luchado durante gran parte de su vida por la paz y por el entendimiento de los pueblos.

La familia Altamira llegaría en noviembre de 1944 a tierras mexicanas, después de haber pasado por Francia, Portugal y Nueva York.¹³ Juan A. Ortega y Medina describiría a don Rafael como un hombre “cabal y probo, republicano y liberal” que a su llegada a territorio mexicano le antecedía una “impresionante obra historiográfica” y una “intensa y agotadora actividad político-internacional”. Mencionaba que llegaba “maltratado espiritual y físicamente por la Guerra Civil española (1936-1939) y por su secuela internacional (Segunda Guerra Mundial: 1939-1945)”. Y agregaba que:

¹¹ Altamira informó sobre esta participación refiriéndose a las conversaciones que tuvo con Justo Sierra: “...al plan de la futura Universidad Mejicana, y, especialmente, de la Facultad ó grupo de estudios de Letras o Humanidades [...]. El señor Ministro tuvo la atención de comunicarme una copia del proyecto de ley constitutiva de la Universidad Nacional, sobre el que emití un dictamen privado”. Altamira y Crevea, *Mi viaje a América...*, p. 187. La copia de este proyecto aparentemente está resguardada en un archivo privado. Esperamos que pronto sea publicada para observar en qué términos Altamira elaboró su dictamen.

¹² Ledezma Martínez, *op. cit.*

¹³ Don Rafael Altamira estaba casado con doña Pilar Redondo. Habían tenido tres hijos: Rafael, Nela y Pilar. Rafael (hijo) se había quedado en España. Las hijas llegaron a México con sus respectivos maridos. Nela estaba casada con el otorrinolaringólogo Victoriano Acosta, y Pilar con Justo Somontes.

[...] se podría haber esperado que el abatido profesor dedicara el resto de su vida a vegetar, a recordar o prepararse a bien morir; pero no fue así, porque en el momento que pisó la tierra de paz mexicana renovó sus bríos, volvió a sus clases y conferencias [...] y se puso con renovadas ansias e incluso furia a investigar y escribir.¹⁴

Y en efecto, como diría uno de sus discípulos, el también exiliado Javier Malagón: “México supo captarse a don Rafael y él, por su parte, entregase de todo corazón a esta tierra generosa con aquellos que en su idea de vida ponen por encima de todo la *libertad* del hombre y de los pueblos”.¹⁵

Don Rafael llegó invitado por la Secretaría de Educación Pública encabezada por el intelectual y diplomático Jaime Torres Bodet y por la Universidad Nacional, cuyo rector a partir de 1945 sería el jurista Genaro Fernández McGregor.¹⁶ El establecimiento de don Rafael en tierras mexicanas responde a esa categoría que en los estudios migratorios se conoce como “llamada”, que en este contexto se materializaba con un contrato. Dicho contrato era una opción abierta que facilitaba el ingreso, y en el caso de los republicanos exiliados profesionales e intelectuales era una práctica conocida. En este sentido, cabe señalar que muchos de estos profesionales e intelectuales en años anteriores ya habían realizado estancias académicas en los distintos países a los que posteriormente llegaron en calidad de exiliados. Estas experiencias fueron posibles gracias a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), o a las instituciones de cultura española que se establecieron en algunos de los países latinoamericanos a raíz del famoso y citado viaje de Rafael Altamira y de visitas o estancias de otros colegas que le siguieron.¹⁷ Por esta razón, se afirma que “existía ya todo un sistema de redes y contactos científicos y profesionales que posibilitaron y dieron cabida a la búsqueda de oportunidades y a la tramitación de los contratos laborales”.¹⁸

¹⁴ Juan A. Ortega y Medina, “Historia”, en VVAA, *El exilio español en México 1939-1982*, México, Salvat/FCE, 1982, pp. 260 y 261.

¹⁵ Malagón Barceló y Zavala, *op. cit.*, p. 72.

¹⁶ *Ibid.*, p. 71.

¹⁷ Véase a Consuelo Naranjo, “Los caminos de la JAE en América Latina: redes y lazos al servicio de los exiliados republicanos”, en *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 239, Madrid, 2007, pp. 283-306.

¹⁸ Aranzazú Díaz-Regañón Labajo, “Redes y estrategias de migración y exilio: el caso de los médicos republicanos exiliados en Argentina (1936-1961)”, en *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Santiago de Compostela, 15-18 de septiembre de 2010, pp. 1186-1205.

Las redes que hemos comentado tejió don Rafael durante su periplo americano de 1909 y 1910 se continuaron en España a través del Centro de Estudios Históricos (CEH) perteneciente a la JAE y a través de su cátedra que impartió desde 1914 con el nombre Historia de las Instituciones Civiles y Políticas de América en la Universidad Central de Madrid. En el CEH Altamira fue el encargado de la sección de Metodología de la Historia. Por ahí pasaron investigadores y doctorantes latinoamericanos como:

Silvio Zavala, Ángel Rosenblat, Rodolfo Barón Castro, Antonio S. Pedreira, Margot Arce, Rubén del Rosario, Alfonso Reyes, Anibal Bascuñán, Raúl Porras Barrenechea y Pedro Henríquez Ureña entre otros, quienes a partir de la década de 1920 llevaron a cabo una importante labor de búsqueda e interpretación de fuentes hispanoamericanas junto a Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Menéndez Pidal, Rafael Altamira y los más jóvenes como Raquel Lesteiro, Antonio Rodríguez Moñino o Ramón Iglesia. Algunos de sus estudios vieron la luz en estos años en España, publicados por la JAE bien en monografías bien en revistas como fue Tierra Firme, dirigida por Enrique Díez-Canedo dentro de la sección hispanoamericana (1935-37) que recogía muchas de las contribuciones que pusieron los cimientos de un nuevo americanismo.¹⁹

Precisamente Alfonso Reyes, quien representa un nodo importante de la red de los exiliados republicanos en México, estuvo colaborando en el CEH de 1915 a 1923. Mientras que a la cátedra de la Universidad Central, que correspondía al doctorado de la Facultad de Derecho, asistieron el mexicano Silvio Zavala, el ecuatoriano Abel Romeo Castillo y el chileno Anibal Bascuñán, por mencionar algunos becarios latinoamericanos.²⁰

Ahora bien, regresando a la época que nos ocupa, estas redes de republicanos exiliados profesionales e intelectuales en México que traspasaban las instituciones académicas, se nutrían en otros espacios, en donde se fortalecían los vínculos. El caso de don Rafael Altamira también nos permite ilustrar un poco a este respecto. Javier Malagón,²¹ quien visitaba asiduamente la casa de los Altamira, en

¹⁹ Naranjo, *op. cit.*, p. 291.

²⁰ Javier Malagón, "Altamira en México (1945-1951) (Recuerdos de un discípulo)", en Armando Alberola [ed.], *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Caja de Ahorros provincial de Alicante, 1987, pp. 209-223. Y del mismo autor, "Las clases de Don Rafael Altamira", en Malagón Barceló y Zavala, *op. cit.*, p. 49.

²¹ Malagón decía que había estudiado con Besteiro, que era discípulo de Fernando de los Ríos y amigo de Pepe García y García (Presidente de la Juventud Socialista). *Ibid.*, p. 212.

el barrio que los exiliados denominaban de “refugíberos”, en la colonia Roma, contaba que la familia Altamira tenía como vecinos en el condominio donde vivían a los escritores Ceferino e Isabel O. Palencia, al historiador de medicina German Somolinos, al cancerólogo Germán García, esposo de Adela Barnés (hija del historiador que fue ministro de Educación con la República: Francisco Barnés Salinas), y al general republicano Juan Hernández Sarabia. Decía Malagón: “nos parecemos a ciertos pájaros, donde uno hace el nido le siguen otros para levantar el suyo”.²² Asimismo, Malagón coincidió en casa de los Altamira, según su testimonio, con personas cercanas como la pedagoga Juana Ontañón, el historiador Francisco Barnés, el educador Luis Sanullano y el filólogo Urbano González de la Calle. Coincidió también con otras personalidades como el poeta León Felipe, el jurista Niceto Alcalá Zamora (hijo) el empresario Carlos Prieto y el político socialista Indalecio Prieto. Los mexicanos que frecuentemente visitaban a don Rafael, decía Malagón, eran Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet y sus alumnos Raúl Carrancá y Silvio Zavala. Y no faltaban algunos colegas como los estadounidenses Charles Griffin, Arthur Whitaker, Lewis Hanke, Clarence Haring y el politólogo Charles Fash (The Rockefeller Foundation); o los miembros de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH): Ricardo Donoso (Chile), Eugenio Pereyra (Chile), general Chiriboga (Ecuador), Pérez Cabrera (Cuba), Santovenia (Cuba), Rafael Heliodoro Valle (Honduras).²³

Cabe destacar que su antiguo discípulo y tesista Silvio Zavala, acogió a don Rafael Altamira en el Centro de Estudios Históricos del Colegio de México. Zavala había regresado de la capital española en 1937 con la idea de crear un centro de estudios a semejanza del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Gracias al apoyo de Alfonso Reyes, Zavala pudo concretar su proyecto y fundó el Centro en 1941, con el propósito de cultivar la historia de México y de Hispanoamérica. Zavala concebía para este Centro, que la...

aportación del nuevo historiador debía basarse en la investigación, en la elaboración de materiales nuevos que por necesidad debía espigar en los archivos, en la interpretación exacta y cuidadosa de las fuentes, en el reconocimiento de las deudas intelectuales y el deslinde preciso de la paternidad de las ideas y los datos.²⁴

²² *Ibid.*, p. 211.

²³ *Ibid.*, p. 213.

²⁴ Lida y Matesanz, *op. cit.*, p. 180.

Para Zavala, como buen aprendiz de Altamira, estas aportaciones del historiador, basadas en fuentes primarias y en enfoques originales, derivaban del conocimiento de que el mundo de los documentos históricos que había en Hispanoamérica seguía, de cierta forma, inexplorado y amenazado por “la destrucción y el olvido”.²⁵ Aunque centrados en la historia mexicana y latinoamericana, los cursos iniciales del Centro se completaron con asignaturas sobre historia de España y con cursos más generales sobre historia de la cultura, del arte y literatura. Silvio Zavala, siguiendo el ejemplo de Altamira, dictó el curso sobre la historia de las instituciones. Además, la segunda promoción de alumnos se benefició con cursos metodológicos, formativos generales y particulares. A este respecto, don Rafael Altamira tuvo también alguna participación. Impartió el curso de “Orientaciones para el estudio de la historia”. Además, formó parte del núcleo rector de profesores del Centro que estaba compuesto por Silvio Zavala, Agustín Millares Carlo, Ramón Iglesia, José Miranda y José Gaos. Todos estos profesores tenían una concepción especial de concebir la tarea del historiador:

[...] los aprendices del Centro podían dejarse influir por el neopositivismo de Zavala, con su pasión por el documento histórico y su pretensión de transmitirlo con gran pureza para que hablara por sí mismo; por la erudición humanista y clásica de Millares Carlo; por la visión cientifizante y universalista de Altamira; por el subjetivismo de Iglesia, con su rechazo de una historia lejana y ajena al historiador; por la visión compleja y penetrante de Miranda, que armonizaba diferentes facetas tan variadas como la del jurista, el economista, el sociólogo; por la fusión historicista que buscaba Gaos entre la filosofía y la historia, y su exigencia de encontrarle sentido propio al pensamiento en lengua española.²⁶

Además, en este mismo Centro, entre junio y diciembre 1946, don Rafael Altamira dictó el curso “Preparación para la técnica de la

²⁵ *Ibid.*, p. 181.

²⁶ *Ibid.*, p. 194. Cabe señalar que tanto Clara E. Lida como José Antonio Matesanz, importantes estudiosos de la historia de El Colegio de México y del exilio republicano, coinciden en señalar que las primeras promociones del Centro de Estudios Históricos tuvieron el privilegio de contar con unos profesores que no tenían parangón en México y en algunas otras partes del mundo. Y aprovechando esta formación lograron destacarse después como autores de gran obra escrita como Carlos Bosch, Alfonso García Ruiz, Luis González, Pablo González Casanova, Ernesto de la Torre, Susana Uribe, María del Carmen Velázquez y extranjeros como Monelisa Lina Pérez (Puerto Rico), Ernesto Chinchilla (Guatemala), Eduardo Arcila (Venezuela), Julio Le Riverend (Cuba) y Liga Cavllini (Costa Rica), por mencionar algunos. *Ibid.*, pp. 201-203.

Historiografía humana”.²⁷ El curso se programó en tres secciones. La primera estaba dirigida a enseñar la “doctrina metodológica”; en la segunda parte se expondría “el proceso de formación del concepto histórico” y las “posiciones de los historiógrafos a través del tiempo”, y la tercera sección estaba destinada a presentar una “bibliografía escogida”. Don Rafael concedería más importancia a la segunda sección y apoyaría sus lecciones en sus obras: *La enseñanza de la historia* y *Cuestiones modernas de historia*, ambas en sus segundas ediciones (1895 y 1935); *De Historia y Arte* (1898); *Historia de España y de la civilización española* (1902, 1930 y 1935), y un trabajo que pensaba publicar en 1934 bajo el título: *Tratado de metodología de la historia*, pero que a consecuencia de la guerra y de la pérdida de sus materiales no logró publicarlo en ese momento. Texto que esperamos pueda ver la luz algún día, dado que Altamira mencionó que ya no le daba tiempo para rehacer la obra entera a pesar de haber recobrado algunos de sus documentos diez años después.²⁸

El curso anteriormente descrito dio lugar al libro *Proceso histórico de la historiografía humana*, editado por primera vez en 1948 y que tuvo a bien reeditar El Colegio de México en el marco del Año Internacional Rafael Altamira 2011, para conmemorar los sesenta años del fallecimiento de este intelectual alicantino en el exilio mexicano.²⁹

²⁷ La propuesta inicial de este curso estaba dirigida a un grupo numeroso conformado en su mayoría por estudiantes extranjeros, pero tuvo que modificarse a causa de una enfermedad padecida por Altamira. El nuevo contenido se pensó para un número menor de alumnos matriculados y se propuso como objetivo general “comprender cómo las generaciones de muchos siglos [...] han podido legar una posición sólida en cuanto a la manera de concebir y de exponer la historia de la humanidad y de cada uno de los pueblos antiguos y modernos.” Asimismo, se planteó como objetivo específico que los alumnos conocieran “el proceso que durante siglos fue trazando la curva conceptual de la Historia como forma de literatura que busca el relato y la explicación de las actividades humanas creadoras del hecho antropológico de la vida social.” Rafael Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948; (2ª ed., 2011), pp. 13 y 14.

²⁸ *Ibid.*, p. 82.

²⁹ En este trabajo don Rafael presenta su técnica historiográfica entendida como “El concepto que hoy día poseen los historiadores en punto al contenido de la vida de los pueblos que es preciso conocer para estructurar un relato que comprenda, totalmente, las actividades humanas en la fase que llamamos ‘civilización’, ya que ha desaparecido para todo el mundo aquella dualidad que durante mucho siglos se empeñó en no admitir otra clase de ‘historia humana’ que la política (es decir, del Estado), dejando aparte todo lo demás que comprende, precisamente, el proceso de cultura y del dinamismo social que ha trabajado siempre por la realización de las necesidades humanas, que no son solamente las del organismo político.” Quizá era muy precipitado por parte del alicantino anunciar el fin de la confrontación entre la historia política y la historia de la civilización. No obstante, esta cita nos viene bien para recordarle al lector que Rafael Altamira concebía la historia de la civilización como una historia íntegra y orgánica de los hechos de la humanidad a través del tiempo. Es decir, frente a la concepción de la historia de la civilización como una “historia interna” que comprende sólo a las instituciones sociales y

Además de dictar conferencias y de impartir sus clases en El Colegio de México, don Rafael Altamira también fue profesor en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Prestó sus servicios en la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, impartiendo la materia “Historia de la civilización española” desde el 16 de abril de 1945.³⁰ Y en la que ahora es Facultad de Derecho impartió un curso sobre la costumbre jurídica en la colonización española.³¹

Infatigable, a pesar de sus ochenta años de vida, Don Rafael continuó publicando varios trabajos entre artículos, libros, prólogos, reseñas, etc.³² En la *Revista Historia de América* del IPGH, por ejemplo, donde también estaban ligados Zavala, Malagón y otros alumnos de El Colegio de México, colaboró con algunos artículos y reseñas de libros.³³ También participó en la mayoría de las actividades culturales y científicas del exilio español, y en otras en donde su carga de trabajo y salud se lo permitían.³⁴ Fue presidente del Instituto Mexicano Europeo de Relaciones Culturales,³⁵ y también en 1945 lo nombraron presidente de la Unión de Profesores Españoles en el Extranjero, asociación creada en París en 1939. Entre sus actividades como presidente de esta última asociación don Rafael Altamira fomentó las conferencias entre sus miembros y buscó que se les invitara a dar

políticas, la vida intelectual y las costumbres, Altamira propone incluir también a la “historia externa”, aquella de los hechos propiamente políticos. *Ibid.*, p. 11.

³⁰ Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM) Expediente núm. 21161. Historia académica del personal de la Universidad Nacional Autónoma de México, con firma autógrafa de Rafael Altamira, 15 de mayo de 1945.

³¹ Malagón, *op. cit.*, p. 212.

³² En esos años del exilio trabajó en su obra *Cartas de hombres* (1944); en la edición corregida y aumentada de su *Manual de Historia de España* (1946), la cual fue traducida al inglés por Muna Lee y editada por D. Van Nostrand Company, New York, 1949; en la segunda edición del *Manual de Investigación de la Historia del Derecho Indiano* (1948); en la redacción de su *Contribución a la historia municipal de América* (en colaboración 1951); en el *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la Legislación Indiana* (1951); en los prólogos de Arcilla Fariás, *Economía colonial de Venezuela*, México, FCE, 1946, Pedro Mir, *Tres leyendas de colores*, Santo Domingo, Editorial Nacional, 1969 (aunque el prólogo lo escribió en 1947). Malagón, *op. cit.*, p. 216.

³³ Dichos trabajos pueden consultarse en los números 10 (1940), 19 (1945), 23 y 24 (1947), 25 (1948) y 28 (1949).

³⁴ Hechos también conocidos son los homenajes que siguió recibiendo en sus últimos años de vida: por ejemplo, la Universidad Nacional Autónoma de México le rindió uno en 1945 y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia otro en 1947, otorgándole además el primer premio de Historia de América. En 1951, la UNAM y El Colegio de México junto con Isidro Fabela, juez de la Corte Internacional de Justicia en esos momentos, lo propusieron para el premio Nobel de la Paz, contando con el respaldo de 400 adhesiones españolas e internacionales. Pilar Altamira, *op. cit.*, p. 158.

³⁵ *Ibid.*, pp. 157 y 158.

cursos, además de que continuó con la publicación del *Boletín* que se había creado en 1942.³⁶

Para terminar, consideramos que las redes que tejió don Rafael Altamira durante su primera visita a México durante 1909 y 1910, continuaron durante los años que precedieron su retorno a México en calidad de exiliado republicano. Queda mucho trabajo por hacer para indagar con mayor profundidad cómo es que estas redes se fortalecieron, cuáles fueron los espacios que se compartieron, los vínculos principales, los intereses comunes. De momento, una primera aproximación al estudio de las redes intelectuales alrededor de la figura de don Rafael Altamira nos permite comprender el camino que siguieron por Madrid a través de la visita de algunos intelectuales con los que don Rafael había establecido vínculos en esa primera visita a México. Redes que van a generar una solidaridad de ida y vuelta y que posteriormente van a permitir el ingreso de Altamira y su asentamiento en las instituciones académicas mexicanas. Don Rafael haría de México su segunda patria, allí moriría en 1951 dejando un importante legado. Si el régimen franquista se dio a la tarea de silenciar la obra de Rafael Altamira, así como de muchos otros intelectuales, las naciones americanas que los recibieron les devolvieron sus voces.

³⁶ Malagón, *op. cit.*, p. 219.

INTELECTUALES ESPAÑOLES EN EL EXILIO MEXICANO: EMPRESARIOS ACCIDENTALES (1939-1942)*

Aurelio Velázquez Hernández**

Resumen

El exilio republicano español en México ha tendido a generar una serie de construcciones míticas en las que se generó una identidad propia del refugiado y que ayudó a su integración en el país. Algunas de las mitificaciones más extendidas son las referidas al alto componente intelectual del exilio, el otro se refiere a las supuestas facilidades que encontraron para su integración en la sociedad mexicana. En el presente texto ponemos en cuestión este segundo supuesto a través del estudio de caso de dos relevantes figuras intelectuales y científicas.

Palabras clave

Exilio Republicano, Integración socioeconómica, Organismos de Ayuda, SERE, Empresas, José Bergamín, Antonio Giral.

El fin de la Guerra Civil española en la primavera de 1939, hace hoy 75 años, puso el punto y final al proyecto modernizador de la Segunda República que tan positivos efectos había tenido en el ámbito cultural y científico.¹ La identificación e implicación de buena parte de los intelectuales españoles con el sistema republicano hizo que desde pronto se hiciera evidente su incompatibilidad con la “Nueva España” que el franquismo estaba construyendo. Por estas razones, y por la amenaza directa a su supervivencia física y su libertad, tras el

* Este artículo se enmarca en una investigación realizada gracias al programa UNAM-DGA-PA-PAPIIT IG400314/2014-2016: “Interacción de los exilios en México e Iberoamérica (siglo XX)”.

** Becario del Programa de Becas Posdoctorales de la UNAM, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, UNAM.

¹ Véanse las obras de Eduardo Huertas Vázquez, *La política cultural de la Segunda República Española*, Madrid, Ministerio de Cultura-Dirección General de Bellas Artes y Archivos, 1988; Asunción Esteban Recio y María Jesús Izquierdo García, *La revolución educativa en la Segunda República y la represión franquista*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2014; Mariano Pérez Galány Manuel de Puellas Benítez, *La enseñanza en la Segunda República*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011; Antonio Molero Pintado, *La reforma educativa de la Segunda República Española: primer bienio*, Madrid, Santillana, 1977.

triunfo rebelde no les quedó otra opción a la mayor parte de ellos que partir para el exilio.

Ya desde antes del final de la guerra existieron algunas iniciativas que les permitieron abandonar el país en busca de una nueva tierra en la cual poder seguir desarrollando sus actividades. Así en 1937, y yendo ya al caso mexicano, el intelectual mexicano Daniel Cosío Villegas le propuso al presidente Lázaro Cardenas un proyecto que consistía en proporcionar trabajo y refugio, mientras durase la guerra, a un grupo de intelectuales españoles desempleados y desvalidos a causa de la misma. Tras numerosas gestiones, el proyecto acabó tomando forma con la fundación de una institución que acogió las actividades de estos intelectuales. En agosto de 1938 se puso finalmente en marcha bajo el nombre de “La casa de España en México”. El éxito de esta institución y la resonancia que alcanzaron los intelectuales acogidos fueron enormes desde el principio, contribuyendo a renovar el panorama intelectual mexicano. Esta institución acabó por asentarse definitivamente de modo que continúa perviviendo en la actualidad bajo el nombre de “El Colegio de México”, nombre que adoptaría pocos años después de su creación. A ella se incorporarían figuras como las de: Luís Recasens Siches, León Felipe, José Moreno Villa, José Gaos, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, Gonzalo Lafora, Agustín Millares Carlo, Isaac Costero, entre otros.²

En febrero de 1939, se produjo el derrumbe del frente catalán y tuvo lugar el gran éxodo masivo de refugiados con destino a Francia. Aproximadamente medio millón de personas entran en el país gallo. Entre ellos, también, numerosos intelectuales como no podía ser de otra manera. En este difícil contexto, también surgieron iniciativas para tratar de salvar parte del legado cultural y científico de la Segunda República. La más significativa de ellas es la de la Junta de Cultura Española. Se trataba de una institución encabezada por José Bergamín, José Carner y Juan Larrea que fue fundada en la Embajada española en París, en marzo de 1939, para tratar de salvar la cultura española tras la desaparición de las instituciones republicanas. La evolución de esta junta y de sus principales miembros fue similar a la de un buen número de refugiados republicanos y desde Francia sufrirán un segundo traslado con destino a México. Al trasladarse a México esta Junta de Cultura trató de continuar funcionando. La principal

² Acerca del origen y evolución de esta institución debe consultarse la obra de Clara E. Lida, *La casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988; Clara E. Lida y José Antonio Matesanz, *La casa de España y el Colegio de México*, México, El Colegio de México, 2000.

y más significativa de sus actividades sería la publicación de la célebre revista “España Peregrina”.

Muchos de estos intelectuales, al llegar a México, tendrían la fortuna de entrar a colaborar en universidades y centros científicos y culturales mexicanos, no solamente en la ya mencionada casa de España, sino también y fundamentalmente en la UNAM o el Instituto Politécnico Nacional que también acababa de crearse por esas fechas. Por poner un ejemplo, a la UNAM entrarían figuras como las de: el arquitecto José Luis Benlliure, el antropólogo Juan Comas, el antropólogo físico Santiago Genovés, el químico Francisco Giral, el escritor Vicente Guarner, el médico José Puche, José Ignacio Mantecón (Derecho) o Marcelo Santaló (ciencias exactas), entre otros muchos.

Sin embargo, a pesar de lo que parece deducirse de buena parte de la bibliografía acerca del exilio republicano español en México, ni todos los exiliados que llegaron a México fueron intelectuales ni aquellos que sí lo eran tuvieron un encaje tan sencillo y exitoso en la sociedad mexicana. Según las cifras ofrecidas por los trabajos de Dolores Pla, solamente un 6.58 % de los asilados (166 de los algo más de cuatro mil refugiados arribados en las primeras tres grandes expediciones del verano de 1939) se correspondían con las categorías profesionales de intelectuales y artistas, junto a ellos podríamos contabilizar otro 6.7 % de maestros y catedráticos (163 sobre las mismas cifras).³ Aunque no disponemos de las cifras totales, podemos decir que hablamos de un reducido, aunque significativo, número de personas. No obstante, no todos tuvieron la suerte de entrar en las instituciones educativas mexicanas y muchos quedaron, a su llegada a este país en una situación de total desamparo de forma que tuvieron que buscarse la vida por cualquier medio o reconvertirse profesionalmente. Uno de los factores fundamentales a la hora de buscar una nueva ubicación laboral en los primeros momentos del exilio mexicano fue la labor de los llamados organismos de ayuda a los refugiados españoles.⁴ Se trataba de entidades derivadas de las antiguas instituciones de la

³ Dolores Pla Brugat, *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Orfeo català de Mèxic/Libros del Umbral, 1999.

⁴ Sobre los organismos de ayuda se pueden consultar las obras de Abdón Mateos, *La Batalla de México. Final de la Guerra Civil y ayuda a los refugiados, 1939-1945*, Madrid, Alianza Editorial, 2009. Ángel Herrerin, *El dinero del exilio. Indalecio Prieto y las pugnas de posguerra*, Madrid, Siglo XXI, 2007. Pedro Luis Angosto, *La República en México: con plomo en las alas, 1939-1945*, Salamanca, Espuela de Plata, 2009 y Aurelio Velázquez Hernández, *Empresas y finanzas del exilio. Los organismos de ayuda a los republicanos españoles en México (1939-1949)*, México, El Colegio de México, 2014.

República española y que, gracias a los fondos que se habían podido ir situando en el extranjero antes de la derrota, pudieron desarrollar una actividad de solidaridad para con los refugiados de la Guerra Civil. Como es bien conocido, a causa de la división existente tras la derrota entre las filas de los republicanos no se pudo aunar toda la acción de ayuda en una sola organización sino que surgieron dos, pertenecientes además a grupos diferentes y enfrentados. Así, a partir de abril de 1939, los sectores que aún respaldaban el gobierno de Juan Negrín se pondría en funcionamiento bajo las siglas de SERE: Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles. Mientras que, por otra parte, y derivado del conflicto acaecido en torno al control del tesoro transportado hasta México a bordo del *Yate Vita* y que no vamos a entrar a comentar aquí, Indalecio Prieto, con el apoyo de la Diputación Permanente de las Cortes aglutinaría a los sectores descontentos con el gobierno de Negrín en torno a la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE). Ambos organismos fueron fundados en Francia pero ambos crearon una filial para desarrollar sus actividades en México, en el caso del SERE llevó por nombre: Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles (CTARE) que estaría presidida por el médico e íntimo colaborador de Juan Negrín el ex-rector de la Universidad de Valencia: José Puche Álvarez. Mientras que la JARE fundaría una Delegación en México que controlaba la mayor parte de los recursos de esta organización y que estuvo presidida por el propio Indalecio Prieto. Ambos organismos, tendrían como uno de sus principales objetivos la creación de empresas para promover la colocación laboral de los refugiados y, al mismo tiempo, como una forma de agradecimiento, tratar de redundar en un beneficio económico para el país que les acogió.⁵

Varios intelectuales tuvieron que reconvertirse en empresarios y estuvieron al mando de algunas de las iniciativas empresariales financiadas por estos organismos de ayuda. Podemos señalar algunos de los ejemplos más representativos.

Así por ejemplo, el CTARE introdujo entre uno de sus primeros proyectos empresariales al comenzar sus actividades en México la fundación de una empresa editorial. Este proyecto estuvo promovido desde la Junta de Cultura Española ya desde sus primeras actividades en Francia y, finalmente, acabaría tomando forma en México con la lla-

⁵ Véase Aurelio Velázquez Hernández, "El fracaso de la iniciativa empresarial de los organismos de ayuda a los republicanos españoles en México. ¿Una consecuencia de la retórica del desarrollismo cardenista? (1939-1945)", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, núm. 69, julio-diciembre de 2010, pp. 263-297.

mada Editorial Séneca. El ilustre escritor José Bergamín fue su principal promotor y quien, a la postre, se puso al mando de su gestión, a pesar de su escasa experiencia como profesional en este ámbito.

Con la creación de esta editorial el CTARE pretendía no solamente crear una empresa que diera ocupación a un grupo de refugiados de difícil colocación en el exilio, sino también ofrecer una obra cultural perdurable que mantuviera la conciencia identitaria de los españoles del exilio. Podemos leer en las páginas del *Boletín* del CTARE unas palabras de José Bergamín en las que afirmaba que:

Para nosotros, ahora sí, es más importante publicar un libro que abrir un surco o fabricar motores. Por dos razones: la primera porque es el vehículo de la cultura el único que enlaza [...] el alma hispana con el alma americana y lo ha convertido en vasos comunicantes de comunicación perfecta, y la segunda porque tenemos el deber de conservar lo que los facciosos destruyen. Los facciosos no derriban fábricas, ni deshacen telares. [...] Incluso aumentarán la producción si pueden a costa, claro está, de los españoles trabajadores. En cambio queman máquinas, libros e instrumentos de cultura. Son grandes enemigos de un régimen montado sobre la cerrilidad cuartelera y la ignorancia señoril.⁶

La Editorial Séneca⁷ comenzó a funcionar a finales de septiembre de 1939.⁸ La administración de la sociedad fue confiada, sin embargo, a personajes que, pese a tener una amplia experiencia en el campo cultural, carecían por completo de ella en el mundo editorial. Así, del gerente José Bergamín decía José Puche: “es hombre poco ducho para las cuestiones financieras y con un espíritu comercial

⁶ “Diez Libros”, *Boletín al servicio de la emigración española*, núm. 35, México, 25 de abril, 1940.

⁷ La selección del nombre de la empresa no es casual pues se elige el nombre del filósofo estoico Séneca, que ante la adversidad de los exilios y prisiones utilizaba sus epístolas como punta de lanza, y resistió porque su anhelo era volver a su lugar de origen. Víctor Díaz Arciniega, “Séneca, por ejemplo. Una casa para la resistencia 1939-1947”, en James Valender *et al.*, *Los refugiados españoles y la cultura mexicana: actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, México, Residencia de Estudiantes-El Colegio de México, 1999, p. 224.

⁸ *Actas de la Editorial Séneca*, Fondo Histórico del Ateneo Español de México (FHAEM), caja 28, exp. 340. Según Víctor Díaz Arciniega la escritura de constitución de la editorial se entregó el 27 de octubre de 1939. El consejo de administración de Séneca estaba presidido por Enrique Rioja, con Jay Allen como vicepresidente, Eduardo Ugarte Pagés como secretario, Octavio Barrera y José Bergamín como vocales, Daniel Cosío Villegas aparece como gerente de la sociedad, aunque renunciaría en marzo de 1940 y José María Dorronsolo como comisario. Como concejales: José Ignacio Mantecón, José Puche (que hacia 1943 se hizo cargo de la presidencia), Alfredo Kawage Raña, Miles Beach Riley, Alfonso Reyes, Carlos Chávez y Joaquín Lozano. Posteriormente aparecería Paulino Massip como secretario. Víctor Díaz Arciniega, “Séneca, por ejemplo. Una casa para la resistencia 1939.1947”, en Valender *op. cit.*, p. 219.

completamente inédito” y que además “no posee un temperamento adecuado para regir una empresa privada”.⁹ Como administrador de la sociedad se colocó a José Dorronsolo que era ingeniero agrónomo y no estaba familiarizado con el campo editorial así como otro de los colaboradores, Gallegos Rocaful, “íntimo amigo de Bergamín y de amplios conocimientos humanísticos pero que al igual que los otros está aprendiendo el oficio”.¹⁰

A pesar de esta poco experimentada dirección, la empresa pronto inició una febril actividad. Para febrero de 1941, ya se había conseguido editar 30 libros. Libros con una calidad de edición excelente para el momento. Como ejemplo significativo podemos señalar el comentario realizado por el ilustre autor mexicano Alfonso Reyes sobre la edición crítica del Quijote realizada por Millares y publicada por Séneca. “La Séneca es siempre una garantía de una bella presentación editorial y de una auténtica calidad en la materia y en la esencia de sus libros”.¹¹

Lo que más se destacó de las publicaciones de esta editorial fue que hacían ediciones de bolsillo de grandes obras clásicas, lo que en ese momento en México suponía una gran novedad. La alta calidad de sus producciones pudo ser una de las causas de sus escasas ventas, pues no se adaptaba a las necesidades del mercado latinoamericano centrado en publicaciones menos cuidadas y considerablemente más baratas.¹² En cuanto a los resultados económicos de la editorial, sus balances anuales estuvieron presididos sempiternamente por las pérdidas. La tendencia en los años posteriores se mantuvo en esta línea de disminución progresiva de las ventas y, como consecuencia, aumento del déficit.¹³ La disminución de las ventas hizo que el almacén de la empresa se fuera llenando cada vez más, acumulándose en sus estanterías la mayor parte del valor del activo de la entidad sin poder

⁹ Carta de José Puche a Francisco Méndez Aspe, México, 9 de mayo de 1940, Fundación Pablo Iglesias (en adelante FPI), Archivo José Puche, Correspondencia.

¹⁰ Carta de José Puche a Juan Negrín, México, 7 de febrero de 1941, FPI, Archivo José Puche, Correspondencia.

¹¹ Carta de Alfonso Reyes sin destinatario, México, 21 de enero de 1942, Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia (BNAH), Fondo Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles, en adelante CTARE, caja 186, exp. 6222.

¹² Podemos conocer el plan editorial de Séneca por un folleto editado por el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles, escrito íntegramente en inglés, *General plan of publications by Ed. Séneca*, BNAH, Fondo CTARE, caja 186, exp. 6227.

¹³ Los datos se extraen de los sucesivos balances anuales que se muestran en las actas de la editorial *Balance a 31 de enero de 1944*, *Balance a 31 de enero de 1945*, *Balance a 20 de enero de 1946*, *Balance a 3 de enero de 1947* y *Balance a 30 de enero de 1948*. Todos en *Actas de la Editorial Séneca*, FHAEM, caja 28, exp. 340.

darle salida.¹⁴ Todo esto condujo al cierre definitivo de la editorial en 1948. Como es comprensible, esta situación sólo pudo mantenerse gracias a las continuas aportaciones del Comité Técnico a través de su Financiera, FIASA.¹⁵ El principal problema de esta entidad fue la ausencia de ventas, el *stock* de libros en almacén era cada vez mayor y los beneficios menores de forma que la situación se fue haciendo cada vez más insostenible. Sin duda, las aportaciones del Comité se mantuvieron solamente por el interés cultural de la empresa, como revelan las palabras de José Puche: “trataré de ayudarles pues considero que esta obra de cultura, lo mismo que los colegios, pueden determinar resonancias muy favorables para nuestra actuación pretérita y futura”.¹⁶ Sin embargo, el gerente de la entidad, José Bergamín, confiaba ciegamente en la solidez de su plan editorial y que este acabaría dando beneficios. De modo que, cuando a comienzos de 1942, Puche decidió no invertir más en esta empresa y recomendó que se llevara un ritmo de producción más lento, Bergamín se sintió abandonado y vio peligrar toda su obra. Así, escribiría a su amigo Pedro Salinas:

Me duele pensar que pudiera deshacerse todo lo que en Séneca con tanto sacrificio personal vinimos haciendo. Sin la ayuda, más bien con el estorbo, de quienes tenían el deber de apoyarnos; sí que calumniados por el resto de españoles peregrinantes que no acaban de desenredarse de sus propios líos egoístas y politiqueros. A veces me desespero y pienso romper con todo esto, aislándome y buscando por otros caminos el pan para los míos.¹⁷

Observamos a un Bergamín muy defraudado por la actitud de Puche y desesperado por el panorama del exilio español en México, totalmente dividido en facciones políticas enfrentadas. El enfrentamiento con Bergamín también afectó a Puche que confesaba en sus

¹⁴ A 31 de diciembre de 1941 la editorial acumulaba en su almacén libros por valor de \$82 186.71 sobre un activo de \$103 737.85. Las principales partidas en las que se repartía el resto del activo eran los gastos de instalación que ascendieron a \$6 275.68, tipos de imprenta \$4 885.68 y papeles \$3 683.60. En *Editorial Séneca de publicaciones, inventario general*, México, 31 de diciembre de 1941, BNAH, Fondo CTARE, exp. 6226.

¹⁵ Lo que sumado al capital inicial aportado por el Comité Técnico elevan la inversión improductiva en esta empresa hasta los \$200 000.00. Carta, de José Puche a Francisco Méndez Aspe, México, 19 de enero de 1942, FPI, Archivo José Puche, Correspondencia.

¹⁶ Carta de José Puche a Juan Negrín, México, 19 de agosto de 1941, FPI, Archivo José Puche, Correspondencia.

¹⁷ Carta de José Bergamín a Pedro Salinas, México, enero de 1942, BNAH, Fondo CTARE, exp. 6191.

cartas a Negrín que: “La esquizoidia [sic] bergaminesca me ha originado muchos sinsabores con los intelectuales de la emigración y también con los intelectuales del país, pero afortunadamente, la tensión va disminuyendo”.¹⁸

Otro ejemplo de esta reubicación profesional en el exilio gracias a la financiación proporcionada por el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados españoles lo encontramos en el caso de dos científicos: el químico Francisco Giral y su hermano el médico Antonio Giral, ambos hijos del también químico y farmacéutico, José Giral. Profesor de la Universidad de Salamanca y más conocido por su faceta política al frente de Izquierda Republicana que le llevó a ocupar la jefatura del gobierno en los primeros momentos de la Guerra Civil (19 julio a 4 de septiembre de 1936) y posteriormente del reconstruido gobierno republicano en el exilio (agosto 1945-febrero 1947). Ambos hermanos, junto con el también médico, Julio Berdegue, presentarían ante el CTARE un proyecto para la formación de una industria químico farmacéutica.

Esta empresa trataba de buscar el éxito comercial en la fabricación de productos químicos y farmacéuticos tales como medicamentos, vacunas, sueros e inyectables así como material sanitario, depósitos, vendas y productos de perfumería y droguería. Productos que, hasta ese momento, no se fabricaban en el país, por lo que debían ser importados; de esta manera, se podrían ofrecer a un mejor precio con la consiguiente ventaja comercial.¹⁹

El proyecto fue finalmente puesto en marcha con el nombre de Industrias Químico Farmacéuticas Americanas S. A. (IQFA). El puesto de gerente, quizá el más relevante en lo que a la dirección práctica de la empresa se refiere, a uno de los autores del proyecto de los laboratorios, el Dr. Antonio Giral. Se seleccionó al personal entre los refugiados españoles más idóneos para cada cargo. El número de trabajadores que se emplearon nos habla de una empresa de dimensiones reducidas. Ocupaba, en mayo de 1940, a unas 23 personas, aunque el Comité guardaba una lista con 35 personas seleccionadas para su posible colocación en la empresa en caso de que la ampliación del negocio pudiera exigirlo.²⁰

¹⁸ Carta de José Puche a Juan Negrín, México, 7 de febrero de 1941, FPI, Archivo José Puche, Correspondencia.

¹⁹ “Realizaciones del Comité Técnico de Ayuda a los Españoles”, En *Boletín al servicio de la emigración española*, núm. 1, México, 15 de agosto, 1939.

²⁰ Colocados por el Comité, BNAH, Fondo CTARE, caja 197, exp. 6359.

Los primeros pasos de esta industria fueron ciertamente difíciles, según parece, por la pésima gestión llevada a cabo por su gerente Antonio Giral. Son varios los testimonios que corroboran su incompetencia para el cargo. En un informe elaborado para la Comisión Ejecutiva de la UGT en México se describía al señor Giral como “dotado de gran actividad y de un enorme entusiasmo, quizá excesivo, para el engrandecimiento de la empresa, carecía en absoluto de toda clase de práctica y conocimientos comerciales”.²¹ José Puche fue más allá en las críticas a la gestión de Antonio Giral del que afirmaba: “El gerente, un hijo de Giral, ha resultado ser el hombre más tonto del orbe entero y nos ha acarreado la enemistad del clan familiar que ya estaba en disposición no muy animosa con el Comité”.²² De hecho, aseguraba que, solamente, se le colocó en ese puesto a causa de una “maniobra”. Pues pensaban que iba a ocuparlo su hermano Francisco “que es muchacho más discreto y enterado” pero éste, finalmente, decidió ocuparse de otros proyectos dejando al frente a Antonio. Según parece, Antonio Giral quiso darle a la empresa una orientación basada en la investigación, creó varias secciones dedicadas a la innovación que consumían los recursos de la empresa sin ofrecer resultados comerciales. En vista de los desastrosos resultados, Giral fue forzado a dimitir en marzo de 1940.²³ Teniendo que colocarse el propio José Puche al frente de la empresa desde entonces.²⁴ Puche cambiaría la política de gestión centrándose en una línea más industrial, abandonando la vocación investigadora implantada por la primera administración y tratando de recortar al máximo los gastos de producción. Gracias a estos cambios la empresa pudo ir levantando el vuelo lo que le permitió mantenerse viva al menos hasta los años sesenta.

Aunque quizá el caso más significativo de intelectual metido a empresario fue el del propio presidente del CTARE, el Dr. José Puche, un brillante médico fisiólogo, catedrático en las Universidades de Madrid y Salamanca y rector de la Universidad de Valencia que en

²¹ Industrias Químico-Farmacéuticas Americanas S. A., México, 1940, FPI, Archivo Amaro del Rosal, carp. 296, exp. 28.

²² En Carta de José Puche a Francisco Méndez Aspe, México, 9 de mayo de 1940, FPI, Archivo José Puche, Correspondencia.

²³ La salida de Antonio Giral de la empresa no fue nada amistosa. Giral manifestó que si algún día la empresa salía adelante “será por el sacrificio y desvelos que personalmente he puesto en la obra”, se consideraba una víctima de la situación y acusaba al Comité Técnico y la FIASA de asfixiar económicamente a la empresa. En Informe sobre la asamblea general extraordinaria de accionistas de IQFA S.A., México, 28 de marzo de 1940, FPI, Archivo Amaro del Rosal, caja 296, exp. 28.

²⁴ En Carta de José Puche a Juan Negrín, México, 7 de febrero de 1941, FPI, Archivo José Puche, Correspondencia.

la primera etapa del exilio y en virtud de su relación de amistad con Juan Negrín se vio al frente de este organismo de ayuda y de todo el conglomerado empresarial que puso en marcha en México. Incluyendo la gestión directa de algunas de estas empresas, como hemos visto que fue el caso de IQFA o la presidencia de la institución bancaria que lideraba todo el plan de inversiones del CTARE; la Financiera Industrial Agraria S. A. (FIASA). La financiación de todas las empresas creadas por este grupo, llena de dificultades, obligaron a protagonizar toda una serie de malabarismos financieros y contables no siempre legales. Todo esto supuso para José Puche, como máximo responsable de este conglomerado empresarial y financiero, una carga tremenda, llegando a confesarle a Juan Negrín que: “Como todavía no me he vuelto inconsciente, estoy pasando esta temporada más miedo que en todo el resto de mi vida, preferiría actuar como vigía u objetivo en Dover o en los muelles del Támesis, que hallarme como ahora, protagonista de episodios lamentables”.²⁵

Podemos apreciar como esta reconversión laboral que tuvieron que sufrir algunos de los intelectuales exiliados no fue nada sencilla y representó todo un mundo de nuevas complicaciones y no siempre resultó exitosa. La evolución de estas empresas fundadas por los organismos de ayuda en los primeros momentos del exilio mexicano estuvo, en su mayor parte, abocada al fracaso, y varias fueron las causas que lo impulsaron: mala gestión, escasa preparación técnica, preferencia por el nepotismo en las selecciones de personal. También hay que señalar la desafortunada gestión llevada a cabo por sus administradores, como hemos visto, en varios casos intelectuales reconvertidos en administradores, que en muchas ocasiones no acertaron a dar la orientación necesaria a sus negocios. Esto puede achacarse a una escasa preparación técnica, pero seguramente también a la carencia de una auténtica mentalidad empresarial, de búsqueda de negocio. Estas empresas actuaron, además, supeditadas a su función social; el objetivo era colocar al mayor número de refugiados posible, por lo que sufrieron un exceso crónico de personal que las hizo difícilmente rentables.

Para concluir, podemos observar cómo el proceso de integración de la intelectualidad española en el exilio mexicano no siempre fue tan idílico y sencillo como parece extraerse de la mayor parte de la historiografía existente sobre el tema. Que en gran parte se ha dado

²⁵ Carta de José Puche a Juan Negrín, México, 8 de septiembre de 1941, FPI, Archivo José Puche, Correspondencia.

en caracterizar por un fuerte carácter apologético, que en ocasiones podríamos cualificar de casi hagiográfico. Sin desmerecer la indudable influencia de la intelectualidad española exiliada en México y las relevantes aportaciones que legaron a la ciencia y la cultura del país de acogida debemos tener en cuenta que su integración en el país se trató de un proceso mucho más complejo y lleno de dificultades.

ENTRE LA DERROTA Y EL EXILIO EN MÉXICO: ¿UNA MASCULINIDAD EN CRISIS?*

Elena Díaz Silva**

Resumen

En el presente capítulo se presentan los avances de una investigación en curso que analiza el ideal de masculinidad republicano nacido tras la derrota en la Guerra Civil española, y su consolidación en el exilio mexicano. En el estudio se incluye el efecto que tuvo el “trauma” de la derrota, interpretado según la lógica belicista impuesta, como la pérdida o ausencia de los valores asociados con la masculinidad hegemónica. En ese sentido, analizaremos el modelo de hombría o masculinidad recuperado en el exilio como parte del proceso de rehabilitación de la identidad nacional, y como mecanismo cultural adoptado para superar la humillación de la derrota.

Palabras clave

Exilio republicano, Masculinidad, Derrota, Trauma, Identidad nacional.

INTRODUCCIÓN

Pese a los numerosos estudios realizados hasta la fecha sobre el exilio de los republicanos españoles en México, son muy pocos los que han llevado a cabo un análisis desde la perspectiva de género. En ese sentido, los estudios realizados por Pilar Domínguez Prats resultan imprescindibles al recuperar la historia de las mujeres exiliadas. En cuanto a su composición y ocupación, la autora destacaba la presencia de intelectuales y maestras, su contribución desde esos ámbitos a la conservación y difusión de la cultura española en México, para lo cual se habían creado diversas instituciones culturales en México como el Instituto Luis Vives, la Academia Hispano-Mexicana o el Colegio de España, entre otros. Especial atención presta al análisis de

* Esta aportación forma parte de proyecto de investigación que lleva por título: “Left-wing exile in Mexico, 1934-1965”, financiado por el Consejo Europeo de Investigaciones (ERC) a través de la Universidad de Colonia.

** Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana (IHILA), Universidad de Colonia (Alemania).

otro ámbito de difusión y conservación de la cultura e identidad españolas: el ámbito doméstico y familiar. Un espacio de socialización que servía para la trasmisión de valores y normas de comportamiento donde también se inculcaban los roles de género. El análisis realizado con base en las fuentes orales, confirmaba la vigencia del discurso de la domesticidad entre las familias republicanas exiliadas, y la recuperación del sistema conocido como *breadwinner model* lo cual implicaba, teniendo en cuenta el carácter relacional del género, una reformulación de la masculinidad.¹

En lo que respecta a la feminidad, el discurso oficial profundizaba en la identificación de la mujer con el rol de madre y esposa, revalorizando su función dentro del hogar como principal responsable en la trasmisión de los principios y valores republicanos, así como de la conservación de la identidad española a salvo de toda contaminación.²

[...] La mujer reconstruyó el hogar parte de aquel ambiente que había quedado entre los escombros de la derrota, y el hombre encontró en el recinto familiar, no sólo la presencia del terruño perdido, a través de los adornos con que la madre o esposa, decoraba su casa al estilo de allá, sino también ese caudal de vivencias ancestrales que ligan a la patria y los instantes pasados en ella.³

Pese a que este mecanismo cultural orientado hacia la reconstrucción nacional fue empleado por todos los países en Occidente durante la posguerra, para el caso de los exiliados españoles, la recuperación de estos modelos de género tradicionales contribuía además a apuntalar la suerte de ficción en la que se habían instalado algunos de los exiliados: el mito de la España *transterrada*. La historiografía ha contribuido en gran medida a esa mitificación participando en la construcción de un exilio idílico en el que las contribuciones al desarrollo económico y cultural de México son lo más destacable. La historiografía del exilio, obviando el trauma, las decepciones y frustraciones

¹ Pilar Domínguez Prats, *De ciudadanas a exiliadas: un estudio sobre las republicanas exiliadas en México*, Madrid, Fundación Largo Caballero/Cinca, 2009, pp. 148; De la misma autora, véase *Voces del exilio: mujeres españolas en México (1939-1950)*, Madrid, Dirección General de la Mujer, D.L. 1994; "Exiliadas de la Guerra Civil española en México", en *Arenal: Revista de Historia de Mujeres*, vol. 6, núm. 2, 1999, pp. 295-312; "La representación fotográfica de las exiliadas españolas en México", en *Migraciones y Exilios*, núm. 4, 2004, pp. 51-63.

² Concepción Ruiz-Funes y Enriqueta Tuñón, *Este es nuestro relato... mujeres españolas exiliadas en México*, Ateneo español de México, 1993.

³ Purificación Tomás, "Lo que la mujer buscó en el Congreso. Inquietudes femeninas", en *Le Socialiste*, núm. 155, 10 de noviembre de 1964, p. 6.

que impuso la derrota y el exilio, se ha recreado en destacar los aspectos positivos del mismo, “destacando por encima de todo” la victoria moral, y la superioridad intelectual del exilio republicano. Una posición que forma parte del conjunto de mecanismos culturales adoptados para superar el trauma de la derrota, y que tratan de rehabilitar la nación a través de la construcción de *mitos nacionales*.⁴ Uno de esos mitos es el de identificar el exilio en México como eminentemente intelectual.⁵ Un discurso que no sólo ha contribuido a invisibilizar el impacto y la aportación realizada por la “gente corriente” desde otros ámbitos, sino también la creación de otro mito, alimentado por ciertos medios de comunicación en España especialmente interesados en resucitar la misión civilizadora (modernizadora, en el caso de los republicanos) de los españoles en el continente americano.⁶

A diferencia de otras derrotas, por ejemplo la de la Alemania a la que los soldados y prisioneros de guerra de la *Wehrmacht* pudieron reintegrarse volcando todo su esfuerzo en su reconstrucción, los republicanos españoles no tuvieron una patria a la cual regresar después de la guerra. Al trauma de la derrota se sumaba el del exilio en un país desconocido para la mayoría los españoles, pese al apoyo militar y diplomático prestado por las autoridades mexicanas al bando republicano durante la Guerra Civil española. Pese a las llamadas a la hispanidad que hicieron los líderes republicanos, y las grandes muestras de solidaridad para con los “camaradas” españoles que arribaban al Puerto de Veracruz, lo cierto es que existían lazos débiles entre ambas comunidades, desconfianzas mutuas alimentadas, en el caso de los mexicanos, por el rencor y el “trauma de la conquista” que pervivía, y que irremediamente conduciría a asociar a los españoles con la lejana estirpe de los conquistadores, y su versión contemporánea: los “hambreadores gachupines”.⁷ Por eso, deberíamos ser capaces

⁴ Sobre las denominadas “culturas de la derrota”, véase Wolfgang Schivelbusch, *The culture of defeat. On national trauma, mourning and recovery*, Nueva York, Metropolitan Books, 2003.

⁵ Tomás Pérez Viejo, “España en el imaginario mexicano: el choque del exilio”, en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio, *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Madrid/Morelia, Comunidad de Madrid/Universidad Michoacana, 2001, pp. 23-93.

⁶ Santiago Carrillo Menéndez, “Los españoles llevaron la modernidad a México”, en *El País*, 3 de septiembre de 2014.

⁷ Sobre ese otro mito construido en torno a la solidaridad de los mexicanos, un discurso que ha obviado la conflictividad y choques culturales que genera todo movimiento migratorio, y que también ha pasado por alto las frustraciones de los exiliados por no poder participar en la política mexicana, véase Sebastian Faber, “Silencios y tabúes del exilio español en México: Historia oficial vs. Historia oral”, en *Espacio, tiempo y forma, Serie V, Historia Contemporánea*, t. 17, 2005, pp. 373-389.

de llevar a cabo una relectura que tenga en cuenta las implicaciones, también de género, que tuvo la recuperación de ese pasado trágico en aquellos momentos, y no sólo por la derecha mexicana y criolla pro-franquista, sino también por una parte de la izquierda, fuertemente influenciada por el indigenismo.

Con respecto a la situación en la España de posguerra, conocemos, gracias a los estudios realizados, a cerca de la eterna minoría de edad impuesta a la mujer española bajo el franquismo.⁸ Sin embargo, poco se conoce del proceso mediante el cual los ciudadanos republicanos fueron reeducados y readoctrinados en otro modelo de masculinidad alejado del científico y ciudadano, pero también del violento falangista. Padres y maridos autoritarios, productores disciplinados, el modelo de masculinidad estaba inspirado en el paternalismo.⁹ En el ámbito familiar, se impuso una estructura fuertemente jerarquizada en cuya cúspide se encontraba el hombre, al que como cabeza de familia se subordinaban el resto de miembros, incluida la esposa que quedaba legalmente bajo la potestad marital. Para ello, se procedió a derogar todas las leyes adoptadas por los gobiernos republicanos que habían introducido principios de igualdad en las relaciones de género, sobre todo entre los cónyuges. Sin embargo, la recuperación de este modelo de familia tradicional parecía responder a los anhelos de los españoles en general, que tanto de izquierdas como de derechas “ansiaban la oportunidad de reconstruir sus casas, de crear un espacio inviolable que ofreciera un refugio de la guerra y sus recuerdos”.¹⁰

¿Qué ocurrió con los republicanos que se exiliaron en México? Este texto presenta los avances de una investigación en curso que analiza el ideal de masculinidad republicano nacido tras la derrota en la Guerra Civil española, así como los cambios que experimentó en México. Este artículo presenta los primeros avances de la investigación, en la que se analiza el efecto de la guerra, la derrota, la huida y el exilio en la configuración del modelo de hombría y masculinidad que adoptan los republicanos refugiados en México, como parte del proceso de rehabilitación de la identidad nacional.

⁸ María del Rosario Ruiz Franco, *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, D. L., 2007.

⁹ Mary Vincent, “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2006, vol. 28, pp. 151.

¹⁰ *Ibid.*

“HOMBRES FUERTES, AL FRENTE”: LA MOVILIZACIÓN MASCULINA DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN EL BANDO REPUBLICANO

La guerra supone el punto de partida para el análisis que vamos a llevar a cabo. La guerra y su relación con la masculinidad y la identidad de género vienen siendo desde hace unos años objeto de interés por parte de la historiografía.¹¹ Aún queda, sin embargo un largo camino por recorrer a la hora de analizar su relación con la derrota, y la ocupación, circunstancias que advierten especialmente de la existencia de una crisis en la masculinidad moderna.¹²

La masculinidad, hombría y virilidad son elementos centrales del discurso militarista e imperialista en este periodo especialmente convulso y violento de la historia de Occidente. El éxito y la victoria en el campo de batalla dependía en gran medida de la capacidad de los hombres, históricamente interpelados por un discurso que les instaba a identificarse con valores como la valentía, el heroísmo, el honor, por no hablar de la agresividad, consustancial al hombre-guerrero. Al fin y al cabo, la guerra constituía un ejercicio de hombría, una invitación para su demostración.¹³ “Men who answer the call of war risk losing their lives; men who refuse to listen risk losing their honor”,¹⁴ era la máxima impuesta en las sociedades patriarcales de los modernos estados-nación, pese a que no todos los hombres servían por sus condicionantes físicos, psicológicos o emocionales, para el ejercicio de la guerra.¹⁵

¹¹ Mary Vincent, “Gender and war in Europe, c. 1918-1949”, en *Contemporary European History*, vol. 10, issue 3, 2001; Luc Capdevila, François Rouquet, Fabrice Virgili y Danièle Voldman, *Homes et femmes dans la France en guerre 1914-1945*, Paris, Payot et Rivages, 2003; Stefan Dudink, Karen Hagemann y John Tosh [eds.], *Masculinities in Politics and War: Gendering Modern History*, Manchester, 2004, pp. 22-40; Sonia O. Karen Hagemann y Stefanie Schueler-Springorum [coords.], *Home/Front: The Military, War and Gender in Twentieth-Century Germany*, Oxford/Nueva York, Berg, 2012.

¹² Miranda Pollard, “In the name of the Father: Male masculinities in Vichy France”, en Forth, Christopher E. y Taithe Bertrand [ed.], *French Masculinities. History, Culture and Politics*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 142; Sobre la cuestión, lea también Philipp Burrin, *Living with Defeat: France under the German Occupation 1940-1944*, Londres, Arnold, 1996; Frank Biess, *Homecomings: Returning POWs and the Legacies of Defeat in Postwar Germany*, Princeton, 2006; Schivelbusch, *op. cit.*

¹³ Nerea Aresti, “The battle to define Spanish Manhood”, en Aurora Morcillo [ed.], *Memory and Cultural History of the Spanish Civil War: Realms of Oblivion*, Leiden, Boston, Brill, 2014, pp. 151.

¹⁴ Michael Flood [ed.], *International Encyclopedia of Men and Masculinities*, Londres, Routledge, 2007, pp. 627.

¹⁵ Véase por ejemplo el tratamiento que en épocas pretéritas se ha hecho de la nostalgia y su padecimiento por parte de los soldados en el frente que, afectados por esta “patología” (*maladies de mémoire*) eran interpelados por el discurso médico que ponía en cuestión no sólo

En la España republicana asistimos, sin embargo, a la consolidación de un modelo de masculinidad situado en las antípodas de aquel influenciado por el nacionalismo y el imperialismo que se impuso en la Europa de entreguerras. Gracias al impulso dado por los gobiernos de la república, y sus políticas sociales, se adoptaron y difundieron nuevos modelos de género que sirvieron de inspiración a generaciones posteriores. El intelectual o científico, uno de los nuevos estereotipos asociados a la modernidad y a los valores y principios republicanos, tenía su origen en la década de los años veinte, en los ideales de renovación y regeneración nacional promovido por la intelectualidad y los “modernos moralistas”. En los años treinta fue adoptado por la cultura política republicana al ser asimilado como el “nuevo hombre” que preconizaban los socialistas. La propuesta que planteaba el discurso de esta intelectualidad enlazaba, señalaba Nerea Aresti, “con valores ya arraigados en la subjetividad de los trabajadores, con el anhelo de reconstrucción familiar y con el proyecto socialista de moralización de la clase”.¹⁶ Según el científico y doctor Gregorio Marañón, uno de los promotores de dicho modelo, el ideal masculino de los años veinte y treinta debía identificarse con los siguientes valores: la austeridad, el autocontrol, la responsabilidad familiar, el trabajo, la moderación sexual y la monogamia.¹⁷

La Guerra Civil española interrumpió este proceso de reformulación identitaria así como la modernización de las estructuras sociales, imponiendo la recuperación de otros discursos que ensalzaban el carácter militar y heroico de una masculinidad viril y homogeneizadora. Con el objetivo de reclutar y movilizar a la tropa, dar consignas de guerra o para el fortalecimiento de la disciplina, ambos bandos adoptaron en sus medios propagandísticos un modelo de masculinidad o arquetipo viril cuyas diferencias en lo estilístico o formal, eran mínimas. El arquetipo de guerrero que describía George Mosse en su obra había servido de inspiración tanto a la izquierda como a la derecha. El fascismo/nazismo en Alemania, Italia o España encontrará

su hombría y virilidad (ya que la nostalgia o el miedo era sentimientos y emociones que se presuponian más propios de la psicología femenina), sino también y en definitiva, su compromiso con la nación y su patriotismo. Sobre la cuestión, véase Michael S. Roth, “Dying of the Past: Medical Studies of Nostalgia in Nineteenth-Century France”, en *History and Memory*, vol. 3, núm. 1, primavera de 1991, pp. 5-29.

¹⁶ Nerea Aresti, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001, pp. 232.

¹⁷ Nerea Aresti, *Masculinidades en tela de juicio*, Madrid, Cátedra, 2010, pp. 265. La autora basa su análisis en algunos de los escritos de Marañón, por ejemplo: “Psicopatología del donjuanismo”, en *El Siglo Médico*, 1º de marzo, 1924.

un campo abonado en el imperialismo europeo para desarrollar sus teorías acerca de la superioridad racial, teorías en las que la virilidad y la masculinidad del pueblo ario juegan un papel muy importante.¹⁸

La propaganda republicana contribuyó a la difusión de esa imagen hegemónica de masculinidad. Destaca en lo estilístico, la representación de un cuerpo hipermasculinizado, viril, atlético, esculpido cual héroe griego, en el que se puede apreciar toda la musculatura en tensión. Una imagen convertida en icono, símbolo del poder y de victoria. Los reporteros, escritores y fotógrafos extranjeros afines a la causa republicana contribuyeron también a la construcción de ese mito en torno al heroico miliciano republicano, pese a que seguían identificándole como un civil mal equipado, mal entrenado y peor disciplinado.¹⁹

La representación del miliciano republicano en la propaganda iba acompañada de todo un discurso en el que se ensalzan valores masculinos inherentes al ejercicio de la violencia y la guerra, como la valentía, el honor, el compañerismo o la fraternidad. El arquetipo de guerrero se imponía así a otros modelos o categorías identitarias como el intelectual o científico, el ciudadano pacífico y civilizado, al campesino u obrero industrial. La propaganda, especialmente la que iba destinada a movilizar a la población civil, mantuvo en su discurso la división sexual del trabajo y el respeto a la consigna republicana impuesta tras los primeros meses a instancias del Ministerio de Guerra que establecía que los hombres debían marchar al frente y las mujeres permanecer en la retaguardia. El discurso bélico apelaba, en definitiva, a las diferencias biológicas entre hombres y mujeres, y al conjunto de capacidades, virtudes y cualidades derivadas de las mismas. Las llamadas a la movilización de las mujeres durante la guerra en su función social-maternal reforzaban así su carácter asistencial. La imagen icónica de la miliciana que aparecía representada en el famoso cartel de Arteché, fue instrumentalizada para movilizar

¹⁸ J. A. Mangan [coord.], *Shaping the Superman: Fascist body as Political Icon-Aryan Fascism*, Londres, Frank Cass, 1990; George L. Mosse, *The Image of Man. The creation of Modern Masculinity*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, pp. 155-180.

¹⁹ Destaca en la creación de ese mito y en su difusión, la famosa fotografía de Robert Capa "Muerte de un miliciano", en el que aparece retratado el momento de la muerte de un soldado que caía abatido por un disparo enemigo. Se trate de una puesta en escena o de un golpe de suerte lo que permitió lograr dicha instantánea, la fotografía en sí no sólo denunciaba el horror de la guerra, sino que convertía al miliciano, un civil al fin y al cabo, en un héroe emblemático, en un ejemplo de la valentía y del valor de los defensores de la República. Un modelo de masculinidad ligado al heroísmo, y al sacrificio ya que la maniobra en sí, al descender desprotegido por aquel cerro, era considerada prácticamente como un acto suicida.

a los hombres, y animarles a no permanecer inactivos en la retaguardia.²⁰ Su mensaje, sin embargo, animó a muchas mujeres para dar un paso más en su movilización y alistarse en las milicias. Poco se sabe, y gran parte de información procede de testimonios orales en ocasiones contradictorios, acerca de las relaciones de género entre los milicianos y milicianas, de la supuesta igualdad o libertad sexual en las trincheras. De lo que se tiene constancia es de la campaña republicana por evitar la transmisión de enfermedades venéreas en los frentes, y la vinculación que se hizo entre la miliciana y la prostituta, en la que profundiza la mitología franquista. El control racional sobre las más bajas pasiones, y el autocontrol eran referentes para la construcción de la moderna masculinidad en Occidente. Dichos valores “masculinos”, que continúan vigentes en la España republicana, alcanzaron gran difusión durante la Guerra Civil gracias a los medios propagandísticos. Los carteles instaban a los milicianos a no mantener relaciones sexuales con prostitutas, aunque más que denunciar la explotación sexual de las mujeres, estas campañas tenían como objetivo el de frenar y prevenir enfermedades venéreas.²¹ Con los mismos objetivos, la propaganda adoctrinaba a los milicianos para alejarse del consumo de alcohol.

Pese a la identificación del miliciano republicano como un hombre insubordinado e indisciplinado, una campaña en la que también contribuyeron los medios de información y propaganda del bando autoproclamado nacional, la cultura y la educación de los soldados también formaba parte de los objetivos de la propaganda republicana, en su intento de mantener la disciplina dentro del ejército y las

²⁰ Mary Nash, “La miliciana: otra opción de combatividad femenina antifascista”, en *Las mujeres y la Guerra Civil Española*, III Jornadas de Estudios monográficos, Instituto de la Mujer, Salamanca, octubre de 1989, pp. 97-108; Mary Nash, *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999.

²¹ Pese a esto, el autocontrol y la monogamia siguieron siendo identificando como valores propios de una masculinidad moderna y republicana, Ejemplo de ello es la repercusión que tuvo el episodio protagonizado por Negrín, en presencia de Casado, el cual relataba cómo en plena crisis por el avance de las tropas franquistas y después las últimas derrotas, el entonces presidente del gobierno se abandonaba a sus “más bajas pasiones” frecuentando prostíbulos. Un comportamiento poco ejemplar para éste, que concluía al respecto: “No cabe duda de que refleja una anomalía o desequilibrio en un hombre supercivilizado”. Segismundo Casado, *Así cayó Madrid: último episodio de la Guerra Civil Española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, pp. 131-138. Llama la atención que esta circunstancia haya sido utilizada como argumento para desprestigiar y difamar, si el episodio que relata Casado en sus memorias no se produjo, la figura de Negrín, y deslegítimar sus decisiones y actuaciones en adelante. Su identificación con una persona de escasa virtud, y cobarde, como también veremos más adelante, son cuestiones a tener en cuenta a la hora de analizar el alcance que tuvieron los principios y valores republicanos difundidos durante el periodo, sobre todo en su aplicación a las relaciones de género, y a la configuración de ese modelo de masculinidad y hombría que rechazaba ese tipo de prácticas.

milicias. Sin embargo, a diferencia del ejército de Franco, la disciplina en el bando republicano no era el resultado de un orden jerárquico y en ocasiones arbitrario sino el “resultado del ejercicio de la razón, y de la internacionalización de los principios de civilización a través de la educación”.²²

Pese a las escasas diferencias desde un punto de vista estilístico, encontramos pues importantes diferencias entre el arquetipo viril que los sublevados impusieron durante la Guerra Civil, y aquel que se impuso en el bando republicano como consecuencia de las necesidades que impuso la guerra. En el bando rebelde, destaca la generalización de un modelo de hombre agresivo y violento espoleado por los mandos militares para llevar a cabo una cruenta represión contra la población civil en la retaguardia. Si bien las violaciones han constituido una práctica de guerra muy común en la historia, directamente relacionada con la identificación de la violación como un ejercicio de “homo-socialización”, “part of the pressure and pull of men to prove to one another their loyalty, steadfastness and sangfroid”,²³ en España, esta práctica tuvo un componente ideológico claro, siendo empleada con otros objetivos. Las violaciones en las zonas ocupadas por las tropas de Franco, se encontraban directamente relacionadas con la identificación de las mujeres republicanas como “desbocadas jovencitas libertarias”, culpables de la degeneración moral y física de la nación.²⁴

DERROTA Y EXILIO: DE HÉROES A VENCIDOS

La caída de Barcelona en enero de 1939 precipitó la huida de miles de mujeres, niños, ancianos y parte del ejército de la república que se había reunido en ese otro gran foco de resistencia y reducto republicano que quedaba. Se calcula que en torno a 400 000 personas se desplazaron hacia la frontera huyendo de las tropas de Franco, que acababan de entrar en la ciudad, y de la represión posterior.

Pese a la enorme producción historiográfica en torno al exilio, y el drama que supuso para la población civil desplazada la huida hacia la frontera,²⁵ apenas se ha reparado en los procesos identitarios a los

²² Nerea Aresti, *op. cit.*, p. 154.

²³ Flood, *op. cit.*, p. 628.

²⁴ Mary Vincent, “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 28, 2006, pp. 135-151.

²⁵ Geneviève Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, Barcelona, Crítica, 2000.

que dio lugar, especialmente entre los veteranos o excombatientes de guerra. Además de los numerosos testimonios que han dejado éstos, recogidos en obras que rescatan la memoria de los vencidos,²⁶ y sus propias obras autobiográficas, contamos con otras fuentes que nos permiten analizar el trauma de la derrota como por ejemplo los numerosos testimonios gráficos que recogen precisamente esos primeros momentos del exilio. Dichas fotografías muestran los restos de un ejército en retirada, desorganizado, compuesto por militares heridos, desmoralizados y cabizbajos, mezclado con la población civil evacuada lo cual dotaba un mayor dramatismo y significado a las imágenes ya que remiten a una actitud “femenina”.

Las imágenes que captaron el paso de la frontera y el desarme ante los gendarmes franceses resultan muy simbólicas tanto por la expresión satisfecha de los franceses, orgullosos del botín, como por la actitud dócil y derrotada de los españoles. Al fin y al cabo, la entrega de las armas suponía la constatación de la derrota, la rendición aunque ésta ni siquiera se produjese ante el enemigo, sino ante un supuesto aliado como Francia. Esas imágenes nos advierten de los primeros signos del trauma, de la crisis que se instala entre los derrotados con fuertes connotaciones de género. Si la guerra era una forma de medir la hombría, la derrota remitía irremediabilmente, y siguiendo esa lógica belicista, a la pérdida o ausencia de los valores asociados con la masculinidad, y por lo tanto, a una “virilidad disminuida”.

La historiografía también ha interpretado esos momentos transcendentales, así como las decisiones adoptadas por líderes políticos y militares en esos mismos términos, al destacar la demostración de valor, coraje y carácter, o bien al contrario, su ausencia. Las llamadas a la resistencia, las negociaciones más o menos secretas con Franco para obtener una paz “honrosa”, y la misma huida, son decisiones que aparecen con frecuencia vinculadas a ese concepto de masculinidad hegemónica que se impuso durante la guerra. En los últimos meses de la guerra, y especialmente después de la caída de Catalunya, sólo algunos leales a la República optaban por seguir resistiendo ante el avance imparable de las tropas de Franco. El derrotismo fue poco

²⁶ Véase Alicia Altet, *La voz de los vencidos*, Madrid, Aguilar/Taurus/Alfaguara, 2005; Para el caso de los que se exiliaron en México, destacamos los testimonios orales recogidos por el “Proyecto de Historia Oral: Refugiados Españoles en México” puesto en marcha en 1979 por la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y coordinado por la historiadora Dolores Pla Brugat. Con base en estas entrevistas se han realizado numerosos estudios entre los que destacan los de la propia investigadora, recientemente fallecida y los de Pilar Domínguez Prats, mencionados con anterioridad.

a poco instalándose en las mentes del heroico ejército republicano, también entre los principales mandos políticos y militares. Ejemplar, en ese sentido, ha sido el castigo otorgado por la historiografía al socialista Negrín al que reprochaban su actitud en los últimos meses de la guerra, pese a sus enérgicas llamadas a la resistencia, tras haber abandonado su puesto en Madrid para instalarse en Valencia no estando dispuesto a asumir la humillación de la derrota, y permitiendo así el golpe de Casado que pondría fin a la contienda.²⁷ Azaña corría idéntica suerte, siendo identificado por sus adversarios políticos, como un ser extremadamente sensible, débil de temperamento, temeroso y asustadizo. El presidente de la Segunda República tuvo una actitud cobarde tras su huida a Francia, y el abandono de su cargo, según algunas de estas crónicas sectarias que incluso llegaban a poner en entredicho su hombría.²⁸

La desmoralización del ejército de la República alcanzaba su máxima expresión en los campos de refugiados que el insolidario gobierno francés había improvisado, incapaz de absorber o de reaccionar ante la avalancha de “indeseables” que durante esos meses cruzaron la frontera por los Pirineos. De nuevo, contamos con testimonios gráficos que nos permiten evaluar no sólo la tragedia y el drama, sino los primeros síntomas del estrés postraumático del que se verían afectados no sólo como derrotados, sino como refugiados.²⁹ Los espacios habilitados para acoger a los refugiados, rodeados de alambradas y vigilados por soldados senegaleses armados y en actitud hostil no eran, efectivamente, lugares adecuados para su recuperación psicológica. Los célebres Hermanos Mayo, reconocidos reporteros gráficos

²⁷ Aurelio Velázquez Hernández, *La otra cara del exilio. Los organismos de ayuda a los republicanos españoles en México (1939-1949)*, Salamanca, 2012 (Tesis doctoral), p. 42. El autor hacía alusión a la existencia de un debate historiográfico en torno a la figura de Negrín y a su supuesta “actitud numantina”.

²⁸ A propósito de las opiniones vertidas en torno al miedo de Azaña, Comín Colomer, escritor profranquista añadía al retrato que en su día hizo Miguel Maura del moribundo Azaña: “Esta es la situación de aquel personaje que hombrea en el Palacio de Buenavista la famosa madrugada del 10 de agosto de 1932”, en alusión a “La Sanjurjada”. Eduardo Comín Colomer, *Historia de la Segunda República*, Madrid, Editorial NOS, 1954-55, pp. 442. Citado a su vez en José Montero, *El drama de la verdad en Manuel Azaña*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979, pp. 207. Afortunadamente, contamos con otras obras más actuales que analizan la figura de estos dos personajes desde una mayor simpatía y también parcialidad, véase por ejemplo: Santos Juliá, *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008; Joan Llach, *Negrín. Resistir es vencer*, Barcelona, Planeta, 1984; Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín*, Barcelona, Península, 2006.

²⁹ Sobre la cuestión, véase Paloma Aguilar, “Agents of Memory: Spanish Civil War Veterans and Disabled Soldiers”, en Winter Jay y Sivan Emmanuel [coord.], *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 84-103.

del exilio, recogieron en algunas de sus instantáneas escenas de la vida cotidiana en aquellos campos en los que se produjo la transición entre un heroísmo vinculado a la patria y a la República, a una lucha por la propia supervivencia.³⁰ Pese a las circunstancias, en estos espacios emergieron valores como la solidaridad, que suponía el fortalecimiento de los lazos de compañerismo y fraternidad típicos del frente; y sobre todo, una exigencia: la conservación de la integridad moral, bases sobre las que se construiría la identidad del exiliado republicano.

El asalto definitivo a Madrid, facilitado por la maniobra del coronel Casado que se rendía apoyado por una parte del ejército y del gobierno republicano a una derrota sin condiciones, completaba el proceso de conversión de los heroicos milicianos republicanos, en derrotados y vencidos, una identidad globalizadora en la que acabaron por diluirse todos los los refugiados, pese a las notables diferencias que existían entre ellos. Sin embargo, unos meses antes de aquel famoso último parte de guerra, la desmoralización hacía mella entre los republicanos internados en los campos de refugiados, que no estaban dispuestos a seguir luchando hasta el final. Así lo atestiguan las peticiones de asilo enviadas por los milicianos que habían estado luchando en la defensa de Barcelona, y que comenzaron a llegar a la Embajada de México en París a finales de enero de 1939.³¹ Según estos testimonios, la inmensa mayoría no deseaba continuar la guerra, tal era su estado anímico y/o físico, mucho menos comenzar otra para así ayudar al país vecino, y supuestamente aliado, que tan mal les había recibido. Ni siquiera la expectativa que supondría el estallido de la Segunda Guerra Mundial para una posterior liberación de España consiguió levantar los ánimos de los miles de refugiados que decidieron embarcarse en el *Sinaia*, el *Ipanema* o el *Méxique*, para poner rumbo a lo desconocido. Muchos de ellos aseguraban en sus misivas que lo único que querían era marchar a México para reconstruir sus vidas, y recuperar a sus familias, aceptando así la solidaria invitación que les había hecho el presidente mexicano Lázaro Cárdenas. Ninguno de ellos apareció en Veracruz uniformado o ataviado con los elementos que les identificaban como los heroicos milicianos republicanos, aunque tampoco como los bandoleros, criminales y rojos “peligrosos”, adjetivos con los que el México más conservador, así como una parte de la

³⁰ Juan Carlos Pérez Guerrero, *La identidad del exilio republicano en México*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2008 (Colección Archivo II República española en el exilio), p. 69.

³¹ Dichas cartas se encuentran en el Archivo de la Embajada de México en Francia, depositados a su vez en el Archivo histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México D. F.

comunidad de españoles profranquistas, les recibiría a su llegada.³² La mayoría llegarían, sin embargo, acompañados de sus familiares.³³ La Embajada de México en Francia y el SERE llevaron a cabo la selección de personas que se beneficiaron de la visa priorizando, según la documentación que se encuentra en el archivo de la Embajada de México en Francia, el refugio de familias. Esta circunstancia dotaba de unas características especiales a la comunidad de refugiados españoles que la diferenciaba de los otros exilios que coincidieron en México. Continuar la guerra o la revolución no era una prioridad para los españoles, como sí lo era para muchos de los que tras la Revolución mexicana habían llegado hasta allí desde Europa, y especialmente desde Latinoamérica.³⁴ El trabajo y la reconstrucción familiar fueron los pilares básicos sobre los que se asentó el exilio republicano en México, pese a la reactivación de las actividades políticas o las primeras sesiones de las cortes republicanas en el exilio que comenzaron a reunirse en México a partir de 1945.

Dejando a un lado los otros dos ámbitos que permitieron la recuperación de la masculinidad, el doméstico o familiar y el profesional, cabe mencionar la función y contribución realizada desde las asociaciones y organizaciones del exilio. Además de constituirse por naturaleza en plataformas de lucha contra el franquismo, actuaron como espacios de socialización política para todos los exiliados, movilizados en diferentes grados. Cabe destacar la aplicación de la división de tareas entre la militancia en función del género, y la masculinización de espacios abiertos con anterioridad a la colaboración y presencia de mujeres, antes “ciudadanas”, ahora identificadas y revalorizadas en su papel de madres y esposas. Algunos testimonios de mujeres coinciden en señalar las dificultades de integración en los círculos del exilio incluso en las reuniones más informales celebradas en cantinas y cafés, principales espacios de socialización masculina donde las mujeres no eran bienvenidas.³⁵ Las tertulias literarias en cafés y cantinas

³² Mauricio César Ramírez Sánchez, “Exiliados españoles a través de las imágenes de la derecha mexicana”, en Mari Carmen Serra Puche, José Francisco Mejía Flores y Carlos Sola Ayape [eds.], *De la posrevolución mexicana al exilio republicano español*, Madrid, FCE, 2011, pp. 91-114.

³³ En torno al 68% de los refugiados viajaron en compañía de sus familias, mujeres e hijos/as. En Dolores Pla Brugat, *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México, Instituto Nacional de Migración/Centro de estudios migratorios, 2007, p. 63.

³⁴ Sobre la cuestión, véase Pablo Yankelevich [ed.], *México, país refugio: la experiencia de los exilios en el siglo XX*, México, INAH, 2002; Barry Carr, “Radicals, Revolutionaries and Exiles: Mexico City in the 1920s”, en *Berkeley Review of Latin American Studies*, California, fall 2010, pp. 26-30.

³⁵ Concepción Ruiz Funes, Enriqueta Tuñón, “Nosotras fuimos la unión de mujeres españolas antifascistas en México (1939-1976)”, en *Política y Cultura*, núm. 1, otoño, 1992, pp. 91-99.

fueron también práctica habitual entre los intelectuales. En ellas se advertía, sin embargo, el mismo clima de exclusión y recelo hacia la participación de las mujeres. Una prueba de ello la encontramos en las memorias de Simón Otaola en la que describía, desde la cotidianidad y en clave de humor, dichas tertulias. Pese al compromiso de no hacer alusión a la guerra, su experiencia parecía seguir manteniendo su función como elemento y aglutinante. El clima de intimidación entre algunos de los protagonistas remitía a la camaradería y a la experiencia de fraternidad que vivieron en el frente, y de la que de nuevo, las mujeres quedaban excluidas.³⁶

Además de los aniversarios de la proclamación de la Segunda República, las organizaciones del exilio llevaron a cabo diferentes celebraciones con el fin de mantener vivo el recuerdo de la guerra, ya que su experiencia servía como un elemento unificador. Durante los primeros años se conmemoraron los aniversarios de batallas militares y victorias del bando republicano. El paso del Ebro, la Batalla de Guadalajara, o la defensa de Madrid fueron rememorados como parte de la terapia que trataba de superar la derrota, ahora convertida en una victoria moral enarbolada frente a la inmoralidad de los actos del franquismo, la represión indiscriminada y el terror que los exiliados denunciaban. En la mayor parte de los actos fotografiados por los Hermanos Mayo se observa la presencia abundante de mujeres y niños situados, sin embargo, en una posición de escaso protagonismo. En todo caso, remitirían al carácter familiar y familiarista del exilio español, y no una trasgresión de género.

Todo parece indicar entonces que la militancia política entre los exiliados actuó como un espacio de socialización masculina, así como de reafirmación del patriarcado. Este hecho se encuentra relacionado tanto con la adopción de mecanismos culturales que trataban de hacer frente a la derrota y de rehabilitar la nación, como parte de la dinámica que se estableció en la Europa de posguerra. Además de reflejar la crisis en la masculinidad moderna, la recuperación de su versión tradicional y el reforzamiento del patriarcado inducen a preguntarnos en torno a la influencia que tuvo el México posrevolucionario, sus estructuras y reformas sociales, en la configuración de un nuevo modelo de hombría.

Esta circunstancia justificó la creación de organizaciones femeninas como Mujeres Antifascistas o el Grupo Femenino Socialista Español.

³⁶ Simón Otaola, *La librería de Arana. Historia y fantasía*, México, Aquelarre, 1952 (2ª edición, Madrid, Ediciones el Imán, 1999).

ARTISTAS TRANSTERRADAS: JULIA GIMÉNEZ CACHO*

Yolanda Guasch Mari^{***}

Resumen

El incremento de la movilidad de personas e ideas y la generación de patrones culturales híbridos, resultantes de la coexistencia y el diálogo de múltiples comunidades, constituye una de las notas predominantes y positivas del siglo XX, debido, desgraciadamente, a determinados acontecimientos históricos que vivió Europa: dos guerras mundiales y, en el caso de España, la Guerra Civil.

Con esta comunicación queremos acercarnos al exilio producido por la contienda española, analizando el paisaje visual resultante del desplazamiento de uno de los grupos sociales menos estudiados como es el de las mujeres artistas transterradas en México. De hecho, fueron muchos los artistas e intelectuales que llegaron al país mexicano, después de que se iniciara la Segunda Guerra Mundial en Europa, destacando dentro de este colectivo, tanto cuantitativa como cualitativamente, mujeres creadoras que encontraron en México un nuevo horizonte cultural, lo que les lleva a reevaluar sus imaginarios identitarios de partida y a confrontar el entorno en el que se insertan.

Esta comunicación confronta la realidad cultural resultante de los intercambios generados entre las mujeres artistas exiliadas y el contexto cultural mexicano que se encuentran al llegar, así como la representatividad de las artistas mexicanas en el arte, trascendiendo el análisis aislado con respecto al espacio de acogida que a menudo reciben los fenómenos culturales ligados a proceso migratorios.

Palabras clave

Exilio Artístico, México, Mujeres, Pintoras, Julia Giménez Cacho.

* Este trabajo se inscribe dentro del proyecto de investigación “Diccionario Biográfico Ilustrado de Artistas Mujeres en México siglos XIX y XX”, dirigido por la Dra. Elisa García-Barragán Martínez, investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Fue posible realizarlo gracias al disfrute de la beca “Genaro Estrada” para expertos mexicanistas, concedida por la Secretaría de Relaciones Exteriores, del gobierno de México.

** Universidad de Granada.

En el marco del 75 Aniversario de la Guerra Civil española, y pese a los grandes avances, todavía continúan siendo pocos los trabajos relativos a este capítulo tan importante de nuestra historia reciente. En este sentido, son todavía necesarias las investigaciones centradas en recuperar la historia relacionada con el exilio español. Y así se están haciendo gracias a los congresos, las publicaciones, las conmemoraciones, que han logrado promover el interés por esa parte de nuestro legado que quedó sepultado bajo el franquismo y silenciado con el inicio de la Democracia.

No obstante, todavía hay mucho trabajo por hacer. En un intento de reconstruir y de sacar a la luz nuevas aportaciones, este trabajo ahonda en el estudio de las mujeres artistas exiliadas en México, profundizando en el caso particular de la pintora Julia Giménez Cacho, enfrentándonos así a dos grandes retos: poner en conocimiento los nombres de todas estas creadoras que desarrollaron su actividad fuera de nuestro país y, por ende, han sido olvidadas en los trabajos de historia del arte que sobre el periodo se han realizado y, por otro, dar a conocer las trayectorias artísticas de estas creadoras, que por su condición de mujer y de exiliadas han permanecido olvidadas tanto en nuestro país, como en los territorios donde fueron acogidas.

Dadas las distintas y extensas geografías que ampararon a los exiliados, esta investigación se centra exclusivamente en el territorio mexicano, país conocido por ser el que más refugiados acogió y donde encontramos un nutrido grupo de artistas, destacando la gran presencia de mujeres. Fémimas que tuvieron que luchar con las propias circunstancias históricas de nuestro pasado, que durante mucho tiempo condicionó su presencia en la actividad artística debido a los roles que se les habían asignado, ligados principalmente al ámbito doméstico, la maternidad o actividades marginales. A estos condicionantes debemos unir el propio olvido caprichoso e injustificado de la historiografía que ha enterrado la brillante creación de numerosas artistas. A pesar de eso, como indica Pilar Muñoz, muchas mujeres participaron en ocupaciones para las que estaban vedadas, y casi siempre de manera oculta.¹ En este sentido y centrándonos en el campo de las artes plásticas, poco a poco muchos nombres de mujeres artistas van emergiendo de la oscuridad.

Durante el siglo XX, las primeras décadas estuvieron dominadas por las condiciones imperantes en el siglo XIX, donde pese a los movimien-

¹ Pilar Muñoz López, "Mujeres españolas en las artes plásticas", en *Arte, Individuo y Sociedad*, vol. 21, 2009, p. 75.

tos de reivindicación de las mujeres y del sufragio universal, la actividad y formación artística femenina se limita únicamente a las clases más elevadas socialmente. Sin embargo, el surgimiento de las Exposiciones de Bellas Artes a mitad del siglo XIX, permite el reconocimiento oficial a través de los premios y honores que les otorgan, aunque se le sigue considerando “pintoras de afición”, como rezan en los catálogos de las mismas.

El panorama cultural para las mujeres variará a partir de la década de los veinte y treinta, sobre todo con la proclamación de la Segunda República, momento en el se obtuvieron mejoras legislativas, laborales y educativas, (concesión del voto, ley de divorcio), además de un desarrollo brillante de la cultura gracias también a mujeres que son fundamentales para entender la vanguardia, destacando nombres como Maruja Mallo, Ángeles Santos o Remedios Varo.

Durante el conflicto, la presencia de las mujeres en la esfera pública se diversificó y se intensificó, quedando todo el desarrollo mutilado con el estallido de la Guerra Civil y la necesidad de exiliarse, fundamentalmente a México, país que más transterrados recibió, y, por ende, al que más artistas llegaron y donde podemos destacar un amplio número de mujeres. Esta nueva situación modificará las circunstancias de algunas creadoras, determinando en muchos casos el final de sus trayectorias artísticas como será el caso de la valenciana Elisa Piqueras. Las necesidades económicas primarán por encima de las voluntades creadoras. Asimismo, pese a que ambos países en el plano político-social viven un momento parecido, en el panorama artístico vivirán tiempos diferentes.

De hecho en México a raíz de la Revolución mexicana, y sobre todo a partir de la segunda década del siglo XX, surgirá la llamada Escuela Mexicana de Pintura, cuyo máximo exponente será el muralismo. Un muralismo que a la vez estuvo representado casi en exclusividad por hombres, ya que de las mujeres que incursionaron en él, muy pocas pasaron de la colectividad o la obra colectiva a la obra individual² y casi siempre aparecen como colaboradoras o ayudantes. No obstante, investigaciones recientes arrojan luz sobre la actividad de mujeres en el muralismo destacando nombres que no han tenido aún el reconocimiento merecido.

En cualquier caso, tanto pintoras locales como extranjeras lograron empezar a desarrollar una carrera como artistas, paralelamente o

² Ana Lilia Dávila Jiménez, “¿Por qué las mujeres no se subieron a los andamios?”, en *Crónicas*, núm. 13, p. 70.

dentro de la Escuela Mexicana de Pintura, destacando en las primeras décadas del siglo XX nombres como Frida Khalo, María Izquierdo, Angelina Beloff, Rosa Rolanda, Lola Cueto o Olga Costa.

Los artistas exiliados, mujeres y hombres, que llegaron tras la Guerra Civil tuvieron que adaptarse a este contexto cultural, someramente explicado, del que ahora formarían parte.³ En líneas generales vamos a ver cómo la mayoría se dedican al diseño gráfico y la ilustración, campo en el que habían experimentado y avanzado de manera decisiva, sobre todo, durante el periodo bélico y donde en México lograron posicionarse y convertirse en los referentes del momento. Otros, aunque menos, se dedicaron a la realización de murales, debido como ya hemos señalado al dominio del muralismo en el panorama oficial, en el que no obstante los españoles no tenían experiencia. En este sentido podemos destacar a Elvira Gascón muy conocida, sobre todo, como ilustradora; Mary Martín, quien de 1954 a 1966, sería miembro del Taller de Gráfica Popular y trabajó como muralista al lado de Diego Rivera o Regina Raul, quien realizó en el Museo Nacional de Antropología el mural “La educación del niño en la época mexicana”.

De entre las creadoras que llegaron siendo artistas ya en España, podemos destacar a Manuela Ballester, Juana Francisca Rubio, Soledad Martínez, Elvira Gascón, Remedios Varo, Margarita de Frau o Elisa Piqueras. En cuanto a artistas de segunda generación podemos destacar a Josefina Ballester, Rosa Ballester, Mary Martín, Lucinda Urrusti, Marta Palau, Regina Raul, formadas todas en el país mexicano bajo la maestría de artistas exiliados o locales. Aunque, en líneas generales lo tuvieron más fácil, su origen español condiciona muchas veces su inclusión en obras sobre el arte contemporáneo de México.

A todas ellas hay que unir el nombre de dos artistas que llegaron años más tarde, como María Teresa Toral Peñaranda, quien llega en 1956, al terminar su cautiverio en distintas cárceles. Situación similar vive la pintora Julia Giménez Cacho, quien después de una intensa vida dedicada a su familia se iniciará en la pintura. Ambas, aunque llegan tarde a la creación artística, forman parte de la primera generación, aquellas que vivieron la guerra en primera persona y se comprometieron con ella.

Centrándonos en Julia Giménez Cacho, cuyo nombre original era Julia García Casado, nació en Madrid en 1921. De familia de clase media, republicana, su infancia estuvo marcada por una inusual li-

³ Patricia Quijano Ferrer, “Evolución histórica de la mujer en el arte público en México”, en *Crónicas*, núm. 13, p. 122.

bertad que le permitió vincularse al mundo intelectual, especialmente a través de su afición a la lectura.

Durante la Guerra Civil, en 1938, conoce a Luis Giménez Cacho, de quien más tarde tomaría el apellido. De clase social más pudiente, Luis también manifestó su apoyo a la República, a través de actuaciones visibles con su participación en el grupo teatral “La Barraca”. Aunque esta actividad dejó de funcionar en 1938, fue a través del teatro como Julia y Luis se conocieron, en el Instituto Obrero donde Julia realizaba sus estudios de bachillerato. Pero “su relación” empezó con el final de la guerra, con el sonido perpetuo de tiros, bombas y sobre todo, hambre.

Sobrevivieron al conflicto, y permanecieron en España pese que ambas familias habían participado de manera activa con la República. Julia estudió taquígrafa y mecanografía, trabajó como oficinista y modista. Luis estudió la carrera de Ingeniero en telecomunicaciones por imposición de su padre. A la par impartió clases particulares, trabajó en una pequeña empresa de cine sonoro y, finalizados los estudios, en la Dirección General de Protección de Vuelo en Otero del Rey, cerca de Lugo. Junto a Julia frecuentaron el Ateneo de Madrid.

A mediados de 1947, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, convocó becas para los Estados Unidos. Ambos vieron la oportunidad de salir de la asfixiante España. La beca le fue concedida. Aunque la salida no fue fácil, después de casarse y lograr solventar diversos escollos burocráticos, a finales de 1947 emprendieron el rumbo hacia Estados Unidos.⁴

La estancia duraría escasamente tres años, desde 1947 a 1950. Durante ese tiempo Julia se dedicó a distintas tareas, vivieron en varias ciudades e hicieron nuevos amigos, entre los que se encontraban un número importante de exiliados. A principios de 1949, Luis terminó sus estudios y la tesis de maestría, recibiendo meses después una oferta de trabajo de la mano de la firma M. Castellví Inc., para abrir oficina en México, abandonando así los estudios de doctorado⁵ y trasladándose a principios de 1950, al nuevo país. Meses más tarde lo haría Julia y ese mismo año nació su primer hijo Luis Emilio. Le siguieron cinco más: Julieta, Jimena, Carmen, Marisa y Daniel.

Su vida en México fue próspera, sobre todo en el plano profesional, donde Luis logró posicionarse en la industria mexicana a través de distintas empresas en las que se desempeñó como ingeniero (Indus-

⁴ Luis Giménez Cacho, *Dos vidas. Memorias de Luis Giménez Cacho*, texto inédito, pp. 22-32.

⁵ *Ibid.*, pp. 95-101.

tria Eléctrica de México, Aceros Ecatepec...etc) así como otras que él mismo puso en marcha.

En 1953, volverán por primera vez a España. A este primer viaje le seguirían muchos más. De hecho en 1960, el agotamiento profesional de Luis y una situación económica desahogada, les permitió regresar a España en calidad de turistas y para una larga estancia. En este viaje, en mayo de 1961, nacería en Madrid el hijo menor Daniel. Pocos meses después regresarían a México.

En la década de los sesenta tuvieron una fase espiritual, acercándose a la iglesia a través de los Cursillos de Cristiandad, que les llevó a ser dirigentes del mismo y a viajar por distintos países de América Latina y de Europa. La etapa que finalizó con el abandono en 1968, supuso un importante cambio para ambos.

Y así fue, como después de años dedicada a su familia y a sus hijos, con una vida profesional y familiar consolidada en 1974, se dio de forma casual lo que siempre había esperado, la pintura. A través de su contacto con su amiga y pintora Elvira Gascón, con quien llevaba a sus hijas a clases de esmalte en la Casa del Lago. Será la hija de la madrileña, Guadalupe Fernández Gascón, quien descubra un pequeño dibujo pintado por Julia Giménez, escondido tras un montón de papeles, que no dudó en enseñar a su madre y hacer sobre él valoraciones positivas.

Este pequeño elogio sirvió para cultivar y despertar en Julia su interés por la pintura, si bien su gusto por el arte lo había manifestado muchos antes a través del coleccionismo de obras. Empezó una etapa de exploración autodidacta, alejada de las academias. Encerrada en secreto, en la habitación o en el baño donde la nadie la veía pintar. Pintaba flores, mesitas, mercaditos...⁶

Más tarde, asistió a sus primeras clases con la artista Marcela Villaseñor, en la misma Casa del Lago. Abordó primero el dibujo y, a continuación, probó con el color.⁷ Apoyada sobre todo por sus hijos, empezó a asistir también a clases de diseño gráfico. Un año después, en 1976, por iniciativa de Mercedes Iturbide, por entonces directora del Salón de la Plástica Mexicana, se presentó al certamen “Nuevos valores 1976”. La mención honorífica recibida fue el inicio de su proyección pública que duraría hasta el fin de sus días.

⁶ Myriam Moscona, “El sentido lúdico de la vida. Entrevista con Julia Giménez Cacho”, en *La Jornada Semanal*, 11 de noviembre, 1990, p. 16.

⁷ Tununa Mercado, “Julia Giménez Cacho”, en *Vogue*, núm. 15, p. 108.

El reconocimiento le proporcionó la seguridad suficiente para confiar en ella y su pintura. La falta de formación, que entonces ya creyó necesaria y alentada por Raquel Tibol, le llevó a establecer amistad y relación con Gilberto Aceves Navarro en 1977, que la invitó a participar en una colectiva de sus alumnos, aunque ella aún no lo era. Un año después, en 1978, tomaría sus primeras clases, asistiendo al taller del grabado del Molino de Santo Domingo junto al maestro José “Lazcarro”. Este año tendría lugar su primera muestra individual promovida por Esther Echeverría en su Galería San Ángel, donde sería de nuevo invitada para participar en otra colectiva ese mismo año realizando tres individuales más en 1979, 1980 y 1996. Entre 1979 y 1980, asistirá al taller de dibujo de Aceves Navarro, en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de San Carlos y a su taller particular. Concluyendo su fase de formación con los estudios de escultura y cerámica con Gerda Gruber, en la Escuela Nacional de San Carlos, en 1980. A partir de los años noventa se instalará en Cuernavaca, asistiendo al taller de dibujo de figura humana del maestro Jacobo Alejo.

Estuvo presente en numerosas colectivas presentadas en distintas instituciones de la Ciudad de México, como la exposición-homenaje, realizada en el Museo de San Carlos sobre la emigración española (1979); con el grupo de Aceves Navarro, “Taller Aceves Navarro. 10 años, 13 pintores”, en el Auditorio Nacional (1980); “Tres artistas en Centro Cultural José Guadalupe Posadas”, en la Galería Chapultepec (1984); en el Centro Cultural Los Talleres (1986), por citar algunas. En 1989, participó en la exposición colectiva “50 Aniversario del Exilio Español (1939-1989)”, patrocinada por el Ateneo Español y realizada en Museo de San Carlos, lo que nos indica la idea de pertenencia y relación con el exilio republicano.

Dentro del elenco de muestras en las que participó destacan principalmente las que realizó de manera individual. A las ya mencionadas en la Galería San Ángel, le siguieron otras en distintas instituciones de la capital, siendo una de las más importantes la realizada en 1981 con el título “Mujeres”, y con más de cien telas entre óleos, dibujos y grabados. La muestra fue dedicada a Alaíde Foppa, a quien le volvería a rendir homenaje un año después, ya fallecida, en la Galería Sloane Racotta. Sólo seis años habían pasado desde que Julia se revelara como artista, presentándonos en esta muestra su temática más representativa y preocupación central en su obra. Mujeres, solo mujeres, solitarias o acompañadas, cargadoras de flores o pequeños animales o de niños, en diálogo o silenciosas, sosegadas, con rostros reveladores de inquietudes e intereses. Crecidas cabelleras negras, ojos almen-

drados y cuerpos matizados por grandes proporciones de manchas de colores. Manchas perceptibles en sus monotipos y la línea en sus dibujos. Un universo fantástico rodeando la figura de una atmósfera de ensueño, aunque sin mensajes aparentes.⁸

A ella le siguió la realizada en el Ateneo Español en agosto del mismo año, donde presentó grabados y acrílicos. En 1982 destaca la muestra homenaje a Alaíde Foppa, realizada en la Galería Sloane Raccotta y otra en el Centro Cultural de la SHCP. En 1983, estuvo presente en la Galería Los Talleres A.C., en Coyoacán; en 1986 en Rafael Matos Galería de Arte, en 1986, en la Rafael Martos, Galería de Arte. En 1991, bajo el título “Las mujeres son otras”, expuso en la Galería Kin. En 1996 lo hizo en la Galería El Ángel y en la Galería Arte de San Ángel, en 1998. Su presencia se extendería a distintos estados del país mexicano como San Miguel de Allende (1977), Jalisco (1980) o Toluca (1984).

Desde las primeras obras, se presenta la figura humana, punto de partida de la artista y de la que no puede prescindir, mujeres y hombres, y alrededor su universo. Un mundo que evoca lo mexicano pero también lo español. Espontánea, libre y creativa incluso “primitiva”, lejos de tendencias plásticas o escuelas, su espíritu joven le permitió atreverse con todo y probar con distintas técnicas como el grabado, el óleo, el dibujo, las tintas mixtas. Mujer de temperamento, llegó a poseer un gran dominio técnico, gracias a su empeño por hallar su propio lenguaje a fuerza de dibujar y pintar cualquier tipo de manifestación, hasta lograr descubrir su correcta expresión, lo que le imprimió una personalidad única, un lenguaje nostálgico, una pintura llena de sugerencias, evocaciones, una madurez artística que logró descubrir precozmente en su segunda muestra individual (1979), a partir de la cual la presencia de mujeres, su tema, se hizo presente y permanente.

Sus damas, sus jóvenes, sus madres, sus niñas, sus viudas, sus amas de casa, su pintura se transformó en ella misma. A través de las mujeres misteriosas, sorprendidas, indefensas, inmóviles, perpetuas, fantasmas, alegres o ingenuas, de luto o de fiesta, camino a la muerte, logró interpretar el mundo de otra manera y mostrar “las distintas capas de misterio, soledad y deseo que constituyen la condición femenina”.⁹ No llegó a pertenecer a ningún grupo feminista, pero sí se sintió identificada y comprometida con la lucha de reconocimiento del papel de la mujer en la sociedad.

⁸ *Pasaporte 2000*, núm. 16, marzo de 1981, p. 13.

⁹ “RM en la joven pintura mexicana. Julia Giménez Cacho”, en *Revista RM*, vol. XIV, núm. 6, p. 69.

Con ellas y su pintura, aprendió a hablar, a manifestar la percepción de su universo interior pero también exterior y siempre desde la emotividad. Su trabajo siempre fue fresco, espontáneo y auténtico. Sin reflexionarlo, sus mujeres fueron fluyendo, intuición pura, las mujeres siempre salían, indefinidamente volvían, sin embargo nunca tuvo explicación para ellas, donde tuvo mucha influencia su propia experiencia como ama de casa, su madre a quien recordaba como la fuerte de la familia, la que se preocupaba por los hijos por la casa...

A la sazón de la pintura, su condición de mujer tradicional, se transformó en muchas otras mujeres, o una sola multiplicada, con cuerpos inmóviles o retraídos, distantes o cómplices, cerca del encuentro o de la salvación, en espera, con ojos inquietantes, rostros apenas insinuantes, llamando o gritando, testigos de una historia, de su historia, aprendiendo a valorarse y a valorarlas como ella misma sentenciaba “[...] al descubrirme como pintora, descubrí a las mujeres y las posibilidades que ellas tienen”¹⁰ justificando asimismo la ausencia en su obra del hombre por la falta de apoyo a las mujeres en sus deseos “tal vez por esto es por lo que no aparecen los hombres en mis cuadros, porque aún no se siente un apoyo total de parte de ellos”.¹¹

Y así fue como a través de sus lienzos empezó a explorarlas y con el conocimiento de la técnica y la necesidad de crecer, sus mujeres también evolucionaron. Dentro de la primera etapa las observamos más incautas, más melancólicas, menos subversivas.

Desde finales de los años ochenta, su pintura se volvió más violenta, con trazos duros, rebeldes, sus rostros se envejecieron, sus cuerpos perdieron sus límites, la dulzura melancólica se transformó en un misterio inquietante, acentuando la influencia del expresionismo alemán, pero sin olvidar la tradición española a través de Goya. Por ello, su obra aunque parezca monótona, siempre estuvo en continuo cambio. Ella misma insistía “hay quien dice que la obsesión es la que hace a los artistas”,¹² razonando el por qué de su obstinación, que no fue más que una continua reivindicación de la figura femenina y esa necesidad inconsciente de representar como era ella antes de la pintura y su reafirmación de mujer y de artista.

Incansable Julia, sus mujeres siguieron desplegándose hasta difuminar sus contornos y convertirlas casi en abstractas. Así realizó las últimas obras, un salto cualitativo y evolutivo hacia pincelas todavía

¹⁰ Mercedes García Ocejo, “A propósito de...Julia Giménez Cacho y la valoración de la Mujer”, en *Novedades*, 19 de marzo, 1982.

¹¹ *Ibid.*

¹² Luis Enrique Ramírez, *El Financiero*, 11 de septiembre, 1991, p. 55.

más libres, con ausencia de líneas, de contornos, con menos detalles y más sugerencias.

Pero sus mujeres no están solas, aunque se encuentren espiritualmente solitarias, aparecen los paisajes, gallos, pájaros, flores, alejados de la representación febril y realista para acercarse a la existencia aparente, sugerida o misteriosa, explosión de color que a veces ahoga, a veces mengua o hace noble a sus mujeres.

Destacó también su obra por el dominio del color, por el que manifestó tener un sentido innato. Le encantaba el negro, porque aseguraba que en el negro estaba España y el colorido en México. El negro le recordaba a las mujeres de España, sobre todo de pueblo, que iban ataviadas de negro de arriba abajo, y en homenaje a ellas realizó la muestra en la galería Los Talleres, bajo el título “Las de mi pueblo” (1983). En cuanto al rojo, lo identificaba con la sangre, con los toros; le fascinaba el morado y el verde, aunque en sus mujeres podían aparecer todos.

A través de Luz del Amo, Directora del Instituto de México en España, se le propuso a Julia en el año 2000, realizar en Madrid, la que se convertiría en su última exposición individual y la primera sin la pintora, titulada “Siempre mujeres”. Era una de sus máximas ilusiones exponer en su Madrid, volver a su tierra convertida en artista de reputación y éxito. Su último cuadro le sorprendió por la oscuridad de los colores. Su paleta se apagó y con ella se fue Julia. Sólo llegaron sus pinturas. El 1º de julio, un ataque al corazón la paralizó y aunque quiso sobrevivir, no tuvo más tiempo que para despedirse de aquellos a los que entregó su vida: su familia. Falleció el 5 de julio en la Ciudad de México, convirtiéndose la exposición en su ciudad natal en homenaje.

Nunca buscó el éxito como artista, pero si el reconocimiento ecuánime a su obra. Pintó mucho y velozmente, aunque muchas veces creyó que sus obras no estaban suficientemente elaboradas. Exploró los caminos del arte, con el entusiasmo y la energía que siempre le caracterizaron, hasta encontrar el suyo sin saber nunca si aún faltaba alguna etapa más, si todavía estaba empezando o su obra era ya una síntesis de su vida.

Consiguió el triunfo que nunca buscó y su mayor victoria siempre fue ser ella misma, Julia García Casado. Su obra contuvo sus búsquedas, sus anhelos, sus logros, sus pensamientos, sus dudas, sus sentimientos y en definitiva su esencia. Desde sus 50 años pudo ser madre, esposa y pintora a la vez. Cumplió con todo, con todos y con ella misma. Su talento permanece visible en sus hijos quienes en sus

distintas disciplinas artísticas dilatan el legado de su madre. También, su memoria ha quedado relatada a través del libro “Dos vidas. Memorias de Luis Giménez Cacho” que escribió su marido a su muerte. Por eso hoy, Julia Giménez Cacho sigue en sus lienzos, ha permanecido y ha persistido como sus mujeres o mejor dicho nuestras mujeres, pues siempre nos pertenecieron a todas.

EL EXILIO DE RAMÓN GAYA EN MÉXICO

Laura Mariateresa Durante*

Resumen

El pintor, ensayista y poeta murciano Ramón Gaya llegó a México con el mítico barco *Sinaia* en 1939 y desde aquel entonces hasta 1956 vivió en tierra mexicana con solo un paréntesis en Europa en 1952-1953. Es bien conocido como aquellos años de vida mexicana fueron para el exiliado español muy duros sobre todo a raíz de la muerte de su primera mujer por un bombardeo en 1939 y del abandono forzoso de su única hija Alicia en Europa. Nuestro objetivo es valorar el lugar que México tuvo en la vida y en la obra polifacética de Gaya.

Palabras clave

Ramón Gaya, Exilio, México, Pintura, Integración, Diego Rivera.

*Siempre me ha parecido que la época de México,
a pesar de que fuera para él muy amarga, sin embargo
fue la época donde se encontró a sí mismo.*

TOMÁS SEGOVIA

Mucho se ha estudiado y se ha dicho sobre el exilio republicano español en México. Lo que es evidente es la generosidad del gobierno de Lázaro Cárdenas y las circunstancias peculiares de cada exiliado español en tierra mexicana. Sabemos que fueron muchos los que en esta maravillosa tierra no quisieron deshacer la maleta esperando el final de la Segunda Guerra Mundial y la anhelada derrota de Franco, mientras que otros se aclimataron y transcurrieron su vida en México o en tierras americanas, y, en el caso de los intelectuales, desarrollaron su mejor pensamiento. También hay casos de exiliados que nunca declararon tener la esperanza de volver a España pero tampoco consiguieron enraizarse verdaderamente en tierra mexicana, como la pensadora María Zambrano y el pintor y ensayista Ramón Gaya, posiblemente haya más pero, como hemos trabajado sobre la obra de ambos, nos ceñiremos a ellos. Ambos autores revelan ya desde el año 1939,

* Universidad de Nápoles Federico II.

en que llegan a México, un rechazo, no tanto hacia la tierra que los acogió como hacia las circunstancias vitales en que se vieron atrapados y que, a pesar de las obras realizadas en estos primeros años de destierro, se convirtió en una profunda amargura. Sobre el exilio de Zambrano trabajamos hace años,¹ pero aquí queremos detenernos en Ramón Gaya, en su destierro mexicano y en las obras que brotaron en estos 14 años de exilio. Volveremos, pues, a recorrer los pasos de este pintor y escritor con menos renombre que otros exiliados. Es sabido que Gaya llegó a México en el mítico barco *Sinaia* el día 13 de junio de 1939 y que se quedó en la capital hasta el año 1952, después de lo cual estuvo viajando por Europa durante un año. En 1953 volvió a México, en donde se quedó hasta 1956, antes de volver definitivamente a su “tierra de la pintura”, Italia, más concretamente a Venecia. Sobre estos largos años mexicanos de Gaya queremos detenernos para analizar los frutos quizá menos destacados pero no menos relevantes de su actividad no sólo como pintor sino también como ensayista y poeta, ya que en ellos maduró su talento no sólo pictórico sino ensayístico y sobre todo poético, como luego veremos. Los años mexicanos son efectivamente los de la madurez del autor, ya que este llegó a México a los 29 años y se marchó definitivamente de allí a los 46, como bien ha señalado Valeriano Bozal, que escribe sobre el periodo mexicano: “La pintura de Ramón Gaya tiene a partir de los cincuenta una coherente y decidida evolución”.²

A pesar de lo dicho sobre este periodo lo que a menudo aflora son las declaraciones descorazonadoras del mismo Gaya confesando sus dificultades:

Mi vida en México fue dura. Yo estaba destrozado por la reciente muerte de mi mujer en un bombardeo, en los últimos días de la guerra, y estuve casi un año sin pintar nada. Fueron mis amigos, entre ellos Juan Gil-Albert, quienes me empujaron a pintar para salir adelante. Así lo hice, y en efecto se produjo un cambio.³

En relación a los años que vivió en México, Gaya subraya la cercanía de unos pocos amigos que le rodearon con cariño y que llegaron

¹ Laura Mariateresa Durante, “El primer exilio de María Zambrano: la búsqueda de la soledad”, en Manuel Aznar Soler [ed.], *Actas del III Congreso Internacional de Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, 17-21 de noviembre, 2003, Barcelona/Sevilla, Renacimiento, 2006, pp.59-66.

² Valeriano Bozal, *Arte del siglo XX en España*, Madrid, Espasa Calpe, 1995, pp. 114-117.

³ Salvador Domínguez, “Entrevista a Ramón Gaya. Confesiones de un autodidacta”, en *Qui-mera*, 1989.

a crear lo que Tomás Segovia llamó “un exilio dentro del exilio”.⁴ Un grupito de exiliados españoles del que formaban parte Luis Cernuda, María Zambrano, el citado Juan Gil-Albert, Concha de Albornoz, Soledad Martínez, Esteban Marco y el entonces joven Tomás Segovia, que vivieron esos años al margen del exilio oficial y a los que se unieron algunos amigos mexicanos, como el músico Salvador Moreno y el crítico Xavier Villaurrutia. En esos años Gaya sólo expuso sus obras dos veces, en mayo de 1943 –en el local de Marco y Rodríguez– y en junio de 1950 –en el Ateneo Español de México– también debido a las hostilidades que el pintor encontró no sólo entre los exiliados españoles, sino también en el ambiente cultural mexicano. El tema aparece muchas veces,⁵ pues parece que a raíz de una crítica de Gaya publicada en *Letras de México* en que el pintor declaró su preferencia por Orozco, más interesante a sus ojos que Rivera, se desencadenó la reacción de este último. Tal reseña produjo, según Gaya, una guerra mediática contra él.

Ante este panorama –afirma– lo que terminé haciendo fue meterme en casa a pintar. Además sólo hice dos exposiciones, una de ellas a puerta cerrada. Esto pude hacerlo gracias a unos cuantos clientes que se quedaban una parte de lo que hacía. Por eso cuando me vine había bastantes cosas mías en México [...]. Aparte de esto, y me gustaría dejarlo bien claro, siento por México una enorme gratitud. Tras el incidente con Diego Rivera, los propios mexicanos, sobre todo los escritores, sintieron la necesidad de darme un banquete de desagravio. México fue el país que nos abrió las puertas cuando prácticamente no teníamos dónde ir. En él viví catorce años, y esto no se puede olvidar.⁶

Palabras estas que subrayan las dichas en 1943: “Sólo un analfabetismo mental pudo equivocarlo todo al extremo de recordarme la generosidad del suelo mexicano para un buen trozo de España, sin comprender que mi mayor forma de agradecimiento al país que supo abrir las puertas a lo que quedaba de una magnífica derrota, ha sido el no sentirme extranjero, no adulándolo, y entregándole sin reserva alguna, es decir, noblemente, lo que al otro lado del mar había sido

⁴ Tomás Segovia, “Ramón Gaya. Años de exilio”, en *Resistencia*, México, Ediciones sin nombre, 2000, pp. 140-149.

⁵ Salvador Moreno, “Desde México, en torno a Ramón Gaya”, en VV.AA., *Homenaje a Ramón Gaya*, Murcia, Editora regional de Murcia, 1980, pp. 87-92.

⁶ Domínguez, *op. cit.*

más estimado en mí”.⁷ Está claro que los años mexicanos fueron para el exiliado Gaya dolorosos y difíciles debido a las circunstancias vitales que arrastraba desde España y por su forma de ver la pintura –figurativa y clásica–, diferente a la de los muralistas. Pese a todo, en estos años de trabajo tenaz y constante, Gaya consiguió un estilo propio y su pintura alcanzó una gran madurez. Si es cierto que al inicio de su periplo vital en México le costó ponerse a pintar, también lo es que, una vez que empezó, no pudo dejar de hacerlo, asíéndose a lo único que realmente poseía, a su trabajo como pintor. Precisamente de 1940 es el siguiente fragmento, sintomático:

No, no venimos a ser felices. Y cuando una política o una amante hablen de ofrecernos la felicidad, desconfiemos mucho de una y otra. [...] Nada, pues, salvo el deber, nos pertenece de veras. Cuando nos asalte la soledad, el desengaño, el dolor, aferrémonos a ese deber, a ese deber que nada ni nadie puede quitarnos, amparémonos en eso que es nuestro y muy nuestro.⁸

Ese “deber” lo atestiguan los innumerables guaches y pinturas⁹ de aquella larga temporada. Es necesario, pues, que nos centremos en la pintura mexicana, que es la que incluye ya los renombrados “Homenajes”. A nuestro parecer, es evidente que la pintura mexicana de Gaya se caracteriza por una luz especial, como apagada, una luz que en lugar de ser la del brillante sol de México parece de bombilla, de lugar cerrado, de habitación de pensión. Es precisamente la que encontramos en una de las primeras y más reveladoras pinturas y, por lo mismo, más entristecedora: *La cinta*, pintada en 1940 por Gaya, recién llegado a Ciudad de México. Los elementos de esta peculiar naturaleza muerta rozan la esencialidad: una cinta, una rosa marchita, un vaso y una taza, quedan en el suelo de madera. Todos estos elementos tan sencillos parecen impregnados de un indudable abandono mientras que la pintura está marcada por el olvido y el silencio. Pero

⁷ Ramón Gaya, “Palabras de circunstancia, I y II”, en *Obra Completa II*, Valencia, Pre-textos, 1992, pp. 193-198.

⁸ Gaya, *op. cit.* pp.161-165.

⁹ Además de las pinturas, que fueron muchísimas, no podemos olvidar el trabajo de Gaya como ilustrador para la portada de los libros de las editoriales mexicanas. Entre otras recordamos: *Pensamiento y poesía en la vida española*, de María Zambrano, y *Capítulos de Literatura Española*, de Alfonso Reyes, ambos publicados por La Casa de España. Éste es el lugar adecuado para recordar también el trabajo textual y como ilustrador que Gaya hizo para la producción del calendario de Mazapanes Toledo (México) desde el año 1952 hasta el año 1954 con los calendarios *Balcón Español* (1952), *Milagro Español* (1953), *Cuaderno de Viaje* (1953) y, *Recinto Español* (1954).

aquí no se trata del silencio del que Gaya escribirá en *El sentimiento de la pintura*, el silencio que impregna *Las Cortesanas* de Carpaccio –pintura enormemente atractiva para nuestro autor–, o sea, del silencio que intentará infundir en los “Homenajes”, sino de un silencio de muerte. Esto es lo que siente quien contempla *La cinta* y muchas de las obras de Gaya de este primer periodo: abandono, tristeza, angustia. Podemos afirmar que durante estos años la pintura de Gaya seguirá careciendo de luminosidad y de color y que este lienzo revela más que otros –posiblemente junto a *La Lámpara* (1955) pero de otra manera– el ánimo de Gaya. Al hablar de falta de luminosidad nos referimos también a los guaches y a las acuarelas de Chapultepec, como son *En el lago de Chapultepec* (1949), *El embarcadero de Chapultepec* (1947) *Agua y Matorral. Chapultepec* (1948), sin olvidar los de Cuernavaca –*La balsa en Cuernavaca* (1948) y *Cuernavaca al amanecer* (1950)– en que los elementos del paisaje parecen inmersos en una luz verdosa como la de un sueño o de una pesadilla. Probablemente la pesadilla de la que el pintor intentaba salir. Es esa misma luminosidad escasa de los retratos que en estos años Ramón Gaya pinta para sus amigos, el *Retrato de Salvador Moreno* (1943), el *Retrato de Tomás Segovia* (1949) y además el revelador *Autorretrato* de 1942 en el que, quizá por primera vez, el pintor dibuja sus facciones y que supone el inicio de una larga serie de autorretratos que llegarán hasta los años noventa. Aunque el encanto de estas pinturas es indudable, llama la atención que todas parecen haber sido realizadas en la oscuridad. La luz que se revela es la de un mundo donde el sol mexicano no aparecía sino raras veces. *Las Tazas* (1948), *La mesa* y *El estudio de Salvador* (1950), no escapan a este ambiente sin luz en el que hasta los objetos cotidianos como son una mesa y unas tazas quedan asfixiados. Tal vez sólo *La Lámpara*, que ya es de 1955, o sea, que fue pintada por Gaya después del primer viaje a Europa, parece adquirir una luz diferente, más íntima. Este óleo, que retrata la pequeña habitación de Gaya vista a través de un espejo, con la cama deshecha, la mesilla de noche y una lámpara que difunde una luz dorada, a pesar de recordar a *La cinta* de 1940 por la soledad que transmite, se aleja mucho de las obras que la preceden. La luz cálida de la lámpara que aparece retratada en el poema del mismo periodo mexicano, tanto por la luz en sí como por el marco del espejo y la base de la lámpara, de color rojo, contribuye a ofrecer una imagen diferente de su exilio americano. Empieza a asomar una visión más positiva de la vida. Y esta visión es la que seguramente surge a principios de la década de los cuarenta en las obras de Gaya, o sea, en los “Homenajes”, los cua-

les nacen precisamente en estos años en México, como él mismo declara: “seguramente, es en el cuarenta y tantos, ya en México, cuando empiezo a plantearme el tema de los homenajes”.¹⁰ Sobre este tema se ha escrito mucho, por lo que, además de subrayar que nacieron en México, se hace necesario explicar que el surgimiento de este género se debe a la nostalgia, sufrida por el autor, de las pinturas clásicas.

Porque al estar en México, [...]. No podía ver un Velázquez, no podía ver un Greco, ni siquiera podía ver un Corot. Así que empecé a rodearme de libros y reproducciones de los pintores que a mí me interesaban más [...]. Muchas veces tenía sobre una mesa o sobre una cómoda lo que Concha de Albornoz llamaba “tus altarcitos”: una de estas reproducciones puestas en pie contra la pared, unas veces en negro, otras en color, y alrededor de esa reproducción había una copa, a veces con flores, unos libros, un paño de terciopelo, por ejemplo, que me evocaba la pintura de Tiziano. Creo que el primer homenaje que hice fue a Tiziano.¹¹

Gaya subraya cómo estas pinturas pasaron de ser algo espontáneo a tener un propósito más deliberado.¹² Homenajes que, sin embargo, difieren mucho de las naturalezas muertas, como insistió Gaya¹³ y como supo ver con perspicacia su amiga Laurette Sejourné, que las definió “naturaleza ardiente”.¹⁴

En este recorrido de los años del exilio mexicano de Gaya no podemos olvidar los ensayos que nuestro autor publicó, ya que, a pesar de ser pocos respecto a los publicados durante la Guerra Civil, como ya observamos,¹⁵ son considerables por el interés que tienen pues

¹⁰ Ramón Gaya, *Ramón Gaya de viva voz, Entrevistas (1977-1998)*, Valencia, Pre-Textos, 2007, p.234.

¹¹ *Ibid.*, pp. 234-235.

¹² “Con un propósito más deliberado, aunque seguían formándose esos “altarcitos” de una manera natural, porque yo iba cambiando de reproducciones cuando me cansaba de verlas. Después de Tiziano ponía un Velázquez, o un Rembrandt, a estos también les hice homenajes.” Ramón Gaya, *op. cit.*, p.235-236.

¹³ “Sí, pero ¡ojó!, aunque suelen llamarse “naturalezas muertas”, yo no las veo así”, *ibid.*, p. 236.

¹⁴ Laurette Sejourné, “Ramón Gaya”, en *Las Españas*, 29 de mayo de 1951.

¹⁵ En Laura Mariateresa Durante, *Ramón Gaya. El exilio de un creador*, Roma, Nuova Cultura, 2013, ya señalamos la patente diferencia entre el número de artículos publicados en los tres años de la contienda española respecto a los que Gaya llega a publicar durante el destierro en México. En los 13 años de exilio mexicano –desde 1939 hasta 1956– fueron publicados alrededor de 30 artículos respecto a los 21 publicados desde agosto de 1936 hasta octubre de 1938. Probablemente tenga que ver con el rechazo por parte del ambiente intelectual de México, del que ya hemos hablado, en parte con la depresión en que Gaya había caído en los primeros años mexicanos, por la muerte de su mujer y la lejanía de su hija, a la que había dejado en Europa al cuidado del matrimonio Hall.

en ellos empieza a tomar cuerpo su “metafísica de la pintura”, como la definió Juan Gil-Albert. La presencia de Gaya en las revistas del exilio se hace patente ya en el *Sinaia*, en donde el pintor publica un solo artículo: “La pintura mexicana (lo que sé de vosotros)”.¹⁶ De este tema se había ya ocupado en 1937 en *Hora de España* y volverá a tratarlo en los artículos “Divagaciones de un pintor. Introducción a la pintura mexicana” en *Romance*,¹⁷ en “Un siglo del retrato en México” en *Letras de México*¹⁸ y finalmente en “El grabador Posada” en *El hijo pródigo*.¹⁹ Y precisamente estos últimos dos artículos son los que, según el mismo Gaya,²⁰ contribuyeron a acrecentar la antipatía del ambiente cultural mexicano hacia el pintor de Murcia.

Desde su llegada a México hasta el año 1952 Gaya publicará en las mejores revistas americanas: *Artes plásticas*,²¹ *Taller*,²² *De mar a*

¹⁶ Ramón Gaya, “La pintura mexicana: Lo que sé de vosotros”, en *Sinaia*, núm. 1, 12 de junio, 1939, pp.41 y 42.

¹⁷ Además del artículo publicado en el núm. 3 de 1º de marzo de 1940, en *Romance* Gaya publicó en *Romance* “Divagación en torno al surrealismo” en el núm. 2, 11 de febrero de 1940, “El extremoso deber del artista”, núm. 4, 15 de marzo 1940, “Contestación a la encuesta de *Romance*”, núm. 5, 1º de abril de 1940, “Divagaciones de un pintor. Antonio Rodríguez Luna”, núm. 8, 15 de mayo de 1940, “*Vía Crucis*”, núm. 9, 1º de junio de 1940, “Pequeñas anotaciones sobre pintura, crítica, fotografía y poesía”, núm. 10, 15 de junio de 1940, “Divagaciones de un pintor. Exposición de grabados clásicos”, núm. 13, 1º de agosto de 1940, “Nuevas anotaciones”, núm. 16, 1º de septiembre de 1940,

¹⁸ En *Letras de México* el nombre de Gaya aparece también en “Españoles de tres mundos de Juan Ramón Jiménez”, núm. 24, 15 de diciembre de 1942, “Palabras de Ramón Gaya”, núm. 6, 15 de junio de 1943.

¹⁹ El artículo sobre Posada apareció en el primer número –15 de abril de 1943– de la revista, en el que se publicaron también: “Homenaje a Velázquez”, núm. 19, 15 de octubre de 1945, “Diario de un pintor: Un ademán, el aire; Asistimos estamos; Aquí está con nosotros”, núm. 41, 15 de agosto de 1946.

²⁰ “Todo arranca –explicó Gaya en 1992– de una reseña que publiqué en *Letras de México* sobre una exposición de retratos pintados por artistas mexicanos. En ella decía que el presentado por Rivera era muy hábil –como suele ser siempre lo suyo– pero nada más. En cambio, me extendí mucho –aunque es un tipo de pintura que no me interesa– con un retrato de una señora, muy expresivo y fuerte, que presentaba José Clemente Orozco –siempre muy superior a Rivera–. Poco después, Xavier Villaurutia y Octavio Barrera me pidieron, para su revista *El hijo Pródigo*, un artículo sobre Posada, un grabador del siglo XIX al que los muralistas mexicanos habían tomado como antecedente. Rivera, en pleno delirio, había llegado a decir que sus grabados eran superiores a los de Goya. Fue ingenuidad mía contestar –aunque muy respetuosamente– a esa tontería. En realidad los grabados de Posada eran como unas aleluyas, encantadoras, eso sí. Entonces Rivera aprovechó la ocasión y orquestó una campaña en contra mía. Eso es todo”. Ramón Gaya, *op. cit.*, p. 334.

²¹ “Pequeña divagación a la vista de cinco maravillosas obras del Renacimiento”, núm. 2, 1939.

²² “Pintura francesa contemporánea”, núm. 5, octubre de 1939; “Sonetos de un diario: A una verdad; Al silencio; Al sufrimiento; A Dios; A la lámpara; A mis amigos”, núm. 7, diciembre de 1939; “Desmaño y justeza de Mariano Orgaz”, núms. 8-9, febrero de 1940; “El Señor Domenchina”, núm. 10, marzo-abril de 1940.

mar (Buenos Aires),²³ *El Universal*,²⁴ *Litoral*,²⁵ *Las Españas*,²⁶ *Creación y Crítica*²⁷ y *Cuadernos Americanos*.²⁸ Dejando a un lado los poemas que analizaremos más abajo y las críticas de arte y de literatura, deseamos detenernos aquí un poco más sobre los ensayos “Homenaje a Velázquez”, publicado en *El Hijo Pródigo* (19, 15 de octubre de 1945), “Diario de un pintor: Portalón de par en par”, en el número monográfico que *Las Españas* (5, 29 de julio de 1947) que dedicó al Quijote y, por último, “El silencio del arte”, que apareció en la revista *Cuadernos Americanos* (LV, 1, enero-febrero 1951). Estos ensayos, confirman a nuestro parecer el trabajo de meditación y aclaración sobre la pintura que llegará a destacar en las publicaciones venideras pero que ya es evidente en los escritos mexicanos. Y de hecho los tres artículos volverán a publicarse al cabo de unos años en Europa, en 1960, en el librito titulado *Il sentimento della pittura*,²⁹ publicado antes en Roma en los “Quaderni di Pensiero e di Poesia” editados por Elena Croce y María Zambrano y poco después en la edición española, *El sentimiento de la pintura*.³⁰ El interés de “Homenaje a Velázquez”, que apareció en 1945, “Portalón de par en par”, de 1947, y “El silencio del arte”, que, aunque se publicó en 1951, probablemente esté basado en una conferencia sobre *La desesperación en el arte* que Gaya impartió en el Ateneo Español en el año 1949, reside en que en todos ellos aparecen los temas clásicos del pensamiento gayesco. Los ensayos contienen ya los temas de la reflexión madura del pintor. Sólo leyendo su “Homenaje a Velázquez” nos damos cuenta de que ya en 1945 Gaya tenía bien claro lo que era para él un modelo indudable, o sea Velázquez, y como la pintura, mejor la Pintura, tiene muy poco en común con la cultura. “El arte hace retroceder al hombre —escribe Gaya—, retroceder hasta sí solo, hasta el hombre solo; por eso el arte es lo contrario de lo que viene a ser la cultura. La cultura avanza al hombre, pero

²³ “Poemas de un diario. Tiempo; Tarde (I); Tarde (II); Tarde (III); Al destino”, II, núm. 6, mayo de 1943.

²⁴ “Anotaciones: Mozart”, 6 de agosto de 1944.

²⁵ “Diario de un pintor: Anotaciones”, núm. 2, septiembre de 1944.

²⁶ “Diario de un pintor: Portalón de par en par”, núm. 5, 29 de julio de 1947; “Homenaje a Mariano Orgaz”, núm. 12, 29 de abril de 1949; “Carta a una amiga sobre *Animal de fondo*, de Juan Ramón Jiménez”, núm. 14, 29 de febrero de 1950.

²⁷ “Diario de un pintor. Vuelto hacia sí; La casa de Dios; Epitalamio; Tarde”, núm. 1, 1948.

²⁸ “El silencio del arte”, LV, núm. 1, enero-febrero 1951.

²⁹ Ramón Gaya, *Il sentimento della pittura* (traducción de Leonardo Cammarano), col. Quaderni di Pensiero e di Poesia, Roma, De Luca editore, 1960. Además tengo el gusto de anunciar aquí que dentro de unos meses se publicará una nueva edición italiana de *Il sentimento della pittura*, ed. y trad. de Laura Mariateresa Durante, CHIETI, Solfanelli Editore, 2015.

³⁰ Ramón Gaya, *El sentimiento de la pintura*, Madrid, Arión, 1960.

avanzarlo es también, claro está, alejarlo de su esencia”.³¹ En estas esclarecedoras palabras podemos vislumbrar cómo en la década de los cuarenta Gaya daba vueltas al tema de la naturaleza o, mejor, al tema de la naturalidad de la pintura, hasta a llegar a separar lo que es arte de lo que es cultura y a fijarse en esa ausencia de corporeidad –“existencia cóncava” la llama– que finalmente se concretiza en el ensayo de 1947 “Portalón de par en par”. Esa forma cóncava y desnuda que será la cifra de su ideal de pintura y que llegará a imponerse en sus escritos más conocidos. En estos años de soledad meditativa Gaya llega a través de una criba, a decir lo que no es pintura y a aclarar lo que significa la pintura de verdad, la que surge al margen de cualquier contexto social o histórico. Llega así en estos años el núcleo de su meditación sobre estética: distingue entre el arte, en el que incluye el arte de Miguel Ángel, Rafael y Leonardo, y el gran arte, que sólo hay que “*escucharlo y cumplirlo*”. En “El silencio del arte” escribe: “El gran arte no es nunca un problema, sino un destino; por eso se arrima tanto a la ignorancia abierta y huye del saber cerrado”.³² Y con esas hermosas palabras no sólo nos entrega una de las más sugerentes definiciones del arte sino que empieza a esbozar lo que es para él un artista grande, como lo son, a su parecer, el ya citado Velázquez y Tiziano. Artistas, pintores en que la pasión ha podido callarse en favor del silencio, que representa la esencia del verdadero arte, del arte grande. El camino de la desesperación en el arte resulta ser erróneo porque el verdadero arte, el grande, quema las pasiones, las convierte en cenizas. “A los grandes expresivos les faltó silencio; [...] Las obras supremas, en cambio, son obras completamente calladas, limpias”.³³ Así termina el ensayo de 1951 y podemos sin duda darnos cuenta de que ahí tenemos en ciernes el pensamiento que toma cuerpo en “Sentimiento de la pintura”, de 1959, en donde la imagen de la duplicidad del arte, de los “brazos de agua grande” que simbolizan las dos direcciones del arte, es central y ya está formada.

En un jugoso ensayo sobre la pintura de Gaya, Octavio Paz anotaba: “Si su pintura no está contaminada por las ideas, ¿lo estará, acaso, por los sentimientos? En apariencia nada menos sentimental, menos emotivo, que la pintura de Gaya. [...] Ni sentimientos ni sensaciones invaden la atmósfera cerrada de sus cuadros; su corazón no

³¹ Ramón Gaya, “Homenaje a Velázquez”, en *Obra completa* I, Valencia, Pre-textos, 1990, p. 51.

³² Gaya, *op. cit.*, p. 68.

³³ *Ibid.*, p. 86.

hace temblar su pulso tranquilo y exacto”.³⁴ Y efectivamente, si hay algo cierto en la pintura de Gaya es la falta de sentimientos y de rasgos biográficos, lo cual se hace patente desde las pinturas de los años mexicanos hasta los lienzos de los últimos años. Y no podía ser de otra manera ya que, según Gaya, la verdadera pintura —el arte grande— se enraíza en el silencio de las pasiones. Sin embargo, si tanto en la pintura como en los ensayos no hay ni rastro de emotividad —y si la hay está muy oculta—, ésta emerge indudablemente en la producción poética de Ramón Gaya, que es escasa respecto a la ensayística, pero no menos interesante. No sólo porque nos complementa la obra pictórica y ensayística, sino también y sobre todo porque nos permite entrar directamente en la vida y el alma de nuestro autor, que nos confiesa sus emociones y sentimientos más íntimos y doloridos. Para empezar hay que subrayar que los poemas no representan un corpus único y homogéneo. Dijimos en su momento³⁵ que, a nuestro parecer, la producción lírica de Gaya puede dividirse en tres grandes apartados, pero ahora nos parece pertinente señalar otro más, aunque tal vez sea menos significativo. Este último abarca los poemas de juventud, quizá de menor enjundia, mientras que los otros apartados, a nuestro juicio más ricos, son los siguientes: el que abarca la producción poética del conflicto civil, los poemas del exilio mexicano, en los que nos detendremos aquí y, por último, los poemas de la madurez, que Gaya dedica a la pintura y que se podría decir que enriquecen el pensamiento de Gaya sobre arte. Nuestro objetivo, no obstante, es centrarnos en el apartado de poemas que Gaya escribe en los años que van desde el final de 1939 hasta 1956 y que destacan claramente por encima de los otros. Lo que los hace tan peculiares es indudablemente la intimidad que comunican, ya que los poemas que surgen después de marcharse de España parecen salir de un lugar más profundo, de un lugar de soledad absoluta. Centraremos el tema de nuestro análisis. Estamos hablando de unos poemas publicados en revistas, como son “Poemas de un diario. Tiempo; Tarde(I); Tarde (II); Tarde (III); Al destino”;³⁶ “Diario de un pintor: Un ademán, el aire; Asistimos estamos; Aquí está con nosotros”,³⁷ núm. 41, 15 de agosto de 1946;

³⁴ Octavio Paz, “Realismo y poesía”, en Catálogo *Ramón Gaya en México 1939-1956*, Murcia, 9 de octubre-10 de diciembre, 1996, Murcia, Museo Ramón Gaya. El artículo de Paz apareció en Octavio Paz, *Primeras letras*.

³⁵ Durante, *op. cit.*, p. 88.

³⁶ Publicados en *De Mar a Mar*, vol. II, núm. 6, Buenos Aires, mayo de 1943.

³⁷ Publicados en *El Hijo Pródigo*, núm. 41, 15 de agosto, 1946.

“Diario de un pintor. Vuelto hacia sí; La casa de Dios; Epitalamio; Tarde”.³⁸ A éstos añadimos unos poemas inéditos hasta el año 2010:³⁹ “Nana del olvido”, fechada en México en agosto de 1939, “Pequeña piedra de adhesión”, del mismo año, “Canción extraña”, de marzo de 1940, y “Nana para un Lázaro” en la que el editor anota que, a pesar de no estar fechado, formaba parte del mismo cuaderno de apuntes de los poemas precedentes. No son muchos⁴⁰ los estudiosos que han querido detenerse en la escritura lírica de Gaya. Sin embargo, no todos están de acuerdo en subrayar el origen íntimo de estos poemas y en reconocer la reiteración de algunas palabras que resultan claves para entender el estado anímico de Gaya en estos años y quizá más. Entre ellos Enrique de Rivas, en “La poesía de Ramón Gaya”, insiste: “Cuando se siente paralizado como pintor porque se niega a entregarse al espectáculo de su dolor, la poesía se abre inmediatamente ante él como un pensamiento interior, un sentimiento que puede sentir con los ojos cerrados, un camino de verdad que no pasa por el espectáculo”.⁴¹ Lo que escribe Rivas se hace patente especialmente en los poemas inéditos hasta 2010. Entre ellos la composición más tierna es la “Nana del olvido”, en la que Gaya sin decirlo se refiere a su hija: “Tú, allá a lo lejos,/ Yo, queriendo ser otro,/ yo siendo el mismo;/ tú, dormida o despierta,/ siendo el olvido./Tú, sin mis besos”. Es un poema breve pero que comunica esa distancia de lo querido que para Gaya no tenía posibilidad de retorno, ni para él, ni para la pequeña Alicia, abismada en el olvido y lejana del cariño del padre. Muy similar a la nana para la hija es “Nana para un Lázaro”, en que el Lázaro parece ser el mismo autor: “¡Levántate y anda,/ ajusta el sufrir!”. “Pequeña piedra de adhesión” y “Canción extraña” están inspirados por el mismo sentimiento de soledad que invadió a Gaya. El mismo tema de la experiencia del dolor, pero ya elaborada, es lo que encontramos

³⁸ Publicados en *Creación y Crítica*, núm. 1, México, 1948.

³⁹ Ramón Gaya, *Obra Completa*, Valencia-Madrid, Pre-Textos, 2010. Se incluyen en este volumen poemas inéditos de gran interés posiblemente demasiado íntimos para que Gaya quisiera hacerlos públicos antes de su muerte.

⁴⁰ Giorgio Agamben, “Il luogo della poesia. Lettura di un sonetto di Ramón Gaya”, en VV.AA., *Homenaje a Ramón Gaya*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1980, pp. 31-35; Manuel Andújar, “La dispar y absoluta singularidad de Ramón Gaya”, en *ibid.*, pp. 43-47; Tomás Segovia, “Ramón Gaya, poeta”, en Rose Corral, Ángel Souto Alabarce y James Valender [eds.], *Poesía y exilio: los poetas del exilio español en México*, México, El Colegio de México, 1995, pp. 346-347; Juan Pascual Gay, “Ramón Gaya: junto a un pasado sólo huellas”, en Manuel Aznar Soler [ed.], *Las literaturas del exilio republicano de 1939*, vol. I, Bellaterra, 2003, pp. 561-568.

⁴¹ Enrique de Rivas, “La poesía de Ramón Gaya”, en Corral, Souto Alabarce y Valender, *op. cit.*, pp. 337-342.

en los “Ocho poemas imprecisos”,⁴² fechados en México en 1943-1948. Estos poemas revelan un dolor, una gran desilusión que lleva a Gaya a escribir: “La memoria es entonces unos signos borrosos”, “Y el amor es un friso de ceniza” mientras que “La amistad, esa orilla tan estéril, un muro decorado con luces/de egoísmo”. No hay manera de salvarse de la ilusión que, como en un telón de fondo, se proyecta sobre el hombre, pero el autor ya se encuentra libre de la mentira, palabra que vuelve y volverá en sus versos. Pero quizá los versos más amargos son los que Gaya nos entrega en “La casa de Dios”, en la que vuelve a intentar un diálogo con la divinidad⁴³ que termina así: “Él se esconde, nos huye/ porque teme creernos/ vanamente, deprisa;/ y nos quiere más tercios.” Nos parecen ejemplos del “trabajo” que Gaya ha hecho al traducir su sufrimiento en verso los poemas dedicados a la tarde, en los que ese momento del día aparece cada instante distinto pero siempre portador de emociones evocadoras de lo perdido. Y al fin afirma como “En este sol me llega/ mi vida misma, extraña.” Mientras en “Tarde III” afirma cómo el paso del tiempo recuerda unos tiempos y un lugar distinto: “Cada tarde parece/bajo un cielo distinto,/que tuviera una cita/con un algo perdido.” Pero tal vez los versos más emotivos para evocar los poemas de Gaya en México sean los que escribió en 1939 en “A la Lámpara”: “Me arrancaste mi llanto, y ya no lloro; /me arrancaste mi vida, y ya no vivo; si el morir me arrebatas ¿qué me dejas?”⁴⁴

⁴² Recogen “Un ademán, el aire”, “Asistimos, estamos”, “Aquí está, con nosotros”, “Tarde”, “Y llueve, llueve apenas”, “La casa de Dios”, “Vuelto hacia sí” dedicado al amigo Cristóbal Hall, y “Epitalamio”.

⁴³ Es el mismo que se encontraba en “A Dios” de 1939 en que era más claro y en “Asistimos, estamos”.

⁴⁴ “Sonetos de un diario: A una verdad; Al silencio; Al sufrimiento; A Dios; A la lámpara; A mis amigos”, en *Taller*, núm. 7, diciembre de 1939, pp.23-26.

RAZÓN, DELIRIO Y POESÍA EN EL EXILIO ESPAÑOL. EL PENSAMIENTO DE JUAN LARREA

Katrine Helene Andersen*

Resumen

El exilio español aportó la liberación definitiva del rigor metodológico y del racionalismo que había regido la filosofía europea hasta entonces. De modo que, en el Nuevo Mundo, se pudo definir una nueva tradición filosófica: una filosofía del delirio, de la locura o, en palabras de Juan Larrea, de la imaginación creativa. Este texto estudia el proyecto filosófico de Larrea y lo inserta en su contexto intelectual. Propone que el pensamiento de Larrea es la culminación de varios intentos de definir una alternativa a la razón, la cual en Larrea se convierte en un pensamiento de la imaginación creativa que, además, pretende alcanzar el más allá y la metafísica.

Palabras clave

Juan Larrea, Exilio filosófico, Literatura, Racionalismo, Delirio, Locura.

El exilio republicano español supuso, por un lado, una tragedia en la vida intelectual española y, por otro lado, una oportunidad única en la historia de la filosofía. Durante siglos la filosofía española había buscado una alternativa a la razón lógico-especulativa que había dominado la filosofía europea, pero hasta abandonar el Viejo Continente, no se fundó una alternativa sólida. El exilio aportó la liberación definitiva del rigor metodológico y del racionalismo europeo y, en el Nuevo Mundo, se definió una nueva tradición filosófica en parte española y en parte internacional: una filosofía del delirio, de la locura o, en palabras de Juan Larrea, de la imaginación creativa. En lo que sigue, voy a caracterizar brevemente el clima intelectual que se respiró en Europa durante los años del exilio español y las tendencias filosóficas que dejaron atrás los exiliados. Voy a definir la alternativa a la razón ofrecida por Larrea e insertarla en este marco intelectual para demostrar que el delirio larreano es tanto la consecuencia de la

* Københavns Universitet, Dinamarca.

situación que vivió como uno de los posibles resultados de una búsqueda y una tradición filosófica que venía manifestándose en España desde hace siglos.

Hablar de filosofía y de literaturas nacionales lleva a la inevitable pregunta de si los modos del pensar tienen nacionalidad. Obviamente, la respuesta debe ser negativa: ni el pensamiento ni la literatura tienen pasaporte. Aun así, existen ciertas similitudes e influencias entre pensadores y literatos de determinada nacionalidad, es decir, el pensar es universal pero los pensadores tienen nacionalidades y es de suponer que se influyen mutuamente. El caso del exilio intelectual español ofrece detalles interesantes en este contexto. Se trata de un exilio homogéneo de gente, en su mayoría, con formación universitaria que había disfrutado del auge intelectual vivido durante y anteriormente a la Segunda República en España y que, a la vez, había respirado los aires cambiantes de Europa. El clima intelectual que dejaron atrás los exiliados era fructífero en el nivel nacional y propenso a cambios en el internacional. En adición, los horrores y la inestabilidad producidos por las guerras mundiales y la Guerra Civil española produjeron una situación políticamente y socialmente inestable que llevó a la búsqueda de alternativas políticas y renovaciones literarias e intelectuales. Cuando Husserl declaró la crisis de las ciencias europeas en 1936 no sólo diagnosticó una situación que venía produciéndose desde años atrás, sino que provocó un cambio de orientación en la filosofía y, en última instancia, el nacimiento de varias nuevas disciplinas filosóficas como la fenomenología, la hermenéutica y el existencialismo. La crisis fue primariamente una crisis metodológica porque la filosofía, desde tiempos de Galileo, se había aferrado tanto a la ciencia que se había provocado una “matematización” o teorización del mundo, un mundo que no corresponde a la teoría. Heidegger denominó el fenómeno como “el olvido del ser”; la filosofía se había perdido en la carrera enloquecida por el método y se había olvidado de su verdadero objetivo.

Esta reevaluación del método de la filosofía dio paso a una nueva definición del hombre tanto como a un nuevo método filosófico. La filosofía se alejó de la ciencia como ideal, vigente desde Descartes, y empezó a acercarse a la literatura y al arte. El arte y la literatura se aproximan a la realidad de una manera distinta a la ciencia y a la filosofía, no obstante, como viene a admitir la hermenéutica, los textos literarios también son un testimonio de la realidad. Kundera dice que el espíritu de la novela es el espíritu de la complejidad, la novela dice al lector que “las cosas son mucho más complejas de lo

que tú crees”,¹ es decir, la filosofía explica el mundo, mientras que la novela lo explora. La literatura empieza a cobrar otro estatus dentro de la filosofía y, en especial, la poesía cobra una función privilegiada en la búsqueda de la verdad, aunque todavía, en algunas partes del mundo, el ideal filosófico sigue siendo científico. Los románticos ya habían reclamado la preeminencia de los poetas, pero en el siglo XX Heidegger vincula su filosofía a la poesía al considerar la poesía un aspecto privilegiado del arte que deja manifestarse al ser.²

España siempre había sido excluida de la historia de la filosofía europea y su filosofía había sido cualificada de literatura. Miguel de Unamuno dice: “Es inútil darle vueltas. Nuestro don es ante todo un don literario, y todo aquí, incluso la filosofía, se convierte en literatura [...]. Y si alguna metafísica española tenemos es la mística, y la mística es metafísica imaginativa y sentimental”.³ Este vínculo entre la filosofía y la literatura no solamente representa un estilo de escritura y un género, sino un modo de pensar. La razón lógico-especulativa había marchado victoriosamente por la historia de la filosofía europea desde tiempos del *Discurso del método* de Descartes, pero sin tener el mismo éxito en España que en el resto de Europa. Los españoles se decantaron por otra clase de filosofía, menos regida por la ciencia y la lógica y más influenciada por otros aspectos del hombre. La filosofía española no ofrece una metafísica propiamente dicha y tampoco persigue elaborar doctrinas que explican el mundo en su totalidad, en cambio, ha tenido una fuerte influencia de la retórica y de la tradición humanística desde el siglo XVI.

Mientras Descartes desarrollaba su método lógico-especulativo en Francia, Baltasar Gracián basaba su filosofía en el ingenio para “filosofar artificiosamente”. La Ilustración que definitivamente concedió a la ciencia y la razón la posición dominante en la filosofía tuvo una entrada difícil en España, donde el posbarroquismo perduró hasta bien entrado el siglo XVIII, especialmente representado por Diego de Torres Villarroel que incorporaba los sueños como base de cognición. No obstante, la rebelión más decisiva contra el dominio de la razón en la filosofía viene con Miguel de Unamuno a comienzos del siglo XX.

¹ Milan Kundera, *El arte de la novela*, trad. de Fernando de Valenzuela y María Victoria Villaverde, 2a. ed., Barcelona, Tusquets, 2004, p. 28.

² Martin Heidegger, *Arte y poesía*, pról. y trad. de Samuel Ramos, 2ª ed., México, FCE, 2006.

³ Miguel de Unamuno, “Sobre la tumba de Costa. A la más clara memoria de un espíritu sincero”, en *Ensayos*, t. 7, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1918, pp. 208 y 209.

Unamuno ve en la razón lógica una tendencia a sistematizar y racionalizar, lo cual le impide hacer el tipo de filosofía que él quiere. Unamuno no ofrece una alternativa sólida a la filosofía lógico-especulativa, sino que cuestiona la razón como medio de conocimiento absoluto y rompe definitivamente con la razón como definición del hombre.

Muchas de las alternativas a la razón lógico-especulativa que nacieron a comienzos del siglo XX deben mucho al escepticismo y al procedimiento filosófico unamuniano. La razón histórica y vital de José Ortega y Gasset es, probablemente, la redefinición de la razón internacionalmente más sonora, pero también es la menos radical. Posteriormente a él, las propuestas alternativas a la razón se alejan aún más de la lógica y la metodología europea. La cuestión del papel de la razón en la filosofía constituye una de las problemáticas que más separa la filosofía española de la filosofía europea. Si la razón lógico-especulativa posibilita la elaboración de sistemas y teorías acerca del mundo y del ser del hombre en el ámbito europeo, ni la definición del hombre ni una comprensión satisfactoria del mundo se puede alcanzar por medios exclusivamente racionales en el ámbito español. La filosofía española llevaba siglos buscando un método viable para una aproximación a la comprensión del hombre y del mundo. En España el centro de la filosofía ha sido siempre el hombre: cualquier intento de trascender este mundo ha tomado como punto de partida al hombre. Julián Marías mantiene que si el existencialismo que revolucionó la filosofía europea a comienzos del siglo XX no causó el mismo impacto en España era porque ya existía allí; España había anticipado los descubrimientos de los existencialistas.⁴ La tradición española pone al hombre en el centro y la metafísica, si es que la hay, se convierte en mística, al menos según Unamuno. Así, la filosofía española se convierte en una disciplina concreta que especula a partir de la relación hombre-mundo, y en algunos casos desde la cultura. Este panorama, no obstante, cambia a partir de la Segunda República y la Guerra Civil. La caída de la República y la Guerra Civil causan una crisis que afecta tanto a la vida personal de los intelectuales de la época como a su visión del mundo y su modo de pensar.

Las discusiones y definiciones de la razón frecuentes en Unamuno y Ortega fueron preámbulos para las propuestas posteriores de parte de algunos de los pensadores exiliados. Inspirados por la tradición y el debate en la España que abandonaron y, tal vez, influenciados por los nuevos vientos que soplaban en Europa, los exiliados continuaron

⁴ Julián Marías, *Existencialismo en España*, Madrid, Revista de Occidente, 1955, p. 30.

el camino señalado por sus antecesores. Así, por ejemplo, la razón poética de María Zambrano reemplaza la razón lógico-especulativa y reclama otro sentimiento originario y una actitud distinta al logos platónico, que indicó el camino a seguir para la filosofía europea posterior, y reivindica la metafísica en el pensamiento español. Sin embargo, la propuesta de Juan Larrea es, sin duda, la más radical y la más innovadora en la búsqueda de una vía reflexiva nueva y una metafísica nueva.

La obra de Larrea se divide en dos géneros: poesía y prosa, que también corresponden a dos periodos cronológicamente separados. La poesía, que es el centro de su atención en los primeros años, cede el paso a la prosa y los ensayos posteriormente. En los años veinte pasa una estancia en París donde conoce a César Vallejo y los dos comienzan la publicación de la revista *Favorables París Poema*. Aquí comienza su primer libro de poemas que se publicaría en 1935 bajo el título *Oscuro dominio*. Posteriormente, de 1930 a 1931, pasa una temporada en Perú donde estudia la cultura indígena. A la vuelta a Europa en 1931 deja de escribir poesía y los poemas más célebres, que luego se publicarían en su obra más famosa *Versión Celeste*, probablemente empezaron a escribirse en el Nuevo Mundo. Esta base creativa y poética inspira las reflexiones larreanas que empiezan a publicarse tras su traslado definitivo a México en 1939.

Larrea busca y anhela la metafísica y el más allá. En los primeros años, esta búsqueda se lleva a cabo a través de la poesía mientras que los ensayos se convierten en su género preferido de los últimos años. En el poema “Evasión” publicado la primera vez en la revista *Grecia* en 1919 se percibe con claridad esta búsqueda:

Finis terre la
soledad del abismo
Aún más allá
Aún tengo que huir de mí mismo.⁵

Los críticos de su poesía no dudan de su grandeza, pero no se ponen de acuerdo en su calificativo. Robert Gurney señala que se le ha llamado el padre del surrealismo en España, aparte del principal representante del ultraísmo y del creacionismo, problema que destaca y discute en su estudio.⁶ Esta falta de consonancia en los estudios de

⁵ Juan Larrea, *Versión Celeste*, edición de Miguel Nieto, 2ª ed., Madrid, Cátedra, 2003, p. 67.

⁶ Robert Gurney, *La poesía de Juan Larrea*, trad. de Juan Manuel Díaz de Guereño, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1975, p. 9.

la obra poética de Larrea se debe en parte a la escasa difusión y la tardía publicación de *Versión Celeste*, que no se publicó en su conjunto hasta 1969 en Italia y al año siguiente en España. Tampoco sus ensayos han tenido mayor resonancia en Europa y los trabajos críticos dedicados a su obra son muy escasos. David F. Richter mantiene que lo que busca Larrea en y a través de su poesía es expresar la angustia y la crisis interior que experimenta. No obstante, la manifestación del subconsciente en el arte y los temas irracionales que aspira a expresar la estética surrealista no captan la profundidad de su angustia⁷ ni captan la complejidad de su pensamiento.

Parece evidente que la búsqueda del más allá y la expresión de una crisis espiritual no se van a ver realizadas y calmadas por medio de la razón. La tensión entre razón y corazón o razón y sensibilidad, que vemos en Unamuno y Zambrano, también afectó a Larrea. Buscaba continuamente dar expresión al más allá, pero, a la vez, quería mantener la sensibilidad y lo concreto. Suscribe de pleno a la creencia en “la sacrosantidad de la poesía”, pero, como subraya Helena López González de Orduña, se resiste a la adscripción a una doctrina literaria o a determinados *ismos* en su búsqueda de la elaboración de una teoría de la videncia basada en la absoluta supremacía que otorga a lo poético.⁸ La poesía parece concederle en la primera etapa de su actividad literaria la posibilidad de aproximarse al más allá no como una abstracción, sino manteniendo la sensibilidad que posee la palabra poética.

No obstante, el encuentro con la cultura latinoamericana y, en especial, la precolombina parece cambiarle. Aunque sigue escribiendo, se decanta por los ensayos y empieza su búsqueda del más allá desde un estudio de la cultura o, mejor dicho, de las culturas: la europea y la latinoamericana. Es un feroz promovedor de la cultura española tras su llegada a México donde crea la revista *España Peregrina* en 1939 que dirige hasta 1941, así como codirige la revista *Cuadernos Americanos* entre 1942 y 1949. Esta última tiene como fin facilitar la colaboración entre intelectuales españoles e hispanoamericanos. Su exilio en México supone el traspaso definitivo al ensayo y en 1949 recibe la beca de la Fundación Guggenheim gracias a la cual se instala en Nueva York para dedicarse al estudio de las culturas. Permanece en la ciudad estadounidense hasta 1956, de modo que, es de suponer

⁷ Richter, David F., “Spanish Surrealism’s Absent Father: The Sub-Realist Poetry and Poetics of Juan Larrea”, en *Bulletin of Spanish Studies*, vol. LXXXIX, núm. 5, 2012, pp. 752-768.

⁸ Helena López González de Orduña, “Hacia una definición de Orbe de Juan Larrea”, en *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. LXXVIII, 2001, p. 361.

que los libros *La espada de la paloma* y *Razón de Ser*, que se publican ese mismo año, se redactaron allí.

El estudio de la cultura y de la historia no es un asunto sencillo en el caso de Larrea; pretende basarse en ambas para llegar al más allá y a una universalidad de la humanidad. Para ello, necesita un método o un modo de pensar que le permita trascender el tiempo y este mundo. En la introducción a *La espada de la paloma* advierte de la existencia de una obra inédita, *Noche en Cruz*, que examina “ciertos fenómenos culturales de sentido transcendental que sugieren la existencia y desarrollo, en el seno de Occidente, de un proceso entitativo cuya evolución viene a desembocar en la crisis universal de nuestros días”. Continúa: “[...] el arte acusa notorias semejanzas con los procesos místicos por cuyas sendas la conciencia humana tiende a entrar en contacto si no a connaturalizarse con el Ser divino”.⁹ *La espada de la paloma* persigue la misma línea. Larrea sostiene que somos testigos de la disolución de las formas culturales y de una crisis “mutativa, honda y compleja” de la que, no obstante, hay salida. El proyecto de Larrea en estas obras es, por lo tanto, una re-lectura de los fenómenos culturales contenidos en nuestra historia para llegar a una mejor comprensión de las razones que nos han llevado al punto decisivo en el que se encuentra la humanidad a partir de la Segunda República y la Guerra Civil española.

José Luis Abellán cualifica el pensamiento de Larrea de poético y cabalístico e insiste en el aspecto delirante.¹⁰ Larrea utiliza el delirio para distanciarse de la lógica de la razón que ha predominado en la historia de la filosofía y de la cultura.¹¹ El delirio nace del fracaso de la Segunda República y de la crisis posterior, pero esta situación también supone la posibilidad de re-pensar o, como dice Larrea, de “ir viviendo especulativamente” los acontecimientos históricos del pasado.

Cualificar de “delirio” su pensamiento es la consecuencia natural desde una perspectiva racional; la filosofía actual sigue, a pesar de todo, una lógica racional y Larrea es consciente de ello. Mantiene que los intentos de comprender la humanidad tienen por costumbre mirar al pasado sin atenerse al porvenir. Buscamos una racionalidad y una teleología en el transcurso de la historia retrospectivamente y Larrea entiende que la alternativa puede parecer una locura, lo cual es subrayado en *Razón de ser*, donde dice: “ese otro género de sabiduría in-

⁹ Juan Larrea, *La espada de la paloma*, México, Cuadernos Americanos, 1956, p. 11.

¹⁰ José Luis Abellán, *El exilio filosófico en América*, México, FCE, 1998, pp. 285-327.

¹¹ También encontramos el delirio en Eugenio Ímaz, aunque en el caso de Ímaz el delirio tiene carácter espiritual y tiene una consecuencia más trágica que el de Larrea.

trínseca que, contrastada con la de nuestra evidencia particular, suele parecer locura. El pasado de la humanidad pudiera estar tramitado no conforme a la razón filosófico-científica, sino conforme a Imaginación creadora”.¹² No obstante, esta “locura” es la que nutre su proyecto filosófico, una locura que corresponde a la imaginación creativa. Sólo la imaginación consigue entrelazar los lazos académicos de la filosofía con los lazos espirituales del cristianismo, el que con su profetismo apunta al porvenir. El proyecto filosófico de Larrea se convierte, de esta manera, en una prolongación de la búsqueda del más allá que había motivado su poesía en los años veinte. La imaginación creativa se convierte en vehículo de sus reflexiones y en *La espada de la paloma* explica por qué:

Ha de advertirse que las presentes páginas ajustan su discurso a un procedimiento poético-filosófico que, por su condición imaginativa, parece ser el más adecuado a la índole espiritual de sus apetencias. No pretende el pensamiento explorar nada en forma metódica, ni demostrar “científicamente”, ni convencer. Aspira a ir comprendiendo y haciendo comprensibles, es decir, a ir viviendo especulativamente, en el vértice imaginación-razón, ciertas realidades concretas de nuestra experiencia cultural, cuya entidad y sistema de libres relaciones alcanzan sentido en un orden de entendimiento más complejo y transconsciente que aquel en que se concatenan los fenómenos físicos.¹³

La filosofía científica no ha logrado trascender la vida física de este mundo y no ha logrado apuntar al más allá. Larrea intenta alcanzar esta otra dimensión universal relejendo la historia simbólicamente y repensándola desde una cronología inversa, es decir, una cronología del porvenir que no se desarrolla desde un principio de causalidad sino desde un principio profético.

En *Razón de Ser*, el punto de partida es una crítica aguda del existencialismo y de nuestras maneras habituales de comprender la historia. El gran problema del existencialismo es que ha visto al hombre como medida de todas las cosas, lo cual ha imposibilitado alcanzar el más allá. Larrea toma el existencialismo en su sentido más amplio y considera que también la filosofía de Descartes era existencialista porque filosofó a partir del sujeto. Al convertirse el hombre en la medida de todas las cosas, el *allí* se convierte inevitablemente en un *aquí*, de modo que pierde su universalidad; lo universal del hombre se

¹² Juan Larrea, *Razón de ser*, Madrid, Júcar, 1974, p. 107.

¹³ Larrea, *La espada de la paloma...*, p. 12.

hace social en vez de individual y trascendental, es decir, espiritual. Nuestra forma materialista de pensar se aferra a conceptos y categorías como, por ejemplo, el tiempo, que no dan cabida al Ser. El Ser no se contiene por la conciencia humana, de modo que hay que contar con otros vehículos para una aproximación a él.

Larrea retrocede a dos puntos clave en nuestra historia: a Atenas y a Jerusalén. Argumenta:

Atenas es la ciudad académica del filósofo, *a medida* de la mentalidad humana. La Nueva Jerusalén tipifica simbólicamente la entidad en que triunfa y se hace vida el Verbo espiritual, divino. En la primera la imaginación creadora, enteramente poética, se halla excluida. En la otra constituye su razón de ser.¹⁴

La crisis contemporánea intelectual e histórica se debe en gran medida a la relación entre estos dos pensares, porque: “La una es humanamente existencialista; la otra se descuelga del cielo trayendo consigo el Ser universal”.¹⁵ La filosofía occidental se ha llevado a cabo desde los criterios de la primera, es decir, desde una perspectiva existencialista y desde un pensar filosófico-científico y, consecuentemente, se ha desvinculado del ser y de la espiritualidad. La otra vía, representada en su origen por la espiritualidad judeo-cristiana, queda apartada de nuestra comprensión espiritual de la humanidad. Es necesario volver al comienzo de las dos ramas dentro de la comprensión de la cultura y de la humanidad porque el verdadero problema no reside en estas dos posturas en su origen, sino en los intentos de suscribir el mundo a una sistemática derivada de ellos. Así, por ejemplo, el cristianismo en sí es verdadero, a pesar de las varias adaptaciones a determinadas circunstancias. Lo mismo ocurre con la ciencia; la ciencia es verdadera en sí, pero los sistemas y generalizaciones que deviene no lo son. Nuestro afán por generalizar, sistematizar y razonar pretende adaptar la verdad a las circunstancias y las exigencias de una época determinada, lo cual la aleja de la verdad. Ni creencias religiosas ni la ciencia pueden hacerse presentes y existentes en el aquí de nuestro mundo sin perder su universalidad.

En este sentido, Larrea recuerda a Nietzsche quien en su *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* mantiene que hemos construido el lenguaje para poder juzgar entre verdadero y falso. El lenguaje es

¹⁴ Larrea, *Razón de ser...*, p. 66.

¹⁵ *Loc. cit.*

una creación artificial que sostiene la ilusión de estar hablando de la verdad.¹⁶ La capacidad creativa del hombre le capacitó a crear metáforas y lenguaje como consecuencia necesaria de su deseo de vivir en una sociedad en paz y de su impulso hacia la verdad. Estas circunstancias son las que han llevado al hombre a construir el lenguaje como un poder legislativo para discernir entre verdad y mentira. El lenguaje no es más que una ilusión que no representa la verdad. Sin embargo, el impulso hacia la construcción de metáforas es imprescindible para el hombre, no puede prescindir de él porque significaría prescindir del hombre mismo. Ahora el impulso creativo y la imaginación que crearon las metáforas en primer lugar han buscado nuevos campos de actividad y efectúan su actividad en el campo del arte y del mito.

Larrea no condena el lenguaje como una ilusión, pero comparte la idea nietzscheana del mito y el arte como puntos de interés filosófico. Si Nietzsche comprende el mito y el arte como entes creativos donde el hombre manifiesta su ser, Larrea se acerca al mito desde una perspectiva interpretativa que lo entiende como una manifestación a partir de la cual se pueden comprender la cultura y la humanidad. La mitología guarda para Larrea el mismo parentesco con la verdad que la ciencia. La ciencia debe re-contar y reformular sus teorías según descubrimientos nuevos, nuevas corrientes e influencias, tal y como también la mitología va adaptándose a las circunstancias. La diferencia más grande entre la ciencia y el mito es que se acercan a la verdad desde dos perspectivas distintas: una desde la razón y otra desde la imaginación y la creación.

El repensar la historia desde los mitos pone en marcha la imaginación creativa, lo cual supone la solución a la crisis vigente. La razón filosófico-científica puede llegar a conclusiones acerca del hombre de carne y hueso y del mundo que le concierne, pero le es imposible salir de él, sólo la imaginación apunta al más allá y hace posible aproximarse al Ser-Espíritu. La dificultad consiste en cómo efectuar esta empresa, porque la imaginación no cuenta con un universo objetivo. La repuesta más obvia es mirar el pasado, porque el hombre siempre se ha comprendido mirando al pasado, forma parte de su memoria y de quién es. Sin embargo, Larrea ve necesario repensar la historia no tramitada conforme a la razón filosófica-científica, sino conforme a la imaginación creadora. Ésta, lejos de sistematizar y buscar princi-

¹⁶ Friedrich Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, trad. de Luis M. Valdés, 4a. ed., Madrid, Tecnos, 2006, pp. 17-38.

pios causales y racionalidad en la historia como hace la razón filosófico-científica, se orienta hacia el porvenir. Coincide en este sentido con el cristianismo que profesa la llegada del Ser-Espíritu, pero, para Larrea, la idea no es, como hace la Biblia, traducir en palabras el transcurso de la historia, sino dejar que la historia transcurra conforme a la imaginación creadora, esto es, conforme al Ser-Espíritu que se hace presente al final.¹⁷ Así la historia apunta al provenir y la imaginación creadora apunta al más allá. Sólo la imaginación es libre y puede trascender este mundo. La idea no es imaginarse un mundo que no es, sino orientarse hacia el porvenir en vez de hacia el pasado. Es una imaginación cultural, no individual, que Larrea mismo en una carta a Abellán caracteriza de “un pensamiento de otra índole, quizás intrínsecamente poético-cultural a base de imágenes heterogéneas y de otros elementos y conexiones fuera de la lógica del pensamiento académico.”¹⁸ De esta manera, Larrea convierte, tras su exilio en América Latina, la imaginación y el delirio en vehículos filosóficos y define así una alternativa a la filosofía racional-científica europea que aspira a alcanzar el más allá y permite establecer una metafísica nueva.

¹⁷ Larrea, *Razón de ser...*, p. 108.

¹⁸ Abellán, *op. cit.*, p. 317.

EL EXILIO EN AMÉRICA LATINA: ITINERARIOS DEL PENSAMIENTO*

Antolín Sánchez Cuervo**

Resumen

Si hubiera un término que pudiera identificar, aun de manera aproximada, el rico y heterogéneo pensamiento del exilio español republicano de 1939, bien podría ser el de “humanismo”, entendido como una filosofía del ser humano construida a partir de su indigencia radical actual mucho más que de planteamientos abstractos previos, y siempre bajo la presión de la guerra y el exilio, el totalitarismo y la razón instrumental. Es decir, como un humanismo “en tiempos oscuros” que busca respuestas a la crisis profunda de la racionalidad científica moderna, al hilo, muchas veces, de una nueva experiencia americana.

Palabras clave

Exilio, Filósofos, Humanismo, José Gaos, Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, María Zambrano, José Ferrater Mora.

El exilio no sólo es una circunstancia biográfica, histórica o política. También es una figura crítica y una categoría hermenéutica que, por su identificación con la condición desplazada, cuestiona los registros espaciales habituales y convencionales, empezando por el Estado-nación. ¿Hasta qué punto tiene sentido la filiación nacional de un pensamiento caracterizado precisamente por el exilio, es decir, por la expulsión de la nación y sus relatos, o la inclusión en otros de manera subalterna o marginal, o por su condición “u-tópica” en el sentido más literal del término, a saber, de su no-lugar? ¿No tendría algo de absurdo discutir si Gaos era español o mexicano, o, en caso de que fuera ambas cosas como él mismo llegó a insinuar con su teoría de las

* La presente contribución ha sido realizada en el marco del proyecto de investigación *El pensamiento del exilio español de 1939 y la construcción de una racionalidad política* (FFI2012-30822), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

** Instituto de Filosofía-CSIC.

dos patrias,¹ qué nacionalidad tendría más derechos sobre su obra? La cuestión se complicaría aún más si tuviéramos en cuenta que en otros muchos casos, como los de García Bacca o Ferrater Mora por citar sólo un par de ejemplos, no habría una sino varias patrias de destino: si el primero residió en Ecuador y México antes de instalarse, de manera definitiva, en Venezuela, el segundo hizo lo propio pasando los primeros años de su exilio en Cuba y Chile, para radicar después en Estados Unidos. Caso por caso llegaríamos, por otra parte, al de María Zambrano, quien tras 40 años de exilios en América y Europa acabaría reivindicando el exilio como patria, precisamente, o como germen de una ciudadanía universal.² El exilio es una experiencia de la alteridad, más que de la identidad.

Hablar de itinerarios —y por tanto de trayectorias geográficas o espaciales— en el caso del pensamiento exiliado, esconde así importantes dificultades hermenéuticas y obliga a una reflexión metodológica en la que ahora no podemos detenernos y en la que buen partido podrían aportar, entre otros, los estudios culturales y poscoloniales, o conceptos como los de memoria transnacional³ e “histoire croisée”;⁴ sin olvidar la relevancia del concepto mismo de exilio en el pensamiento contemporáneo más crítico, desde precursores judíos de la Teoría Crítica como Franz Rosenzweig y Walter Benjamin hasta epígonos de la biopolítica como Giorgio Agamben y posestructuralistas como Jean-Luc Nancy, pasando por clásicos contemporáneo como Hannah Arendt o la propia María Zambrano.⁵

Esta dificultad no desaparece si hablamos de itinerario en un sentido metafórico, que haga referencia a la trayectoria intelectual o filosófica, con independencia de su ubicación geográfica, pues se trata de un pensamiento altamente heterogéneo e incluso contradictorio entre sí en algunos momentos, que no llegó a aglutinarse en torno a una escuela o una orientación común. Más bien sucedió al contrario: además de su diversa procedencia, la propia circunstancia del exilio

¹ Véase José Gaos, “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, en *Revista de Occidente*, núm. 38, mayo de 1966, pp.168–178.

² Véase por ejemplo “Amo mi exilio” (1989), en *Obras completas VI*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 777-779.

³ Véase por ejemplo el reciente volumen colectivo editado por Hans Lauge Hansen, Juan Carlos Cruz Suárez y Antolín Sánchez Cuervo *La memoria novelada III. Memoria transnacional y anhelos de justicia*, Bern, Peter Lang, 2014

⁴ Véase Michael Werner y Bénédicte Zimmermann [dir.], *De la comparaison à l'histoire croisée*, Paris, Seuil, 2004

⁵ Véase mi trabajo “Fuera de lugar, en otro tiempo. El exilio como figura política”, en Arturo Aguirre, Antolín Sánchez Cuervo y Luis Roniger, *Tres estudios sobre el exilio. Condición humana, experiencia histórica y significación política*, Madrid, EDAF-Puebla/BUAP, 2014, pp. 91-177.

contribuyó a acentuar su diversidad interna. De ello dieron buena cuenta los diversos perfiles, genealogías y trayectorias intelectuales de sus integrantes: José Gaos, María Zambrano, José Ferrater Mora y Luis Recasens Siches habían sido discípulos de Ortega y Gasset —lo mismo, por cierto, que Domingo Casanovas y Francisco Soler, mucho menos conocidos y respectivamente exiliados en Venezuela y en Chile—; Eduardo Nicol, Juan Roura Parella y Jaume Serra Hunter, en cambio, procedían de la llamada Escuela de Barcelona. Ligado a esta última, Joaquín Xirau también había recibido una honda influencia del ambiente krausista característico de la Institución Libre de Enseñanza, al igual que Fernando de los Ríos, Lorenzo Luzuriaga, María de Maeztu, Luis de Zulueta, Rubén Landa y Joaquín Álvarez Pastor. Por otra parte, Eugenio Ímaz y Juan David García Bacca fueron pensadores muy singulares e independientes; José María Gallegos Rocafull era sacerdote y se había formado en el ámbito de la teología, y Adolfo Sánchez Vázquez desarrolló la mayor parte de su formación como filósofo siendo ya un exiliado, vinculado al marxismo, al igual que Wenceslao Roces y Luis Araquistáin.

Muchos de los autores arriba mencionados dejaron tras de sí contribuciones notorias —y en algunas ocasiones, sumamente originales— a ámbitos y debates del pensamiento contemporáneo bien diversos. Entre otros, las condiciones de posibilidad de la filosofía como tal, suscitando desde lecturas singulares del método fenomenológico hasta revisiones del logos occidental que se remontaban a sus mismos orígenes. Ligado a lo anterior, la recepción crítica de corrientes filosóficas como el historicismo, la fenomenología, el vitalismo, el existencialismo o la filosofía analítica; la fundamentación de la ciencia y el lúcido diagnóstico de sus derivas opresivas bajo el predominio de la razón instrumental; fundamentaciones, asimismo, del derecho y la sociedad; o un amplio pensamiento político que plantea claves genealógicas del fascismo —ligadas, en ocasiones, a una penetrante lectura de la secularización moderna y su nihilismo consecuente—, y recoge las posibilidades actuales tanto del liberalismo —enraizado en la persona y la comunidad, antes que en la economía y el poder— como del marxismo —bajo una acepción asimismo crítica, muy distante del socialismo real o del “anti-humanismo” althusseriano—. Asimismo, la singularidad de la filosofía en lengua española y sus posibilidades actuales en plena catástrofe europea, cuando las promesas de la racionalidad canónica moderna parecían del todo truncadas, fue un motivo de inspiración relevante, contribuyendo de manera notoria a la conformación de una comunidad iberoamericana de pensamiento

y a la definición madura de un “pensar en español”; algo en lo que sin duda tuvo mucho que ver el contacto estrecho con tradiciones iberoamericanas de pensamiento, escasamente advertidas en España con anterioridad a la guerra.

En definitiva, un escenario rico de contenidos, prometedor, pero falto de orden por las razones ya apuntadas. Ahora bien, si, en medio de todo, tuviéramos que delinear un emplazamiento geográfico privilegiado, ése sería México como bien es sabido y por razones asimismo consabidas. Y si por otra parte hubiera una referencia o un hilo conductor capaz de enhebrar el heterogéneo pensamiento exiliado del 39, esa sería el “humanismo”; o mejor dicho, un humanismo en tiempos oscuros, entendido bajo un triple rasgo:

En primer lugar, se trata de un humanismo entendido como respuesta a la experiencia de inhumanidad y no como una reflexión abstracta sobre una supuesta naturaleza preestablecida del hombre. Es decir, como una filosofía del ser humano concreto construida a partir de su indigencia actual, bajo la presión de la guerra, el totalitarismo y la razón instrumental, más allá de un mero “humanitarismo”.

En segundo lugar, se concreta en planteamientos de la condición humana irreductibles a los criterios de la racionalidad tecno-científica, de cuyos reduccionismos se trazan además algunas hipótesis genealógicas de largo alcance.

En tercer lugar, dichos planteamientos se enlazan de alguna manera con tradiciones críticas del pensamiento en lengua española, subrayando la actualidad de las mismas.

Este triple rasgo bien podría identificar algunos hilos conductores fundamentales de la obra de autores ya mencionados como José Gaos, Joaquín Xirau, Eduardo Nicol o María Zambrano, todos ellos de perfil bien diferente entre sí aunque compartan algunos aires de familia.

Una de las reflexiones menos conocidas de Gaos es aquella que dedicó en los años cuarenta a la vocación deshumanizadora de la razón moderna, consumada en las experiencias de la guerra y el totalitarismo. En una serie de textos de esos años, muchos de ellos aún inéditos incluyendo un curso de metafísica impartido en 1944, planteó la tesis del totalitarismo entendido como la culminación de un proceso de pérdida creciente de la intimidad por parte del hombre moderno, y de progresiva instauración de regímenes de vida caracterizados por la publicidad o anulación de la intimidad de los sujetos y la tecnocracia o dominación organizada de la comunidad que conforman estos sujetos desposeídos de sí mismos. Tal sería el caso, obviamente, del

Estado nazi-fascista y del comunismo soviético, pero también del régimen de vida característico del capitalismo liberal.⁶

Pienso que Gaos planteó dos respuestas diferentes, pero cómplices entre sí, a esta vicisitud contemporánea. Por una parte, su reflexión más original: una reducción de la razón vital e histórica de su maestro Ortega a una razón personal, autobiográfica y casi emocional, que culminará en sus dos grandes libros, *De la filosofía* (1962) y *Del hombre* (1970). En ellos, recordemos, parte Gaos de una fenomenología de las expresiones verbales para extraer de ellas categorías racionales o conceptos fundamentales, cuyo carácter antinómico se resuelve en sentido kantiano, con una apelación a la razón práctica que sin embargo no se apoyará en un sujeto trascendental, sino en los motivos irracionales y las verdades personales de los sujetos empíricos. Por otra parte, su muy conocida y explotada reivindicación del pensamiento de lengua española, con especial atención a la filosofía mexicana, la cual significó no sólo un ajuste de cuentas con el eurocentrismo de la razón moderna, una prolongación crítica de la filosofía de la cultura orteguiana o un posicionamiento estratégico en la nueva coyuntura académica mexicana, sino también la exploración de un concepto de pensar sin derivas totalitarias de otras maneras de entender la racionalidad, siempre desplazadas por los desarrollos canónicos de esa misma razón moderna.

Una duplicidad análoga encontramos en la corta pero fecunda obra exiliada de Joaquín Xirau. Si en su ensayo *Sentido de la Universidad*, aludía a la inminencia de una “hecatombe universal”⁷ que, lejos de obedecer a razones coyunturales o accidentales, hundía sus raíces en los itinerarios deshumanizantes de la razón moderna, en *Culminación de una crisis* (1945) hacía explícitos estos últimos, radicados en la desarticulación cartesiana del organicismo por el que el mundo respiraba en la antigüedad y en el que el todo y las partes convivían en torno a un núcleo vital común. Análogamente a Gaos, Xirau respondía a esta pérdida del mundo con un doble y cómplice planteamiento:

Por una parte, el de su filosofía más personal, plasmada en su libro principal, *Amor y mundo* (1940). Allí desarrollaba una fenomenología

⁶ *Curso de metafísica de 1944*, en Archivo del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, Fondo documental del Dr. José Gaos, Fondo 1, carpeta 12, fóleos 1248-1599. Según Antonio Ziri6n, coordinador de la edici6n de las *Obras completas* de Jos6 Gaos, dicho curso formar6 parte del tomo XVIII, actualmente en proceso de edici6n. Hay una edici6n de este curso en Toluca, Universidad Aut6noma del Estado de M6xico, 1993, pero tiene numerosas erratas.

⁷ Joaqu6n Xirau, “Sentido de la Universidad” (1943), en *Obras completas II. Escritos sobre educaci6n y sobre el humanismo hisp6nico*, Ed. de Ram6n Xirau, Madrid, Fundaci6n Caja de Madrid-Barcelona, Anthropos, 1999, p. 468.

de la conciencia amorosa llamada a articular una nueva racionalidad capaz de restituir la experiencia vital en toda su riqueza y plenitud orgánicas, de manera que lo dado en la conciencia significará trascendencia en la inmanencia, identidad en la alteridad, extroversión de una intimidad fecundada por la experiencia primaria del amor, o perspectiva entendida como presencia polimórfica de una realidad inagotable e interconectada.

Por otra, el del “humanismo hispánico”, al que dedicará buena parte de su obra exiliada planteando una ambiciosa reconstrucción del mismo a partir de sus balbucesos medievales. Sus libros sobre Lull y Cossío, así como sus ensayos interpretativos de dicho humanismo, desarrollaban la tesis del organicismo como una concepción del mundo propia de este humanismo, desde sus orígenes medievales ligados a la convivencia medieval entre las culturas cristiana, árabe y judía, hasta sus posibilidades actuales.⁸

Otro ejemplo ineludible de humanismo exiliado o para tiempos oscuros lo encontramos en la obra de Eduardo Nicol, quien en su libro más crítico, *El porvenir de la filosofía* (1972), y en parte también en su continuación, *La reforma de la filosofía* (1980) retrató el mundo posttotalitario desplegado en torno a la razón instrumental; o, empleando su propia terminología, en torno a una “razón de fuerza mayor”, a saber, una razón que ha dejado de perseguir el conocimiento y la transformación de la realidad, para explotarla en función de un utilitarismo tecnocrático e irreflexivo. Una razón contradictoria, por tanto, por su misma irracionalidad, que reemplaza a la actividad filosófica por una suerte de “segunda naturaleza” o de lógica instrumental ciega, anónima e inexpressiva, generadora de dependencias artificiales y sin otro fin que la pura funcionalidad mediática ni otras consecuencias que una deshumanización global. Fruto de todo ello será toda una cultura belicista que absorbe todos los ámbitos de la existencia hasta el punto de convertir a la guerra en protagonista de la historia y en el régimen permanente de la existencia. Nicol tanteaba así un rasgo tan característico de la mentalidad totalitaria como la necesidad de la guerra o la universalización del estado de excepción, presente, aun de manera larvada o latente, en el liberalismo tecnocrático actual. En medio de toda una constelación de referencias en algún modo cercanas tales como la teoría crítica, a

⁸ Véase Xirau, *Obras completas II...*; mi contribución “Exiliarse, arraigarse. El organicismo iberoamericano de Joaquín Xirau”, en Antolín Sánchez Cuervo y Fernando Hermida de Blas [eds.], *Pensamiento exiliado español. El legado del 39 y su dimensión iberoamericana*, Madrid, Biblioteca Nueva-CSIC, 2010, pp. 102-125.

la razón comunicativa, la biopolítica y el comunitarismo, Nicol planteaba uno de los primeros diagnósticos en lengua española de la actual globalización tecnológica, dando cuenta además de algunas de sus dimensiones políticas y sus connotaciones totalitarias.⁹

En uno de sus últimos libros, *Crítica de la razón simbólica* (1980), con el que se cerraba la trilogía iniciada con *El porvenir de la filosofía*, Nicol recapitulaba su dilatada trayectoria anterior, desplegada en *Metafísica de la expresión* y otros libros medulares, y en la que se había ido adelantando una respuesta a la violencia actual: la rehabilitación, precisamente, del humanismo occidental a partir de una revisión de sus equívocos fundacionales arraigados en el mundo griego, de un desarrollo de su vocación comunitaria e intersubjetiva, y de una síntesis metodológica de fenomenología y dialéctica que lo hiciera posible; algo, por cierto, a lo que a juicio de Nicol bien podría contribuir la tradición del humanismo hispánico, aun a pesar de sus tendencias hacia el personalismo, el esteticismo o el ensayismo, caracteres que achacaba sobre todo al perfil orteguiano —y por tanto, de manera indirecta, al de su contrincante Gaos—, muy duramente criticado en *El problema de la filosofía hispánica* (1961) y otros escritos.¹⁰ En realidad, esa misma propensión a la soberanía del yo que tanto habría lastrado a esa tradición, la habría mantenido al margen de las “razones de fuerza mayor” y por tanto de la impersonalidad instrumental. “En efecto, si se logra educarlo, ese personalismo indómito, soberanamente arbitrario y anárquico que adopta a veces nuestro genio puede modelarse y convertirse en algo positivo: en una reivindicación de la persona humana frente al anonimato y la neutralización que imponen las formas de vida actuales.” La filosofía hispánica tenía ante sí el reto de “una rehumanización del hombre”.¹¹

Filosofía y poesía y Pensamiento y poesía en la vida española, los dos libros que María Zambrano publicó en 1939 durante su breve estancia en México, cumplida en su mayor parte en Morelia como profesora de la Universidad Michoacana, remiten igualmente a esta crítica del humanismo en perspectiva exiliada, entendiendo por crítica no sólo el desenmascaramiento de sus derivas opresivas bajo

⁹ He desarrollado estas cuestiones en “Eduardo Nicol y la crítica de la razón instrumental”, en Ricardo Horneffer [coord.], *Eduardo Nicol (1907-2007). Homenaje*, México, UNAM, 2010, pp. 121-137.

¹⁰ He contrapuesto los planteamientos de Nicol y Gaos a este respecto en “Eduardo Nicol ante el proyecto de un pensamiento en lengua española”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 28, 2007, pp. 105-134.

¹¹ Eduardo Nicol, *El problema de la filosofía hispánica*, México, FCE, 1998, p.163.

la lógica del racionalismo excluyente, sino también las condiciones de su posible rehabilitación sin reduccionismo alguno. Si el primero de dichos libros planteaba esa crítica al hilo de la escisión entre filosofía y poesía consumada ya por Platón, en tanto que dos ámbitos inseparables de la racionalidad humana llamadas a encontrarse, el segundo advertía en la tradición cultural española cauces para la realización de este encuentro.¹²

Pero no olvidemos que Zambrano había vivido todo un precedente de su largo exilio durante su estancia en Santiago de Chile entre octubre de 1936 y mayo de 1937 —en ese momento hay que datar, por cierto, su primera alusión explícita al término “razón poética”, que tanto identificará a su obra—; y tampoco que esta singular manera de entender la razón empezará a desarrollarse en los años siguientes a su exilio mexicano, en los que vivirá entre Cuba y Puerto Rico, o como a ella gustaba decir, en las “islas”. Ello nos da pie a asomarnos a estos dos contextos latinoamericanos del exilio filosófico español del 39, bien diferentes del mexicano.

El caso chileno es muy poco conocido aún y, a manera de declaración de intenciones, debería tener en cuenta, en mi opinión, las siguientes referencias:

- En primer lugar, esa misma estancia de Zambrano, durante la que publicó el libro *Los intelectuales en el drama de España* y preparó tres antologías poéticas, una de ellas —probablemente la primera— dedicada a Federico García Lorca; otra de poetas chilenos afines a la República española titulada *Madre España* en la que se referirá por primera vez de manera explícita a la “razón poética”; y un *Romancero de la guerra española* que incluía poemas de Machado, Alberti, Altolaguirre, Bergamín, Aleixandre, Serrano Plaja y Prados, entre otros. Todo ello sin detenernos en las contribuciones de Zambrano a varias revistas chilenas tales como *Onda corta*.¹³
- En segundo lugar, la etapa chilena de José Ferrater Mora (1941-1946), previa al giro lingüístico que adoptará una vez que se traslade a Estados Unidos. Una etapa en la que publicará algunos libros relevantes tales como *España y Europa* (1942),

¹² Véase la nueva edición de ambos libros a cargo de Pedro Chacón, Mariano Rodríguez y Mercedes Gómez Blesa, en María Zambrano, *Obras completas II*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015 (en prensa).

¹³ Véase mi edición crítica de *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la Guerra Civil*, recogida en María Zambrano, *Obras completas I*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pp. 107-514, 859-912.

Les formes de la vida catalana (1944) —traducido al castellano ese mismo año—, *Unamuno: bosquejo de una filosofía* (1944) y *Cuestiones españolas* (1945), además de numerosas colaboraciones en revistas como *Cuadernos americanos* y *Germanor*, esta última sostenida por la comunidad catalana residente en Chile y en la que escribió una serie de quince artículos titulada “Introducció al mon futur”, bajo la influencia de la Segunda Guerra Mundial y su desenlace. En estos y otros escritos de este periodo, Ferrater mostraba preocupaciones similares a las que anteriormente hemos apuntado en otros filósofos del exilio. A propósito, por ejemplo, del abandono de España durante esos años por parte de las democracias occidentales, reflexionaba sobre las ruinas actuales de la cultura europea y la necesidad de recuperar al hombre, entendido como una persona singular de raíz insustituible; y ponía las bases del “integracionismo”, que desarrollará posteriormente, así como de la dialéctica España-Europa que asimismo culminará en su libro de 1963 *Tres mundos. Cataluña, España, Europa*.

- En tercer lugar, la obra, menos conocida y en muchos casos pendiente aún de explorar en profundidad, de cuatro pensadores de perfil diverso. En concreto, de Francisco Soler (1924-1982), Augusto Pescador (1910-1987), Cástor Narvarte (1919-2012) y José Ricardo Morales (1915).

Soler había sido discípulo de Ortega y había llegado a Chile procedente de Colombia, enseñó en varias universidades y se estableció definitivamente en Valparaíso, en donde contribuyó a la profesionalización de la filosofía. Dejó inconclusa su principal obra, de la que sólo apareció su primer tomo: *Hacia Ortega I. El mito del origen del hombre* (1965). De manera póstuma apareció, asimismo, *Apuntes acerca del pensar de Heidegger* (1983), autor al que además tradujo.

Pescador se había exiliado previamente en Bolivia, en donde había fundado la revista *Kollasuyo*, trasladándose a Chile en 1953, en donde también enseñó en varias universidades hasta establecerse definitivamente en Concepción. Dirigió el Instituto Central de Filosofía de la universidad de esta ciudad y, si Soler estaba influenciado por el pensamiento de Heidegger, él lo estaba por el de Hartmann, autor al que asimismo tradujo y cuya impronta podría apreciar en su principal libro, *Ontología* (1966).

Narvarte (1919-2012) fue profesor de la Universidad de Santiago de Chile y autor de una amplia obra, entre cuyos títulos cabe destacar

Problemas de método y teoría (1981), *Nihilismo y violencia* (1982) y *Hacia una integración ontológica de la filosofía* (1994).

Morales (1915) llegó a Chile a bordo del Winnipeg y es conocido sobre todo por su obra dramática, pero también ha desarrollado una importante obra estética alrededor de libros como *Arquitectónica* (2 vol., 1966-1969) y *Mímesis* (1992).

En definitiva, se trata de seis autores de muy diverso perfil y arraigados en Chile en momentos y contextos diferentes, lo cual hace singularmente atractivo a este exilio chileno.

Pero volvamos, para terminar, al exilio de Zambrano, quien el 1º enero de 1940 partía hacia el Caribe, en donde permanecerá hasta 1953, con un paréntesis romano y parisino entre 1949 y 1951. Después, los vientos del exilio la llevarán hacia varios lugares de Europa, hasta su regreso a España en 1984.

El periodo caribeño de María Zambrano muestra una singular relevancia en el camino hacia la maduración de la “razón poética”, que ella misma entendía, según su célebre carta a Rafael Dieste de 1944, mucho más allá de la reforma orteguiana de la razón, como “algo que sea razón pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad”.¹⁴ Ciertamente, durante estos años Zambrano elaboró ensayos imprescindibles para entender su obra tales como *Isla de Puerto Rico: nostalgia y esperanza de un mundo mejor* (1940), cuyos planteamientos pueden reconocerse en el Preámbulo a la Constitución de Puerto Rico de 1952, como Estado Libre Asociado, *La Confesión, género literario y método* (1943), *La agonía de Europa* (1945)¹⁵ y *Delirio y destino* (escrito en 1951, aunque inédito hasta 1988),¹⁶ además de madurar el que será su principal libro, *El hombre y lo divino* (1955), cuyas ideas germinales se remontan a 1945-46 y en el que plasmará su interpretación del nihilismo contemporáneo.¹⁷ En estos y otros muchos ensayos, más breves, editados por Jorge Luis Arcos en 2012,¹⁸ Zambrano radicalizará su conciencia de crisis de Occidente, así como la necesidad, para trascenderla, de saberes

¹⁴ “Correspondencia Rafael Dieste y María Zambrano”, en *Boletín Galego de Literatura*, núm. 6, noviembre de 1991, p. 103.

¹⁵ Véase las nuevas ediciones de estos libros a cargo de Sebastián Fenoy y María Luisa Mailard en Zambrano, *Obras completas II...*

¹⁶ Véase la reciente edición crítica incluida en María Zambrano, *Obras completas VI*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014.

¹⁷ Véase la edición crítica de Jesús Moreno Sanz incluida en María Zambrano, *Obras completas III*, ed. dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

¹⁸ *Islas*, Madrid, Verbum, 2012.

alternativos a la razón filosófica tales como la poesía, la confesión o la mística; todo ello al hilo de numerosas colaboraciones con diversos grupos —especialmente con el grupo poético “Orígenes”, encabezado por Lezama Lima—, cursos y ciclos de conferencias, algunos de ellos impartidos en las universidades de La Habana y Puerto Rico, siendo muy apreciada por el rector de esta última, Jaime Benítez, aunque sin llegar nunca a acomodarse en la vida académica.¹⁹

En definitiva, a partir de su llegada a “las islas”, el exilio de Zambrano se transformará en la gran metáfora de un saber heterodoxo y descentrado que busca la salvación en los márgenes del fracasado humanismo occidental, de una reconciliación entre la razón y la vida imposibilitada desde los orígenes platónicos de ese mismo humanismo, por su tendencia a la racionalidad instrumental y totalitaria. El simbolismo de la insularidad dotará además de una singular complejidad a esta imaginación alegórica. Cuba y Puerto Rico no sólo irrumpirán entonces en la trayectoria de Zambrano como escenarios marginales y por eso mismo propicios para profundizar en su heterodoxa reflexión sobre la violencia suicida de Europa, sino también como figuraciones de una realidad allende la historia, sumergida bajo la lógica sacrificial que ha guiado a esta última, o como afloraciones de la esperanza, inhibida por la experiencia racionalista del tiempo. Las “islas” serán para Zambrano restos del naufragio, símbolos de un inédito comenzar y morada del hombre tras su destrucción totalitaria significada en la experiencia continental, imágenes mediadoras entre la oscuridad de un saber pendiente aún de explorar y la luz que emana de ellas. O como ella misma sugerirá a propósito de cierta terminología de san Juan de la Cruz, en cuyas dimensiones heterodoxas y conexiones con el sufismo no dejará de ahondar, “ínsulas extrañas”, “lámparas de fuego”, “cavernas del sentido” o “llamitas de resurrección”; sin olvidar las “islas afortunadas” a las que alude Nietzsche, otra de las grandes referencias, asimismo, de Zambrano.²⁰ Como reconocerá en una carta de 1941 al escritor cubano Virgilio Piñera cuando éste parta hacia Argentina, ella ha preferido quedarse en las islas “pues el mejor europeo de hoy, es decir, la mejor vocación europea, creo que es la de las catacumbas, y es desde luego la que yo

¹⁹ Véase el “Estudio preliminar” de Jorge Luis Arcos en ya citado volumen *Islas*.

²⁰ Véase Jesús Moreno Sanz, “Ínsulas extrañas, lámparas de fuego: las raíces espirituales de la política en isla de Puerto Rico”, en José María Beneyto y Juan Antonio González Fuentes [coords.], *María Zambrano. La visión más transparente*, Madrid, Trotta-Fundación Carolina, 2004, pp. 209-286.

tengo”.²¹ Las estancias de Zambrano en Cuba y Puerto Rico invitan así a una reconstrucción del exilio filosófico del 39 en el área caribeña que tenga en cuenta la tensión e incluso contradicción entre el pensamiento académico e institucionalizado, y aquel otro heterodoxo y apegado a la vocación de exilio, siempre fronterizo con otros saberes como la literatura y la mística.

²¹ Véase la carta en cuestión en María Zambrano, *La Cuba secreta y otros ensayos*, ed. de Jorge Luis Arcos, Madrid, Endymion, 1996, p. 259.

ESTAMPAS DE MÉXICO EN LA POESÍA HISPANOMEXICANA

Gerardo Vega*

Resumen

A lo largo del texto se presentan poemas de los escritores pertenecientes a la llamada *Generación Nepantla*, o *Generación Hispanomexicana del Medio siglo*. En estos poemas, la visión peculiar de los poetas hispanomexicanos sirve como espejo del México de los años cincuenta en adelante. La óptica singular de estos autores muestra dos caras de una misma moneda: el apego a una tierra que los vio crecer y formarse, frente a un sentimiento nostálgico de extranjería. Al mismo tiempo, la poesía hispanomexicana atestigua los cambios del entorno mexicano y testimonia tiempo y espacio, mientras los poetas experimentan y afianzan el oficio profesional de la poesía contemporánea de nuestro país.

Palabras clave

Exilio literario, Segunda generación, Generación Nepantla, Hispanomexicana, Poesía, México.

[...] Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto [...].

Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de Nueva España*.

Los vientos de una época de Guerra Civil trajeron a estos españoles a la Cornucopia mexicana, parafraseo a José Moreno Villa. Y tal como los primeros europeos hicieron al topar con este continente, el primer acto de los recién llegados fue observar con ojos de niño forastero que se encuentra con las tierras impensadas del nuevo en-

* FFYL-UNAM.

torno que los recibía. La operación de visualizar (principio del método científico) tiene doble significación para quienes desembarcan en un nuevo espacio pues éstos reconocerán los puntos comunes con su universo pasado —ello les ayudará a aminorar la pena de la lontananza y también les permitirá un amable transtierro— e identificarán las diferencias con el nuevo entorno (lo que permitirá reconocer su identidad original y mantener su alteridad o el *arte de su extranjería*, como dijera poéticamente Luis Rius). Desde su llegada, los españoles de 1939 iniciaron su simbiosis con México mediante la observación de un país en ciernes y no existe memoria escrita de los transterrados que no se aventure al examen —ya somero, ya quirúrgico— de lo mexicano frente a lo español: con el acto del reconocimiento se revela la imagen de uno mismo en la imagen del otro. Lo primero que reconocieron los españoles de 1939, como siempre, fue el clima y el espacio, como quien entra por vez primera a un teatro nuevo sin conocer el espectáculo ni a los actores. Al arribar el *Sinaia*, el 13 de junio de ese año, tres pasajeros toman estas impresiones:

[Veracruz es] Un puerto pues no muy tropical como yo me lo imaginaba, porque es relativamente seco; yo me lo imaginaba húmedo, verde, relativamente primitivo. La gente muy curiosa en su modo de hablar, de caminar, de vestirse, muy sencilla, muy accesible; a mí me daban la impresión de muy infantiles, como que hasta las personas mayores con las que hablaba pues me resultaban, pues digamos... transparentes.

[...] yo tenía unas vistas en mi casa, de esos cines *movietones*, de vista, muy antiguo, y ahí venían unas postales iluminadas de México, entonces me retrocedieron a la infancia... y vi todo aquello, pero natural. Aquellas sombras que daban los árboles tan verdes, tan fuertes, aquellos pájaros tan... extraordinarios y... y también unos zopilotes que nos causaron mucha impresión [...]. Pero ya te digo, Veracruz me gustó muchísimo, como una ciudad española... pero como si me retrocedieran muy atrás en mis impresiones.

[...] el México veracruzano, es el México jarocho; es que llegar a Veracruz no es acabar de entrar a México, es como un puente entre España y México, es decir la huella española es muy fuerte en Veracruz, y el carácter mismo, sobre todo, sobre todo para nosotros andaluces que eso nos casa perfectamente. Yo tenía una idea teórica, un poco irreal, ahora estaba en una realidad, y la realidad exigía pues una perfección y un aprendizaje [...].¹

¹ Concepción Ruiz Funes *et al.*, *Palabras del exilio 2. Final y comienzo: El Sinaia, México*, INAH/SEP/Librería Madero, 1982, pp. 136 y 137.

Concluyo que la visión del transterrado expone lo que, por cotidiano, ha perdido de vista el nativo. Los nuevos puntos de vista del desembarcado realimentan la significación de lo local y, como espejo de virtudes y defectos, exponen la imagen casi ontológica de los oriundos.

Pero la óptica renovadora del transterrado adulto no es más compleja que la de los jóvenes y menores de edad que llegan con ellos; podríamos pensar que, por poseer menor experiencia de vida, los pequeños exiliados padecen menos el choque cultural con el universo nativo sin que repercuta en su pensamiento y crecimiento; pudiera ser, si el periodo de permanencia en el territorio de llegada fuera breve. Sin embargo, cuando la estancia se extiende más allá de la infancia del transterrado, la observación se convierte en un ejercicio de constante análisis y cuestionamiento. Las condiciones a las que fueron sometidos los niños de la Guerra Civil modelaron en ellos a una generación madurada experimentalmente, es decir: *crecieron en español* sin estar en España o se *trasplantaron en mexicano* sin mexicanizarse. Angelina Muñiz define tal ambivalencia con estas palabras:

El exilio español republicano derivó [...] en una pérdida de nacionalidad. Dio lugar a una generación ambigua que no encontró su acomodo dentro de la sociedad mexicana. Careció de bases definidas para resolver su conflicto y se enfrentó a un medio [...] más o menos tolerante [o] de acentuado nacionalismo [...].

Los hispanomexicanos [...] fueron resolviendo su problema de adaptación al medio de una manera individual y subjetiva. Encontraron su lugar en las diferentes profesiones existentes, la mayor parte dentro del medio universitario [...].²

En ambos casos, concluye la autora, los pequeños trasplantados, hoy reconocidos como el Grupo poético Hispanomexicano, permanecieron al margen del protagonismo cultural de ambos países. Su discreción obligada tuvo origen ya en la esperanzadora creencia del pronto retorno, en el idealismo estoico de la República, en la condición diplomática de la No Intervención, o hasta en el nihilismo existencialista de los años sesenta y ulteriores. Pero su vena de observadores también coincide con la nueva actitud analista e inquieta de un México en vía de modernización. Los hispanomexicanos se influ-

² Angelina Muñiz-Huberman, *El canto del peregrino. Hacia una poética del exilio*, Barcelona, GEXEL-UNAM, 1999, pp. 155 y 156.

yen por el espíritu universalista y renovador de las generaciones del *Mediosiglo* de todo el mundo; creen en la ubicuidad y apuestan por el universalismo irrestricto sin ancla alguna, aunque su discreción los lleve a recordar la promesa del retorno al origen; así, mientras miran con un ojo al futuro en un territorio aparentemente ajeno, el otro no lo apartan del camino dejado atrás. No hay que pensar que padecieron un estrabismo cultural, más bien desarrollaron el característico panoptismo mesosecular.

A los hispanomexicanos les queda entonces definirse desde la alteridad, desde el fronterismo: reconocerse desde la indiscreta mirilla o del atalaya. Como turistas fotógrafos que van en eterno paseo, nuestros autores retratan su trayecto en esta tierra en estampas que enfocan el universo mexicano y así buscan entender su pertinencia al lugar y a su gente. No como españoles, sino como nuevos mexicanos paisajistas de mirada fresca. Concentran su contemplación y apuntes en dos espacios: lo citadino y lo pueblerino. México les resulta corte y aldea: los hispanomexicanos admiran el tópico aurisecular aprendido en sus aulas del transtierro. De esta manera, sus voces poéticas alaban la aldea mexicana en varias de sus composiciones. Ramón Xirau toma esta impresión de la Casa de Cortés en “La Antigua”, Veracruz:

Las lluvias no han mermado. Un grito muy leve
de sol canta dibuja poca luz, [...]
El muro es un indicio, el blanco es una roca
elemental porosa, Biblos y viejas Veras Cruces [...]
El espacio es muy tranquilo [...]
¿No oyes el canto? Es muy cercano y muy puro.
¿Dónde está el Templo? Si miras bien en las sombras
todo es canto
y nace la luz y nace la luz y canta claro el pájaro.³

El mismo Veracruz que Nuria Parés retrata al atardecer:

¡Figuras diminutas en el muelle!
Blancas camisas sobre piel morena,
nostálgicos veleros de otros tiempos...
¡Tarde del trópico difuminada y quieta!
Una carreta rechinando pasa
y un perro, sucio y flaco, que se empeña

³ Ramón Xirau, *Antología*, México, Diana, 1989, p. 399.

en romper la armonía de la tarde
ladrando detrás de ella.⁴

Más adentro del puerto de llegada, aparecerán las estampas pueblerinas que evocan el origen español. Este *locus amoenus* a lo español evocado por la enseñanza escolar y el recuerdo nostálgico de los exiliados. La tierra adentro que Luis Rius retrató en las postales de Guanajuato:

Mañana en el pueblo.
Abierto frescor que baja
del monte, pregón alado
de nueva luz y fragancia.

Ya vienen los carboneros
por las calles empinadas.
Burros trotones y tristes
al agujón de la vara.

Mañana en el pueblo.[...]
A la voz de las campanas
caminan las viejecitas,
diminutas, encorvadas.[...]

En el regazo del monte,
las calles aprisionadas
brillan en quebrados surcos
al oro de la mañana.⁵

Es también Luis Rius quien ofrece una panorámica laudatoria a su evocador Guanajuato:

No es la estrechez la tuya de la celda,
ni del palacio la grandeza enorme
y desolada. Es el hogar lo tuyo,
la casa buena donde el hombre es hombre. [...]

Ciudad antigua de mineros tristes,
de alegres niños y de hidalgos pobres,
de silenciosas fuentes que del agua
han olvidado el claro y dulce goce.

⁴ Nuria Parés, *Colofón de luz*, México, Pangea/INBA/SEP, 1987, p. 37.

⁵ Luis Rius, *Cuestión de amor y otros poemas*, México, Promexa, 1984, pp. 159 y 160.

[...] a los pies de tus templos de oro ricos
tus mendigos se tienden en la noche. [...]

Lejos de ti, ciudad,
sólo los ojos no te reconocen.
El alma, sí. Ella sabe
tu camino y tu nombre.⁶

Para Jomí García Ascot, el jardín de Tepotzotlán es *locus amoenus* que sirve de fondo y pretexto para la entrega amorosa:

[...] Estabas en el jardín como el jardín en ti
y yo pasaba, o la tarde, o los ruidos lejanos
o la vida.
Estabas, yo sólo sé que estabas
Teresa
y yo debí de estar
pues me mirabas.⁷

Enrique de Rivas, tal vez sentado en el mismo *teocalli* desde donde cantaba el romántico José María Heredia, toma la impresión de una noche cholulteca:

Florecida de cuarzos
la noche se proclama.

Su lenta lava esponja
entre cómplices redes
de pirules cuajados de galaxias.

Todo el maíz del cielo
desgranan los cohetes
en las milpas oscuras
heréticas de luciérnagas.

En el pavón ruante
los cuarzos de la noche
esmerilan volcanes.⁸

⁶ *Ibid.*, pp. 162 y 163.

⁷ Jomí García Ascot, *Antología personal*, México, Martín Casillas Editores, 1983, p. 101.

⁸ Enrique de Rivas, *En el umbral del tiempo. Poesía compilada (1946-2012)*, México, UAM/Ministerio de Empleo y Seguridad Social/Ateneo Español de México/Ediciones Eón, 2013, p. 281.

También Enrique de Rivas, de su viaje a Pátzcuaro, en 1957, imprime el amargo y avergonzado retrato de un pescador:

Indio que tu miseria me acercaste,
tarasco, cara limpia sin rencores,
¿dónde la pesca viva que soñaste?

Buscándole belleza a tus labores
me acerqué a tui dorada mariposa
y sólo me encontré con tus dolores.

El fondo de tu lancha es una fosa
donde entre lodo y algas malolientes
un pescado minúsculo reposa.

Y viéndote transido en las durmientes
aguas del lago azul agonizante
pensé en las alegrías que no sientes.

Y me sentí turista vergonzante.⁹

A medida que los hispanomexicanos se reconocen parte de esta tierra, su conciencia social se solidariza con la realidad del nativo, como vimos arriba, y no sólo compadecen al desarraigado mexicano sino que analizan no sólo el exterior, y su visión quiere penetrar el alma del mexicano:

¿Cómo será la pena de esta india
que, sentada en la calle, sin un gesto,
espera una limosna con un niño
que asoma entre sus faldas?
¿Cómo será su pena?
¿A qué nivel del cuerpo
debe estarle mordiendo sin clemencia?¹⁰

Los poetas hispanomexicanos menosprecian la corte de la capital mexicana, pero no la rechazan. Se reconocen como seres cosmopolitas. Intelectuales de su tiempo, miran a la urbe como un elemento que lo mismo contiene, abraza, inquieta o amenaza. Nuestros poetas viven una ciudad que crece y sufre los estragos del tiempo moderno.

⁹ *Ibid.*, p. 367.

¹⁰ Parés, *op. cit.*, p. 120.

La ciudad en ciernes se convierte en su símbolo. La vida misma de estos intelectuales representa una alegoría de la vida citadina moderna. Estas impresiones urbanas impresas por Federico Patán, nos muestran que:

[...] Los sueños, en la ciudad,
no logran soñar en nada.

La ciudad recoge en noche
su red de concupiscencias.
Y bajo “totems” de luz
mujer de moneda muerta.

Los sueños de la ciudad
son siempre sueños de espera [...].¹¹

O esta otra fotografía:

Ciudad, seca costa de ríos náufraga,
escollo de palmeras,
zarzal de injurias [...]

El neón, horóscopo sedentario,
leonera y serpentario,
trenza múltiples sendas
invertebrando luces y añagazas [...].

El vapor de las seis traza un silbido
y al refugio del vuelo de la hora
en cárcel de cristal se hunde la vela.¹²

Tras el atardecer, un poeta hispanomexicano mira vigía desde el Pedregal en un acto simultáneo de pertenencia y lejanía a la urbe. Gerardo Déniz observa cómo cae la noche y retrata:

Anochece y llovizna y poco a poco
al pie del Ajusco se enciende un hormiguero aterido;
saben hacerlo: se notan segmentos rectos,
cuadrículas posibles. Ya llegarán astrólogos que
expliquen.

Por ahora la vista titubea sobre puntos de luz
como el tacto aún torpe de un ciego reciente.¹³

¹¹ Federico Patán, *El mundo de Abel Caínez*, México, UAM, 1991 (Col. Media Tinta), p. 15.

¹² *Ibid.*, pp. 16 y 17.

¹³ Gerardo Déniz, *Enroque*, México, FCE, 1986, p. 17.

Tras una noche de vigilia, el poeta vislumbra el amanecer citadino, ahora desde el norte de esta ciudad y describe:

Amanece, según empieza a ser hábito, por la derecha
—pues hasta el izquierdismo tiene sus correlatos—;
el sol sigue sin salir aunque sea pleno día,
y las luces del hospital de La Raza se apagan de una vez.
Lástima; parecía un bonito acorazado para ir uno allí a parir algo.¹⁴

Con el paso de los años y la observación crítica, nuestros poetas afianzan su visión verista del espacio urbano. La postura discreta del transterrado parece endurecerse como parte de una maduración ajena a la instrucción idealizada en sus colegios de niños. El tiempo, el desengaño y la asunción resignada y entendida de pertenecer a esta ciudad, a este país, convierte a los hispanomexicanos en profundos analistas de la imagen. Manuel Durán —tal vez el mejor paisajista lírico del grupo— deja de lado el esteticismo para mostrarnos una visión posapocalíptica y estoica de la ciudad, en una extensa elegía de tercetos blancos:

Calles de Atzacapozalco con bardas encaladas
y dibujos obscenos pintados por los niños
en fachadas deformes, en patios desventrados.

¿Es viscoso el cemento? Las sombras por el suelo
disimulan apenas la mugre más espesa,
el olor a fritangas se esparce como incienso

difunde hacia los cielos plegarias humilladas
de mendigos y perros que sueñan con mendrugos.
Una brizna de hierba se asoma entre las piedras.¹⁵

La ciudad moderna se convierte en *topos uranus* condenado al olvido por parte de sus profetas. Los poetas hispanomexicanos comparten esa misma maduración y condena con el espacio mexicano, que al final de los tiempos representó otra manera de identificarse y hacerse uno con el mundo al que llegaron desde muy niños. Así lo dice sentenciosamente José Pascual Buxó:

¹⁴ *Ibid.*, p. 55.

¹⁵ Manuel Durán, *El lugar del hombre*, México, UNAM, 1965, p. 7.

¿Recordarás mañana este lugar del mundo?
Voy a cavar un lecho
en las aguas espesas
para tanto animal
de carne y de murmullo.

Quizá el barro devuelva
la ciudad a su rastro
o quizá entre los limos
calientes de tu sangre
la sal esté formando
su espejo diminuto.¹⁶

Resignados y asumidos a su condición, los hispanomexicanos terminan reconociéndose e integrándose a la imagen del escenario que les dio acogida. Encuentran que ellos ya no están fuera de cuadro y se hacen uno con el espacio mexicano. Reconocen que no son tan ajenos al universo en que fueron trasplantados desde niños, en parte porque su observación los llevó a reconocer en México una parte de lo que dejaron atrás, como admite Angelina Muñiz:

Y un día acepté el paisaje.

Las montañas,
siempre las montañas.
El lago del recuerdo,
que hubo,
que ya no hay.
Los volcanes al oriente,
los volcanes siempre.
Los volcanes al oriente,
la punta de nieve,
ya blanca, ya breve.[...]

Y entonces
al abrir la ventana
ves el alto perfil,
la nieve de los volcanes,
los árboles lejanos.

Y ese día,
ese día,
aceptas el paisaje.¹⁷

¹⁶ José Pascual Buxó, *Boca del solitario*, México, BUAP, 1978, p. 42.

¹⁷ Angelina Muñiz-Huberman, *Voz viva de México*, México, UNAM, 2006, pp. 85-89.

Y en una anagnórisis humilde, el poeta hispanomexicano ya es su espacio. Evolucionó de su alteridad hacia un sentimiento agradecido por estar de donde es y por ser de donde está. Puede volver la vista y sentirse en la piel del otro, como reconoce Inocencio Burgos:

México [...]
El hombre que soy
se hizo por tu vientre,
y encima de tu tierra.
[...] Sollozabas sol en mi piel
y sílaba a sílaba
hiciste mis palabras.[...]
Cumple una edad amarga
pero intenso
te espero
sobre la arboladura del horizonte.¹⁸

Cierro el álbum de fotografías hispanomexicanas y flota en la memoria la imagen de un México de vitral policromo que parece ahora tan lejanos que uno mismo se siente exiliado en el territorio propio, como si viéramos las estampas de un viejo álbum. Acaso la óptica de los hispanomexicanos nos ha mostrado que pertenecer a algún lugar no significa una cédula de nacimiento, sino una mirada crítica de reconocerse en los otros. Nuestros hispanomexicanos continúan enseñándonos con el caleidoscopio de sus poemarios: cada una de sus obras representa un giro de mano que refleja nuevos ángulos y colores.

¹⁸ Enrique López Aguilar *et al.*, *Sextante, Poesía recogida de seis autores hispanomexicanos*, México, UAM/Ministerio de Empleo y Seguridad Social/Ateneo Español de México/Ediciones Eón, 2013, pp. 85-86.

DIRECTORIO DE COLABORADORES

María de Lourdes Aguilar Salas. Profesora y directora de la Unidad de Expresión Escrita y Biblioteca del Colegio Madrid de la Ciudad de México. Correo electrónico: <laguilar@colmadrid.edu.mx>

Katrine Helene Andersen. Profesora asistente en el Departamento de Estudios Ingleses, Germánicos y Románicos, Universidad de Copenhague (Dinamarca). Correo electrónico: <kandersen@hum.ku.dk>

Javier Dosil Mancilla. Profesor-investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana. Correo electrónico: <fjdosil@yahoo.es>

Laura Mariateresa Durante. Investigadora de la Universidad de Nápoles Federico II (Italia). Correo electrónico: <lauramariateresa.durante@unina.it>

Silvia Mónica García Bernal. Departamento de Investigación Histórica de la Presidencia del Decanato Instituto Politécnico Nacional (IPN). Correo electrónico: <smgarcia@ipn.mx>

Yolanda Guasch Marí. Profesora adscrita al Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales-Universidad de Granada. Correo electrónico: <gcultura@ugr.es>

Margarita Ibáñez Tarín. Profesora de Geografía e Historia del Instituto de Enseñanza Secundaria Abastos de Valencia. Doctorante de la Universidad de Valencia (España). Correo electrónico: <margaibta@gmail.com>

Alicia Martínez Dorado. Profesora y miembro de la Junta de Gobierno del Colegio Madrid. Correo electrónico: <natzing@colmadrid.edu.mx>

Juan Manuel Ledezma Martínez. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Autónoma de Madrid (España). Correo electrónico: <zulye@yahoo.com>

Elena Díaz Silva. Investigadora Postdoctoral en la Universidad de Colonia (Alemania). Correo electrónico: <e.diazsilva@uni-koeln.de>

Ernesto Rico Diener. Profesor y Coordinador de Extensión y Difusión Académica del Colegio Madrid. Correo electrónico: <ernestorico@colmadrid.edu.m>

Antolín Sánchez Cuervo. Profesor del Instituto de Filosofía del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), España. Correo electrónico: <antolin.scuervo@cchs.csic.es>

Juan Carlos Sánchez Illán. Profesor Titular, acreditado Catedrático en la Universidad Carlos III de Madrid (España). Correo electrónico: <jcsanche@hum.uc3m.es>

Adalberto Santana. Director e investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe CIALC-UNAM, México. Correo electrónico: <asantana@unam.mx>

Gerardo Vega Sánchez. Investigador de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Correo electrónico: <vega321@live.com.mx>

Aurelio Velázquez Hernández. Becario del programa de becas posdoctorales de la UNAM. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe CIALC-UNAM. Correo electrónico: <aurevh@gmail.com>

Docencia y cultura en el exilio republicano español, editado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM, se terminó de imprimir en digital el 10 de junio de 2015 en Desarrollo Gráfico Editorial, S.A. de C.V., Municipio Libre 175 Nave Principal, Colonia Portales, Benito Juárez, C.P. 03300, México, D.F. Se tiraron 250 ejemplares en papel cultural de 90 gramos. La formación tipográfica, en Agfa Rotis Serif de 11/13 y 9/11 puntos, estuvo a cargo de Irma Martínez Hidalgo. Estuvieron al cuidado de la edición los coordinadores de la obra bajo la supervisión de Ricardo Martínez Luna con la colaboración de Beatriz Méndez Carniado.

LOS ESTUDIOS CULTURALES sobre el exilio republicano español en México han sido uno de los campos más fecundos de investigación durante las últimas décadas. No obstante, en buena parte de las fuentes existentes se presenta la imagen de una élite cultural exiliada que llevó “la cultura a un país anclado en el atraso y el subdesarrollo”. Sin embargo, es una imagen distorsionada pues, según los coordinadores de este libro, es necesario considerar el floreciente ambiente cultural y científico que encontraron los exiliados a su llegada.

El gran éxito de la integración de los intelectuales en el ámbito cultural, académico y científico, que fue innegable, proviene de la fusión entre los universos culturales mexicanos y españoles. En este sentido esta obra recoge un conjunto de textos que ofrecen una aportación novedosa desde las investigaciones más actuales en el ámbito de los docentes, literatos, artistas y científicos exiliados.

COLECCIÓN
EXILIO IBEROAMERICANO

1



Universidad
de Alcalá



Fundación
Pablo Iglesias